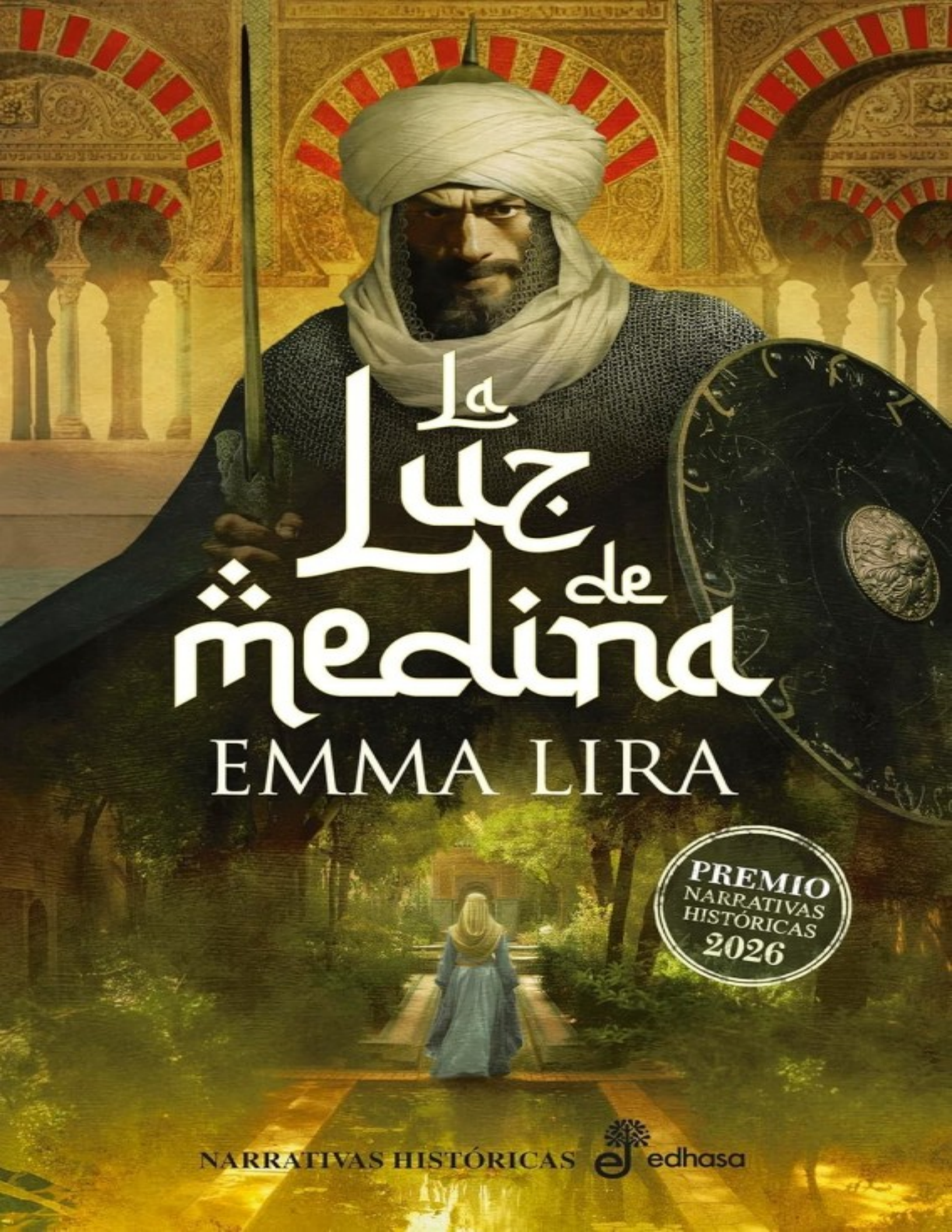

La Luz de Medina
EMMA LIRA
PREMIO
NARRATIVAS
HISTÓRICAS
2026
NARRATIVAS HISTÓRICAS
edhasa

LA LUZ DE MEDINA

EMMA LIRA

edhasa

En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:



Primera edición impresa: abril de 2026
Primera edición en e-book: abril de 2026

© Emma Lira, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-5054-8

Producido en España

PREMIO EDHASA NARRATIVAS HISTÓRICAS

Con un jurado compuesto por:

Jacinto Antón, periodista cultural del diario *El País*;
Mari Pau Domínguez, escritora y periodista;
Carlos García Gual, editor, escritor y crítico literario; **Sergio Vila-Sanjuán**, escritor y director de *Cultura/s* de *La Vanguardia*; **María José Solano**, historiadora, editora y periodista cultural en *Zenda* y *ABC*, y **Daniel Fernández**, editor y presidente de Edhasa, como presidente del Jurado.

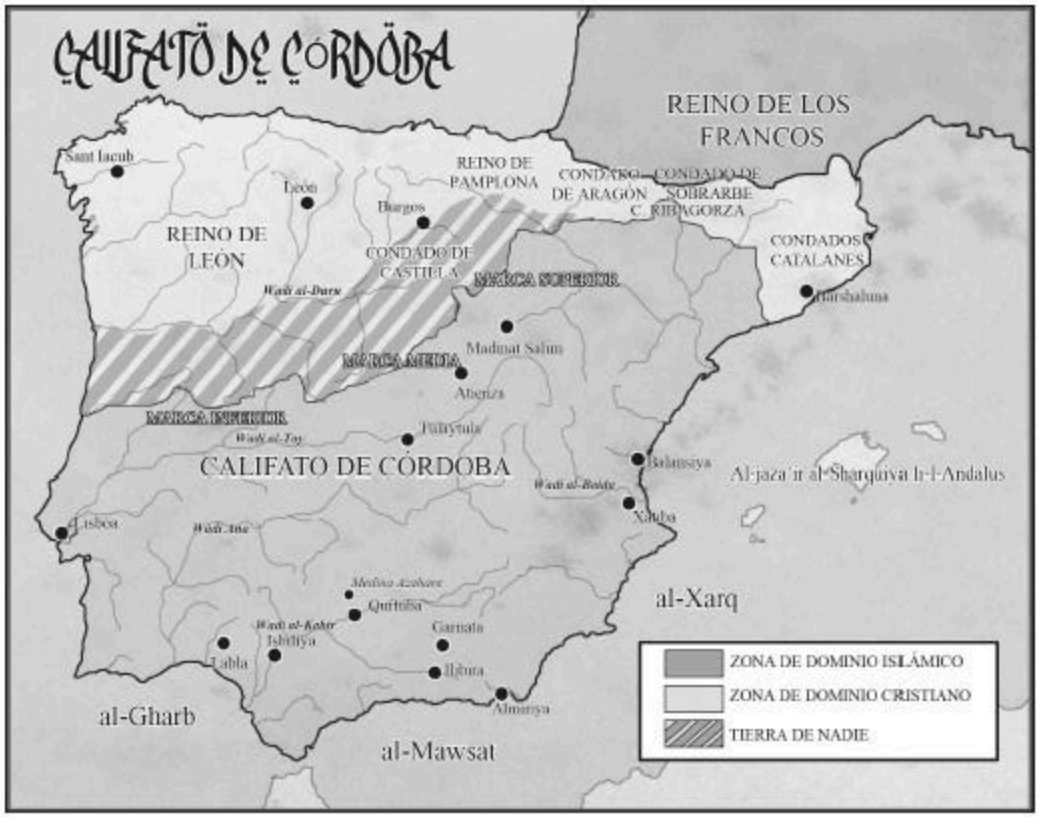
«Porque, sábelo bien, corazón cándido:
para coger los cuernos preciosos de la bestia,
es necesario que antes la domes o la mates»,
Alf Layla wa Layla,
Las mil y una noches

«Lo bello no es sino el comienzo de lo terrible»,
Rainer María Rilke,
Elegías del duino

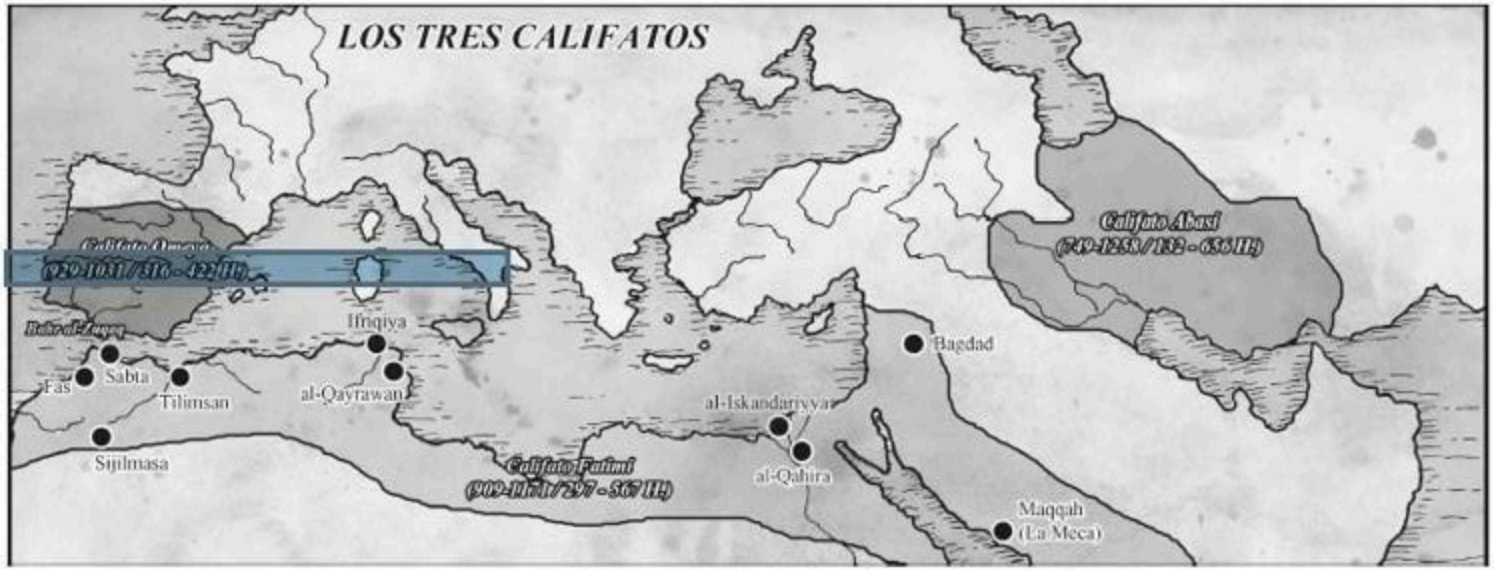
«Sus hazañas te enseñarán sobre él,
como si lo vieras con tus propios ojos.
Por Dios que jamás volverá a dar
el mundo nadie como él,
ni defenderá las fronteras
otro que se le pueda comparar»,
Epitafio a la muerte de Almanzor
(«Kitab al-Bayan al-Mughrib»),
Ibn Idari

Para todos los que, desde las diferentes orillas del mundo, me habéis inspirado a bucear en la memoria de al-Ándalus y la historia compartida. Shukran.

Y para Chema, Naira y Duna, dispuestos siempre a embarcarse en un viaje en el tiempo en busca de ciudades desaparecidas.



Califato de Córdoba: 342-373 H. /954-984 d. C. (años de la novela).



Los tres califatos durante la acción de la novela (342-374 H. / 954-984 d. C.)
Los años que se especifican en cada uno de ellos corresponden a su duración histórica general.

Topónimos

Se ha preferido mantener los nombres transcritos en árabe, tal como eran en los tiempos en que transcurre la novela –salvo alguna contada excepción, como la propia Córdoba, La Meca o Medina Azahara–, y así se marcan también en el mapa.

Al-Garb Poniente, Occidente (la parte más occidental de al-Ándalus)
Al-Jaza'ir al-Sharquiya Islas orientales
Al-Mawsat Tierras centrales
Al-Qahira El Cairo
Al-Qayrawan Kairuán
Al-Yazirat Algeciras
Al-Xarq Este, Oriente (la parte más oriental de al-Ándalus)
Almiriya Almería
Bahr al-Zuqaq Estrecho de Gibraltar (mar del Paso)
Balansiya Valencia
Barshaluna Barcelona
Fas Fez
Garnata Granada
Ifriqiya Túnez
Isbiliya Sevilla
Labla Niebla
Maqqah La Meca
Madinat Salim Medinaceli

Madinat al-Zahira Medina Alzahira
Sant-Iacub Santiago de Compostela
Sebta Ceuta
Sijilmasa Sijilmasa
Tilimsan Tremecén
Tulaytula Toledo
Wadi al-Baida Río Albaida
Wadi al-Duru Río Duero
Wadi al-Kabir Río Guadalquivir
Wadi al-Tay Río Tajo
Wadi Ana Río Guadiana
Xatiba Játiva (Xatiba)
Yilliqiya Zona de Galicia y León

DRAMATIS PERSONAE

LOS OMEYA: LA SANGRE DEL CALIFATO

Abderramán III: emir y primer califa de Córdoba. Fundador del orden y del esplendor que sus sucesores heredarán. Hijo de Muzna y padre de al-Hakam II.

Al-Hakam II: califa erudito, protector del conocimiento y motor de la gran biblioteca. Su muerte abre un vacío de poder. Hijo de Abderramán III y su concubina Maryam.

Abderramán: hijo de la vascona Subh. Heredero del califa al-Hakam II. Su prematura muerte marcará un punto de no retorno.

Hisham II: heredero de al-Hakam II y califa niño, hijo de la vascona Subh. En torno a su figura se organizará la regencia.

Al-Muguira: hijo de Abderramán III y su concubina Mustaq. Hermano menor de al-Hakam II y tío de Hisham. Su existencia como alternativa dinástica lo convierte en una amenaza.

LAS MUJERES DEL HARÉN Y EL CENTRO INVISIBLE DEL PODER

Muzna: madre del califa Abderramán III. En torno a ella se articula el harén.

Hind: princesa omeya. Hija de Abderramán III y hermana de al-Hakam y al-Muguira.

Radhia: consorte vinculada a al-Ḥakam II según la tradición historiográfica moderna.

Subh: vascona que entra como concubina en el harén cordobés. Favorita de al-Ḥakam II y madre de Hisham II. Regente en la sombra.

Mustaq: madre de al-Muguira, según la tradición.

EL ENTORNO DOMÉSTICO DE ALMANZOR

Muhammad ibn Abi Amir (Abi Amir / Al-Mansur / Almanzor): joven de procedencia social baja que acabará como *háyib*, controlando el acceso al califa, la guerra, la administración y el relato.

Abd Allah: padre de Abi Amir.

Buraya: madre de Abi Amir.

Abdallah: hermano de Buraya y tío de Almanzor. Es él quien lo acoge en Córdoba para que estudie jurisprudencia.

Abdalá: primogénito de Abi Amir.

Asma bint Galib: hija del general Galib y esposa de Almanzor.

Al-Dalfa: concubina y esposa de Almanzor. Madre de Abdelmalik al-Muzaffar, hijo y sucesor de Almanzor.

Abda: nombre musulmán de Urraca «la Vascona», hija de Sancho Garcés II, rey de Pamplona (970-994), entregada a Almanzor para sellar una tregua. Fue la madre de Abderramán «Sanchuelo».

LA CORTE PALATINA: AMBICIÓN, APARATO Y SILENCIO

Yafar al-Mushafí: amigo y *háyib* de al-Hakam II. Es mentor, rival y pieza trágica del ascenso de Almanzor.

Muhammad ibn al-Salim: cadí mayor de Córdoba y figura jurídica influyente en la corte.

Galib ibn Abd al-Rahman: el León, prestigioso general de las tropas del califato, de origen eslavo. Suegro de Abi Amir.

Ibn Saprut: médico, diplomático y figura clave del alto aparato omeya.

Fadr: personaje ficticio. Esclavo africano a las órdenes de Yafar al-Mushafí.

LA BIBLIOTECA: MEMORIA Y CONCIENCIA

Lubna bint al-Hakam: antes Liuva, adopta el nombre árabe de Lubna en el harén. Secretaria de la cancillería del califa al-Hakam II. Escriba, archivista, guardiana moral.

Fátima bint Zaqariyya: escriba. Aliada íntima y práctica de Lubna.

OTROS

Ibn Hafsun: el gran rebelde. Aunque cronológicamente anterior al núcleo de la trama, su sombra es una advertencia de que el Estado puede resquebrajarse desde dentro.

Al-Hasan ibn Kannun: líder idrisí cuya peripecia muestra la fragilidad del Magreb occidental y la necesidad omeya de someterlo.

Al-Nasri: personaje ficticio. Vecino de la *kurah* de Valencia. Valedor de Lubna.

Uthman al-Mushafí: preceptor del príncipe al-Hakam. Padre de Yafar al-Mushafí, *háyib* del califa y destinatario de la carta de al-Nasri.

LA LUZ DE MEDINA

DESPERTAR

FAJR

Oración que se reza al amanecer

Años 343 a 348 de la Hégira
Años 955 a 959 d. C.

–I–

Torrox, al-Yazirat, 343 H. / 955 d. C.

El sol pesaba como una sentencia pronunciada.

Las mujeres culebreaban rápidas por el patio de la alquería, ya cubierto con esteras, para extender paños y encender las hierbas del brasero, y enmascarar así el olor que empezaba a insinuarse. Todo debía ocurrir deprisa, como mandaba la ley y como imponía el calor que se anunciaba: lavar, amortajar, rezar, enterrar. No había espacio para la demora, ni siquiera el que marca el respeto. Fuera, la luz fundía los contornos de los campos de olivo en un temblor plateado y opresivo.

Mohammed lo observaba todo de pie junto al umbral, inmóvil, como un centinela de sí mismo. El dolor le parecía una cosa extraña y lejana, un nudo en la garganta que no lograba deshacerse en lágrimas. No sabía qué hacer con las manos; se las llevaba a la túnica, las apretaba, las soltaba. De fondo, escuchaba su nombre repetido en susurros: «Pobre Mohammed, que Alá le dé sabiduría. Ahora es el hombre de la casa». Palabras que pretendían consolar y, sin embargo, se le atascaban como piedras en el estómago.

Su padre yacía sobre las tablas, envuelto en lino, con el rostro descubierto apenas lo suficiente para el adiós. La barba, aún húmeda, le parecía más oscura de lo que recordaba; también la piel, que intuía que alguien había tratado de algún modo para evitar el deterioro. Pese al afán de las mujeres, en las uñas aún le quedaba tierra: de Trípoli, decían, del camino de regreso, del último puerto. Tras dos largos años, había vuelto a casa, sí, pero convertido en noticia.

–Murió como mueren los justos –murmuró una anciana, llevándose la mano al pecho–. De vuelta de la peregrinación... Alá lo ha llamado con honra.

Frente al cadáver, Buraya gemía con la precisión de quien conoce el peso de las miradas. Sus sollozos eran hondos, sonoros, alimentados por el coro de las plañideras que se golpeaban los muslos y se rasgaban el velo. A ratos se desplomaba sobre el pecho de una vecina; a ratos levantaba los brazos al cielo en un gesto de protesta y súplica a la vez.

Mohammed la miraba casi sin ver. El llanto de su madre lo había acompañado desde el alba, como el zumbido de los insectos en los cañaverales: constante, inevitable. Y, sin embargo, lo que más lo impactaba no era el ruido del duelo, sino el silencio cuando se volvía hacia el cuerpo de su padre: silencio en él, silencio en la casa, silencio en su propio pecho, donde no hallaba nada –una rabia, un aullido, una certeza–, sólo una especie de vacío pegajoso.

De repente, Buraya se enderezó con una nueva dignidad.

–Que lo acoja el Misericordioso –dijo en voz alta, para que la oyeran todos–. Que Alá tenga en cuenta su piedad y provea a mis hijos.

Y todas las mujeres, vecinas, parientas, plañideras, respondieron: «Amín».

Al instante, el rumor del patio se desplazó hacia la entrada. Las mujeres fueron a buscar agua fresca, y un hombre cruzó el umbral para consultar con el imam la hora exacta del rezo. Buraya se quedó sola con el difunto.

Fue sólo un parpadeo. Una grieta en su máscara.

Mohamned la vio acercarse al cuerpo, sigilosa, como quien se acerca a un enemigo dormido. No posó la mano en su pecho ni la pasó por la oscura barba. No lloró. Sus ojos se estrecharon, secos.

Y entonces escupió.

El salivazo, breve y denso, cayó sobre la mejilla del cadáver y comenzó a resbalar hacia la toca que le envolvía el rostro.

–Maldito –murmuró entonces por lo bajo–. Maldito seas por dejarme así. Por preferir a Dios antes que a tus hijos.

Mohammed sintió un golpe en el estómago. Era el único que se había dado cuenta de todo, y quiso pensar que había oído mal, que el dolor le había trastocado el juicio. Pero la mirada de su madre no admitía dudas: el odio era real.

Buraya se volvió, y sus ojos encontraron los de su hijo. Durante un instante, el muchacho creyó ver a una desconocida bajo el velo. Pero ella enseguida recuperó el gesto aprendido, la máscara del duelo.

–No me mires así –silabeó–. No sabes nada.

Mohammed quiso preguntar. Quiso gritar. No le salió.

El imam entró en el patio, y ella volvió a echarse a llorar con una facilidad aterradora. Al poco, se dejó caer, desmadejada. Las mujeres se precipitaron a sostenerla, y su propio hermano, acercándose a ella con un par de zancadas, la apoyó contra su pecho y le recolocó los velos del luto. Sólo Mohammed siguió mirando el cuerpo. El escupitajo se había detenido en el filo de la tela, minúsculo, imperceptible.

* * *

Lo enterraron antes de que el sol empezara a declinar.

El dulzón hedor a carne vencida ya se colaba por la casa pese a los ramilletes de hierbas aromáticas. Tras una ceremonia breve, austera, como había sido su vida, Mohammed ayudó a cargar el cuerpo, envuelto en el lienzo blanco. Sintió la rigidez a través de la tela. Ya no era su padre; era un extraño, algo que su padre había dejado atrás.

En el cementerio, la tierra cuarteada por la ausencia de lluvias y las piedras guardaban el calor como una maldición. Ante aquel hueco abierto con esfuerzo en la tierra, Mohammed retrocedió un paso, como por inercia. El rezo, las fórmulas, las manos extendidas... Todo era exacto, necesario, antiguo. Y, sin embargo, él no conseguía apartarse de la mente la imagen de su madre maldiciendo al hombre que había sido su esposo.

Cuando el último puñado de arena cayó, se hizo un silencio que no pertenecía al rito, sino a la vida. Enseguida, el mundo retomó su

costumbre: la gente tosió, se acomodó el velo o el turbante, comentó el calor, la prisa, la piedad del difunto, el viaje, Trípoli, La Meca.

Al regresar a la casa, ahora vacía, los más pequeños, asustados y exhaustos, se durmieron apiñados en un jergón. Buraya se quedó fuera, con la espalda rígida apoyada contra la pared, aprovechando una franja de sombra, como si el sol la hubiese exiliado. No lloraba ya. Sus ojos eran dos brasas apagadas. Su hermano Abdallah se quedó junto a ella.

Era un hombre seco, de barba cuidada y manos limpias a quien él apenas había visto tres o cuatro veces en sus catorce años de vida. Todo el mundo lo respetaba por su conocimiento de la ley y su posición en Córdoba, pero a Mohammed siempre le había parecido frío y distante. Aun así, era su tío materno, y lo sabía juriconsulto de prestigio, como la mayoría de los varones de la familia Maafir. Él mismo soñaba con iniciar esa carrera desde Torrox. En ese momento, Abdallah se volvió a mirarlo, como si hubieran estado hablando de él hasta ese mismo instante. No había venido por cariño, Mohammed lo leyó en sus ojos, sino por deber.

–Siéntate –le ordenó Buraya sin mirarlo.

Mohammed se arrodilló frente a ella. La estera quemaba.

Buraya esperó a que una vecina se alejara, a que el murmullo del patio se desplazara hacia la cocina. Sólo entonces comenzó a hablar:

–Tu padre ha muerto en Trípoli de vuelta de su peregrinación. –Sus palabras parecían acusarlo–. Ahora para todos es un hombre piadoso, un santo. Da igual lo que haya hecho en su vida. Él sube al paraíso y yo me quedo aquí, en la mierda –escupió con rencor–. Sólo soy la viuda. La que debe bajar la mirada, la que debe vivir como si su vida se hubiese terminado hoy.

–Madre... –empezó Mohammed, pero tragó saliva, sin saber cómo seguir.

–Tu padre nos ha dejado –continuó Buraya–, pero su muerte no ha sido un designio de Alá, sino una decisión propia. Nos ha dejado por un orgullo mal entendido, por un egoísmo que él llamaba fe. Se marchó a La Meca como si aquí no existiéramos, como si pudiéramos vivir sin

noticias, sin dinero, sin él... Como si sus hijos no fueran también su responsabilidad ante Dios.

Abdallah carraspeó, incómodo, e hizo un gesto para intervenir, pero Buraya lo atravesó con la mirada.

–No, hermano. Déjame hablar. Es la primera vez que puedo hacerlo.

Mohammed sintió que el mundo se tambaleaba. Había crecido oyendo hablar del viaje sagrado como de una cima. La peregrinación era honor, limpieza, victoria. ¿Cómo podía blasfemar su madre de ese modo? Pero Buraya cortó sus pensamientos; inclinó la cabeza hacia él, y el velo le sombreó la cara.

–Yo no fui siempre esta ruina, este despojo, ¿sabes? –bajó la voz como si contara un secreto, y su gesto se tornó soñador–. Cuando fuimos a Córdoba...

Mohammed frunció el ceño. Le habían hablado de aquel viaje el año anterior a su nacimiento. Del destello de la muralla, del ruido del mercado, de las sombras de palacio y en la noria, sobre el río, la música de un agua que nunca se agotaba. Incluso del minarete que rozaba los cielos, de la mezquita, la más grande del mundo después de La Meca. Habían ido, le contaba su padre, a apoyar a las tropas que marchaban hacia el norte, hacia la gran batalla que los musulmanes no habían vuelto a nombrar. al-Khandaq, murmuraban entre dientes los cronistas. Simancas, repetían con orgullo los cristianos. Una palabra que a Mohammed le sonaba contundente porque podía haber sido el principio del fin de todo. Y sin embargo... Se fijó en el gesto de su madre y le pareció que sonreía.

–Cuando fuimos a Córdoba –repitió Buraya, y en su voz se filtró lo que a Mohammed le pareció un temblor que no era llanto, sino deseo–, el califa..., el mismísimo califa, me miró.

Abdallah bajó la vista, como si el simple nombre del soberano pudiera manchar la estera.

–Me miró –repitió Buraya con orgullo–, entre cientos de mujeres. Me miró como no me había mirado nadie nunca. Yo tenía quince años y me acababan de casar con tu padre. Y aquel jinete de turbante blanco con los ojos del color del mar, situado al frente de sus tropas, me atravesó

con la mirada. Yo no pude bajar el rostro, ¡que Alá se apiade de mí! Acabábamos de nacer como califato, y aún no conocía el protocolo. Sentí que él se quedaba prendido de mis ojos, de mi cara..., de la joven que yo era entonces.

Mohammed se estremeció. Su madre estaba hablando de otro hombre en el funeral de su esposo. Del mismísimo Comendador de los Creyentes.

–Pensó que era su hija. –Buraya sonrió–. Su hija, en lugar de su esposa. ¡Mira si no sería yo niña...! Y le pidió a tu padre que me cediera, como los poderosos piden una joya o un caballo de raza. Un favor, un capricho. Y tu padre..., tu padre se negó.

Mohammed abrió la boca, pero continuó en silencio.

–¿Quién es capaz de negarle algo al califa? Se hizo un silencio que aún hoy resuena en mis oídos. Tu padre susurró que era su esposa, y el califa asintió y entendió. Dijo que él tampoco se habría desprendido de alguien como yo ni por todo el oro del mundo. Oh, todo el mundo pensó que aquel acto de tu padre fue por amor –continuó ella, cada palabra más afilada que la anterior–. Se había arriesgado a caer en desgracia, a que le rebanaran el pescuezo allí mismo... Pero nuestro señor Abderramán acababa de erigirse en califa, en príncipe de todos los creyentes, y no podía tener esas pasiones terrenales a la vista de todos. ¿Qué ejemplo habría dado? No quiso mostrar su escarnio en público y prefirió ofrecer piedad. Le dio a tu padre una bolsa de monedas. ¡Una bolsa! Como si pagara por una mercancía devuelta. Como si lo premiara por su audacia.

Abdallah alzó una mano.

–Buraya...

–¡No! –La voz se le quebró al fin–. Tú no lo entendiste, Abdallah. Tampoco mi esposo. Nadie lo entendió. Amor hubiera sido dejarme marchar, en lugar de condenarme a esta existencia...

Mohammed se quedó helado.

–¿Condenarte...? –logró balbucear.

Buraya lo miró como si, por primera vez, lo viera de verdad.

–El destino, en la figura del hombre más poderoso de la tierra, me ofrecía un palacio y me señalaba como digna de él. Sin embargo, tu padre, con su piadosa mezquindad, me devolvió a esta almunia, al barro. Aun así, esa noche.... –susurró con un deleite prohibido–, esa noche soñé con él. Con el califa. Con su mirada de agua. Fue la primera vez que acudí de buen grado a tu padre. Buscaba los ojos del gran Abderramán en él; sus manos, que imaginaba fuertes; su cuerpo, que imaginaba ardiente... –se mordió la lengua, como si la verdad tuviera sabor a sangre–. Esa noche, y todas las que vinieron después, me entregué a tu padre, sin culpa ninguna, soñando con el califa... –bajó la voz, y el gesto se le trocó en rabia–. Por eso cuando, nueve meses después de al-Khandaq, de esa derrota que todos sintieron como un castigo, te di a luz, supe que eras una señal. Y jamás he dudado de que tenías algo suyo...

–¿Qué estás diciendo...? –preguntó el joven, aunque la intuición era un animal que le mordía las entrañas.

Buraya se inclinó hacia él.

–Que tú deberías haber sido hijo del califa –musitó, hiriente–. Que quizá naciste porque yo yací con él en sueños. Que viniste al mundo para redimir su derrota, para vencer a los cristianos en su lugar. Lo veo en sueños, hijo mío. Eres «el Victorioso». Al-Mansur.

–Estamos en paz con los reinos cristianos –le recordó su hermano con desgana.

–¡Desde entonces! ¡Porque el califa tiene miedo! –exclamó Buraya–. Mohammed, tu padre y el destino me negaron a mí, una pobre mujer, la oportunidad de ser alguien, pero tú debes aprovecharla.

En el patio, la vida seguía su curso. Alguien llamó a una cabra, un niño lloraba, una olla hervía. Pero, entre todo ese ruido, Mohammed podía escuchar el latido de su propia sangre como un tambor.

–¿Cómo puedes pensar eso? –espetó al fin–. ¿Quién crees que eres para cuestionar las decisiones del creador?

Buraya sonrió sin alegría.

–No fue el creador quien me robó la oportunidad de meterme en el lecho del califa... ¿Qué habría sido de mí en tal caso, Mohammed? ¿Y

de ti?

–Buraya... –los interrumpió Abdallah en voz baja, tras respirar hondo–, estás trastornada por el duelo.

Ella lo fulminó con la mirada.

–No estoy trastornada. Estoy bien despierta –replicó–. Y tú también vas a despertar, Mohammed.

El muchacho sintió un escalofrío. Su nombre, en la boca de su madre, había sonado amenazador.

–Tu padre no nos ha dejado nada. ¡Nada! Todo se ha evaporado con el despropósito de su viaje. La Meca fue sólo la excusa de su corazón ambicioso. Buscaba el saber. ¡El saber!, ¿puedes creerlo? Entre nuestros enemigos, además: entre los herejes fatimíes de al-Qahira, en la Casa de la Sabiduría de Bagdad..., como si no se debiera a los Omeya y a sus propios hijos. ¡Que Alá le cierre las puertas del paraíso, por engreído! No hay dinero para tus estudios ahora, pero sigues siendo el mayor –le recordó Buraya, y su tono cambió de nuevo, grave–: Te toca ayudarme, a mí y a tus hermanos. Nadie va a sostener esta casa por nosotros. Nadie va a venir a regalarnos misericordia.

–¿Me estás pidiendo que me olvide de estudiar leyes en Córdoba, como era su propósito? –le preguntó él, sorprendido–. ¿Que reniegue de la memoria de mi padre?

Buraya miró hacia donde el sol dibujaba una línea blanca en el suelo. Cuando volvió a hablar, lo hizo sin temblor.

–No. Honrarás el nombre de tu padre, pese a todo. Porque eso nos conviene, porque eso nos protege. Y porque ésa es la historia que el pueblo quiere oír.

Mohammed sintió un asco súbito: por el cálculo, por la máscara, por sí mismo.

–A partir de ahora –continuó Buraya–, llevarás su nombre como un arma, como un escudo. Te harás llamar Ibn Abi Amir. el «hijo de Abi Amir». Procedes de las tierras de Arabia, como los primeros Omeya, de los Maafir de Yemen. Te has criado en las tierras que el gran Tarik le dio a mi bisabuelo en al-Yazirat por su valor militar en la conquista de al-Ándalus. No lo olvides nunca: llegamos aquí antes que nadie.

Mohammed asintió con gesto serio.

–Lo que te estoy pidiendo es que no titubees, hijo. Aprovecha cada oportunidad y acércate a los poderosos. Los Omeya ahora se rodean de bereberes y eslavos... –exclamó con desprecio–. Sé mejor que ellos. No dejes que los califas olviden sus orígenes. Aún no lo saben, pero eres uno de los suyos. Demuéstraselo. Serás al-Mansur, «el Victorioso».

Abdallah soltó un suspiro.

–Vendrás conmigo a Córdoba –dijo al fin, sin mirarlo a los ojos– y estudiarás con los alfaquíes. Nuestra familia se dedica a la ley, a la palabra, y eso nos da prestigio. Pero eso es todo lo que puedo ofrecerte. No podremos pagar una residencia en la madraza. Te quedarás en mi casa, con los míos.

Buraya asintió y apretó los puños, como si le doliera cada migaja de caridad.

–Y te ganarás cada bocado –añadió Abdallah, y esta vez alzó la mirada–. Mi casa no es un refugio para vagos ni soñadores. Es una obligación, y a partir de ahora también será la tuya.

Buraya se levantó y se acercó a Mohammed, y, por un segundo, el muchacho esperó un gesto de madre: una caricia, un consuelo, una bendición. Pero lo que recibió fue una presión firme en el hombro.

–No llores por tu padre delante de nadie –le susurró–. Guarda las lágrimas para cuando te toque llorar de verdad. Ya te tocará. A todos nos toca.

Mohammed se quedó solo de repente, con el sol quemándole la nuca. Todo su mundo había cambiado de forma en unas pocas horas.

En la distancia, una bandada de pájaros cruzó el cielo.

* * *

El camino hacia Córdoba se presentó ante ellos como una herida larga, polvorienta, bordeada de olivos y silencio. Abdallah caminaba o montaba a ratos, sin buscar conversación. Mohammed lo seguía con una bolsa ligera, lo imprescindible. Lo que quedaba de su pasado cabía envuelto en un puñado de tela.

Atrás quedaban la alquería, el patio, el olor de los rastrojos quemados, la voz de su madre. Atrás quedaba su padre bajo la tierra dura y el desconcierto de sus hermanos.

Poco a poco, el paisaje se transformó, a cada paso más ancho y seco. El aire olía a polvo y a tomillo. Mohammed se descubrió a sí mismo observándolo todo con ojos nuevos, como si ya no le perteneciera. Y, en ocasiones, se sorprendía repitiéndose el nombre que le habían impuesto, como si fuera la llave que le abría las puertas de la edad adulta. Una puerta que no sabía si estaba preparado para cruzar.

Ibn Abi Amir.

Cuando la tarde empezaba a declinar y el cansancio hacía mella, la ciudad de Córdoba apareció extendida en la llanura, con el río envolviéndola como una cinta oscura. Tras el puente, parecía un milagro de piedra. Y, en lo alto, sublime y espigado, el minarete, recortado contra el cielo, firme y claro, como un dedo señalando lo alto.

Abdallah dijo algo: una explicación, un dato, una historia sobre el primer omeya que había convertido aquel lugar en su reino. Pero Mohammed apenas lo escuchó. Por el contrario, sintió un escalofrío.

No de miedo, de reconocimiento. Como si, sin saberlo, hubiera vivido esos catorce años para caminar hasta ese punto exacto del mundo. Y tuvo la impresión de que alguien –un destino, un nombre, una sombra– le susurraba al oído: «Aquí es donde empieza todo».

–II–

Córdoba, 343 H. / 955 d. C.

El nombre de Liuva pesaba como una losa de mármol sobre sus hombros menudos. No era suyo siquiera. Lo había heredado, como sólo se heredan las deudas y las culpas.

Había pertenecido a un hermano mayor que nunca llegó a respirar, un fantasma al que sus padres, en su duelo obstinado, habían revestido de esperanza: Liuva. Un nombre guerrero, visigodo, que sonaba a choque de espadas en los bosques del norte, no al susurro del agua en la acequia del río al-Baida, en las tierras de Xatiba donde había nacido. Llevarlo era como portar una ausencia, una promesa incumplida que sus padres, sin darse cuenta, le habían reclamado desde siempre.

A sus trece años, Liuva sentía esa responsabilidad con una claridad desgarradora, especialmente ahora, cuando notaba el polvo de cuarenta jornadas a pie incrustado en la piel, en el cuero del zurrón, en el alma. Córdoba se alzaba ante la exigua caravana no como la ciudad de las tres culturas de la que hablaban los poetas, sino como un monstruo de piedra y cal que respiraba rumor de multitudes, chirrido de carros y un aroma complejo a humo y especias, a estiércol y azahar marchito.

Se había enrolado en aquel minúsculo ejército de mercaderes sin despedirse de nadie, porque sabía que, si hablaba, si dudaba, jamás se marcharía. Y quedarse era aceptar la ruina. Había aprendido que la duda y el miedo eran lujos que no podía permitirse, pero en ese momento, al poner el pie en la capital, un terror ancestral le recorría el cuerpo. Trató de calmarse y convertir ese frío antiguo en una llama

controlada en el centro del pecho, bajo las ropas bastas de lino. Se pasó la mano por la cabeza para asegurarse de su aspecto. El cabello, otrora una cascada de cobre oscuro, era ahora un cerquillo áspero y desigual que le dejaba la nuca al sol, bajo un turbante sucio y deshilachado que nunca sabía bien como anudar.

Si cerraba los ojos, aún veía el fuego, aún adivinaba la silueta convulsa de su padre bajo los escombros carbonizados del que fuera su hogar. El viejo molino harinero de la familia se había transformado, gracias a la ayuda del *haj* al-Nasri, en un taller de papel; éste había recorrido Oriente durante su peregrinación a la Meca, había visto los finos pliegos que empleaba la corte abásida, un milagro de blancura y ligereza comparado con el pergamino grueso y costoso que se usaba en al-Ándalus, y lo había replicado, junto con su padre, en su tierra natal. Pero el sueño de presentar al califa un producto aún más exquisito, que elevara a Córdoba sobre el califato rival, se había convertido en ceniza, y con él, la fortuna de su familia. Ni siquiera podían pagar la *yizya*, el tributo que les permitía, a ellos, *dimmíes* cristianos, vivir bajo la ley del islam conservando su fe. La conversión o la indigencia se cernían sobre su madre y sus hermanas pequeñas como buitres.

Por eso había ideado un plan desesperado. Por eso había convencido a al-Nasri para que escribiera una carta con la que presentarse en la corte. Estaba dirigida a un viejo amigo, el anciano y poderoso Uthman al-Mushafí, bereber de la zona de Balansiya, como él, que había había llegado a ser preceptor del príncipe al-Hakam en Medina Azahara. En ella mencionaba el cariño para con Liuva, el «joven aprendiz del taller de papel», y la amistad que lo había ligado a su difunto padre; en ella, pedía su ayuda para hacerle llegar al califa una muestra de un papel más exquisito aún que el de Bagdad, lo que sin duda sería un motivo de prestigio para el reino. Liuva había aprendido todos los secretos de su padre: la pulpa de lino, los moldes, el prensado. Y ahora varias resmas viajaban envueltas en un lienzo aceitado dentro de su mugriento zurrón. Se lo apretó contra el pecho. Era su única moneda de cambio.

El arrabal de Rusafa era un hervidero de miseria y vitalidad, de casas apretujadas y calles sin empedrar donde los niños medio desnudos

jugaban entre los desperdicios. Y, sin duda, Liuva, con su aire de forastero perdido y su preciado zurrón, destacaba demasiado. Primero fueron miradas. Después, silbidos. Por fin, un grupo de muchachos, duros como la tierra que pisaban.

No los vio venir hasta que fue tarde.

Eran tres, quizá cuatro. Descalzos, flacos, con los ojos brillantes de hambre y diversión. Empezaron con risas, con empujones, con burlas por su aspecto desgarbado y su acento de fuera. Liuva apretó el paso, y su miedo los excitó, como a los perros.

–Eh, *zalamí*, ¿qué llevas ahí que abrazas como a una novia? –bromeó uno, mostrando una sonrisa con varios huecos.

Liuva agarró con más fuerza el zurrón. «No hables», se dijo. «La voz te delata». Sacudió la cabeza y trató de huir, pero fue como intentar esquivar una tormenta. Recibió un empujón, cayó al suelo y, tras sortear una patada, forcejeó en silencio, con los ojos muy abiertos, con un pánico animal. Manos ávidas le tiraban de las correas, de las ropas. Sintió el crujido del cuero, y el zurrón se abrió como una fruta madura. Los documentos, la preciada carta con el sello de al-Nasri, los diseños cuidadosamente dibujados volaron como palomas blancas y quedaron al alcance de unas manos sucias que los ondearon como trofeos, sin entender su valor, sólo por el placer de robar.

–¡Devolvédmelos! –gritó entonces, y su voz, aguda y desesperada, le sonó extraña.

La risotada fue general. «¡Tiene voz de niña!», exclamó uno. La humillación le quemó las mejillas. Hizo un esfuerzo por no llorar y se arrodilló en el polvo, intentando recoger los papeles pisoteados y las esperanzas hechas jirones, mientras los pilluelos comenzaban a dispersarse, aburridos de un botín inexistente.

En ese momento, una sombra se interpuso entre el sol y su desesperación.

–¿No tenéis nada mejor que hacer que molestar a los que llegan a la ciudad?

La voz, juvenil, tenía una firmeza serena. Liuva alzó la mirada. Era un muchacho alto, delgado y vestido con una túnica limpia, aunque

modesta, de un blanco que parecía desafiar el polvo del arrabal. Llevaba un zurrón de cueros con libros colgado al hombro. Su rostro mostraba inteligencia, y sus ojos oscuros y profundos brillaban por el reproche. No encajaba allí. No debía haber encajado nunca, pensó Liuva, porque los muchachos se rieron de él también, aunque con algo menos de convencimiento.

–¡Anda, míralo, es el alfaquí de los arrabales! ¡Eh, manos sucias, aquí tienes a otro estudioso como tú! ¡A ver si va a quitarte tu puesto de desarrapado!

–¡Marchaos! –ordenó sin alzar la voz, como si enunciara un hechizo.

Los pilluelos protestaron, pero él no retrocedió. Estaba acostumbrado a las burlas, a que se metieran con él por su pasión por el estudio. No podía permitirse los largos debates en la madraza ni las indolentes charlas de estudiantes en la alquería junto al río, el *wadi* al-Kabir. No tenía tiempo para el ocio ni para la cobardía. Día tras día debía justificar su existencia, cada *dicham* que su tío invertía en él.

Los chiquillos obedecieron, rezongando y dejando los documentos desparramados. El muchacho no los siguió con la mirada. Se agachó y, con unos movimientos cuidadosos, casi reverentes, comenzó a recoger los papeles y a alisar los pliegues. Liuva, aún temblando, lo imitó. Cuando tuvo un pequeño fajo en las manos, se puso en pie y se sacudió la tierra con una dignidad que le nació de lo más hondo.

–Gracias –murmuró, tratando de que la voz sonara grave. Sostenía unos cuantos documentos, ya limpios. Haciendo acopio de coraje, añadió–: Debo acudir a Medina Azahara. Tengo una carta de presentación y algo que mostrar al califa.

Su joven salvador sonrió. No con burla, sino con una especie de lástima cansada.

–¿Medina Azahara? Llevo más de un año en Córdoba y aún no he estado allí. ¿Crees acaso que las puertas del paraíso en la tierra se abren para cualquiera que llega con una carta? El califa es el sol, forastero. Nadie mira al sol directamente. Y nadie, y menos aún un recién llegado... –señaló su aspecto desaliñado–, se presenta ante él sin un ejército de intermediarios. Y de tiempo.

Liuva sintió que el último soplo de esperanza se desvanecía. Miró fijamente al muchacho. La túnica blanca, pero desgastada en los bordes. La bolsa de libros, pesada. Los dedos manchados de tinta. Quizá no pertenecía a la administración, pero tampoco era un niño de la calle. Un estudioso, habían dicho los otros, casi como un insulto. Si se dedicaba a las palabras, al conocimiento, quizá..., quizás él pudiera entenderlo.

Sin decir nada, casi con solemnidad, le tendió una de las resmas de papel. Era una pieza de un blanco cremoso, inmaculado, de una textura fina y uniforme, y la luz del atardecer se reflejó sobre ella con una suavidad aterciopelada.

Abi Amir contuvo el aliento. Su mano, automáticamente, se extendió. Sus dedos, acostumbrados al tacto rugoso del pergamino y la frágil aspereza del papiro, rozaron la superficie. Suave, perfecta. Un soporte para la palabra de una pureza que no había visto jamás. Sus ojos oscuros, antes llenos de escepticismo, se iluminaron con un asombro genuino, casi voraz. Levantó la mirada hacia Liuva.

–¿Qué... qué es esto? –preguntó, apenas un susurro.

–Papel –dijo Liuva, y por primera vez desde que saliera de Xatiba una chispa de orgullo encendió su mirada–. Se puede hacer aquí. En Córdoba. El anciano al-Nasri trajo la idea desde Oriente. Mi padre la puso en práctica.

Entonces, sin pensárselo, le ofreció la carta. En cuanto Abi Amir leyó el nombre del destinatario y el sello, hizo un gesto de sorpresa y comenzó a leerla despacio. Luego la miró de nuevo. Comprendía el valor de esa hoja, el camino que pretendía abrir. Su mente, ágil y calculadora, ya vislumbraba las implicaciones: libros más baratos, copias más rápidas, el conocimiento multiplicándose como un río. Un poder inmenso se condensaba en algo aparentemente muy simple. Al fin, asintió levemente. La llama de determinación en el pecho de Liuva volvió a arder, más caliente.

–Sólo hay un problema –habló al cabo Abi Amir, en un tono de realidad áspera, aunque sin rastro de la burla anterior. Posó su mirada en Liuva con una pena sincera–. Al-Mushafí, el viejo preceptor del príncipe, a quien va destinada esta carta..., ha muerto. Hace dos meses.

Esas palabras cayeron como piedras en el estanque de la esperanza de Liuva. El nombre de su hermano muerto, el peso de su disfraz, el fantasma de su padre, la ciudad inmensa y hostil... Todo se venía abajo. Había caminado cuarenta jornadas, había mentido, había dejado atrás a su familia... No podía rendirse ahora. Por eso se quedó mirando al muchacho de la túnica blanca como si sostuviese su futuro entre las manos.

Y eso era exactamente lo que sucedía.

Encarnado en él, esperaba el futuro.

El de ambos.

–III–

La mente de Abi Amir procesó la revelación con la velocidad del relámpago.

Y sí, también pensó en sí mismo.

En su tío, y en los contados *dirhams* que lograba enviar a la alquería para ayudar a su madre y sus hermanos pequeños; en las túnicas remendadas, en los dedos permanentemente manchados de tinta por tratar de ganarse un sobresueldo como escribano en los soportales del alcázar, y pagar así a los maestros de gramática y literatura, dos materias que su tío no consideraba necesarias. En la obligación constante de demostrar que cada esfuerzo invertido en él daba sus frutos.

Pensó que ser portador de una noticia que pudiera interesar al califa, una que oliera a Bagdad, a futuro, no era sólo un acto de compasión.

Se había quedado asombrado al ver la blancura inmaculada y la textura prometedora. En ellas adivinaba ríos de tinta fluyendo sin obstáculos, copistas multiplicando libros sin parar, decretos viajando ligeros a los confines del califato, bibliotecas enteras naciendo donde antes sólo cabían unos pocos volúmenes costosos. Vio poder. El poder del conocimiento, acelerado y generalizado. Y vio, con una claridad brutal, la oportunidad que se posaba, temblorosa y cubierta de polvo, frente a él.

Ese muchacho, cuyos ojos destellaban miedo y orgullo a partes iguales, era el portador de un secreto que podría trastocar la cultura, el futuro. Y la carta para al-Mushafí, el hombre que había sido un pilar en la corte, era la llave para abrir todas las puertas. Una llave que, tal y

como le acababa de revelar, se había perdido. Pero las llaves, pensó Abi Amir, podían duplicarse..., de conocer a un buen cerrajero.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó, neutro.

El muchacho dudó un instante. Sus ojos, del color del ámbar oscuro, parpadearon.

–Khalid –mintió, con una voz que intentaba ser ronca pero que se quebraba en los bordes–. Me llamo Khalid.

Khalid. «El Eterno». Un nombre común, demasiado común. Abi Amir asintió como si se lo creyera.

–Bien, Khalid. Sígueme.

Le sonó como una instrucción suave, y Liuva, con el mundo desmoronándose a su alrededor y perdida la esperanza de encontrarse con al-Mushafí, supo que no tenía opción. Siguió al joven de túnica blanca como un náufrago sigue el destello de un faro en la costa.

Abi Amir caminaba con paso seguro, como si Córdoba le perteneciera. Caminaron a través de callejuelas que olían a pan recién horneado y a especias hasta una puerta discreta de madera tallada de la que emanaba un vapor cálido y húmedo, perfumado con alcanfor y romero. El vapor se escapaba por la puerta como un aliento antiguo. El *hammam*. Mientras pagaba al encargado, deslizó un par de monedas y unas palabras rápidas en el oído de un chico descalzo que rondaba la entrada. El niño asintió y salió disparado como una flecha.

Dentro, el mundo pareció transformarse. El sol se filtraba por los tragaluces de la bóveda, creando columnas de polvo dorado que bailaban sobre el vapor. El aire era denso, tibio, cargado de los suspiros del agua sobre la piedra y el eco lejano de voces. El *hammam* olía a jabón y a piel caliente, y las estancias recogían el murmullo de las voces y lo devolvían luego multiplicado, como si las palabras también se purificaran allí. Hombres de todas las edades caminaban desnudos o apenas cubiertos por lienzos blancos, ajenos unos a otros, con una naturalidad que a Liuva le pareció obscena. Carne pálida y carne morena, cicatrices, musculaturas flacas o poderosas, todo expuesto sin pudor. Liuva se aferró al lienzo que le habían dado como si fuera una armadura, se envolvió en él hasta el cuello y avanzó con pasos cortos y

torpes, la mirada clavada en los mosaicos azules y verdes del suelo, notando la quemazón en las mejillas.

Abi Amir, a su lado, se despojó de su túnica con la sencillez de quien se quita una capa. Su cuerpo era delgado, pero bien formado; la piel, levemente aceitunada; el pelo, libre del turbante, oscuro y ondulado, le rozaba los hombros. Liuva desvió la mirada. Sintió sus mejillas encenderse y quiso pensar que era el calor. Abi Amir observó su rubor, divertido.

–¿No piensas quitarte el lienzo, Khalid? –le preguntó con sorna–. No se limpiará la suciedad de semanas a través de la tela.

La muchacha sacudió la cabeza con vehemencia y apretó aún más la tela contra su pecho. Un hombre obeso pasó rozándolos, su desnudez rotunda e insultante. Al ver que su acompañante contenía la respiración, Abi Amir se rio, un sonido suave que se mezcló con el gorgoteo del agua.

–Tranquilo –susurró–. Conozco tu secreto.

El corazón de Liuva pareció detenerse. Se aferró al lienzo con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos y lo miró con ojos aterrorizados. Si había descubierto su mentira, todo habría sido en vano.

Abi Amir se inclinó un poco hacia delante. Acercó el dedo índice a su pecho, en la base del cuello, justo en el borde de la tela.

–Aquí. Hay una marca más blanca que el resto. La marca perfecta de una cruz que ha estado colgando de un cordel durante años. –Sus ojos brillaban, con una chispa de inteligencia–. ¿Te la quitaste para entrar en la capital del califato? –Su tono no era cruel–. Hermano, aquí puedes ser lo que quieras: cristiano o judío. No es necesario ocultarte.

Un suspiro, largo y tembloroso, escapó de los labios de Liuva. El alivio, de lo agudo, casi le dobló las rodillas. Sólo había visto la señal de la cruz.

–Es... vergüenza –musitó, excusándose en la verdad a medias–. Los cristianos no estamos... acostumbrados a esto. A mirarnos..., a exponer nuestros cuerpos así, como vosotros. Es pecado...

Abi Amir asintió, comprensivo, y se reclinó contra el mármol caliente, dejando que el vapor abriera sus poros.

–Para nosotros es limpieza, purificación, respeto... Es estar limpios para Dios y para nuestros semejantes. Pero aquí, en Córdoba, el *hammam* no es sólo un lugar para lavar el cuerpo, igual que la mezquita no es sólo para rezar. Son... plazas claves. Lugares donde los hombres se encuentran, hablan y tejen favores. Quien no entra en ellos no existe. Un recién llegado como tú, sin amigos, es como una hoja suelta en el viento. Puede volar alto un momento, pero acabará pisoteada en el fango. Necesitas raíces, Khalid. O, al menos, la apariencia de tenerlas.

Cuando se sintieron limpios, con la piel enrojecida y los espíritus algo más ligeros, el rapaz ya los esperaba en la entrada. En los brazos sostenía un atuendo sencillo pero apropiado: una túnica de lino fino de color arena, un viejo cinturón de cuero y un turbante modesto. Liuva se vistió pudorosamente en un rincón. La gratitud le nubló la vista por un instante. Aquella ropa era el primer regalo que le otorgaba Córdoba.

Antes de que pudiera darle las gracias, Abi Amir la arrastró hasta el barbero, un hombre parco que, por una moneda, igualó el desastre de su cabello. Aún no tenía asomo de barba, pero la transformación era asombrosa. El zarrapastroso Khalid se había convertido, de repente, en un muchacho serio, de facciones finas y ojos dorados, que podía pasar por el hijo de algún mercader venido a menos o el aprendiz de un erudito.

–¿Por qué haces esto por mí? –preguntó–. Yo no puedo..., no puedo pagarte ahora.

–No hace falta. Y no te engañes: también lo hago por mí...

–Te compensaré en cuanto pueda. Lo juro.

–No jures. Alá es el único que sabe por qué suceden las cosas.

Habían salido a la calle y, como si Alá así lo hubiera previsto, repentinamente, al doblar un recodo de la judería, la mezquita se alzó ante ellos. Desde las puertas abiertas al patio, un bosque de arcos de herradura policromados en blanco y rojo parecían susurrar oraciones en piedra. En la fuente de las abluciones, entre el rumor del agua, Abi

Amir le mostró cómo lavarse manos, boca, nariz, rostro, brazos y pies con movimientos pausados, didácticos.

–Observa, pero no hagas nada que no sientas. Sólo entra conmigo. Si me aparto de ti, no me sigas, salvo que te lo pida.

Su acompañante asintió. Se descalzaron y entraron juntos. Había visto otras mezquitas, pero ninguna tan grande. La gran sala de oración era un océano de silencio y sombras frescas, roto por haces de luz que descendían de las lámparas e iluminaban las infinitas alfombras. El imam declamaba los textos sagrados frente al *mihrab*, y los hombres seguían el rezo. Liuva cerró los ojos y se dejó llevar por aquel murmullo adormecedor hasta que una voz cambió la vibración del aire, como una nueva corriente de agua en un arroyo.

Abrió los ojos. Abi Amir se encontraba ahora junto al imam, y, pese a su juventud, su voz se proyectaba por toda la estancia, llena de matices, de pausas, de suspiros. No leía, declamaba las suras con tal intensidad que los fieles permanecían prendidos de sus palabras. Hablaba del gesto de dar, de cómo se debe recibir a un extranjero en una comunidad y de cómo Dios devuelve siempre la generosidad multiplicada. Liuva se dio cuenta de que él solo, con sus palabras, era capaz de erizar pieles y levantar corazones.

Cuando salieron, lo entendió todo. Ibn al-Salim, el cadí supremo de Córdoba, estaba junto a la puerta fundacional que había mandado abrir el primer emir, Abderramán I al-Dahil. Liuva observó por unos instantes a aquel hombre de mediana edad con rostro afilado y barba entrecana, vestido con sencilla elegancia. Saludaba, recibía respetos, y su mirada parecía escrutarlo todo. Abi Amir no titubeó; se acercó y, tras inclinarse con un respeto que no era impostado, se dirigió al cadí en el mismo tono exquisito y templado que unos instantes antes había sido la voz de Dios.

–Con todos los respetos, venimos en busca de vuestra sabiduría, cadí. –Medía los tiempos y las palabras para asegurarse su atención–. Mi nombre es Abi Amir, alumno de leyes del maestro ben Mu‘awiya al-Qurasi. Éste es Khalid, un hermano que llega de la *kurah* de Balansiya.

Trae una carta de recomendación para el venerable Uthman al-Mushafí, que Alá lo tenga en su gloria.

El cadí miró a Liuva con curiosidad. En el silencio que siguió hubiera podido escuchar su corazón martilleándole las costillas.

–Una lástima –murmuró el cadí–. Al-Mushafí era un roble. Su sombra protegía a muchos.

–Así es –convino Abi Amir–. Pero quizá, en vuestra infinita sabiduría, podríais mostrar a este joven como dirigirse ahora al... al árbol adecuado. Tal vez el hijo de Uthman, Yafar, tan vinculado al príncipe al-Hakam, a quien me consta que tratáis, podría recibirlo. Khalid ha viajado durante cuarenta días a pie desde Xatiba porque tiene algo que puede interesar en Medina Azahara. Algo... que podría elevar la gloria de al-Ándalus por encima de sus rivales del norte, del mismísimo emperador de Bizancio, e incluso de los traidores abasíes que reinan en Bagdad y se creen los dueños del conocimiento.

La oración seguía fluyendo de fondo como un río antiguo, cuando Ibn al-Salim alzó una ceja, interesado. La mención de Bagdad, el rival intelectual y político, había despertado su interés. Los miró con cautela.

–Dejad que me despida y esperadme aquí –dijo, bajando la voz y apartándolos un poco del flujo de fieles–. Quiero que me contéis con calma. –Su mirada se posó en el zurrón de Liuva–. Si es un asunto que puede interesar al Comendador de los Creyentes y redundar en la gloria de Córdoba... –hizo una pausa, y una sonrisa astuta asomó a sus labios–, estoy seguro de que será beneficioso para todos.

Abi Amir asintió, una chispa de triunfo controlado en sus ojos oscuros. Liuva sintió que el suelo dejaba de ser tan inestable. Por primera vez desde que el molino, su hogar, ardiera, veía un puente tendido sobre el abismo.

–IV–

Medina Azahara, 344 H. / 956 d. C

La alfombra era tan espesa que parecía querer tragarse su pequeñez y su fraude. Liuva –Khalid, tenía que recordar ser Khalid– se mantenía de rodillas, con la cabeza gacha y los ojos clavados en un intrincado dibujo de zarcillos y flores doradas que se enredaban en un fondo carmesí, tan profundo que parecía beber la luz del pasillo. Cada hilo era una promesa de riqueza; cada dibujo, una afirmación de poder. Una sola fibra de aquella lana teñida con tintes de Oriente debía de costar más que todo lo que su familia había poseído jamás. A su lado, un ayuda de cámara con rostro de pocos amigos agarraba su zurrón de cuero, ya viejo y deslustrado, con sólo dos dedos, como si contuviera una serpiente. Su gesto de asco era tan claro como una sentencia.

Liuva se esforzaba para que su temblor resultara imperceptible. Un temblor que le nacía de las entrañas y le recorría el cuerpo. Para acallarlo, susurraba entre labios una letanía tranquilizadora: «Pater noster, qui es in caelis...». Pero las palabras no iban dirigidas al Dios de los cielos o, al menos, no sólo a él. También eran para su padre, cuyo amado rostro imaginaba de nuevo perdido entre las llamas y los escombros. «Santificetur nomen tuum...». ¿Era una herejía rezar por un muerto, convertir el padrenuestro en un mensaje personal? En aquel lugar, donde cada piedra cantaba la grandeza de Alá y de su profeta, probablemente sí. Pero era el único anclaje que la ataba al mundo que había dejado atrás.

Medina Azahara, más que una fortaleza palatina, era un universo tallado en mármol, yeso y agua. Desde el momento en que habían traspasado sus monumentales puertas, flanqueadas por guardias cuyas cotas de malla brillaban bajo el sol, Liuva se había sentido una parte mínima y prescindible de aquel gigantesco entramado. Cada pasillo era una galería de arcos que se perdían en la lejanía; cada puerta, un monumento de madera taraceada con marfil; cada recodo, el murmullo de una fuente en un patio privado. El aire olía a azahar y a agua fresca, en una pulcritud aterradora. Por los jardines geométricos, donde los arrayanes podados formaban setos perfectos y los canales dibujaban líneas de plata líquida, paseaban hombres vestidos con sedas ligeras portando rollos de pergamino o tablillas de cera. Se movían con una eficiencia silenciosa, los rostros serenos, los gestos calculados. Todo era orden, belleza y poder. Todo funcionaba. Todo encajaba. Menos su presencia allí. Su identidad era una farsa; sus ropas, prestadas. Sólo sus dedos, ásperos y heridos por la cal y la pulpa de lino, contaban la verdad.

«Esto es una temeridad», pensó, y el miedo le oprimió el pecho. ¿Cómo había creído que podría mostrar al Príncipe de los Creyentes, al heredero de un imperio poseedor de todos los secretos del mundo, algo que no conociera? La carta de al-Nasri, su plan desesperado, todo le pareció de pronto una fantasía infantil y ridícula.

La puerta se abrió sin ruido y, a un gesto del ayuda de cámara, entró. La estancia, amplia, fresca, con altas ventanas que daban a un patio interior, claramente era un lugar de trabajo. Mesas bajas repletas de libros y documentos, cofres de madera, mapas enrollados. En el centro, sobre un diván cubierto de ricos cojines, un hombre la observaba.

Yafar al-Mushafí debía de rondar los treinta y cinco años. Su barba era negra y cuidada, y escondía el cabello bajo un turbante inmaculado con un leve ribete dorado que resaltaba su piel morena. De rostro anguloso y nariz aguileña, no resultaba un hombre bello en el sentido convencional, pero había en él una dignidad serena, una inteligencia vivaz en sus ojos de halcón que lo hacían profundamente atractivo. El hijo del viejo preceptor, criado junto al príncipe al-Hakam, su sombra,

su mano derecha, su filtro ante el mundo, podía despachar a cualquiera con un simple gesto. Sin embargo, la historia que el cadí Ibn al-Salim le había hecho llegar había despertado su curiosidad.

–Acércate –dijo, con tono grave y calmado.

Liuva sintió que las piernas le flaqueaban. Al-Mushafí, contra todo protocolo cortesano, no le preguntó por su viaje ni por su salud ni por su familia. Fue directo al grano: tipos de fibra, tiempo de maceración, métodos de prensado y secado. Preguntas claras, técnicas, pensadas para separar el conocimiento real de la charlatanería.

Liuva, forzando una voz grave, supo responder con precisión; su padre le había enseñado todos los secretos del molino. Le contó sobre el lino y los trapos limpios, sobre moldes de caña y cola de pescado. Le explicó la molienda del trapo, el rumor incesante del agua, el batido paciente, el secado lento. Habló sin alzar la voz, sin adornos, como si la verdad bastara. Y Yafar escuchaba, preguntaba, corregía. En un momento dado, extendió la mano, y su ayuda de cámara le entregó una de las resmas que Liuva había traído. Con movimiento pausado, pero firme, la desplegó y la sostuvo a la luz vacilante de las velas. Los dedos, largos y finos, acariciaron la superficie. Un destello de asombro, rápido pero innegable, le cruzó la mirada.

–Traed tinta y cálamo –ordenó.

Lo mojó cuidadosamente en el tintero y con pulcritud trazó unas letras sobre el papel. Al-Mushafí contuvo la respiración. La tinta no se corrió, no se empapaba la pulida superficie; se quedó plasmada con una nitidez perfecta, suave. Miró el resultado, y luego a Liuva. Su decisión estaba tomada.

–Haced venir al príncipe. –El gesto del ayuda de cámara, sorprendido, evidenció que saltaba un protocolo centenario. Aquello lo merecía–. Decidle que alguien le ha traído un obsequio desde Balansiya.

La espera que siguió fue una agonía en silencio. Liuva, con la mirada baja de nuevo, se aferraba a la percepción de los detalles para no desmayarse: el polvo de oro danzando en un rayo de sol, el canto lejano de un ruiseñor en los jardines, el suave crujido de las sedas de al-

Mushafí al moverse. Cada segundo, una eternidad, hasta que la puerta se abrió de nuevo.

–Por Alá, Yafar –rezongó el príncipe al-Hakam al entrar, con un deje de afecto–, me arrancas de un pasaje fascinante de Ptolomeo. Espero que lo que tengas que mostrarme valga la pena, o te condenaré a copiar el *Kitab al-Zij* entero.

Una energía, un carisma cálido y voraz emanaba de al-Hakam. De rostro ancho y mirada inteligente, con ojos vivaces y oscuros, destacaba en su rostro una barba rubia y corta. Parecía poco mayor que al-Mushafí, y Liuva detectó entre ambos una complicidad implícita; una familiaridad hecha de gestos mínimos, de roces permitidos, de gestos que no necesitaban palabras. El príncipe le rozó el brazo con naturalidad. El consejero, más discreto, respondió con una leve inclinación de cabeza y una sonrisa contenida.

–Mirad, señor. –Al-Mushafí le mostró el soporte donde acababa de escribir.

Nada más verlo, la expresión de queja del príncipe se desvaneció. Tocó el papel. Lo dobló ligeramente, sopesando su flexibilidad. Leyó las palabras. Las rozó con los dedos y se miró las yemas. Luego, alzó la mirada hacia Liuva. Sus ojos destellaban con pasión.

–¿Qué es esto? –preguntó como en un susurro lleno de maravilla. Al-Mushafí hizo un gesto con la cabeza. Liuva no supo si debía hablar o no hasta que el príncipe insistió–: ¡Habla!

–Se llama *quirtas*, *al-Amir al-Sayyid*. Se fabrica con fibras vegetales –contestó Liuva al fin, sintiendo la voz extraña y la boca seca.

–¿De dónde lo has sacado?

–Lo he hecho yo. Bueno, mi padre... Pero yo lo ayudé. Conozco el proceso.

El príncipe se acercó y fijó su mirada, intensa y curiosa, en ella.

–Alza la cabeza.

Liuva obedeció, con miedo de enfrentarse por primera vez a la mirada del heredero del mayor poder de Occidente. Pero en aquellos ojos no vio la ira de un déspota, sólo la chispa febril del erudito que ha comprendido, que ha encontrado una pieza única.

–¿Qué pides a cambio de esto?

Liuva inspiró hondo. El momento que tanto había esperado... Y, con una calma sorprendente, expuso su propuesta: la producción en exclusiva para el califato a cambio de la reconstrucción del molino en Xatiba y la ayuda para su familia. El suficiente dinero para sacarlos de la vergüenza de mendigar, de deber hasta la *yizia*, el impuesto que garantizaba su fe y que les permitiría volver a la iglesia y dejar de rezar en la clandestinidad.

–Mi madre ya no es dueña ni de su propia fe, mi señor –concluyó, apelando a su compasión.

Al-Hakam la escuchaba con atención, sin dejar de acariciar la pieza de papel.

–Nadie está por encima de la ley –afirmó entonces–. Xatiba sólo exige los impuestos que Córdoba le reclama, pero no temas: pagaremos vuestro tributo. Tu familia podrá conservar su fe.

–Gracias, mi señor.

–No hará falta molestar a mi padre, el califa –sonrió el príncipe–. Yafar, ocúpate de los detalles: el préstamo y cómo se devolverá en un futuro, la partida necesaria para la reconstrucción del molino y el taller y la redacción de un contrato exclusivo para la producción de papel. Aun así... –su mirada se volvió de nuevo a Liuva, afilada como la hoja de un cuchillo–, quiero una garantía. Tú te quedarás aquí, en Medina Azahara. Te formarás con nosotros. Nadie sentirá la tentación de vender a otros el secreto si su... «hijo» está aquí.

El suelo pareció abrirse bajo los pies de Liuva. En la corte. Entre hombres. Día y noche. Le sería imposible mantener la farsa. Aquello era una sentencia.

–Pero nadie se atrevería a venderlo a nadie más, mi señor –trató de argumentar, con la voz quebrada–. Es un privilegio serviros.

–Aun así –insistió el príncipe, en tono amable pero inquebrantable–, deseo que sirvas al califato. Personalmente.

–Yo no sé de armas... –balbuceó.

Al-Hakam dibujó una sonrisa amplia y llena de genuino interés.

–Eres avispado, resolutivo y, según parece, con cierta formación, pues hablas el árabe perfectamente, el romance, e imagino que sabrás latín y algo de griego, si te has criado entre curas. Yafar pedirá al jefe de la cancillería que te busque un lugar. Por el momento, residirás en la madrasa, junto a la mezquita, con los demás estudiantes. Aprenderás literatura árabe y los textos sagrados. La Córdoba que yo tengo en mente, muchacho, no necesita más soldados. Necesita hombres de letras.

«La madrasa, con los otros estudiantes». Esas palabras resonaron en la mente de Liuva como una campana fúnebre. Cerró los ojos. Era el fin, la deshonra, la ruina definitiva de su familia tras ella.

Una fuerza extraña, nacida de la desesperación y de un último rescoldo de dignidad, la recorrió. Se irguió. Ya no era Khalid, el muchacho asustado que debía recordar modular la voz y fajarse el pecho. Era Liuva. Su padre había sido el único fabricante de papel del califato, y ella había llegado hasta el corazón de Medina Azahara contra todo pronóstico para llegar a un acuerdo con el mismísimo califa. Miró directamente a los ojos del príncipe al-Hakam, desafiando siglos de protocolo.

–Lamento decepcionaros, mi señor –dijo, y su voz, por primera vez desde que llegó al sur, sonó clara–. Pero, si Córdoba busca hombres de letras..., no os puedo ser de ayuda.

Se llevó las manos al cinturón y se lo desabrochó, para exponerse, en un gesto de rendición. Abrió los brazos ligeramente para mostrar su cuerpo delgado, modelado levemente por la túnica.

–Porque yo... soy una mujer.

El silencio que siguió fue absoluto. El ayuda de cámara, lívido, contuvo la respiración. Yafar al-Mushafí arqueó lentamente una ceja. El príncipe al-Hakam no apartó la mirada de ella. Un instante después, su gesto se trocó en sorpresa, para luego mostrar no ira, sino una profunda curiosidad, mezclada con algo que parecía admiración.

Liuva había agachado la cabeza, esperando el grito, el arresto, el golpe. En el fondo, se sentía aliviada ante aquel silencio cargado, en el que la verdad, por fin liberada, pendía en el aire, tan fina y frágil como

la pieza de papel que el heredero al trono de Córdoba aún sostenía en su mano.

–V–

Córdoba 344 H. / 956 d. C.

–¿Una mujer?

Las palabras resonaron en la cabeza de Abi Amir con el eco de una bofetada. Su tío le había escupido la noticia con un sarcasmo mal disimulado. Sabía que Khalid no era el verdadero nombre del muchacho de ojos ámbar y manos finas, el portador del papel milagroso. Durante los días que había pasado junto a ellos, en la casa de su tío, esperando la prometida audiencia en Medina Azahara, había llegado a sentir cierto vínculo con él, quizá nacido de la mutua orfandad, de esa sensación compartida de ser forasteros en Córdoba. No le había interesado su verdadero nombre, como no le había importado su credo, pero era... ¿una mujer?

–Había algo raro en él... –masculló como para sí mismo. Aquella fragilidad bajo las ropas anchas, el pudor excesivo en el *hammam*, la voz quebrada, supuestamente por timidez y vergüenza... Ahora todo encajaba con una claridad humillante.

–¡Algo raro! –bufó su tío, dándole una palmada brusca en la nuca que lo obligó a cerrar los ojos–. Algo raro dice. Toda Córdoba habla ya de la muchacha cristiana que se ha plantado delante del heredero de los Omeya sin que ningún eunuco, ningún guardia, ningún «hombre» listo se diera cuenta –soltó una risa áspera, cargada de desprecio–. Somos el hazmerreír del arrabal. No sé cómo accedí a que entrara en esta casa..., ¡como un perro apaleado! ¡Quién sabe qué oscuras intenciones tenía, si llegó enarbolando tamaña mentira como un estandarte!

–Quizá fue sólo para protegerse. Viajaba sola –le recordó–. Y quiero pensar que fue Alá quien te inspiró a acogerla...

–No metas a Alá en todos tus caprichos... –respondió su tío–. ¿No eres tan sagaz para todo, sobrino? ¿O sólo para los libros, aunque aún no te den de comer? Vete a los soportales del alcázar, anda. ¡A ver si alguien necesita un poco de tu sabiduría!

El sol de la mañana lucía implacable. La Córdoba que lo rodeaba, tan familiar, le pareció hostil, llena de ojos que lo juzgaban. Mientras se dirigía hacia el puente, se encontró con aquel mismo grupo de muchachos que siempre se burlaban de su devoción por los estudios, de la túnica blanca que intentaba mantener limpia en un mundo de polvo.

–¡Eh, mira, el alfaquí! –gritó uno–. ¡El que estudia tanto que no ve más allá de su propia nariz!

–¿Qué ha pasado? –preguntó otro, provocando una risotada general–. Cuentan que metiste a una muchacha en tu casa, que te arrimaste a ella en el *hammam* y ni te diste cuenta.

–Vio sólo lo que deseaba ver –soltó un tercero con acritud.

–¡Alá no quiera que tengas que representarme en un pleito!

Abi Amir apretó la mandíbula. No respondió. Siguió su camino, mirando al frente y recitando para sí: «Bismillah al-Rahman al-Rahim». Sólo las palabras sagradas podían ofrecerle un ancla contra la ira que lo instaba a volverse y enfrentarse a ellos, a golpear hasta que la humillación se lavara con sangre.

Pero no lo hizo. En lo más recóndito de su ser, creía que tenían razón. Se lo merecía. Una vergüenza abrasadora, más intensa que el sol, lo aconjogaba. Se había dejado engañar. Había visto un proyecto, una oportunidad, y había pasado por alto todo lo demás. ¿Y si todo aquello resultaba ser una mentira aún más elaborada? ¿Y si aquel papel no era tan valioso, si la historia era un cuento, y él, Abi Amir, se convertía en el necio que había movido los hilos para introducir a una impostora en la corte palatina más preciada de Occidente? La furia del *háyib* caería sobre él. Sobre el cadí Ibn al-Salim, que había confiado en él. Y las consecuencias...

Entonces, una fruta podrida, lanzada con fuerza desde atrás, le impactó en el hombro. El jugo agrio y pardusco manchó la impecable blancura de su túnica, extendiéndose como un estigma. Se detuvo. Respiró hondo. «Al-hamdu lillahi rabbil ‘alamin». No se limpió. Y tampoco se volvió. Su única reacción fue clavarse las uñas en las palmas de la mano, y reanudó la marcha. La contención era una disciplina. Como la escritura. Como la memoria.

Frente al alcázar, en los sombríos soportales donde los escribanos públicos ofrecían sus servicios, apenas había clientes. Abi Amir desplegó un pequeño taburete y el tintero. Trató de concentrarse en la lección que repasaría más tarde con su maestro bagdadí, pero la mancha en el hombro le quemaba.

–¿Eres tú Abi Amir? –Un esclavo norteafricano lo sacó de sus pensamientos–. El cadí Ibn al-Salim te reclama. Inmediatamente.

El joven alfaquí sintió que la boca se le secaba por completo. «Aquí está», pensó. La represalia. Ya habrían llegado las noticias a Medina Azahara. La vergüenza de la impostura habría salpicado al cadí, y éste, para lavar su honor, descargaría toda la culpa sobre el mensajero, ese joven iluso que le había presentado al falso Khalid. Se levantó, las piernas débiles, recogió sus enseres y siguió al sirviente como de camino al cadalso.

La casa de Ibn al-Salim no era un palacio, pero rezumaba una riqueza serena y sólida. Patios con fuentes murmurantes, paredes enlucidas de blanco, alfombras que ahogaban los pasos. Con una nostalgia presentida, sintió que aquel universo, el sueño de un futuro más próspero, se le cerraba para siempre mientras aguardaba a que lo llamaran.

El cadí estaba sentado junto a una mesa baja, en la que reposaba una bandeja con una infusión de hierbabuena.

–Acércate, hijo mío –murmuró Ibn al-Salim, fijando la mirada en la mancha de su túnica.

A Ami Amir le sorprendió el tono: no sonaba a ira, sino a una calma casi paternal. Se acercó unos pasos, predispuesto para la reprimenda,

para la pérdida del favor. Pero, en lugar de eso, el cadí le indicó que se sentara frente a él y, con sus propias manos, le sirvió una taza humeante.

–Siempre digo –comenzó Ibn al-Salim, acercando la taza a Abi Amir– que hacer el bien tiene su recompensa en la otra vida. Y a veces, por gracia de Alá, incluso en ésta.

El joven lo miró, desconcertado, sin atreverse a beber.

–Ha llegado un mensaje –continuó el cadí, y una sonrisa genuina, cargada de satisfacción, se extendió por su rostro afilado–. De Yafar al-Mushafí en persona. Agradece mi gestión –remarcó deliberadamente– por hacerle llegar a «vuestro amigo»..., esa muchacha cristiana..., a la corte. El príncipe al-Hakam, al parecer, está fascinado. No sólo con el *quirtas*, el magnífico papel, sino con su sabiduría, su caligrafía exquisita y sus conocimientos de idiomas. La ha integrado ya en Medina Azahara.

Abi Amir apenas podía respirar. ¿Aquello era un elogio?

–No le he dicho –prosiguió Ibn al-Salim, astuto, inclinándose un poco hacia delante– que el mérito no era mío. Pero reconozco que así es. Quizás otro se hubiera dejado llevar por prejuicios, pero tú, por lo que sea, por encima de sexos o religiones, supiste reconocer a quien podía ser útil al califato. Un talento puro. Una herramienta valiosa. Y actuaste con celeridad. Y eso –tomó un sorbo corto– te hace valioso a tu vez.

Abi Amir bajó la vista, a la taza de té.

–Yo... no sabía que era una muchacha –confesó, sincero y con la voz ronca. Una incomodidad repentina, cálida y confusa a la vez, lo invadió al recordar el casi imperceptible temblor de Liuva en el *hammam*, su mirada al tiempo temerosa y determinada, la cercanía involuntaria entre el vapor, las risas en casa de su tío al tejer en sueños las posibilidades de la audiencia en la ciudad palatina, su excesiva rigidez en el camastro que habían compartido... ¿Había imaginado, aun sin darse cuenta, que no era un muchacho? El rubor le sombreó el rostro.

Ibn al-Salim asintió, comprensivo.

–Te honra tu sinceridad al admitirlo. Pero mira el resultado... Alá, en su infinita sabiduría, ha decidido recompensar tu perspicacia, aunque

fuera ciega. –Hizo una pausa efectista–. Te he investigado, joven Abi Amir.

Las palabras flotaron en el aire cargado de aroma a hierbabuena. El joven alzó la cabeza lentamente.

–¿Investigarme..., a mí?

–Sí. Reconozco que, si te hubieras acercado a pedirme una prebenda para ti mismo, te habría despachado sin contemplaciones. Pero usaste la atención y el momento para pedir un favor para otra persona. Supiste explicarlo de forma resumida y antepusiste el interés del califato a tus intereses personales. Podría contar con los dedos de una mano la gente capaz de hacer algo así en la administración de Córdoba...

Abi Amir guardó silencio, halagado. No sabía muy bien qué decir, y eso no hablaría bien de su elocuencia.

–No es ningún secreto –afirmó el cadí de repente, con desgana–. Los *saqalibas*, esos eslavos manumitidos, se están haciendo dueños de la administración. Los bereberes se hacen fuertes en el ejército. ¿Qué nos queda a los árabes? ¿Sólo la tierra? Sé que tu familia procede de Yemen, tus antepasados entraron en al-Ándalus con el gran Tariq para enfrentarse al rey Rodrigo. Sí, tu familia es fiel al islam y a la tradición, no como ese hatajo de recién conversos que interpretan los hadices a su antojo. Tu abuelo fue cadí de Isbiliya, si no me equivoco, y tu padre murió cuando volvía de su peregrinación a La Meca, que Dios lo tenga en su gloria...

El olor dulzón de la alquería el día del entierro. La legión de moscas que las comadres espantaban con abanicos de caña. Abi Amir cerró los ojos, turbado.

–He hablado con tus maestros. Todos tienen una gran opinión de ti, muchacho. Brillante, aseguran. Si no fuera huérfano... Si no tuviera que enviar la mitad de su jornal a su familia... Si alguien apostara por él más de lo que lo hace su tío, que lo trata a palos... Todo eso han llegado a decirme. ¿Es cierto, Abi Amir?

Éste tragó saliva.

–Mi tío cumple con su deber –afirmó con lealtad inquebrantable–. No es fácil para él mantener otra boca ni hacerse cargo de un extraño,

aunque sea de su sangre. Alá no se llevó a mi padre en el mejor de los momentos, pero sin duda sus designios obedecen a un plan que desconocemos.

–Sin duda –confirmó el cadí–. No podemos saber cómo hubieran sido tus estudios en Córdoba si tu padre no hubiera fallecido, pero sí sé cómo podrían ser a partir de ahora... –Posó en él sus ojos afilados, surcados de incontables arrugas–. Te vendrás a mi casa. Serás mi secretario personal y me asistirás en el desempeño de mis funciones. Por supuesto, tendrás un sueldo. Aprenderás más aquí que entre los libros, pero... seguirás estudiando. Soy muy exigente, Abi Amir. Y sólo tendrás una oportunidad, porque no acepto a nadie que traicione mi confianza. Si vales, te ayudaré. Si no vales, no me temblará el pulso a la hora de devolverte al arrabal. ¿Lo has entendido?

No, no lo había entendido, porque no podía ser cierto. A sus sólo diecisiete años, uno de los hombres más poderosos de Córdoba le ofrecía que trabajara para él, que se instalara en aquel palacete de ensueño arrullado por el rumor del agua. Lo miró con ojos húmedos de agradecimiento e incredulidad. Quiso preguntar por qué, pero intuyó que hacerlo sería dudar de sí mismo.

–Si aceptas, mi sirviente te acompañará a casa de tu tío a recoger tus enseres. Le pediré que alquile un carro.

–No hará falta –reconoció Abi Amir casi sin voz, inclinándose ante él, humilde–. No tengo tantas cosas.

Ibn al-Salim lo entendió. No mostraba servilismo, sólo un pragmatismo feroz. Posó la mano en el hombro del joven, que se estremeció a su contacto. Hacía casi cuatro años que nadie se permitía un gesto de cariño con él.

–No me decepciones, Abi Amir.

–No, señor –aseguró, mirándolo a los ojos–. No lo haré. Nunca.

La vergüenza de primera hora de la mañana se disolvía como la miel en leche caliente en Abi Amir. Ahora sentía un nuevo vértigo. Con elegancia, rechazó la propuesta del sirviente de proporcionarle ropa limpia, que aún olía a romero y al humo del planchado. La mancha de la fruta podrida en su túnica ya no era un estigma, sino un signo de

resiliencia. Salió de allí con una sonrisa nueva y un juramento de lealtad; con la seguridad de que aquella cristiana de ojos de ámbar no había llegado a su vida por casualidad. Quizás había sido su padre quien se la había enviado. Desde el paraíso, como quien envía un ángel protector.

–VI–

Medina Azahara, 345 H. / 957 d. C.

Si el párroco de Xatiba le hubiera pedido que describiera el paraíso, Liuva habría imaginado algo parecido. Siempre que la imaginación le hubiera dado para tanto.

El harén de Abderramán III en Medina Azahara no era la prisión que se había temido. Era un universo inmenso suspendido en mármol y agua, un lugar donde la belleza se cultivaba con la misma minuciosidad que los arrayanes de los jardines. Allí, el tiempo parecía fluir más lento, más denso. Constituía casi una ciudad aparte, con sus eunucos, sus guardias, sus sirvientes, sus esclavas y su clase dominante; un mundo laberíntico y pulcro de aromas y miradas sutiles, de corredores, celosías, patios abiertos y estancias cerradas que daban cobijo a más de cinco mil personas. Aterrador y fascinante a partes iguales.

El mayor miedo de su madre, allí en Xatiba, siempre había sido que alguna de sus preciadas hijas acabase formando parte del serrallo del califa. Eso, ahora, se había hecho realidad. Aunque en verdad esa realidad poco tenía que ver con lo que el párroco de su aldea había equiparado con la antesala del pecado y con lo que ella misma había imaginado, con horror, en el momento en que el príncipe al-Hakam, una vez conocida su condición de mujer, había ordenado que la trasladaran al harén de su padre.

La habían llevado allí casi a rastras, debía confesar, con la única compañía de un eunuco calvo de mofletes redondos que enseguida había dado las ordenes pertinentes para que un ejército de mujeres de

piel oscura y ojos silenciosos la desnudase, la restregase de arriba abajo, la aceitara y masajeara. La corte de esclavas se había reído de su figura desgarbada, de su corte de pelo y sus minúsculos pechos, fajados durante dos meses, y hasta el momento nadie la había requerido sexualmente. Comparada con la mayoría de mujeres que habitaban aquellos corredores, con sedas coloridas, ojos seductores y melenas brillantes, ella no era más que un polluelo recién salido del cascarón.

Pronto aprendió que para los musulmanes la idea de jardín era en sí misma la idea del *yanna*, el paraíso. Porque el agua y el verdor que faltaba en las tierras donde había nacido el islam se garantizaban en la vida eterna, y cualquier patio debía encarnar esa idea. Quizá por eso el corazón del harén era una gran piscina central de mármol blanco, donde el agua, siempre fresca y perfumada con esencias, reflejaba los arcos de herradura de las galerías y las celosías que filtraban la luz en patrones geométricos y florales. El aire vibraba con el gorjeo de pájaros de colores brillantes que dormían en jaulas de plata, el susurro constante de las fuentes y el leve roce de sedas. En el patio abierto, palmeras datileras, limoneros y fragantes naranjos componían una muestra de color y abundancia. Eunucos eslavos, altos, imberbes y de movimientos fluidos atendían en silencio cada gesto, cada deseo tácito de las mujeres. Era un mundo de sensaciones puras, una burbuja de indolencia y lujo, aunque, y Liuva no tardó en comprenderlo, ocultaba un laberinto de voluntades en conflicto.

Había sido Fátima bint Zakariya, la hija de un librero judío, uno de los más afamados de la ciudad, quien se había apiadado de ella como para explicarle las normas básicas, casi implícitas. Fátima, sólo un par de años mayor que ella, era descarada y rebelde. También estaba en formación con otras escribanas y estudiosas de poesía y lengua. Asistían juntas a unas clases que ella se esforzaba en seguir, deleitándose en la belleza de las novedosas formas métricas que descubría con asombro. Todo era nuevo, una caricia para los sentidos. Jamás, ni en sus deseos más ocultos en las riberas del al-Baida, se hubiera imaginado estudiando poesía árabe en un entorno tan bello que con sólo mirarlo entraban unas ganas irremediables de llorar.

–Eso es nostalgia –diagnosticaba Fátima, cáustica–. Se te pasará enseguida.

Nostalgia, sí. De su tierra, de su familia, de sus hermanas y su madre, del trabajo en el molino, de la venta de las resmas de papel en el zoco, de la traducción de las cartas de los vecinos a la administración. También del anciano al-Nasri, que la había ayudado a amar la lengua árabe; de don Alfonso, el párroco, que le había permitido leer en latín sus volúmenes sobre martirología... Había enviado cartas a todos ellos explicando las buenas nuevas, pero aún no había recibido ninguna respuesta. Pero también algo más, otro tipo de nostalgia presentida que la invadía cuando su mirada rozaba la silueta inalcanzable del *al-Wali al-Ahd*, el príncipe heredero. Una emoción que la llenaba y vaciaba a un tiempo.

–No esperes que el Comendador de los Creyentes vaya a venir a reclamarte para sus aposentos –se rio Fátima un día–. Esto no funciona así, querida. Para él eres una escriba en formación. El califa ni siquiera sabe que existes. Y aquí dentro hay como quinientas mujeres que matarían por ser elegidas. Y, cuando digo «matarían» –subrayó–, es que, literalmente, estarían dispuestas a matar...

–¿Por el califa? ¡Si es un anciano...!

–No seas impertinente, cristiana –la reprendió–. El califa es la imagen de Dios en la tierra y no tiene edad, pero, si la tuviera –apuntó con malicia–, rondaría los sesenta y tantos. Pero eso no impide nada. La prueba anda correteando por los pasillos: ya has visto al hijo de Mustaq, su favorita, al-Muguira.

Liuva conocía a la bella Mustaq. La joven había conquistado el corazón del califa después de la muerte de su amada Maryam, la madre del príncipe al-Hakam. Siempre pegado a su falda y a las de sus nodrizas, iba el pequeño al-Muguira, un niño de no más de cinco años, sonriente y feliz, de grandes ojos y cabello rizado, que hacía las delicias del harén. Era la última gran debilidad del califa, se decía. Su hermano al-Hakam lo adoraba, y el chiquillo en ocasiones se escapaba a la biblioteca, ese fascinante lugar que olía a polvo suspendido y a tiempo en el que su hermano pretendía atesorar todo el saber del mundo.

Mustaq vivía cada ausencia con la preocupación de una madre y la tensión de una mujer que sabe que la mera existencia de su hijo ponía en peligro al heredero al trono. Quizá por eso, pese a su posición privilegiada, paseaba en sus ojos una sombra de infelicidad.

–Y, si esto es un... un simple lugar de placer para los califas, ¿por qué se molestan en que estudiemos?

–Querida, la mayoría de las mujeres que hay aquí jamás pasarán una noche de intimidad con el califa, pero tocarán la lira en sus cenas, recitarán moaxajas para sus invitados o cantarán y bailarán en sus fiestas. Las más cultivadas en letras escribiremos sus cartas, corregiremos su caligrafía, la enlazaremos en estrofas cúficas, hermosas en forma y contenido, y seremos la voz que el califato desea proyectar al mundo. Los poderosos deciden qué hacer con nosotras. De momento, somos objetos valiosos, caros, de prestigio. Como libros raros y miniados en anaqueles que nadie consultará jamás. Somos doncellas cultas que Córdoba puede permitirse para demostrar que no necesita que sus mujeres se ensucien las manos. Cuantas más seamos, mayor será la gloria del califa. Y luego, ocasionalmente, de forma casual o forzada, alguna terminará llamando la atención de alguien y gozará entonces de la oportunidad de engendrar a un hijo varón.

–¿Y el príncipe? –preguntó Liuva, sintiendo un escalofrío–. ¿Él no busca aquí también a sus... concubinas?

–¡No! –Fátima compuso un gesto de espanto–. El príncipe no tiene harén propio. Aunque aquí se encuentra su prometida, Radhia, aún no puede casarse ni tener concubinas. Es el heredero. Su padre cree que las intrigas de harén roban mucho tiempo, y por eso no le permite disponer de uno propio hasta que no sea califa de pleno derecho.

«El anciano Abderramán no va muy desencaminado», observó Liuva para sí. Se contaba que lo había experimentado en carne propia.

–¿Y el príncipe acata esa decisión de buen grado?

–Bueno... –Fátima sonrió con malicia–. No parece que le importe mucho. Todo el mundo sabe cómo se alivia el príncipe...

Liuva parpadeó, sorprendida. No comprendió la insinuación, pero no le pareció oportuno seguir preguntando. En ese momento, Fátima se

esforzaba por colocarle con cierta gracia un pañuelo para ocultar su corte de pelo. Y, entretanto, hablaba continuamente, empeñada en proporcionarle una guía rápida de amistades y enemistades para que pudiera saber a quién tratar de acercarse y por qué.

–A quien todos sirven y hacen caso es a Muzna. Ella es la abeja reina de esta colmena –señaló–. Tiene setenta y seis años, y cumple cada uno que pasa como un triunfo. Es de origen cristiano, como tú, un relicario vivo, y la madre del propio califa...: de ella ha heredado el Príncipe de los Creyentes sus ojos claros. Tiene ese velo que ahora los físicos llaman agua. El médico judío, Hasday ben Saprut, se ha ofrecido a operarla, pero ella no quiere. Dice que para lo que le queda por ver no merece la pena... Pero yo creo que es una farsa para poder mirarte fijamente y meterse en tu alma. Sabe cómo taladrarte por dentro, con sabiduría helada... Yo te aconsejaría que trates de acercarte a Hind, la hermana de al-Hakam. La tiene en muchísima consideración. Es lista como ella sola, tan lista –sonrió– que no ha querido casarse, ha denegado cualquier enlace..., y ha preferido quedarse aquí. Compone poemas, toca la lira y creo que se siente dolida porque considera que es merecedora de más. No se arregla tanto como las demás y desprecia los afeites, que considera artificiales, pero a mí me parece que su belleza tiene un toque melancólico...

–Es mayor incluso que la mujer de su padre –observó Liuva.

–Sí. Y no se llevan especialmente bien, pero se soportan. Hind es una mujer letrada y sabia. Mustaq es belleza vacía. Su hijo al-Muguira es su único valedor. Si no fuera la madre de un hijo varón del califa, tendría poco valor. Y luego... –señaló a través del espejo a una figura envuelta en gasas que pasaba por el corredor– está Radhia.

–¿La prometida de al-Hakam? ¿Cómo es?

–Altiva. Fría. Desprecia todo lo que no sea de origen árabe. A las judías como yo, a las mozárabes como tú, a los eunucos eslavos, a las esclavas bereberes... –Se encogió de hombros–. Tiene una altísima percepción de sí misma, pero...

–¿Pero?

–Se le acaba el tiempo –le susurró al oído.

No era la primera vez que escuchaba eso. El *hammam* hervía en murmuraciones y secretos que no eran tales. Objeto de buena parte de ellos, Radhia, la prometida de al-Hakam, de veinticinco años, belleza evidente y alta cuna, desprendía una tensión palpable. La esperada boda nunca se celebraba, y su futuro esposo, sumido en libros y debates, no se preocupaba por ella. La desesperación la sumía en una amargura ácida que salpicaba a cualquiera que pudiera parecerle una rival.

Los odios y las alianzas en el *hammam* eran tan sutiles como los dibujos que las celosías trazaban el suelo, pero Liuva se propuso entenderlos. Muzna y Hind, aunque se despreciaban mutuamente, sentían curiosidad por ella, y la protegían. Para ellas, esa niña cristiana era una reliquia extraña, un juguete nuevo e inocente en un tablero viejo y cansado. Y, sin ser hermosa, el interés del príncipe por su formación representaba una amenaza para Radhia. Incluso para la segura Mustaq, cualquier nueva mujer joven era, por definición, una rival.

Tras el vértigo inicial, Liuva se sorprendió a sí misma adaptándose a los ritmos del harén. Los eunucos dispusieron para ella vestiduras de lino y seda fina, en colores suaves que no había visto nunca. La propia Hind le aconsejó taparse con un velo ligero, como las mujeres nobles, mientras su pelo, en un cerquillo desastroso, creciera en lo que parecían bucles cobrizos. Fue Fátima quien, con una mezcla de burla y complicidad, la sentó frente a un espejo de plata pulida y le pintó por vez primera los ojos con khol, acentuando de manera exquisita su mirada de ámbar.

–Así, al menos, no parecerás el mozo de las cuadras –le dijo, con su franqueza habitual.

Muzna, que la observaba sin verla apoyada en su bastón de marfil, asintió con lentitud.

–El nombre también debe cambiar. Liuva... suena a espada bárbara. Aquí serás Lubna. Es un nombre árabe, y no es tan diferente al tuyo. Significa «la de la esencia dulce», huele a almendro en flor. Quienes hemos sido conversas o no procedemos de las familias fundadoras no podemos adoptar los grandes nombres de la dinastía o de la familia del profeta, que la paz y las bendiciones de Alá sean con él. Seremos

siempre Flor, Noche, Perla, Rocío, Lluvia..., como yo misma... –admitió con tristeza marchita–. Nombres de objetos. Bellos, pero prescindibles.

Lubna. El nombre cayó sobre ella como una lluvia suave. Aceptó el velo, aceptó el khol, y poco a poco comenzó a aceptar la nueva piel. El miedo inicial al harén, al califa, al poder omnipresente se transformó en una extraña serenidad. Se acostumbró a calzar unas babuchas de piel finísima, a la caricia de la henna, a los vapores perfumados del *hammam*, a la indolencia de las tardes bordando, escuchando poemas o saboreando pasteles entre el tañido del laúd y el rumor del agua. Y, en lo más profundo de su ser, una parte de ella que no se atrevía a nombrar empezó a florecer. Se descubrió casi bella, y, con vergonzosa impaciencia, empezó a desear que el príncipe al-Hakam la reclamara. Aunque sólo fuera, se decía, para observar sus avances de niña aplicada.

La había visto ya una vez con sus nuevas vestiduras. Un día, en el jardín interior, cuando ella leía bajo una enredadera, mientras paseaba junto a su chambelán, su mirada se había detenido en ella, con curiosidad, pero también con una atención nueva. Lubna había sentido que se le aceleraba el pulso. Él había sonreído, educado, antes de continuar su camino. Desde entonces, ella aprendía el arte más difícil de todos: el de esperar. Esperar su llamada, la oportunidad de mostrarle sus avances en poesía árabe, en caligrafía, en la compresión de los complicados registros de la cancillería. Y también aprendía a navegar las corrientes del harén. Se había hecho cercana a la anciana Muzna, cuya melancolía cristiana resonaba con la suya, y a Hind, cuya inteligencia afilada y solitaria la intrigaba, aunque era con Fátima con quien había entablado una amistad de chispas y confidencias. Y ya sabía que debía evitar a Radhia, cuyos ojos la perseguían como los gatos a los pájaros.

Fue Fátima quien, una tarde, mientras compartían dulces de miel, la avisó:

–Ten cuidado, Lubna –le dijo, bajando la voz–. Te veo suspirar por el príncipe. Radhia no permitirá que exista rival alguna. Y en este lugar... pueden pasar cosas. Un *sharab* con un sabor extraño, un escalón resbaladizo en el baño, un rumor que llega a oídos equivocados... Además –añadió, con una sonrisa socarrona y un brillo malicioso en los

ojos–, ¿para qué te desvives por llamar la atención de al-Hakam? Aunque sólo se diga en susurros, todo el mundo sabe quién calienta su lecho...

–¿Quién?

–Su chambelán, Yafar. Es él quien goza de su corazón, de su confianza... –arqueó sus cejas–, y de sus noches.

Las palabras de Fátima le cayeron como un jarro de agua helada, y Lubna notó que el rubor de su rostro delataba su ingenuidad. ¿Era posible? Pensó en cómo al-Hakam se dirigía a Yafar al-Mushafí, la confianza íntima, incluso aquellos roces casuales que ahora, repentinamente, adquirían un significado completamente distinto. Un nudo de vergüenza y desilusión se le formó en la garganta.

Esa noche, en la intimidad de su pequeña alcoba, sacó de un cofre oculto unas piezas del mismo preciado papel que ahora su familia producía para el califato. En ellos, con su mejor caligrafía, había escrito sus primeras casidas, poemas de amor que ya nunca se atrevería a enviar a su destinatario. Las releyó con los ojos nublados:

En el sueño en que tejo nuestra historia
y en comunión con la naturaleza,
si tú fueras el roble añoso y fuerte,
quisiera yo ser hiedra.
Llename como el campo
se llena de tormenta.
Que quiero que me goces
como a un día de fiesta.

Eran poemas torpes, la adoración adolescente de una discípula por su maestro, de una joven por el hombre que le había enseñado el mundo. Ahora, a la luz de la verdad de Fátima, le parecían ridículas, patéticas, incluso peligrosas. Con manos temblorosas, acercó una lamparilla de aceite y les prendió fuego. La llama devoró sus palabras, el humo negro manchó el aire perfumado, y sintió una tristeza profunda y compleja. Algo de su alma, de su joven ingenuidad desaparecía con ellas. Se

arrepintió, y trató de apagar el pequeño fuego, pero ya era tarde. Lloró ante el lienzo desperdiciado y las palabras consumidas. Quiso pensar que era por el recuerdo que el aroma del papel quemado despertaba en ella. Y se juró que jamás volvería a permitir que el fuego devorase ni una sola palabra. Por peligrosa que fuera.

Sin embargo, la tristeza se le había estancado en el alma, más si pensaba en la familia que había dejado atrás para siempre. Le hubiera gustado poder hablar con su madre. Explicarle que habitar el harén no significaba ser una concubina, que estudiar el islam no te convertía en una renegada. Los sentimientos se le mezclaban: la culpa aguda por albergar emociones inconfesables hacia un hombre que jamás podría corresponderla, y la sorda humillación por haberlas vivido con tanta intensidad. Y, al mismo tiempo, se sentía desagradecida. ¿No le había dado el destino una oportunidad única?

–Todas echamos de menos algo, niña –le advirtió Hind una tarde–. Incluso yo misma. Vive con lo que tienes y lo que sabes. Lo demás vendrá, o ya ha pasado. Te has criado en un molino, ¿no es así? Las horas son como el agua: parece la misma siempre, pero siempre es distinta. Y va pasando, sin detenerse nunca.

–Y busca una ilusión más allá de aprender –la aconsejó Muzna–. Nutre tu corazón, como tu cuerpo o tu cerebro. Encuentra algo inofensivo que haga que tus pulsos latan más deprisa. Mientras sea así, te sentirás viva.

–No se busca una ilusión como una hogaza de pan en el mercado –había protestado ella.

–Cierto –coincidió la anciana–. Las ilusiones son más bien como pájaros. Pero, si no dejas las ventanas abiertas, ni siquiera sabrás que están ahí fuera.

Poco a poco, comenzó a sentirse cómoda con la contradicción, con la personalidad distinta de aquellas mujeres. Encontró consuelo en las historias de Muzna, en la ironía de Hind, incluso en las mordaces lecciones de Fátima. Poco a poco, empezó a culebrear en el laberinto del harén, a elogiar a Mustaq sin adulación y a respetar a Radhia sin

acercarse a ella. Y se sintió útil, al fin. Y aprendió a hacerse valer sin resultar una amenaza para nadie.

Estudiaba a todas horas mientras el mundo seguía su curso. Abrazó el sueño de al-Hakam y se involucró, junto con Fátima, en formar parte de su preciosa fantasía: la de levantar en Córdoba una biblioteca sólo comparable a la que mil años atrás había existido en Alejandría. Se enamoró no ya del heredero al trono, sino de su inteligencia feroz, de su sed de conocimiento y su pasión por compartirlo. Y, cuando al fin estuvo predispuesta a escuchar, encontró incluso una faceta desconocida en al-Mushafí: la de poeta. El apuesto chambelán poseía una exquisita sensibilidad de la que únicamente hacía gala en las reuniones de formación, cuando diseccionaba los versos de los grandes maestros. Sólo entonces, bajando la mirada, se atrevía a declamar aquellos poemas de amor cortés compuestos por él mismo que, estaba segura, tenían el mismo destinatario que sus tristes casidas.

Y encontró una ilusión. Sin buscarla. Un día, simplemente, acudió a ella, como un pájaro. Era una imagen que había estado sepultada en su mente bajo las novedades de los últimos tiempos: la del muchacho de los ojos oscuros y la túnica blanca. Abi Amir, recordó. Él había sido el primer eslabón, la llave, la primera persona en aquella ciudad inmensa que la había ayudado sin pedirle nada a cambio. Le había proporcionado un contacto en la corte, ropas dignas e incluso la había alojado en su casa. Y ella, pese a haberle prometido que le devolvería el favor, nunca había vuelto a buscarlo. Le debía, al menos, una explicación. Y, en lo más secreto de su corazón, anhelaba ver una mirada que no fuera la de un eunuco, un cortesano o un príncipe inalcanzable. Una mirada que, paradójicamente y pese a sus disfraces, la conociera como era en realidad, al principio, antes de todo.

Trató de hacerle llegar una nota al arrabal, pero el joven estudiante de leyes había dejado la casa de su tío. Ya no mendigaba un trabajo en los alcázares, sino que se había convertido en el asistente del gran cadí de Córdoba. Sonrió al enterarse, agradecida por el giro de los acontecimientos, y deseó más que nunca volver a verlo y celebrar juntos esa suerte compartida. Pero ¿cómo salir de la jaula dorada que era el

harén? Sus movimientos estaban limitados a los jardines interiores, las galerías, los baños. Las puertas, custodiadas por eunucos leales a Mustaq, a Radhia, a la misma Muzna. Sólo podían acudir a otras partes de la ciudad cuando eran requeridas para ello. Para encontrar una salida, tendría que convertirse en una maestra de la caligrafía, pero también del arte más peligroso y necesario de todos: el de la intriga. Y Lubna, la niña del molino, la que hablaba varias lenguas, la de la caligrafía prodigiosa, empezó a observar, a escuchar, a aprender, no sólo los versos de los poetas, también los silencios elocuentes, las miradas furtivas y los susurros que trazaban mapas de poder en el murmullo del agua de las fuentes. Y a adivinar cuándo era mejor callar y cuándo mejor intervenir.

Llegó el día en que vio su oportunidad. Era el propio al-Mushafí quien observaba sus avances y los de Fátima en aquella inmensa sala que al-Hakam estaba acondicionando como biblioteca, cuando, en un momento dado, insinuó que dos recién conversas como ellas debían contar con una mínima formación en textos sagrados para poder reescribirlos con propiedad. Y, entonces, Lubna no se lo pensó ni un momento.

–Yo conozco a un alfaquí que podría instruirnos, señor –se atrevió a decir–. Hasta a mí, que aún no conocía la fe islámica, me conmovió su manera de declamar las suras. Es joven y muy válido. Se llama Mohammed ibn Abi Amir. He oído que trabaja para el cadí de Córdoba...

Yafar la miró con sorpresa mal disimulada, evaluando si castigar su osadía por haber hablado sin ser preguntada. Pero ella le sostuvo la mirada. Había aprendido ya que el apuesto chambelán sentía una especial predilección por aquellos que se atrevían a cuestionarlo, por el talento en estado puro y los jóvenes atractivos.

Abi Amir, por lo que recordaba, podía ser todo eso a la vez.

Dejó caer su nombre. Y dejó que el destino se encargara del resto.

–VII–

Medina Azahara, 345 H. / 957 d. C.

El sol de la tarde doraba las cúpulas y teñía de miel los arcos de Medina Azahara mientras Abi Amir caminaba por los jardines junto a su mentor, el cadí Ibn al-Salim. El rumor del agua en las fuentes y el canto de los pájaros creaban una atmósfera de ensueño, que él saboreaba, extasiado. Había sido llamado por el chambelán del príncipe, uno de los hombres fuertes del califato, y sabía que era su oportunidad.

–No olvides, Abi Amir –el cadí rompió el silencio–, que tu talento es tu mayor virtud, pero también tu mayor responsabilidad. Al-Mushafí es un hombre de gran influencia, pero también de grandes exigencias. Sé prudente.

El joven asintió, pese a que sus pensamientos volaban más allá de la prudencia. Su mentor lo había elogiado ante los poderosos, y ahora llegaba su momento. Soñaba con un puesto en la corte, con la posibilidad de aplicar sus conocimientos en jurisprudencia al servicio del califato.

Al llegar al salón de audiencias, las puertas se abrieron con solemnidad. El chambelán, sentado en un diván cubierto de ricos tapices, los recibió con una sonrisa que no le llegaba a los ojos. Abi Amir lo estudió con disimulo, pues siempre lo había visto de lejos, junto al heredero, en el espacio privado de la *maq-sura* durante el rezo de los viernes en la mezquita. Era un hombre en la treintena, de rostro afilado y mirada calculadora, vestido con sedas bordadas en hilo de oro.

A su alrededor, cortesanos y sirvientes se movían en silencio, como sombras.

–Bienvenido, joven alfaquí –dijo el chambelán, alzando una mano engalanada de anillos–. He oído hablar mucho de ti. Dicen que tu conocimiento de la ley islámica es tan vasto como el desierto.

Abi Amir inclinó la cabeza con respeto, sintiendo el peso de una mirada que lo escudriñaba de arriba abajo.

–Aún no soy alfaquí, no he terminado mis estudios, y es un honor inmerecido estar en vuestra presencia, señor –respondió con voz firme–. Espero estar a la altura de vuestras expectativas.

El chambelán volvió a sonreír, esta vez con una chispa de interés que no pasó desapercibida para el cadí, quien intercambió una mirada fugaz con su pupilo. La conversación comenzó con preguntas sobre jurisprudencia, a las que Abi Amir respondió con precisión, citando textos sagrados y opiniones de sabios. Al-Mushafí asentía, acariciándose lentamente la barba. Sus ojos parecían más pendientes de los labios del joven que de sus palabras.

–En verdad pareces tan brillante como dicen –murmuró, reclinándose en su asiento–. Pero el talento no es suficiente en la corte. Aquí se necesita compromiso, y lealtades. Lealtades inquebrantables. Hombres capaces de entregarse en cuerpo y alma.

Abi Amir sintió un escalofrío al presentir las insinuaciones veladas. El cadí, incómodo, intervino:

–Abi Amir es un joven de gran integridad, excelencia. Su lealtad al califato es incuestionable.

–Claro, claro –respondió el otro, sin apartar los ojos del joven–. Pero la lealtad puede, debe, demostrarse de muchas maneras, ¿no es así?

De pronto, el ambiente se había tornado denso, opresivo. Abi Amir notó el peso viscoso de aquella mirada y un nudo en el estómago. Dudó, dividido entre sus aspiraciones y su dignidad.

–Excelencia –dijo al fin, con una voz que apenas temblaba–, mi compromiso será siempre hacia los Omeya y hacia Dios. Así espero poder serviros.

El chambelán dibujó una nueva sonrisa, esta vez con una frialdad que heló la sangre del joven.

–Me serviréis, joven alfaquí. De eso no hay duda. Pero dejad que sea yo quien decida cuándo. Y dónde –silabeó con lentitud–. Y cómo.

Se levantó y comenzó a dar pasos por la estancia, como un depredador rodeando a su presa. Cuando volvió a hablar, su voz era apenas un susurro cargado de intención.

–He visto a muchos como tú: jóvenes brillantes, llenos de sueños y ambiciones. Pero aquí, en la corte, los sueños se desvanecen rápidamente. Sólo los más fuertes sobreviven. –Entrelazó las manos a la espalda. Ni siquiera podía llegar a rozarlo, pero su mera presencia, tan cercana, tenía el eco de una caricia obscena–. Y tú..., ¿eres fuerte, Abi Amir?

Percibiendo la tensión, el cadí se interpuso levemente entre ambos y se inclinó respetuosamente.

–Excelencia, tal vez sea momento de permitir que este joven reflexione sobre sus opciones. El camino del servicio al califato es largo y complejo. Requiere de... madurez, y de discernimiento.

Al-Mushafí lo miró con desdén, pero finalmente asintió.

–Que así sea, entonces. Pero recuerda, querido –arrastró la palabra, mientras tendía la mano hacia la copa colmada que le servía un esclavo–: las oportunidades no esperan a los indecisos.

Ya fuera de sala, Abi Amir respiró hondo. Se frotó los brazos como si tuviera frío, pues aún podía sentir aquella mirada implacable en su piel a través de la túnica. El corazón le galopaba en el pecho. Miró a su mentor como pidiendo una confirmación de lo que acababa de suceder. El cadí lo tomó del brazo con expresión grave.

–Ten cuidado, Abi Amir. Al-Mushafí no es un hombre al que se pueda desafiar ni rechazar impunemente. Pero tampoco debes permitir que te use. Recuerda siempre que tu honor es mucho más valioso que cualquier puesto en la corte.

Abi Amir asintió en silencio, como si estuviera de acuerdo con su maestro.

Aun así, no estaba tan seguro.

Quizá todo dependiera del puesto.
Y del precio que cada uno le pusiera a su honor.

–VIII–

Medina Azahara 346 H. / 958 d. C.

Lubna esperaba en los jardines, junto a la alberca rectangular, donde los peces dorados dibujaban destellos fugaces. Pretendía hacerse la encontradiza cuando Abi Amir se dirigiera hacia la biblioteca, en lugar de limitarse a verlo, con sus compañeras, en el interior. Cuando se informó a las escribas de que recibirían clase de un maestro en leyes, todas habían pensado en un anciano de barba rala y verbo aburrido. Quizá por eso la llegada del atractivo alfaquí había revolucionado a las alumnas de tal manera que no había manera de conseguir intercambiar un par de palabras con él.

Al-Hakam había aceptado con entusiasmo la propuesta de Yafar y, desde hacía un par de meses, el joven instruía a las muchachas tres horas a la semana, ante la atenta mirada del propio al-Mushafí y la vigilancia precisa de Talid, el encargado de la biblioteca, y los eunucos que velaban por la estricta observación del protocolo de las muchachas del harén. Para el alfaquí del arrabal, era un sueño caminar por los mármoles de Medina Azahara, tener la posibilidad de que sus logros, su encendida oratoria y sus razonamientos llegasen a oídos del príncipe heredero. Era bien sabido que al-Hakam siempre valoraba la pasión de sus subordinados para con su trabajo, y Abi Amir parecía derrochar inteligencia, emoción y conocimientos. Al príncipe le había sorprendido gratamente que atesorase tanto saber y aplomo pese a su juventud, y le divertían el revuelo y los suspiros que el roce de la túnica del joven maestro, sus rizos aceitados y sus ojos oscuros causaban entre

las muchachas. Y no sólo entre ellas. No le había pasado desapercibida la intensidad con la que su chambelán miraba al alfaquí, aunque la disculpaba como se perdona la travesura de un niño. Su buen Yafar, igual que sus admirados filósofos griegos, sentía debilidad por las bellezas jóvenes, pero su lealtad estaba a prueba de toda duda. En ese momento de su vida, con Córdoba pacificada y su padre aún en el poder, pocas cosas preocupaban a al-Hakam más allá del empeño por conseguir que su biblioteca fuera la más importante del mundo.

–Abi Amir...

El joven se detuvo en el sendero de los naranjos al ver a la muchacha a la que había conocido como un niño. Habían pasado casi dos años desde aquel momento. ¡Tantas cosas y tanto tiempo! Apenas la podía reconocer vestida con aquel kaftán verde de mangas amplias. El pelo, rizado y cobrizo, le había crecido hasta los hombros, y ahora lo lucía enmarcado por un pañuelo que subrayaba el color de oro de sus ojos. Parecía mayor. En realidad, parecía lo que era: una mujer, y no un chiquillo. Sus ojos se posaron un segundo en su talle, y desvió la mirada, preguntándose una vez más cómo había sido tan necio de no darse cuenta.

–El pequeño Khalid, bromeó. –Le tomó las manos con cariño, como habría hecho con una prima cercana–. ¡Cómo has crecido!

Ella sonrió, encantada, pero retiró las manos y las entrelazó con modestia. Tal gesto no estaba permitido en público entre una mujer del harén y un hombre.

–Aquí me llaman Lubna.

–Lo sé. Me lo han contado –sonrió él–. Pero no quiero olvidar cómo nos conocimos.

Ella bajó la mirada, pero sin perderlo de vista. La luz, tamizada por las hojas, jugaba sobre su túnica con bordados dorados, cuyos brillos realzaban sus ojos oscuros. Se había afeitado con cuidado, y llevaba el cabello ligeramente humedecido y alisado con una esencia de sándalo. No era el muchacho asceta y austero que ella recordaba; había una elegancia deliberada en su porte, una conciencia de sí mismo que lo

hacía parecer mayor, más seguro. Aun así, en sus ojos, al encontrarse con los de ella, brillaba la misma perplejidad inocente.

–Pareces distinto... –le confesó.

–Soy el mismo –mantenía la sonrisa–; quizá mejor asesorado.

–Siento no haberte contado la verdad...

–Yo no. Agradezco que no me la contaras. Alá sabe bien que soy imperfecto. No estoy libre de prejuicios. Quizá, de haber sabido que eras sólo una niña, no hubiera molestado a alguien tan importante como el cadí supremo. Y entonces ni tú ni yo estaríamos ahora aquí.

–Aquí, sí –suspiró ella–. En un juego de alianzas y poder que tal vez nos viene muy grande...

–Aprenderemos –afirmó él.

–Tú, seguro –dijo ella con énfasis–. Te lo mereces. Eres la persona más generosa que que he conocido. Y estudiante de leyes, hábil para la diplomacia... Le hablé de ti a al-Mushafí, y él se dio cuenta enseguida también. Se nota en cómo le habló de ti al príncipe después de conocerte. –Un destello de picardía asomó a sus ojos–. Parecía... muy interesado.

Abi Amir desvió la mirada, un rubor tenue tiñendo sus pómulos.

–Gracias por hablarle de mí. Es un hombre de gran influencia –musitó–. Gozar de su... protección es un regalo valioso, pero también una gran responsabilidad. –Hizo una pausa–. ¿Sabes? Hace tres años no había salido de mi alquería junto al Mediterráneo, y ahora estoy aquí, en la mismísima Medina Azahara, codeándome con el círculo de los Omeya –se rio–. Mi madre diría que el destino me ha traído al lugar al que pertenezco...

–O Dios...

Él la observó con una intensidad irreverente.

–Yo quiero pensar que has sido tú. Mi llave. Mi *baraka*. Mi fortuna. –Se acercó un poco más a ella–. Que nada malo puede pasarme si apuesto por ti.

–Yo siento lo mismo.

Las palabras flotaron entre ellos cargadas de una verdad que los sobrecogió. El mundo exterior –el bullicio de la ciudad palatina, el peso

de la historia que se escribía en sus salones– pareció desdibujarse. Ella se acercó un paso, no para exponer su perfume a jazmines, sino para que se mezclara con el de él, a tinta, a libro nuevo y a sándalo.

Él alargó la mano, pero se detuvo a breves centímetros de la de la muchacha, recordando los miles de ojos y abismos terrenales que los separaban.

–Me gustaría que volviéramos a vernos... –susurró.

De repente, la realidad caía sobre ellos como un manto frío. Lubna sacudió la cabeza en un gesto de dulce tristeza.

–Es casi imposible, Abi Amir. Tú eres un hombre libre, y yo soy una esclava. Propiedad del califa –le recordó con tristeza–. Mis salidas, mis momentos no son míos. Hoy es un milagro de planificación y suerte.

La frustración nubló por un segundo los ojos de Abi Amir. Pero enseguida se iluminaron de nuevo, con una chispa de audacia desesperada.

–Entonces, tal vez –bajó la voz aún más, sonrió y se acercó a ella como para compartir un secreto prohibido–, debería desear convertirme en propiedad del califa también...

–¿Abi Amir? –El joven se apartó con un respingo al escuchar la voz de al-Mushafí. Supo al instante que llevaba un buen rato espiándolos–. ¿Te has perdido en tu camino a la biblioteca? Deberías permitir que te acompañen siempre. Acabas de llegar a Medina Azahara, y ésta es una ciudad inmensa y compleja para alguien de provincias –le advirtió, recordándole cuál era su sitio–. Podrías perderte en uno de estos recovecos y no te encontrarían nunca...

El chambelán caminaba junto a Fader, un esclavo nubio grande como una torre. Sólo Abi Amir captó la amenaza velada, el amargor de sus palabras.

–Tenéis razón, señor –su sonrisa se dulcificó como si destilara almíbar–. Me ha podido el deseo de pasear por estos jardines. ¡Son tan inspiradores...! Afortunadamente, la joven Lubna iba a mostrarme el camino, puesto que ella también se dirige hacia allí.

La muchacha bajó imperceptiblemente la mirada, y Abi Amir sintió el jardín más frío, más oscuro.

–Yo sólo soy una esclava, alfaquí –se despidió–. Os dejo con mi señor el chambelán. Estoy segura de que él guiará oportunamente vuestros pasos.

–Que Alá guíe los vuestros –le deseó con dulzura.

Ella se retiró tras una inclinación de cabeza. Al-Mushafí observó su silueta, mucho más arreglada de lo estrictamente necesario, mientras desaparecía silenciosamente entre los setos de arrayán. Luego buscó algo en la mirada del joven que permanecía inmóvil a su lado. Un vínculo, un destello de deseo, una información que pudiera utilizar cuando fuera necesario.

–¿Te gusta esa esclava, Abi Amir? –le preguntó, ahora con una mirada gélida–. Tiene mucho valor para el príncipe. No sé qué opinaría si se enterara de que pierdes el valioso tiempo que él te concede en andar enamoriscando a tus pupilas...

–Señor –respondió éste de inmediato, envarado–, no estoy aquí para enamorar a las pupilas, sino para instruirlas. Además, vos sabéis bien que mi corazón no es libre. Me debo en cuerpo y alma a Dios y al califato.

–Te debes en cuerpo y alma a mí, Abi Amir. –Al-Mushafí le puso una mano en el pecho–. A mí. No te confundas.

El joven tragó saliva.

–Lo tengo presente, señor –murmuró, negando con sus palabras el destello de rebeldía en sus ojos.

–¿Lo tienes presente? Ten cuidado, *habibi*. Si no equivocas tus pasos, yo puedo hacerte subir hasta lo más alto –le recordó–. ¿Quién crees que regirá los destinos de Córdoba cuando el califa, Dios lo guarde muchos años, nos falte? El príncipe al-Hakam es un erudito, un sabio. Y los sabios, querido, sólo desean mancharse las manos de tinta, del polvo de los siglos, pero no de la mierda y la sangre que hay que remover para regir un imperio. –Abi Amir fingió no escandalizarse ante las claras aspiraciones del chambelán–. Igual que estoy aquí ahora para allanar su camino, lo estaré entonces. Y, cuando eso suceda, en Córdoba se hará mi voluntad. Sírveme bien, y te llevaré conmigo hasta lo más alto.

Decepcióname, y haré que caigas a lo más profundo. ¿Lo has entendido?

–Perfectamente, señor.

Al-Mushafí alzó la mano derecha. Abi Amir no se movió, pero instintivamente cerró los ojos. Aquel gesto evidenciaba su temor, su sumisión. Satisfecho, el chambelán posó la palma abierta en su mejilla y le dio un par de palmadas pretendidamente amistosas. Luego bajó la mano, le agarró la barbilla con ferocidad y acercó su rostro al del joven hasta que la cercanía se le hizo insoportable. Al-Mushafí podía percibir su tensión, la chispa de rebeldía en sus ojos, su respiración acelerada.

–Ve. Y no me falles. Nunca. Me enteraré.

Abi Amir bajó la mirada, incapaz de sostenerla por más tiempo. Al-Mushafí lo soltó entonces con un gesto brusco, observando con delectación la huella de sus dedos en el rostro del joven. Sin mediar palabra, Abi Amir comenzó a caminar por el sendero que había seguido Lubna. Con la mano derecha, acariciaba el rosario enrollado en la izquierda, nervioso, como si las cuentas de madera lo pudieran calmar. Sus hombros evidenciaban la lucha que mantenía consigo mismo.

Fader movió negativamente la cabeza.

–Sois el chambelán de la casa del príncipe –se atrevió a reprocharle–. No podéis permitir que os desafíe alguien que apenas tiene la edad legal para presentarse a un cargo público.

–Me gusta que la gente a mi servicio tenga carácter, Fader –bromeó al-Mushafí–. Como tú...

–Pero ese alfaquí muerto de hambre... ¿No os dais cuenta, señor, de que es uno de esos árabes orgullosos de su raza? ¿De que se siente más que vos? Nunca os respetará ni os servirá de grado, pues desprecia vuestra sangre bereber.

–Puede. Pero soy yo quien se sienta junto al heredero de Córdoba –le recordó–. Y él lo sabe, y lo ambiciona. Lo sé porque fui igual que él. La humildad no es un don común a todos los hombres, Fader, pero puede aprenderse. De grado..., o por la fuerza.

–Os gusta jugar, señor. Lo sé y lo entiendo. Pero ese cachorro hijo de yemeníes no será fácil. Para vuestro esparcimiento, yo puedo

conseguiros jóvenes menos... peligrosos.

–No has entendido nada, Fader –suspiró al-Mushafí, poniendo una mano en el hombro de su esclavo en un gesto de confianza–. ¿Sabes qué es lo que me gusta de la cetrería? –preguntó de pronto, sonriente.

El chambelán era un consumado cetrero. Fader lo ayudaba con eficiencia, pero nunca le había encontrado la gracia a aquella actividad.

–Lo ignoro, señor.

–El placer de domesticar un ave rapaz con mis propias manos –fue la respuesta–. De someterla a mi voluntad, de hacer que cace porque yo lo ordeno y no para satisfacer sus instintos naturales. ¿Crees que hay la misma grandeza en domesticar a una gallina que a un halcón?

Feder suspiró, no del todo convencido.

–Imagino que no, señor, pero, con todos mis respetos, a veces los halcones mejor entrenados se revuelven contra sus amos y les sacan los ojos.

–Muy cierto –admitió al-Mushafí, sus ojos aún fijos en la figura que se alejaba–. Por eso hay que enseñarlos desde polluelos. Y por eso –paladeó con satisfacción las palabras–, periódicamente, para que tengan claro hasta dónde pueden volar, hay que molestarse en recortarles las alas.

–IX–

Medina Azahara, 347 H. / 959 d. C

La noche en que llegó la nueva se quedó grabada para siempre en el harén. Ese mismo día se anunció el invierno. El frío siempre llegaba a las faldas de la sierra antes que a Córdoba, y a veces lo hacía así, de manera repentina. Durante todo el día, las chimeneas funcionaron permanentemente para calentar el agua y los conductos que calefactaban las estancias. Y al fin la madrugada llegó, acompañada de un manto de escarcha. Por eso quizá, al principio, sus chillidos se confundieron con el ulular del viento a través de las rendijas.

–¿Qué es eso? –exclamó Fátima con ojos asustados.

Había sonado como el alarido de un fantasma, y, pese a su recién estrenada fe musulmana, Lubna se persignó. Luego oyeron un golpe sordo, seguido de una maldición entonada en árabe por una voz de hombre. Y, por si todo aquello no había sido suficiente para despertar a las habitantes del ala oeste, el aire perfumado del gineceo se rasgó de pronto con gritos agudos, exclamaciones cortantes como cuchillos y palabras oscuras e ininteligibles que sonaban a tierra áspera y montaña. Muzna se incorporó como un resorte, con los ojos ciegos muy abiertos.

–¡Esa lengua! –murmuró–. Es de más allá de los montes... Es de mi tierra.

Los gritos se iban acercando, entremezclados con el tono firme y monocorde de los eunucos que trataban de contener la tormenta que traían consigo. Muchas de las mujeres optaron por salir de sus estancias y agruparse en torno a la alberca central, como el que espera la llegada

de una mala noticia. Despeinadas algunas, envueltas en sus capas o mantas las más, se apiñaron entre sí, buscando el calor y la compañía.

De repente, las cortinas de seda se apartaron con brusquedad, y dos eunucos de fuerte complexión arrastraron, hasta tirarla a los pies de las mujeres, a una joven menuda que no parecía posible fuera la causante de tamaño alboroto.

Tendría unos diecisiete o dieciocho años y una belleza impactante, salvaje: piel de porcelana pálida salpicada de pecas como oro rojizo; cabello del color del fuego de leña, largo y enmarañado, y unos ojos verdes como el musgo de los bosques del norte, encendidos por una furia feroz. Vestía harapos de viaje, una túnica de lana basta y sucia, e iba descalza. Al sentirse libre, escupió una última palabra en su lengua gutural e hizo ademán de abalanzarse sobre los eunucos, que emprendieron una divertida huida, y empezó a arrancarse las finas gasas y sedas que una sirvienta, con miedo, intentaba ponerle sobre los hombros.

–¡Fuera! ¡Dejadme! ¡Putas! ¡Asquerosos apóstatas! –alzó la voz de nuevo, esta vez en romance, para asegurarse de que la entendieran, mientras lanzaba miradas de odio a su alrededor.

El harén, acostumbrado a la gracia sinuosa, a la dulzura calculada y a la voluptuosidad serena, se había quedado en un silencio gélido, absoluto, ante la presencia de aquella fiera. Hasta Lubna, la última incorporación del lugar, sintió un escalofrío de rechazo.

–¿Qué es esto? –quiso saber Radhia.

–Un regalo –contestó evasivamente, desde el otro lado de los cortinajes, uno de los guardias.

Hind frunció el ceño con desdén. La muchacha cerró los dientes en el aire, como si pudiera morderla.

–¿Y qué regalo envenenado es éste? –preguntó retóricamente–. Parece una loba hambrienta.

Sólo el pequeño al-Muguira miraba con curiosidad a la joven muchacha.

Fue Muzna quien se adelantó, hablando con calma en aquel mismo idioma áspero. Escuchar su lengua de labios de una mujer respetable y

elegante en aquel entorno tuvo la virtud de calmar a la recién llegada.

–¿Qué le ha dicho? –preguntó Mustaq, abrazando a su hijo contra sí.

–Que se calme –tradujo Hind para sorpresa de la mayoría–. Que es la madre del califa y le asegura que nadie le va a hacer daño, salvo que se lo haga ella sola.

–¿Entiendes esa lengua?

–Como mi abuela, mi madre, Maryam, era vascona también. Puedo entender la mayoría.

La joven, ahora quieta, jadeante, clavó sus ojos verdes en Hind, y luego en Muzna. El corrillo de mujeres que rodeaba a las dos interlocutoras confirmaba su lugar de privilegio. Y, sin embargo, ellas hablaban su lengua. La curiosidad le hizo bajar un poco la guardia, aunque la desconfianza seguía ardiendo en su mirada.

–No es raro llegar a al-Ándalus desde tierras del norte, muchacha. Lo raro es regresar –le susurró Muzna con voz temblorosa–. Te contaré una cosa... Antes de ser Muzna, fui Miren, y vine desde reino de Navarra. Mi suegra, la madre de mi esposo, el emir Abdallah, a quien Dios tenga en su gloria, se llamó aquí Durr, pero antes aún fue Onneca, también de Navarra. Las mujeres no defendemos las fronteras, querida. Por eso yo creo que no deberían interesarnos patrias en las que no podemos intervenir. La única patria de la que me siento orgullosa, la que guardo, venero y protejo, por la que mataría con mis propias manos, es mi descendencia. Mi patria es mi hijo, el califa Abderramán al-Nasir li-Din Allah, a quien Dios guarde muchos años. Y mi nieto, el heredero Mohammed al-Hakam, a quien Dios conceda claridad y sabiduría cuando su padre falte –enumeró la anciana con regia dignidad–. Y ahora dinos tu nombre, muchacha del norte.

La joven la observaba con un nuevo respeto. El silencio de un amanecer frío y aletargado en el que los pájaros aún estaban dormidos se extendió sobre las mujeres.

–Su nombre es Amara –anunció uno de los eunucos, aún parapetado tras una columna, temeroso de la furia de la recién llegada–. Regalo del señor de cierto valle navarro que busca el favor del califa. Dicen que tiene una voz que confunde a las mismas sirenas, que es capaz de

seducir a los hombres, hacer llorar a las piedras y detener a los pájaros en su vuelo.

–Y hacer huir a los castrados –ironizó Fátima–. Ya hemos visto parte de su repertorio.

Un murmullo de interés, mezclado con cierta ironía, recorrió la estancia.

–¿Una sirena? –preguntó una de las esclavas más jóvenes, riendo entre dientes–. ¿Y a qué hombres va a seducir aquí? ¿A los eunucos?

–Con esos gritos, a los eunucos sordos...

Ignorando los comentarios, Lubna se acercó lentamente a la muchacha, como quien se aproxima a un animal herido, como se habían acercado a ella cuando llegó al harén, confusa y asustada. Le habló en romance, muy despacio:

–Nadie te hará daño. Sólo hay que respetar ciertas reglas. Y no estarás sola. Yo también he sido cristiana, y ya has visto que hay mujeres de tu tierra, que vienen de más allá de la marca.

Amara la miró, sus ojos verdes fijos en el rostro inteligente de Lubna, su dignidad tranquila. No asintió, pero dejó de forcejear. Volvió la mirada a su alrededor. Un leve temblor, de furia o de miedo, la recorría. Lubna extendió la mano y le ofreció un pañuelo de lino limpio para que se secara el rostro sudoroso. La joven navarra lo tomó; con desgana, pero lo tomó. Y con ese pequeño gesto Lubna sintió que algo se quebraba y recomponía a la vez en el aire estancado del harén.

Muzna se quitó su capa de piel y se la tendió para que se abrigara, una señal clara de que la recién llegada quedaba bajo su protección. No le hacían falta los ojos para verse a sí misma en esa muchacha tanto tiempo atrás, cuando la enviaron a aquella extraña tierra en virtud de un acuerdo que habían firmado hombres de los que jamás volvió a saber. Quienes la acogieron, había pensado siempre desde aquel momento, la habían tratado con más dignidad que quienes se habían desprendido de ella para rubricar una supuesta paz temporal.

–No llores por lo que has dejado atrás –le aconsejó en la lengua romance–. A quien se desprendió de ti, sea un padre un hermano o un marido, no le importas lo suficiente. Eres parte de un trato que

seguramente desconoces. Podrías haber sido una saca de oro o una yegua de raza. Y esto no es tu fin, sino una oportunidad para empezar de nuevo. Lucha por hacerte un hueco aquí. Y créeme, te lo digo por propia experiencia, puedes llegar a ser más libre en el serrallo del califa que en tu castillo de Navarra.

La muchacha se dejó envolver en la capa, hipnotizada por el acento y la mirada ciega de la matriarca. Se aferró luego a la mano de Lubna, como si eligiera un ancla, y en la fiereza de su agarre Lubna supo que algo nuevo, impredecible y peligroso, como la tormenta que tronaba fuera, acababa de entrar en el harén. Y que nada, absolutamente nada a partir de ese momento, volvería a ser igual.

–Aquí y en la intimidad puedes rezar a quien quieras –le explicó Muzna–, pero para mantener las apariencias será mejor cambiarte el nombre.

–¿Qué tal Huriyat? –propuso Fátima–. Sirena.

–Demasiado pagano para los ulemas –zanjó Muzna. Alzó el rostro hacia las celosías para sentir en su piel marchita el primer rayo del amanecer–. ¿Y Aurora? En árabe, es Subh. Y, en romance, se parece a tu nombre real, y así recordaremos siempre la madrugada en que viniste a nosotras.

–Un nombre nuevo para alguien nuevo –aprobó Hind. Con su posicionamiento al lado de su abuela, mandaba un mensaje a las más jóvenes y beligerantes: esta joven vascona es de las nuestras, queda bajo nuestra protección.

Lubna miró instintivamente a Radhia. ¿Sólo ella se había dado cuenta de cómo la prometida del califa se retorcía las manos?

–Serás Subh, entonces –afirmó la anciana Muzna, mientras ajustaba en los hombros de la recién llegada las pieles con una precisión sorprendente para alguien que no podía ver–. Así te llamaremos desde ahora. Subh: la que llegó con la aurora.

CLARIDAD

DHUHR

Oración que se reza al mediodía,

después de que el sol pase por su punto más alto

Años 349 a 357 de la Hégira
Años 961 a 968 d. C.

–I–

Medina Azahara, 349 H. / 961 d.C.

El rezo del mediodía terminaba, y su último eco, un suspiro colectivo, se disolvió en el aire espeso y dorado de Medina Azahara. El silencio posterior, observó Lubna, no era de paz, sino la contención de un aliento universal. Cerró los ojos, pese al rostro velado, mientras seguía con tristeza al séquito fúnebre para ocupar su sitio. Subh, a su lado, le apretó la mano, y Lubna pudo sentir su vértigo y su miedo.

Dos años habían pasado desde que la princesa vascona, como a veces la llamaban cariñosamente, apareciera en el harén. Tras la confusión y el temor de los primeros momentos, como les sucedía a todas, la muchacha del norte había aprendido a apreciar su fortuna. Su aspecto había sido celosamente remodelado por Hind; su voz prodigiosa, modulada por los mejores maestros, se había teñido del deje andalusí que tan bien casaba con el laúd, en un acento que sonaba a luto y dolor perpetuo. Había aprendido historia con los maestros bagdadís, quienes debían acordarse en sus lecciones de no encumbrar a los abasíes en aquella corte lejana y paralela, y también había ensayado caligrafía y oratoria. Lubna la instruía en el *abda*, la técnica del debate tan disfrutada en las sobremesas. Fátima había perfilado sus cejas rubias con khol para subrayar su mirada selvática y había hecho brillar sus cabellos como el cobre bruñido con un baño de henna. Y, bajo la meticulosa dirección de Muzna, cada semana en el *hammam*, su blanquísima piel era limpiada de impurezas inexistentes, impregnada de aceites que

durante días dejaban tras sus pasos un rastro de azahar y depilada con miel caliente hasta en los sitios más inverosímiles.

Aquella muchacha con los ojos del color de los bosques del norte que caminaba como envuelta en brumas había sido seleccionada cuidadosamente por la matriarca del harén para que fuera quien compartiera el lecho de su nieto al-Hakam cuando llegara el momento. No soportaba a la prepotente Radhia y su corte de doncellas árabes, siempre manipulando a sus espaldas. Por el contrario, aquella criatura le traía el eco de las tierras cristianas, más allá de la Marca, y le recordaba a la bella Maryam, que tan feliz había hecho a su hijo Abderramán hasta el día de su muerte. Le recordaba, incluso, a ella misma. Esos dos últimos años le había pedido a Dios que no la llamase a su lado hasta ver su obra culminada, porque, si eran los califas los encargados de educar a sus herederos, ¿no debían ser las madres las encargadas de seleccionar a sus sucesoras?

Hacía apenas tres meses que la *sayyida al-Kubra*, la gran señora Muzna, había partido para siempre, dejando a una Subh repentinamente huérfana y un enjambre de luchas internas en el harén. El fallecimiento de la matriarca de ojos de agua había sido un terremoto silencioso, presentido y casi deseado, pues sucedió apenas unas semanas antes de que su hijo, el califa Abderramán, comenzara a deslizarse hacia la noche. Su partida fue interpretada como un último acto de misericordia divina. Nadie, ni el pueblo ni el apiñado corazón del harén, podría haber soportado ver cómo se consumía, lenta y amarga, junto al lecho de su hijo agonizante.

Ahora, el gran califa Abderramán había muerto. Y, en el mismo acto en el que se le lloraba, se encumbraba a su hijo, al-Hakam, como nuevo califa. Junto a él permanecían, en pie, sus consejeros de confianza, envueltos en el blanco del luto, presentando sus respetos, algunos más pendientes de sus nuevas dignidades que del duelo por el monarca que había gobernado al-Ándalus durante cincuenta años. «Demasiado tiempo», había susurrado el príncipe en el hombro de su chambelán, procurando que su tristeza no lo hiciera parecer débil. La responsabilidad del califato le llegaba a los cuarenta y seis años. «Tanto

tiempo, tan buen gobierno», decía, «que no me ha dejado nada por hacer».

Pero Yafar al-Mushafí sabía que aquello no era cierto. Quedaba mucho por hacer, aunque lo más importante, sin duda, era asegurar un heredero.

La difunta Muzna y la princesa Hind le habían hablado en los últimos tiempos de la muchacha del norte, a la que ocultaban con celo a ojos del mundo hasta que llegara el momento oportuno. El califa había prohibido a su hijo casarse o enredarse en las telarañas del concubinato mientras él estuviese vivo. Tal vez, se rumoreaba, se había arrepentido al llegarle el final, pues en el último momento había llegado a pedirle perdón por vivir tanto tiempo.

Para al-Mushafí, claramente, posponer la paternidad de su heredero había sido un error. Ahora ya no había prórroga posible. Y, aun así, no iba a resultar una tarea fácil.

Él más que nadie conocía las preferencias del príncipe. Él más que nadie sabía de la escasez de su apetito en momentos de dolor, cuando sólo deseaba refugiarse entre sus libros, como un niño en los brazos de su madre. Y por eso él lo había planeado todo. Tras los fastos fúnebres, una cena ligera, un vino fuerte aderezado con canela china, jengibre y mandrágora que le estimularan el apetito sexual. Y, entonces, aparecería por sorpresa aquella muchacha vascona, armada de su voz y de su música. Luego, habría que esperar a que la naturaleza hiciera su trabajo.

Inshallah.

No había funcionado.

Subh había vuelto al harén de madrugada con el aire altivo de una novia despechada, para regocijo de Radhia. «Es muy pronto», trató de consolarla Fátima. «El califa acaba de morir, y el nuevo califa tiene la mente en otras cosas». Subh negaba con la cabeza, envuelta en un llanto inconsolable. Los últimos dos años le habían hecho creer que al-Hakam moriría de amor por ella nada más verla, pero el soberano le había dedicado la educada atención que se le reserva a una hermana pequeña. Durante tres horas, ella había cantado, él la había escuchado con delicia, y habían hablado del dolor de la pérdida y del sabor a ruda de la

nostalgia. Y después, ya al filo de la madrugada, el Príncipe de los Creyentes se había apoyado en su regazo y había pedido que lo acunara hasta dormirse.

–La *sayyida* Muzna me entrenó para ser su princesa, no su nodriza –lloró, muerta de vergüenza y despecho.

Al día siguiente, Hind observó con preocupación el corro de las muchachas más jóvenes, solidarias en torno a ella, aburriéndola con consejos de lo que debería ponerse, beber o hacer para despertar el apetito del califa. En las conversaciones ociosas del harén, hasta las vírgenes conocían métodos y posiciones que podrían enrojecer a las más entrenadas meretrices. Cuando pensó que aquel tema trascendía de la intimidad a la razón de Estado, la princesa pidió ver a al-Mushafí, recién nombrado *háyib*, primer ministro. En cuanto se presentó ante él, pese a ostentar en ese momento el puesto de mayor importancia en al-Ándalus tras el propio califa, el hombre no dudó en inclinarse, galante.

–*Sayyida*, vuestra belleza es sólo comparable a las rosas nuevas que se abren en la madrugada –sonrió, con la mirada baja y la mano en el pecho–, pero ni siquiera vuestra hermosura llega a medirse con vuestro intelecto.

–¿A qué pretendes jugar con esa retórica de poeta pobre, Yafar? –repuso Hind, inmune a los halagos cortesanos–. Aún recuerdo cuando preferías esconderte en las caballerizas con mi hermano antes que conmigo.

Se conocían demasiado bien, y desde hacía demasiado tiempo. Por eso les era fácil entenderse. Y discutir.

Cuando Hind le contó el rechazo sufrido por su protegida, el *háyib* suspiró.

–La muchacha vascona es perfecta –reconoció–. Joven, fuerte, con miembros elásticos y caderas anchas –enumeró, como si estuviera comprando una yegua–. Quizá sólo haya que adiestrarla un poco sobre cómo debe atender las necesidades de un hombre.

–Es una dama cristiana, Yafar, no una prostituta –le espetó Hind, implacable–. Me atrevería a decir que es mi hermano el que necesita

algo de entrenamiento para saber cómo atender las necesidades de una mujer. Dame algo a lo que aferrarme... Dime, ¿qué es lo que lo excita?

El primer ministro parpadeó un par de veces, cohibido ante la franqueza de la princesa omeya.

–¿Por qué me lo preguntáis a mí?

–Vamos, Yafar...

–Ama la inteligencia –admitió al final con cierto orgullo mal disimulado– sobre todas las cosas. Jamás concebiría una relación íntima con alguien que no esté a su misma altura intelectual. No sé qué más deciros... Pensad vos en ello y proponedme una solución. Éste es un problema que debe poder solucionarse en el harén, princesa. Hay seis mil almas en el gineceo... ¿No encontraréis a nadie que encienda el deseo del califa?

–Es que no tenemos hombres –soltó ella con ironía, y enfadada por el hecho de que el primer ministro delegara en ella tan alta responsabilidad–. A lo mejor deberías ir vos mismo a caldear el ambiente...

El primer ministro abandonó el vestíbulo del harén con la misma indignación con la que hubiera interrumpido una charla diplomática ante una declaración de guerra. Hind, irritada, rompió un par de frascos de su tocador. Fátima le ofreció *sharab* de limón, con hielo del que se conservaba compactado en los sótanos, el que se traía en enero desde los pozos de nieve. No era un problema de fácil solución.

–¡Ya lo tengo! –exclamó Lubna repentinamente–. Está claro que el califa no tiene experiencia con mujeres. En ese terreno, quiero decir; que le resulta más fácil estar con un hombre...

–Ignoro qué parte de engendrar un heredero no te ha quedado clara, Lubna –observó Hind, sarcástica–. Es un acto que llevan a cabo dos personas. Y la que debe quedarse embarazada no puede ser un hombre.

Lubna esbozó una sonrisa traviesa.

–No, pero puede parecerlo.

* * *

El plan había sido una obra maestra, mezcla de intuición y desesperación. Entre las cuatro urdieron la fantasía. Subh se convertiría en un efebo bagdadí de ojos verdes y voz angelical que recitaría al oído del califa los versos de amor y devoción que el propio *háyib* y Lubna compondrían.

En la penumbra de los aposentos privados, vestida con pantalones y chaquetilla corta, con el cabello recogido, moviéndose con gracia felina, logró por primera vez tocar una fibra en el alma del príncipe, melancólica y sensible. La primera cena íntima había sido un pequeño milagro: al-Hakam la había mirado con arrobo, había acariciado sus rizos, su cara lavada de afeites, y le había confesado sentir «ese amor que sólo se lee en los libros». Incluso el *háyib*, que contemplaba la escena desde una celosía oculta, vio en sus gestos, pese a ser todo un ardid, los recuerdos de su propia juventud. Y parpadeó para evitar una humedad incómoda en los ojos cuando, al atraer a la concubina entre sus brazos, los labios del califa susurraron su propio nombre: Yafar.

* * *

Las honras fúnebres por Abderramán al-Nasir, el tercero de su nombre y primer califa de Córdoba, se retrasaron lo suficiente como para que los reinos aliados y vasallos pudieran enviar a sus representantes. En las exequias, la ciudad más espléndida de Occidente se rompió en un duelo tan vasto como su río. Medina Azahara se vistió de luto, y las condolencias llovieron desde todos los confines de la tierra conocida. Para Yafar al-Mushafí, aquel torrente de dolor perpetuo mandaba el mensaje equívoco de que Córdoba, emocional y apasionada como una novia, se rompía con la muerte del anciano monarca. El viejo poder veía sombras donde el nuevo aún lloraba.

–Enviad mensajes a los reinos cristianos: a León, a Bizancio, a los francos... A las facciones bereberes del norte de África... –ordenó al-Mushafí a sus consejeros–. Invitadlos a Medina Azahara. Que envíen a sus embajadas para dirimir sus relaciones con Córdoba y presentar sus respetos al nuevo califa.

–La corona de Córdoba es pesada –suspiró al-Hakam.

–La corona es pesada, mi señor, pero se afianza con hijos –le respondió al-Mushafí–. Los enemigos huelen la debilidad, aunque sea la de un duelo legítimo. Deben veros. Deben contemplar un árbol firme. Y debería haber un vástago fuerte, por si, dios no lo quiera, os sucediera algo.

–¿Estás anticipando mi propia muerte, Yafar?

–Alá es el único que sabe, señor, pero sería mucho más fácil si la sucesión estuviera ya garantizada.

–Pues saca a mi hermano al-Muguira del harén –ordenó–. ¿Cuántos años tiene ya? ¿Once? Que llore la muerte de su padre a mi lado, no pegado a las faldas de su madre.

–¿Creéis que es el momento? La *sayyida* Mustaq dirá que le arrebatáis al niño en medio del dolor por la muerte de su padre.

–A todos nos duele la pérdida del califa y seguimos viviendo. Mustaq sólo quiere un peón para asegurar su juego en el harén. ¡Sacad al niño de allí antes de que lo atonten entre todas! Ponedlo a cargo de vuestro *katib*, ese alfaquí de ojos negros. Se entiende bien con él.

Yafar al-Mushafí suspiró.

–Es muy generoso presentar en las ceremonias fúnebres al pequeño al-Muguira, señor, pero nadie debe confundirse –le advirtió–: él no es vuestro heredero.

–Era el favorito de mi padre –zanjó al-Hakam con una mirada helada–. En su lecho de muerte, me pidió que velara por él. Debería ser califa, si yo no puedo proporcionar un heredero para Córdoba.

Al-Mushafí tensó la mandíbula para reprimir el impulso de estrellar el puño contra la mesa, como cuando hablaba con sus subordinados.

–Señor, con todos los respetos, creo que no estáis siendo consciente de la inestabilidad en que podríais sumir al califato –susurró, agotado–. Nadie os pide que os lancéis a caballo en una razia suicida contra el reino de León, sólo que engendréis un hijo. ¡Por Alá, no puede ser tan difícil!

Al-Hakam miró largamente a su *háyib* con gesto culpable. Asintió, resignado.

–Lo intentaré –prometió al fin–. Encargaos de que mi pequeño Yafar me visite esta noche.

El verdadero Yafar asintió. Una mezcla de afecto y frustración le encogían el estómago.

* * *

La noche que siguió a las exequias del gran califa fue una criatura de sombras largas y susurros acortados. En Medina Azahara, el dolor era una coreografía de lutos y murmullos, pero, bajo los arcos de herradura y tras las celosías de madera de cedro, la vida, áspera y ambiciosa, seguía su curso imparable.

Subh preparaba su papel en el espacio que compartía con otras cantoras, cerca de la biblioteca, lejos de los mil ojos del harén. Lubna y Fátima la asistían en silencio, con la solemnidad de las sacerdotisas en un rito. El vestir a la muchacha como hombre era ahora un ritual depurado. Le envolvieron los pechos, todavía jóvenes y firmes, con una faja de lino tan apretada que le hacía perder el aliento. «No es sólo para aplanar», musitó Fátima, ajustando los nudos con manos expertas, «es para contener tu corazón y que no te salte del pecho». La ayudaron a ponerse los bombachos de seda color ciruela y la chaquetilla corta bordada con hilos de plata, a la manera bagdadí que tanto fascinaba a al-Hakam. No podían permitirse fallo alguno. Lubna recortó la cascada de cobre de su cabello y dejó escapar apenas unos rizos rebeldes bajo un turbante de lino oscuro. Al ver los mechones en el suelo de mármol, Subh sollozó.

–Hoy no cantes sólo versos de amor –le pidió Lubna, colocando en sus manos un laúd de cuello esbelto–. Canta la elegía: la que llora al padre, al guerrero, al constructor de palacios. Toca la cuerda de su orfandad, Subh. No la de su lecho.

Subh asintió y se miró en el espejo de bronce pulido. No se veía a sí misma. Era un fantasma; hermoso, sí, pero una criatura de ficción nacida de la urgencia política y la ternura. Un eco. «Soy su amor»,

susurró para sus adentros, y las palabras se le quedaron en la lengua como un grano de anís, dulce y mentolado.

* * *

En el salón personal del califa, el aire olía a cera de abeja, sándalo y una tristeza densa. Al-Hakam II, vestido con lana sencilla, estaba sentado en un diván, la mirada perdida en los arabescos del yeso. Parecía más pequeño, consumido por el peso de la corona y la tristeza.

La puerta se abrió sin ruido. El joven fantasma de Subh se movió con el andar ambiguo que tanto habían practicado: ni el balanceo de caderas de una mujer ni la pesadez de un hombre, sino la gracia flotante de un joven poeta. Se detuvo en el centro de la habitación, bajo la tenue luz de una lámpara de aceite.

–Mi señor –dijo, modulando la voz hacia un registro más grave, pero con su dulzura melancólica–. Traigo en las cuerdas y en la voz un llanto por lo que se ha ido y un susurro por lo que debe permanecer.

Al-Hakam la miró. En sus ojos oscuros brilló el alivio. Allí no había demandas ni reproches, tampoco el peso abrumador de la expectativa femenina. Tan sólo belleza y arte, una evasión perfecta.

–Canta, Yafar. Y, si consigues tocar mi corazón, quizás acabemos llorando juntos.

Subh comenzó a acariciar las cuerdas del laúd. La elegía compuesta por Lubna y el *háyib* era una obra maestra del adiós. Hablaba de la grandeza de Abderramán, del vacío que dejaba su sombra, de la «torre que se alza ahora en el desierto del alma»... Su voz, limpia y conmovedora, llenó la estancia, trepó por las columnas como una enredadera de sonido puro. Al-Hakam cerró los ojos. Una lágrima, pesada y sincera, se deslizó por su mejilla. Así era: la vida seguía, y llegaba el momento de rendirle tributo. Se aferró a las caderas de Subh y la meció contra su pecho, en un paréntesis de pura emoción, ajeno a los celos de Radhia, el odio de Mustaq, las razones de Estado y los ciento y un problemas que lo ahogaban. Ella le besó los párpados, conmovida por su tristeza, y él desató con urgencia sus ropas para mitigar el fuego

que de repente lo consumía. Sus labios se enredaron, y ella sintió la fiebre de su aliento, sus manos firmes recorriendo su espalda, tensándola como a la cuerda del laúd. Que Dios la perdonara, pero quizás incluso pudiera llegar a amarlo.

«Alhamdullilah», susurró Yafar al-Mushafí, oculto entre las sombras.

Alabado sea Dios.

* * *

Cuando el ayuda de cámara le franqueó las puertas de las nuevas estancias del *háyib*, Abi Amir tuvo la sensación de que se había equivocado. De sitio o de momento.

Miró a su alrededor, incapaz de digerir la escena.

La tierra que cubría el cuerpo del califa aún estaba removida en la *rawda*, pero allí, entre divanes y cojines de seda, entre gráciles bailarinas y atractivos coperos, compartiendo frascas colmadas de vino en franca camaradería, se encontraban algunos de los hombres más importantes de la corte. Allí estaba Ibn Zayd, el jefe de la guardia del califa; el veterano general Galib, jefe de los ejércitos del norte y guardián de la Marca; el visir Mohammed ibn Zudayr, e incluso el que había sido su tutor, el cadí Ibn Salim. Y, por supuesto, actuando como maestro de ceremonias, en un sillón plegable de cuero y madera taraceada que semejaba el trono del califa, se sentaba Yafar al-Mushafí.

–Bienvenido, joven Abi Amir –lo saludó éste con exagerada alegría, abriendo ampliamente los brazos–. Me han dicho que me estabas buscando. Un raro privilegio. Normalmente suele ser al revés.

Al-Mushafí era un hombre de probada inteligencia, de una lealtad y una sensibilidad extremas, pero tenía sus puntos débiles. Consciente de la atracción que ejercía sobre él, tanto intelectual como físicamente, Abi Amir procuraba revertirla a su favor. El *háyib* jugaba a seducirlo en la intimidad, aunque habitualmente le bastaba con el tira y afloja del juego del poder. A veces, una caricia furtiva que él fingía tolerar. Nunca más allá. Y Abi Amir sabía exactamente dónde poner la línea entre ambos

para que el juego resultara siendo excitante. Salvo cuando al-Mushafí bebía.

En ese momento, no hacía falta más que mirarlo para saber que estaba borracho. Su cara se contrajo en una mueca de asco.

–Sólo quería informaros sobre el príncipe al-Muguira, como me pedisteis, señor. Disculpad la tardanza. Duerme por fin. Las esclavas le han preparado una infusión de hierbaluisa y camomila. Dejó de preguntar por su madre, pero empezó luego con su hermano, el califa.

–Ya lo verá mañana, o cuando sea –zanjó al-Mushafí con cierto desinterés–. Tú ocúpate de él, que esté entretenido, lo más alegre posible y bien alimentado. Te hago responsable de su bienestar. Habla con sus instructores mañana para poder informar al califa de su programa de estudios y llévatelo a montar a caballo o a tirar con el arco.

–No sé hacerlo, señor –reconoció Abi Amir.

–¿Qué no sabes hacer?

–Montar a caballo. Me sostengo en la silla, por supuesto, pero no puedo enseñarle ningún tipo de técnica. No soy buen jinete –admitió–. Y tampoco sé tirar con el arco, señor, ni pelear con espada. No he sido instruido en el uso de las armas.

El general Galib sufrió un ataque de risa que le hizo escupir el contenido de su copa. Tenía más de cincuenta años y el prestigio y orgullo de quien ha arrastrado a los ejércitos del califato a una victoria tras otra. Para él, de origen eslavo, firme y fuerte como una torre, resultaba del todo inconcebible que un hombre no supiera manejar un arma. Y no iba a callarse su opinión. Quizá porque estaba tan borracho como al-Mushafí.

–¿Es cierto eso? Yafar, espero que no le pagues por guardarte las espaldas... –se rio de su propia broma y se levantó, tambaleante–. ¿Así que no sabes de armas? A los árabes os educan como a mujeres. Como ellas, preferís pagar a otros para que os hagan el trabajo sucio. Escúchame, muchacho: para cabalgar sin descanso, para atacar una plaza enemiga, para empuñar una espada que pesa como una maldición o para rebanar una garganta y sentir que la sangre te salpica en la cara, hay que valer –lo increpó–. Hay que sudar, pasar hambre y sed,

ensuciarse las ropas y dejarse el culo en la silla. ¡No sabes montar a caballo! ¡Mis jinetes bereberes –presumió– podrían dormirse ahora mismo encima de sus monturas sin equivocar un paso!

–Déjalo, Galib –protestó al-Mushafí, divertido–. Tiene tiempo, si desea aprender. Y posee otras virtudes: entiende de leyes y recita como los mismos ángeles. ¿No es cierto, Abi Amir? Obsequia a mis invitados con uno de tus poemas...

–¿Pensáis combatir contra Tulaytula con poemas si se levanta de nuevo? ¿O si el fantasma de ese malnacido de Ibn Hafsun se revuelve en Bobastro? –se encendió Galib–. ¡Seguid engañándoos con el sueño de una Córdoba culta y refinada, que ya lloraréis cuando veáis a los ejércitos enemigos en vuestras puertas! Es con metal desenvainado y no con frases cortesanas con lo que se debe defender Medina Azahara.

–Hay un momento para cada cosa, general –admitió al-Mushafí, conciliador, ávido de cambiar el tercio–. Adelante, *habibi*, ¿por qué no recitas la moaxaja del cazador y el joven ciervo? La que yo mismo compuse el otro día. ¿La recuerdas?

Le ofrecí agua
y bebió obediencia.
Le ofrecí sombra
y aprendió a inclinar el cuello...

Abi Amir había memorizado el poema; amenazador y oscuro, le recordaba la jerarquía entre ambos y sugería una intimidad humillante. Paseó una mirada fría por el salón. El eco de las risas, las poses relajadas, el vino tinto derramado sobre los manteles.

–No soy vuestra concubina, señor, como para recitar moaxajas en vuestras fiestas.

Un coro de murmullos y risas sorprendidas coreó sus palabras. El propio al-Mushafí las recibió con una carcajada. Le tendió una copa.

–Vamos, alfaquí, no seas tan condescendiente. Suenas como un ulema resentido. Bebe conmigo, por el nuevo califa y los nuevos nombramientos –señaló a su alrededor–. Por la nueva era.

Abi Amir permaneció de pie, erguido como una lanza, sin apartar los ojos de Yafar.

–El Corán prohíbe el vino, *háyib* –le recordó, enfrentándose abiertamente con él–. Y la memoria del Comendador de los Creyentes, que Alá lo haya perdonado, merece más respeto que un brindis de borrachos en la noche de su partida.

El silencio que siguió fue tan denso que podía cortarse. Algunos de los asistentes carraspearon, avergonzados, tocados en su fe y sus principios; otros miraban a uno y a otro con curiosidad; todos conscientes de la insolencia del joven secretario. Yafar bajó lentamente su copa. No había enfado en su rostro, sólo sorpresa. Sorpresa mezclada con algo peligroso.

–¿Estás seguro de que no quieres celebrar los nuevos nombramientos con nosotros? –insistió en un susurro sedoso–. Quizá no me interese promover a quien no desea siquiera sentarse a mi mesa.

–No hay nada en la tierra que puedas ofrecerme, *háyib* –afirmó Abi Amir con firmeza–. No hay absolutamente nada que justifique manchar la memoria del califa ni insultar nuestra fe.

Y, antes de que el hechizo de aquel momento pudiera engullirlo, tomó la copa que Yafar le había tendido y la estrelló contra el suelo de mármol, que quedó salpicado por el líquido color rubí, como sangre de una herida simbólica. Sin añadir una palabra más, se marchó de la estancia.

El silencio se deshizo lentamente. Las conversaciones y las risas volvieron a llenar la sala. Galib movía la cabeza significativamente, entre sorprendido y admirado.

–Con ese carácter –bromeó–, casi prefiero que no sepa manejar una espada.

Yafar al-Mushafí permanecía inmóvil, paladeando el trago de su propia humillación, la mirada fija en la puerta por la que había salido Abi Amir. Luego, la volvió hacia el charco de vino en el suelo, y una sonrisa lenta, de admiración y deseo feroz, se dibujó en sus labios. Había encontrado algo más interesante aún que el poder: el reto.

–Vigílalo –susurró al oído a Fader, quien, a su lado, aguardaba instrucciones–. Desde lejos –puntualizó–. Quiero saber con quién habla, dónde reza, qué libros toma de la biblioteca... Todo, absolutamente todo. Nadie puede ser tan virtuoso todo el tiempo.

En la austeridad de su celda, Abi Amir repasaba nerviosamente las cuentas de madera de su *misbaha*. Intentaba rezar, pero las palabras del Corán se mezclaban en su mente con la mirada del *háyib*, cargada de una curiosidad depredadora. Los latidos de su corazón lo golpeaban como a un pájaro preso. Se había afirmado como un hombre de principios en un palacio en el que empezaban a danzar las sombras, pero ¿a qué coste? ¿Cuánto tiempo más podría seguir jugando a mirar al león a los ojos sin ser devorado?

–II–

No había funcionado.

Pese a que los encuentros de fantasía se habían sucedido de forma continua, y bajo la guía del médico judío, que calculaba los días fértiles de Subh, cinco meses después de la muerte del califa Abderramán seguían sin ningún resultado.

El salón de al-Hakam en Medina Azahara estaba envuelto en una penumbra dorada; la tenue luz de las lámparas de aceite proyectaban sombras danzantes sobre los estucados. Él, reclinado en un diván cubierto de ricos tapices, mostraba un rostro cansado y marcado por la preocupación. Había requerido ya en algunas ocasiones la secreta intervención de un físico. El peso del califato y la presión por proporcionar un heredero a la dinastía lo estaban consumiendo. Enfrente, sobre un cojín de seda, Yafar al-Mushafí reflejaba a su vez una mezcla de angustia y cálculo.

–No sé qué más hacer, Yafar –suspiró el califa, mientras jugueteaba con el borde de su túnica–. Sabes que he intentado todo lo que está en mi mano, pero nada funciona. La enfermedad me debilita, y la presión..., la presión es insoportable.

El *háyib* inclinó la cabeza, asintiendo despacio. Su mente trabajaba sin descanso para hallar una solución. La estabilidad del califato dependía de un heredero, y su posición de poder estaba íntimamente ligada a la del califa. Si al-Hakam caía, él caería con él.

–Y, sin embargo, mi señor –respondió con voz suave–, tengo que conminaros a insistir. Los cristianos huelen la debilidad como los perros.

–El miedo, como el que tú manifiestas ahora, Yafar, es lo que huelen. No podemos forzar la naturaleza ni los designios de Alá. A veces basta con que los astros se alineen una sola vez –sonrió, repentinamente divertido–. ¿Te he contado la historia de la esclava Maryam, Yafar?

El *háyib* parpadeó, confundido.

–No estoy seguro, señor.

–Si lo hubiera hecho, la recordarías –afirmó–. Hace muchos años, cuarenta y siete, para ser más precisos, mi padre, el califa Abderramán, que repartía pródiga y equitativamente sus favores entre sus mujeres, requirió del harén a una de ellas para pasar la noche. Era su esposa legítima, Fátima, la Quarisí, árabe y descendiente de la familia del profeta. Las esclavas comenzaron a arreglarla para que se presentara más bella que nunca... En un momento determinado, ella comentó con cierto fastidio la pereza que le daba abandonar la charla indolente del harén y la compañía de sus amigas para pasar la noche con su esposo. Y entonces, Maryam, una concubina procedente de los reinos cristianos del norte, se escandalizó. «¿Cómo puedes decir eso, desagradecida? Pasar la noche con el hombre más poderoso de Occidente sería un regalo. ¡Ojalá estuviera yo en tu lugar!», se lamentó. Su vehemencia despertó la ambición de Fátima y la curiosidad de todo el harén. «¿Qué me darías si te cedo mi lugar y nos intercambiamos?», se le ocurrió, y Maryam no lo dudó: «Todo. Todo lo que tengo. Mi dinero, mis joyas. Absolutamente todo». «Muy bien», respondió Fátima riendo, «pues adelante». Esa tarde la actividad en el harén fue febril. Mientras las esclavas de Maryam recopilaban todos sus bienes, arrancándole incluso las monedas cosidas a sus velos, ella se preparaba, sin joyas ni artificios, para enamorar al califa. Cuatrocientos *dirhams* entregó la cristiana a Fátima a cambio una noche de amor con él. Las dos estaban felices, convencidas de que habían hecho el negocio de sus vidas.

–¿Y qué pasó? –inquirió al-Mushafí con curiosidad.

–Que fue Maryam la que apareció en las estancias del califa, maquillada y envuelta en sedas, pero sin un pendiente ni una ajorca, ni brazaletes en los tobillos ni anillos en los pies. Y, cuando el califa le preguntó por qué venía ella y no Fátima, y por qué iba vestida como

una esclava, ella le contó la verdad: que lo había dado todo, absolutamente todo lo que tenía, por el privilegio de pasar una sola noche de amor con él. –Hizo una pausa, deleitándose en su propia historia–. El califa le sonrió, pues hasta al hombre más poderoso del mundo le halaga sentirse deseado. Podía haberla rechazado por su osadía, pero, conmovido y encantado por su entrega, esa noche la pasaron juntos. Es más, jamás volvió a llamar a la Quarisí. Desde esa noche, Maryam fue la única mujer que reinó en su corazón, hasta el día de su muerte –calló unos instantes de nuevo, sumido en sus recuerdos, antes de concluir–: Y, según los cronistas, como ya habrás imaginado, el fruto de aquella noche fui yo...

Al-Mushafí sonrió. Era una historia perfecta, y él, enamorado del ritmo y de la métrica, pensó que podía componerla en una casida y regalársela.

–Es cierto, mi señor, que a veces basta con un solo encuentro. Sólo Alá sabe por qué los vuestros no germinan... ¿Quizá debiéramos cambiar a la elegida? ¿Buscamos a una Maryam en el harén?

–No, Yafar. Subh es... perfecta. Y la manera en la que se presenta en mis habitaciones lo hace más excitante aún. No creo que el problema sea ella. La responsabilidad y los años me bloquean, querido amigo. Quizá –trató de bromear– sería más fácil cambiarme a mí...

–No digáis eso, mi señor.

–Me has mal acostumbrado, querido –sonrió tristemente–. Eres tan eficaz e inteligente que no estoy habituado a tener que resolver mis propios problemas –suspiró–. Ojalá también pudiera delegar en ti esta tarea.

Al-Mushafí arqueó una ceja, sorprendido.

–¿Qué queréis decir, señor...?

–Nada. Divago –sonrió el califa. Posó una mirada cálida en la de su confidente y lo palmeó en el brazo–. Me siento... cansado. Probablemente todo fuese más fácil si la responsabilidad del califato no recayese sobre mis hombros, si tuviese las fuerzas intactas... o si fuera más joven...

Yafar al-Mushafí tomó aire lentamente. Se preguntaba si la idea que estaba cuajando en su cabeza era sólo suya o si era el propio califa quien se la estaba inoculando. Tragó saliva y sintió un calor repentino. Lo miró, interrogante, pero en su rostro sólo encontró una sonrisa sincera, sin asomo de ironía. Repasó mentalmente la conversación. El califa era el hombre más inteligente que conocía. Era imposible que no hubiera medido todas y cada una de sus palabras antes de pronunciarlas.

–Quizá deberíamos... –apuntó con voz ronca, recalcando un plural inexistente–. Deberíamos seguir intentándolo.

No añadió nada más, aunque la posibilidad empezaba a echar raíces en su mente. Hasta su cabeza podía rodar por insinuar algo semejante.

–Por supuesto, *háyib*. Sigamos intentándolo. Con la ayuda de Dios. Y con la tuya.

–III–

El tiempo transcurría lento e inexorable en el reloj de arena, con la misma cadencia que el convencimiento maduraba en Yafar al-Mushafí como un fruto amargo y pesado. «No hay otra posibilidad...», se repetía. La autorización, susurrada por el califa en un momento de pánico, lo consumía: «Ojalá pudiera delegar esta tarea en ti». Unas palabras que eran ahora su espada y su coartada.

El hombre había inventado las *sequias* para regar los campos cuando la lluvia no llegaba a tiempo, se recordó a sí mismo. Gracias a eso, el mundo llevaba miles de años garantizando cosechas imposibles. No era oponerse a la voluntad de Dios, sino ayudar a la naturaleza. «A veces», se dijo, «hay que molestarse en construir pozos subterráneos, y *qanats*, para que, invisibles desde la superficie, ayuden a que el agua llegue a los oasis y germine la semilla...».

Oasis. Le gustaba la metáfora.

Todo se había calculado con la precisión de un orfebre. Recabar voluntades hubiera significado dar tiempo para la reflexión, y sólo él debía decidir sobre el tema. Dos guardias de los llamados «mudos», elegidos por su lealtad absoluta, su desconocimiento del árabe y su incapacidad para testimoniar, recibieron la orden. Escoltaron a Subh, con la excusa de que el califa la esperaba en una estancia privada, lejos de los oídos del harén. Ella acudió, aun con el corazón encogido por un presentimiento que le helaba la sangre. Vestida con sus propios ropajes, era sólo una muchacha asustada en la oscuridad de un corredor desconocido.

La estancia no era la del califa, tampoco la de su *háyib*. Una habitación neutra, pequeña, anónima y sin ventanas, iluminada por un único candil que arrojaba sombras danzantes y grotescas sobre los muros desnudos. El aire olía a tierra húmeda y a aceite rancio.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, el que emergió de las sombras no fue al-Hakam.

Abi Amir estaba pálido. Sus ojos, usualmente llenos de una certeza férrea, reflejaban un pánico apenas contenido. Aquella muchacha con la que se encontraba a solas en una estancia cerrada, en una situación reprobable por la *sharia*, no era una esclava cualquiera, sino la favorita del califa. Nunca antes la había visto de cerca, una silueta etérea cantando en los jardines. Y ahora, ante él, podía vislumbrar la realidad de su belleza: unos ojos verdes desorbitados por el miedo, una piel de lirio que parecía emitir su propia luz en la penumbra.

–¿Quién eres...? ¿Qué es esto? –La voz de Subh fue un hilillo de terror. Retrocedió hasta chocar con la fría pared.

Abi Amir abrió las manos en un gesto de impotencia. Había acudido allí a instancias de Fader, para encontrarse con el *háyib*. ¿Él habría orquestado aquello para castigar su insolencia? Se alejó de la cristiana todo lo posible, rezando porque no hubiera testigos.

–Es una trampa –susurró–. Para los dos.

La puerta se abrió de nuevo y entró Yafar, seguido por su guardia, que de inmediato se cercioró de que quedaba bien cerrada. Una fuerza gélida y dominante imbuyó la estancia.

Con un gesto, Yafar ordenó a los soldados que se apartaran a un recodo, mientras él contemplaba la escena con deleite, como la trama de un poema compuesto por sí mismo: la paloma acorralada, el joven halcón... Los dos tan bellos y perfectos como si él mismo los hubiese creado.

–Bueno –casi entonó, con voz serena–. El tiempo se agota. Las posibilidades, también. El califato necesita de vosotros para perpetuarse. –Hizo un gesto explícito juntando los índices–. De los dos.

Subh, entendiendo, miró a los soldados y lanzó un gemido ahogado.

–¡Es una locura! ¿Pretendéis engañar al califa?

–Se ha acabado el tiempo de los disfraces y los artificios, muchacha –le advirtió Yafar, demostrando que conocía la farsa–. Pueden continuar, si así lo deseas, claro, pero debemos asegurarnos otras opciones.

–¡No! –gritó la joven, asustada–. Si quedo encinta, será una afrenta contra Dios y contra el califa... Un pecado visible. ¡Me matarán!

–Nadie te tocará –le prometió el *háyib*–. Te protegeremos. Serás la madre del heredero. Y la dueña del harén.

–¿Y yo? –preguntó Abi Amir, procurando no traslucir su miedo.

–¿Tú? Bendita inocencia... –sonrió Yafar con ironía–. Mi virtuoso alfaquí..., ¿de verdad tengo que explicarte cuál es tu papel en todo esto?

–Imagino mi papel –recalcó él, tratando de aparentar seguridad–. Mi pregunta es: ¿qué pasará después, cuando sea... prescindible?

–Vamos, *habibi* –soltó una risotada–, no te crezcas... Ya eres prescindible. Pero yo no he llegado hasta aquí por ser un hombre sin palabra, así que te aseguro que recibirás una generosa compensación por tus... servicios. Y, si mantienes la boca cerrada, continuarás siendo de utilidad al califato. Vivo –recalcó–. Y a mi lado.

–También podéis decidir libraros de mí si doy a luz al heredero que tanto ansiáis –constató Subh con tono helado.

El *háyib* alzó las manos en un gesto de sorpresa e impotencia.

–¿Pero qué clase de monstruo sin entrañas pensáis que soy? ¿Por qué iba a provocar un terremoto en el califato, levantando sospechas con muertes innecesarias? Todos seguiremos con nuestras vidas. Vosotros dos, previsiblemente, con muchas más prebendas.

–Lo quiero por escrito –exigió Abi Amir.

–Ah, esa pasión por la palabra... ¿Me tomas el pelo, *katib*? No habrá nada por escrito. Es más, esto no habrá sucedido nunca.

–¿Y cómo sé que no me encontrarán dentro de tres días flotando en el *wadi* al-Kabir?

–Oh, ahí está la belleza de la incertidumbre. No lo sabes. –El *háyib* ensayó su sonrisa más lobuna–. Tendrás que confiar en mí.

–¡No! –chilló Subh.

Y, de pronto, la muchacha salvaje que habían domesticado con poemas y sedas pareció resurgir. Se abalanzó contra Yafar no con la

gracia de la cantora, sino con las uñas extendidas como garras y los dientes al descubierto. Le arañó la cara antes de que los guardias, pillados por sorpresa, la agarraran con fuerza y tiraran de ella. Abi Amir dio un paso adelante, instintivamente.

–¡Basta! ¡Dejadla! ¡Dejadla! ¡Esto no tiene ningún sentido! ¡El *zina* es un pecado, un atentado contra la ley de Dios!

Yafar se limpió una fina línea de sangre en la mejilla. Se volvió hacia él, exasperado, bloqueándole el paso.

–¡Olvídate de tu integridad, alfaquí! ¿Qué quieres? –Su voz era un susurro cargado de promesas venenosas–. ¿Ser cadí de Isbiliya? ¿De Labla? ¿Dirigir la ceca para acuñar el oro del califato? Dime tu precio. Todo hombre lo tiene.

Abi Amir lo miró fijamente. Por unos instantes, titubeó. La frase le quemó la lengua: «Quiero ser tú. Quiero tu poder, no tus migajas». La ambición se sobreponía a su humanidad. Pero no se atrevió. La confesión lo habría aniquilado. Y, cuando vio a Subh, forcejeando, llorando, convertida en un animal herido, algo se le quebró por dentro.

–No la tomaré por la fuerza –declaró con firmeza–. Es una princesa cristiana, no un botín.

–¡Es «exactamente» un botín! –rugió Yafar, perdiendo los estribos. Su paciencia de seda se rasgó–. ¡El pago que te ayudará a ascender!

Abi Amir negó con la cabeza, atrapado en la trampa de su propia integridad.

–No. No puedo.

La reacción de al-Mushafí fue rápida como un relámpago. Se abalanzó sobre él antes de que pudiera reaccionar. Lo agarró del pelo con una mano y, con la otra, sacó un puñal corto de su cinto, cuyo filo helado puso contra su garganta.

–No lo entiendes, *habibi*... Ésta no es tu elección. ¡Estás tan involucrado como si ya lo hubieras hecho! ¿O crees que te dejaría marchar impunemente después de haber llegado hasta aquí? Oh, no importa... –se burló–. No te preocupes, buscaremos a otro candidato... ¡Estúpido! –le escupió en la cara, y Abi Amir sintió el aliento caliente en la piel–. ¿Tan listo eres y no te das cuenta? ¡Al alfaquí virtuoso lo

paraliza el temor de Dios! ¿Crees que no sé que pagas por carne fresca en la alquería del puente? Si no te excita el cuerpo de una mujer como ésta, tendré que pensar que acudes allí para verte con hombres. ¿Quieres que mis poetas escriban por toda Córdoba que tu cuerpo sólo gime en mi lecho como una joven virgen?

–¡Eso no es cierto! –clamó el joven, rabioso, en un esfuerzo por hablar con el metal en la yugular–. ¡Ni en vuestros mejores sueños!

–La verdad no importa. La verdad no existe, *habibi* –le susurró al oído–. La verdad es de quien la compra.

Yafar deslizó el puñal hacia sus labios, en un gesto de posesión y rabia. Abi Amir sintió el corte, un dolor agudo y claro, y el sabor metálico y caliente de su propia sangre en la boca. Escupió una mancha roja y brillante en el suelo de tierra. Trató de revolverse, pese a todo, con fuerza, pero dos de los guardias, tras una rápida mirada de al-Mushafí, lo inmovilizaron contra la mesa.

–En cuerpo y alma, dijiste cuando aceptaste servirme –le recordó–. En cuerpo y alma. Demuéstramelo ahora. Eres ambicioso, como yo lo era a tu edad. ¿Por qué crees que anticipo tus movimientos de cachorro inexperto? Eres igual que yo, aunque te creas mejor. Me necesitas. Y esta noche yo te necesito a ti. Podría ser un trato beneficioso para todos. No puedes permitirte el lujo de tener escrúpulos, porque no eres libre, Abi Amir. Soy tu dueño. El dueño de tu triste alma de creyente, de tu cuerpo de semental joven..., y hasta de la semilla que espero que germine aquí, esta noche. No lo olvides. Nunca. –Hizo una pausa, para que calara en él el miedo–. El califato se juega hoy su continuidad. Jamás se le ha ofrecido un trabajo tan... placentero... a un hombre al servicio de Medina Azahara... ¿Y tú te permites rechazarlo?

Se volvió hacia Subh, que los observaba paralizada.

–Y tú, mujer, también puedes elegir. ¿Qué prefieres? ¿Qué te monte el califa, con su desinterés, sus años y su melancolía, que todo lo ahoga? ¿O que te cabalgue este purasangre árabe, joven, fuerte y hasta apuesto, si se limpiara la sangre de la cara? Decide ya. Porque, si no, pediré a mis hombres que lo hagan –la amenazó–. O terminaré esto yo mismo. Pero, por Alá, que en esta noche nacerá el heredero de Córdoba.

El silencio que siguió fue absoluto, roto sólo por los sollozos de Subh y la respiración entrecortada de Abi Amir. La humillación tenía sabor a cobre en los labios del alfaquí. Asintió, casi imperceptiblemente. El guardia aflojó la presión y le permitió incorporarse.

Yafar alzó la mano. Los guardias soltaron a Subh y se guarecieron entre las sombras, cuatro siluetas imponentes con las armas desenvainadas. El ambiente en la estancia se transformaba de repente del terror puro a una tensión latente, una excitación palpable, cruda y animal. Uno de los soldados, aun en la oscuridad, soltó una risotada baja y forzada que les heló la sangre. Subh se encogió al oírla. Sus ojos se dirigieron a Abi Amir, con la voz quebrada por el llanto.

–Por favor –susurró–, no me dejes con ellos.

Esa súplica, esa elección forzada dentro de la trampa, quebró algo en Abi Amir. La rabia, el asco y la humillación se mezclaron con un instinto protector salvaje y distorsionado. Dio unos pasos hacia ella, lentos. Le habló en voz baja, en árabe, y luego en un romance rudimentario, en un intento de acercarse a su alma. Le acarició el pelo, enredado y húmedo de sudor y lágrimas, para calmar su temblor.

–Nadie más te tocará –le murmuró al oído. Y rezó por poder cumplir su promesa.

Ella se aferró a él; no por deseo, sino por desesperación. Torpemente, se despojaron de las ropas, aún en pie, en la semipenumbra. Sus cuerpos, ambos fríos como el mármol en invierno, se encontraron. Él la condujo entonces hasta el lecho, que crujió bajo su peso, susurrándole las palabras que cantan los poetas. Fue un encuentro urgente, nacido del miedo y bajo la presión brutal de los cuatro pares de ojos que los observaban. Testigos imprescindibles para poder ser considerados culpables de adulterio. Condenados a una muerte inmediata si se negaban, a una muerte futura si accedían.

No hubo amor, ni siquiera deseo. Sólo una fuga conjunta hacia un acto que los uniría para siempre en el secreto y la culpa. Pero la fisiología, traicionera y poderosa, hizo su trabajo. Primero, en él, excitado a su pesar por el miedo, por los ojos que escrutaban cada uno de sus movimientos. Luego, en ella, el terror se transformó, en un

punto de no retorno, en una sensación abrumadora. Sintió que se deslizaba al vacío desde una gran altura. Un momento aterrador, vertiginoso y de una claridad sensual que los dejó sin aliento. No hubo placer, fue catarsis. Una liberación violenta de todas las tensiones, los miedos, las soberbias y las sumisiones que los habían llevado hasta allí.

Al fin quedaron desmadejados y temblorosos, con el sudor enfriándose en sus cuerpos. Subh se echó a llorar en silencio, acurrucada en su pecho, murmurando una oración en latín de culpa y de arrepentimiento. Abi Amir, con los labios aún hinchados por la herida, tiró de las mantas de piel con instinto protector para taparla a ella, a ambos; para evitar los ojos incisivos de Yafar, que recorrían sus cuerpos con codicia. Notaba la piel aún erizada por un escalofrío de placer culpable. Para su eterna vergüenza, se sentía profundamente vivo.

Yafar, desde la puerta, no había perdido detalle. No había triunfo en su mirada, sólo un gozo secreto y una calculadora satisfacción. «La semilla», pensó, «está plantada». Ya sólo quedaba regar la mentira y esperar a que creciera la legitimidad.

–Ahí tenéis unos baldes con agua para limpiaros. Recoged vuestras ropas. Y vosotros –ordenó a los guardias, sin emoción–, acompañad a cada uno por donde haya venido. Por separado. Y aseguraos de que nadie haya visto nada.

Salió de la estancia sin más palabras, dejando atrás el frío, el olor a sangre, sexo y tierra, y a dos almas que, en el fondo más oscuro de Medina Azahara, acababan de ser forjadas a fuego en el mismo yugo.

* * *

La escena se repitió varias veces más a lo largo de los meses siguientes, y siempre con Yafar como testigo. Cada vez de una manera más silenciosa y mecánica. Entre la culpa, el miedo y un deseo incipiente del que ninguno de los dos decía nada, ni siquiera al otro, porque la vulnerabilidad los ponía en peligro. Aun así, pese a ellos mismos, se inició entre ellos la rutina cariñosa de los pequeños actos cotidianos. Abi Amir parecía distraído, perdía el hilo a veces de su exquisita prosa,

y sin pensarlo esperaba aquellos encuentros sórdidos y clandestinos como sólo los esperan los enamorados. Subh fingió estar enferma para que nadie en el harén acusase sus cambios de humor, sus ojeras oscuras, su falta de apetito y esa melancolía que los andalusíes achacaban a las gentes del norte, faltos de sol y luz. Por eso a nadie le extrañaron las primeras náuseas ni que su belleza, antes espectacular y dulce, pareciera ahora tallada en hielo quebradizo.

A nadie, salvo a Lubna.

–Subh –le susurró un día con suavidad, como se le habla a un pájaro herido–. El sol está ya alto, pero tú sigues pálida como la luna de invierno. ¿Qué noche te ha robado el color?

Subh apenas parpadeó. Se sentía culpable por anhelar aquellas caricias furtivas, forzadas por el interés político. Un estremecimiento leve, como si una telaraña invisible la hubiera rozado, le recorrió los hombros.

–No es nada –murmuró–. Son sueños. Sueños malos que no se van con el día.

Al cabo de unas semanas de encuentros furtivos, la navarra pidió hablar con Hind en sus aposentos privados. Aun así, las sirvientas las espiaron tras las celosías, y vieron cómo la princesa la tomaba de las manos y la abrazaba como a una hermana pequeña y querida. También hubo quien vio a Ibn Saprut, el médico judío, que se había trasladado al harén para reconocer a la favorita, asentir gravemente con la cabeza. Rápidamente, se ataron cabos, y Radhia se encerró en sus aposentos a llorar. Comenzaron los murmullos y el trasiego de mensajeros entre la corte y el harén. Aún no había ninguna confirmación oficial, pero sí un mensaje del *háyib*, una orden precisa e impersonal en la que se refería a Subh como a un objeto de cuidado. Se la trasladaría con presteza, junto con sus sirvientas de confianza, a un área vigilada por la guardia eslava de al-Hakam, donde no entraría nada ni nadie que no hubiese aprobado él mismo. Debía descansar, ser alimentada con caldos sustanciosos y frutas dulces y no fatigarse con cantos.

«Está claro que existe la posibilidad de que esté embarazada», pensó para sí Lubna, contenta. Pero, entonces..., ¿por qué al despedirse de

ellas, rumbo a sus nuevas estancias, su acento herido era el de una prisionera y sus ojos estaban empañados por una bruma verde?

* * *

En la biblioteca, entre anaqueles llenos de libros, el fluir de las líneas de las escribanas y el trabajo de traducción y clasificación de las nuevas adquisiciones, al-Hakam se sentía radiante. Había mandado expresamente que buscaran a Lubna. Todo eran rumores, aún no había ninguna comunicación oficial, pero ella supuso que la tan esperada noticia había influido en el ánimo del califa, ahora alegre, olvidado por un tiempo el peso del luto y la responsabilidad. Se había dado cuenta de que sus ojos, habitualmente velados por la melancolía, brillaban con una chispa de curiosidad infantil.

–¡Lubna, mi *katiba* favorita! ¡Salgamos al patio! Ven. Déjame contarte la última novedad...

Para su sorpresa, esa novedad no tenía nada que ver con la sospecha que ya había revolucionado el harén. Se trataba de una carta, escrita en fina caligrafía, procedente de Persia, de un importante armador de Almiriya que regresaba de comprar sedas. En ella le explicaba una cruel y triste historia que acababa por transformarse en otra diferente, de amor conmovedora. Hablaba del placer de escuchar un buen cuento y del poder de las palabras; de un sultán bagdadí, Shirar, y de una doncella de nombre Sherezade, que salvaba su vida y la de otras mil vírgenes en historias que iban enlazándose noche tras noche. Historias dentro de historias, un laberinto infinito de palabras capaces de apaciguar la ira de un rey.

–La historia de amor más bella del mundo –exclamó al-Hakam, con fervor, los ojos oscuros centelleantes–. No es el amor de los cuerpos, sino el de la inteligencia, el de la palabra que desarma a la muerte. La necesito, Lubna. La quiero aquí.

Ella lo había escuchado fascinada.

–Él ha leído historias sueltas. Pasan de mano en mano, pero parece que existe una recopilación. Sin embargo, debe continuar su camino con

la caravana y no puede pararse a buscarla. Cree que el libro original completo puede estar en Bagdad, en la biblioteca de algún sabio o algún visir avispado. Quizás incluso en la del usurpador abasí, si es que ese gusano sin cerebro, a quien Alá confunda, tiene algún interés en los libros... –La miró con resolución–. Y quiero que vayas a buscarlo.

Lubna parpadeó. «Bagdad». La palabra resonaba en su cabeza como el tañido de una campana lejana. El otro lado del mundo conocido. Más allá del desierto, de los reinos enemigos, del nuevo pretendido califato de los fatimíes, de la mezquita sagrada de La Meca, del océano de arena y de los mil y un peligros que acechaban en el mar.

–¿Yo, señor? –tartamudeó, entre adulada y aterrada.

–Irás protegida, por supuesto –prosiguió él, leyendo su miedo–, bajo el sello del califa de Córdoba. Y con oro suficiente para comprar la lealtad de cualquier hombre. ¿Qué digo? ¡De cualquier caravana! Y con un tutor, un hombre de mi confianza, que vele por ti. ¿Crees en verdad que es un viaje más duro que el que hiciste de niña, sola, sin dinero ni valedores desde tus tierras de la *kurah* de Balansiya hasta aquí?

La comparación la golpeó. Aquel viaje nacido de una pérdida había culminado en una oportunidad. Aquel viaje le había regalado a Abi Amir, el alfaquí de ojos oscuros que ahora medraba a la sombra de al-Mushafí. Brillante, despierto, había sido la primera persona que la había acogido en Córdoba, alguien que la trataba aún con el cariño incondicional y el respeto de un hermano mayor. Sus pasos coincidían en innumerables momentos, pues compartían un ansia desmedida por el saber, la letra escrita y las palabras. A veces le parecía encontrar un brillo especial en sus ojos, pero era consciente de que sólo reflejaban lo que ella deseaba ver. Ella era una esclava del califa; alguien de su círculo de confianza, sí, la que ya comenzaba a ejercer como maestra de copistas para formar a un séquito de jóvenes que multiplicara el saber que albergaba su biblioteca, pero una esclava. Una *musarabat*, una casi recién conversa. Sin embargo, él pertenecía a una familia de origen árabe orgullosa de sus apellidos; era un observador de la ley islámica, y en esos momentos, con apenas veintidós años, se había alzado como el secretario de mayor confianza del *háyib*. Salvo que el califa lo

permitiera, ella jamás podría tener una familia propia. Su vida era el servicio. Abi Amir, por el contrario, como el joven funcionario que era, debía ir pensando en contraer matrimonio con alguna muchacha de buena familia que lo ayudara a afianzar su posición en la corte. Sus mundos se rozaban con cariño, se atrevía a decirse, pero jamás podrían coincidir. Y en algún lugar profundo de su ser aquello le dolía un poco más de lo que se atrevía a confesarse.

–Lubna, *habibta...* –La alegre voz del califa la sacó de su trance–. ¿Has volado ya a Bagdad a bordo de una de esas alfombras mágicas?

–Sí. Es decir, no. Es que... aún estoy abrumada por la oferta. No he asimilado el alcance... ni el tiempo que podría llevarme. Soy... soy sólo una mujer.

–Eres una experta, Lubna. En tintas, en caligrafías, en soportes. Deseo el manuscrito original, y sé que tu sabrás identificarlo. En estos tiempos de confusión, además, creo sinceramente que una mujer que viaje con un pequeño séquito despertará menos suspicacias que un hombre, que siempre puede ser un espía en busca de información sobre operaciones militares o alianzas. Nadie considera que las mujeres se sientan atraídas por el arte de la guerra. Puede que te tomen por una rica viuda desinhibida, Lubna –sonrió–, pero jamás por alguien que pueda poner en peligro a un imperio.

Bagdad. Bagdad significaría una nueva huida, una huida gloriosa y legítima. Un destino. La emoción comenzó a brotar, pura y caliente, y ahogó por un momento su desazón. «Al otro lado del mundo, lejos de la gente que amo», pensó con tristeza.

Pero al otro lado del mundo quizá fuera la mejor opción.

* * *

Lo esperó a mediodía en la biblioteca. Sabía que él aprovechaba las horas de mayor calor, el momento en el que otros, indolentes, dormitaban, para dedicarse al estudio de las leyes. Quería contarle la propuesta del califa, conocer su opinión. Quería ver si un relámpago fugaz de dolor le cruzaba la mirada cuando le contara que tenía que

marcharse en busca del sueño de otro. Demasiada gente jamás volvía de aquellos viajes.

No lo halló en la zona de estudio ni en sus austeras estancias de secretario, sino, por indicación de un guardia de mirada evasiva, en una de las celdas de oración anexas a la mezquita privada. Y la escena con que se encontró al asomarse la dejó sin aliento.

Abi Amir estaba de rodillas sobre la alfombrilla de oración, de espaldas a ella, con los hombros apenas descubiertos, cruzados por unas finas líneas rojizas que desaparecieron en cuanto se las tapó al subirse la túnica. Se volvió al sentir su presencia, y su rostro era una máscara tensa que trataba de no reflejar dolor. Sus ojos brillaban como el vidrio, y en sus labios palpitaba una herida reciente, una línea oscura que le daba un aspecto feroz.

–¿Qué ha pasado? ¿Qué haces? –logró articular Lubna, con voz estrangulada.

–Rezo –respondió él, dedicándole una sonrisa triste–. Pero algunos pecados son más densos que el agua, Lubna. No se lavan con lágrimas. Necesitan sangre.

–¿Quién te ha hecho eso? –le preguntó entonces ella, acercándose y rozándole los labios sin pensarlo.

Él se estremeció.

–Una copa de vino que se quebró en mis manos –respondió parcamente.

–Tú no bebes –lo rebatió ella, extrañada.

–Todos hacemos cosas de las que nos arrepentimos, Lubna –le susurró él con una nueva gravedad–. Algunas son incluso necesarias.

Impulsada por algo que no entendía del todo, lo abrazó, ignorando el sudor y el olor a cobre de la sangre fresca. Él se puso rígido como una estatua.

–No sé lo que te pasa, Abi Amir, pero en mi religión Dios perdona siempre cuando hay arrepentimiento.

Él sonrió, conmovido por su arrebato. Posó una mano en sus rizos oscuros.

–El problema, *habibta*, es cuando uno no se perdona a sí mismo.

–Pues cuéntame ese pecado tan grande que crees haber cometido.

–No puedo –zanjó él, apartándose con brusquedad–. Pesan sobre mí el servicio y la lealtad al califato. O su sombra. Y, a veces..., a veces la sombra es más pesada que el trono.

«La sombra es más pesada que el trono». Lubna, intuyendo la profundidad de su desgarro, estudió de nuevo el corte en sus labios, que hablaba de un silencio asegurado con violencia. Una idea horrible, informe, comenzó a tomar forma en su mente.

–¿El *háyib*?

Él posó una mano sobre su boca para obligarla a callar. Ese simple gesto bastó para confirmar su corazonada.

–Déjalo –murmuró ella en voz baja–. No puede disponer de ti a su antojo. El califa me ha pedido que vaya a Bagdad en busca de un libro –confesó con precipitación–. Le suplicaré que te agregue a mi séquito, que te nombre mi tutor. El *háyib* no podrá oponerse.

–¿A Bagdad? –se sorprendió él, abriendo mucho los ojos–. Sería un sueño, Lubna, pero el califa jamás permitirá que un hombre soltero que no es de tu familia te acompañe. Conozco la *sharia*. Y nadie, absolutamente nadie, puede permitirse el lujo de dejar al *háyib*. Tampoco sé si he terminado mi... mi trabajo aquí –añadió, nervioso–. De todas formas, aunque el propio califa y al-Mushafí lo permitieran, yo... yo no soy digno de acompañarte. No podría garantizar tu... tu seguridad.

–¿Por qué dices eso?

–Porque soy débil. Lucho por seguir el camino correcto, pero he hecho algunas cosas... –Su voz era un rumor de autodesprecio. Negó con la cabeza–. Soy tan prepotente que me he permitido juzgar a otros creyendo que estaba a salvo de la lujuria, pero no soy mejor que el peor de los soldados que saquea una aldea... Y lo peor no es pecar, Lubna. Lo peor –admitió– es disfrutar con ello... Que Alá me perdone, porque yo no puedo perdonarme a mí mismo.

Sus palabras la golpearon como hachazos. Aún arrodillada, Lubna retrocedió un paso, incrédula. Él evitó su mirada.

–¿Cuándo partes para Bagdad? –quiso saber.

–Aún no lo sé –tragó saliva, confundida–. Pronto.

Él le dirigió entonces una mirada desnuda, rendida, transparente.

–Y en el harén..., en ese nido de inquinas y de odios..., si no estás tú, ¿quién cuidará de Subh?

«¿Subh?», se sorprendió ella. ¿Cuándo había conocido Abi Amir a Subh, la joya más celosamente custodiada del califa? Y, entonces, todo le encajó, como las piezas de un jarrón partido. Las heridas de un posible rito de autoflagelación del que jamás habría creído posible a un malikí. La tristeza pesada. La culpa. El pecado. El desprecio ante el disfrute. La marca palpable de un corte en unos labios que silenciar. La mirada huidiza de la navarra. La posibilidad de un embarazo del que, pese a ser un triunfo largamente esperado, ella no se enorgullecía. La intervención del *háyib* para preservarla, para controlarla o para esconderla... Todo se recolocó en su mente con el impacto de un golpe seco en el estómago. Sintió que le faltaba el aire.

–Pero... –logró balbucear, el horror dibujándose en sus ojos–. ¿Qué has hecho...? ¿Qué habéis hecho?

–¡Calla! –La orden fue un susurro feroz, urgente. La mano de Abi Amir silenció sus labios–. Cualquiera que lo sepa, cualquiera que lo nombre, se pone en peligro. Yafar tiene oídos en las paredes, ojos en las sombras –susurró–. No digas nada, Lubna. Ni siquiera lo pienses.

Ella asintió, aterrorizada, mientras notaba la fuerza de esas manos con las que tanto había soñado en secreto. Se fijó en la herida abierta en esos labios que tantas veces había imaginado susurrándole poemas al oído. Olió su rabia, su miedo, su dolor, su sensación de suciedad... Y vio su corazón, el mismo que ella había soñado para sí, alegre y vivaz como un pájaro, preso en otra jaula.

Eso era lo peor. Por encima de un acto deleznable a los ojos de la sociedad, del califa y de Dios. Lo peor era que sus ojos le decían que la amaba. A ella. A la muchacha del pelo de cobre y los ojos de bruma. A la favorita del califa. A la mujer más inalcanzable de todas.

Abi Amir retiró la mano que le rozaba la boca, bajó la mirada, y con ese gesto, con el temblor que recorrió su mandíbula apretada, Lubna lo entendió todo.

Notó, entonces, que un grito silencioso le desgarraba el pecho por dentro. Sin casi darse cuenta, se puso en pie, dio media vuelta y echó a correr. No atendió a su llamada. Los pasillos del alcázar se le antojaron de pronto estrechos, asfixiantes, con ecos perversos. Sólo pensaba en ir directamente a la estancia del califa, derribar la puerta y vomitar la verdad: «¡Vuestro *háyib* es un monstruo! ¡Vuestra favorita un engaño! ¡El *katib* a quien habéis ayudado a elevar, un traidor! ¡Vuestro heredero será un engendro de adulterios y mentira! ¡Todos, todos a los que amáis os traicionan!».

Pero donde se detuvo, jadeante, fue en su antecámara. Los sirvientes anunciaron su presencia y la hicieron esperar, y, mientras, la ira, el dolor y el horror fueron remansándose. Así, cuando las puertas se abrieron y la luz cálida de la biblioteca del califa la envolvió, y se lo encontró allí, rodeado de mapas y cartas, con una sonrisa afable y genuina, todo se había difuminado. Él alzó la mirada, brillante por el entusiasmo del libro perdido. Con la pasión de los que aún creen en la belleza.

–Lubna –la saludó sonriente–, ¿dispuesta a emprender ese viaje al otro lado del mundo?

La furia y la necesidad de justicia se estrellaron contra su muro de inocencia bondadosa. Romper el corazón del califa, apagar su luz con la oscuridad que ella cargaba, le pareció, de pronto, el acto más cruel que podía cometer. ¿Para qué? ¿Para sumir a Córdoba en el caos? ¿Para que la sangre corriera sin remedio? ¿Para ver morir a la dulce Subh, a Abi Amir, quizás a ella misma?

–Por supuesto –sonrió a su vez, y notó en las sienes los latidos de su corazón roto–, mi señor.

Los Omeya tendrían a su heredero, pero ella no se quedaría para presenciarlo. Marcharía a Bagdad, a la cuna del califato abasí, donde Córdoba era sólo el sueño de un príncipe fugitivo y donde los pecados de Medina Azahara no le importaban a nadie.

–IV–

El día 6 del mes de *ramadán* del año 351 apareció bañado en una luz dorada, cargada de promesas. En el corazón de Medina Azahara, entre el murmullo de las fuentes y el perfume embriagador del azahar, un nuevo llanto se alzó de madrugada: el del príncipe Abderramán. Nacía no tanto después de la muerte de su ilustre abuelo y del ascenso de su padre al trono, un símbolo que los ulemas no dejaron de pregonar como auspicio divino.

El niño era hermoso, de piel aceitunada y ojos oscuros, profundos como pozos en los que se reflejara la noche. No había en él rastro del rubio cobrizo de Subh ni de la piel clara de los Omeya. Un misterio silencioso, una pregunta que nadie, en su sano juicio, se atrevía a formular en voz alta. La biología, en aquel palacio de sombras y espejismos, era la menos exacta de las ciencias.

Subh, transformada en una estatua nívea, aceptaba los honores con una gravedad esculpida en mármol. La muchacha salvaje, la cantora que pulsaba en cada cuerda las emociones de quienes la escuchaban había sido sepultada bajo vestidos de brocado y joyas que pesaban como cadenas. Su belleza, siempre espectacular, había adquirido una nueva dimensión, más madura y plena: fría, distante, impenetrable. Al-Hakam, feliz, la lucía a su lado sin disimular su orgullo. Durante las grandes fiestas por el nacimiento del heredero, bajo el gran arco del Salón Rico, su sonrisa perfecta parecía dibujada con la precisión de un artista, pero sus ojos verdes, aquellos lagos del norte, habían perdido la transparencia original. Reflejaban la luz, pero no la dejaban entrar.

* * *

En medio de tanta fastuosidad, Abi Amir se movía como una sombra elegante. Alabado, ascendido, cercano al núcleo de poder por su eficacia y, sobre todo, por la voluntad del *háyib*, vestía ahora túnicas de seda fina con brocados en hilo de oro y oscuras como la noche, que realzaban sus ojos oscuros, la barba exquisitamente recortada que subrayaba una mandíbula perfecta y su porte vigilante de halcón. Su mirada, sin embargo, también había cambiado. Donde antes ardía el frío fuego del desdén o la rectitud, ahora se veía un pozo de goce silencioso, un secreto vasto que le henchía el pecho y le enderezaba la espalda de orgullo. Su madre, la mujer que en al-Yazirat había soñado con un hijo del califa, no había estado tan desacertada, pese a que jamás podía haber imaginado un acto de justicia divina mayor. Abi Amir, su primogénito, el niño al que ella llamaba «al-Mansur», acababa de engendrar a un omeya. Su sangre corría ahora por las venas del futuro califa. Era una vindicación monstruosa y sublime.

En un momento de la fiesta, mientras los músicos tañían y los poetas recitaban, sus miradas se encontraron furtivamente. Fue un instante, un parpadeo en el que el tiempo se detuvo. En él se dio un destello de reconocimiento, de triunfo compartido en el abismo. En ella, un pánico tan intenso, un deseo tan atroz, que por un segundo se quebró la máscara, dejando al descubierto a la niña asustada. Fue suficiente. Yafar al-Mushafí, desde su sitial a la derecha del trono, no lo pasó por alto; captó el intercambio, la comunicación silenciosa, la tensión contenida. Se inclinó ligeramente hacia Abi Amir, a quien tenía cerca, y, sin dejar de sonreír para los invitados, murmuró con una voz que sólo él era capaz de escuchar:

–Felicidades, *katib*. El fruto maduró en el árbol correcto. Un trabajo impecable.

Sus palabras eran un veneno dulce. Reconocían el acto, lo cosificaban, y le recordaban quién sostenía las tijeras que podían podar la rama en cualquier momento. El joven, no respondió. Inclinó levemente la cabeza como aceptación, pero en sus ojos el gozo secreto no se apagó. Al revés: se transformó en un desafío silencioso. Un orgullo ilegítimo y

clandestino que lo hacía más atractivo, más magnético y mil veces más peligroso.

Al-Muguira, a su lado, observaba los fastos con curiosidad infantil. Mustaq, su madre, lo había prevenido de que aquella criatura recién nacida era una amenaza para él, pero el príncipe sólo acertaba a ver en su sobrino a un bebé diminuto envuelto en amplios faldones que lloriqueaba en brazos de sus nodrizas. Percibía, eso sí, el interés de Abi Amir, cuya atención hasta entonces había sido exclusivamente para él. Pero no entendía mucho más, y menos áun la sorpresa de ver a toda la ciudad volcada en celebrar algo tan mínimo.

–¿No es demasiado pequeño?

Abi Amir posó una mano en su hombro en un gesto protector.

–Todos los grandes príncipes empiezan siendo pequeños, *sayyid*. Tú también fuiste así, un cachorrito, y ahora te estás convirtiendo en un león.

El niño sonrió, halagado. Abi Amir era su tutor, el único que se ocupaba de él, su faro en un mundo de adultos incomprensibles. Y a Abi Amir le gustaba verse a través de su mirada límpida. Tenía la sensación de que el principito omeya era el único que no percibía las sombras que lo perseguían.

* * *

La tarde del segundo día, cuando los festejos ya decaían y la corte se relajaba, el califa al-Hakam hizo un gesto al *háyib*. Quería hablar directamente con su *katib*, Abi Amir. «A solas», recalcó. La mandíbula de al-Mushafí se tensó en un gesto apenas imperceptible.

–¿Ha hecho algo que os haya desairado, *sayyid*?

El califa rio con una risa alegre y transparente.

–Mi buen Yafar, siempre tan desconfiado. Imagino que por eso funciona el califato. ¿No confiáis en los hombres a vuestro cargo? –preguntó con una sonrisa burlona.

Yafar buscó el filo del cuchillo en la pregunta.

–Hasta la muerte, mi señor –respondió instantáneamente–. Pero, si alguno de ellos os falla, significa que os habré fallado yo.

Citó a Abi Amir en sus dependencias privadas. El joven entró sereno, pero más tenso de lo habitual. Al-Mushafí ni siquiera se permitió jugar a humillarlo. No había tiempo. «El califa desea verte», le anunció sencillamente y, tras tomarle la mano, depositó en ella una minúscula ampolla de vidrio. Entonces, le cerró el puño, en un gesto casi íntimo. No hizo falta que le contara lo que era para que Abi Amir notara en su interior el rastro amenazador del veneno.

–Ignoro de qué quiere hablar contigo –le confesó–, pero, si la conversación toma sendas oscuras, ingiérelo. Sin pensar. No puede haber fisuras.

–Si el califa sospecha algo –sonaba angustiado–, en cualquier caso estoy condenado. ¿Por qué habría de salvaros?

–Porque, si no acabas con tu vida en ese mismo instante, lo haré yo en cuanto pueda. Y no seré tan rápido ni tan piadoso, créeme.

Abi Amir tragó saliva. Alá deploraba los actos suicidas, salvo que sirvieran a un bien mucho mayor. «Tal vez es el caso», se dijo. Su respiración se aceleró.

–Os creo. Sólo espero que no sea necesario..., señor.

–Y yo. –Al-Mushafí suavizó el tono y le acarició la barbilla en un gesto pretendidamente cariñoso–. No quisiera tener que desprenderme de ti... todavía.

Desde los jardines del alcázar, Yafar vio alejarse, juntos, sin escolta ni guardia, al califa y al alfaquí. Sus dedos, largos y pálidos, se crisparon ligeramente alrededor de la copa de cristal que sostenía. Fader, a su lado, sostuvo la mano de su señor para que nadie pudiera escuchar su tintineo.

Pasearon de forma indolente por las terrazas que miraban hacia el valle del al-Kabir. A la sombra de un ciprés que se alzaba como un obelisco verde, a cierta distancia ya, al-Hakam se detuvo. Su rostro, habitualmente velado por una suave melancolía, estaba ahora serio.

–Abi Amir, la confianza es un río de aguas extrañas. A veces fluye donde menos se espera.

–Mi señor... –Abi Amir bajó la mirada. Sentía el tacto de la ampolla encajada en su mano y el corazón martilleándole en los oídos.

–Subh –prosiguió el califa, mirando el horizonte–, la madre de mi hijo, me ha hablado mucho de ti. De tu capacidad de discernimiento, de tu ortodoxia y tu buen juicio a la hora de interpretar las leyes, de tu... inquebrantable lealtad a la dinastía.

Abi Amir guardó silencio. Continuaba mirando al suelo, en un gesto de respeto. Rezó porque el califa no notara su miedo.

–Me gustaría hacerte una pregunta –continuó al-Hakam, con la mirada perdida en los campos de cultivo que se extendían más allá de la ciudad palatina–. Me desagrada profundamente la gente que es incapaz de practicar la contención. La gente que se dice creyente, pero no puede resistirse a las tentaciones mundanas: un cuerpo prohibido, un trago de vino... Gente que conoce la *sharia* y aun así la incumple... ¿Dirías que son buenos creyentes, Abi Amir?

Hubo un silencio denso cargado del olor del romero. Abi Amir esbozó una sonrisa neutra y se preguntó cuanto tardaría el veneno en hacer efecto. El *háyib* le había adelantado que sería una muerte rápida. Pero ¿sería dolorosa? Y, si él moría, si nadie entonces conocía la vergüenza, ¿respetarían al niño?, ¿seguiría siendo su hijo el heredero de los Omeya? Fingió juguetear con los dedos, cuando en realidad trataba de destapar el pequeño tapón de corcho que cerraba la ampolla.

–Yo diría que no, *sayyid*. –La frase le tembló en los labios–. Quizá deseen serlo, pero son débiles.

–He pensado en algunas medidas..., digamos, drásticas –prosiguió el califa, asintiendo levemente–. Desarraigar las viñas o acabar con el cultivo de la uva, pues sirve a apetitos demasiado mundanos. Mis consejeros afirman que esa medida me haría impopular entre mis fieles. Sin embargo, yo creo que me haría grato a los ojos de Dios. ¿Debo elegir a quién deseo servir?

Las pupilas de Abi Amir destellearon, confusas.

–Creo que... que debéis servir a ambos, *sayyid*.

–Mi conocimiento de las leyes es muy inferior al tuyo, Abi Amir. ¿Qué harías tú? –preguntó de repente, con interés genuino–.

¿Prohibirías la producción de vino para asegurarte de que se cumplan los preceptos de Dios?

Abi Amir pensaba a toda velocidad, dudando si aquella pregunta era una preocupación real o una metáfora de hasta qué punto los apetitos prohibidos provocaban la perdición de los hombres. Un hilo de sudor le rodó lentamente, frío, por la espalda.

–No, *sayyid* –repuso al fin–. No lo haría. Esa medida os haría, en efecto, impopular. Gobernáis para todo al-Ándalus, no sólo para los creyentes. Judíos y cristianos son gentes del libro y tienen permitido beber alcohol. Si prohibís el vino, quien desee embriagarse fabricará aguardiente de higos. Dejad que cada hombre decida libremente si desea cumplir con los preceptos de Dios, y que responda luego ante él.

–¿Y yo, el Comendador de los Creyentes? ¿Dios no me exigirá ninguna responsabilidad por no saber imponer la contención a mi pueblo?

–Imponed una tasa a la producción y la venta de vino. Con esos beneficios, podréis construir más y mejores mezquitas y madrasas. Le serán más útiles a Dios que el sacrificio de nuestros apetitos de pobres pecadores.

El califa asintió muy despacio, sin mirarlo, y al fin dibujó una amplia sonrisa. Abi Amir contuvo el aliento.

–Subh, la madre de mi heredero, me ha hecho una petición inusual, pero también inteligente, como es ella. Sabe que los bienes que he asignado para ella y el pequeño Abderramán necesitan de una gestión impecable, discreta y, sobre todo, leal. Un ojo que vele no sólo por el oro, sino por el futuro que ese oro debe proteger.

Hizo una pausa deliberada y se volvió para clavar sus ojos oscuros, inteligentes y extrañamente lúcidos, en los de Abi Amir. Éste escondió la minúscula ampolla tras su dedo pulgar.

–Es ella quien te ha recomendado para el cargo. Afirma que eres de la máxima confianza del *háyib*. El harén conoce todos los rumores, imagino. Serías secretario de los bienes del príncipe heredero y gestor de los de su madre. ¿Qué te parece?

Abi Amir sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

–Señor, es un honor que no merezco... Hay hombres mucho más experimentados que yo... El *háyib*...

–Yafar tiene el peso de un imperio sobre sus hombros –lo interrumpió al-Hakam con suavidad–, y cuarenta y dos años. Yo necesito a alguien brillante y joven que crezca junto a mi hijo... Alguien cuyo interés por el niño sepa ir más allá del deber. ¿Eres tú ese hombre, Abi Amir?

El alfaquí se llevó disimuladamente la mano a los labios, como si con ello pudiera acallar el galope de su corazón en el pecho.

El califa dio otro paso, acortando la distancia entre ellos. Su voz bajó aún más, hasta convertirse en un susurro casi íntimo:

–Yo estoy convencido de que sí. De que nadie en esta corte –continuó, y cada sílaba parecía más pesada que la anterior–, absolutamente «nadie», se preocupará tanto por el pequeño Abderramán como tú. Sólo hay que ver cómo cuidas de mi hermano, al-Muguira.

El mundo se detuvo. El aire se espesó. En el gesto de Abi Amir, más que sorpresa, había un estupor helado. El califa no le estaba tendiendo una trampa. Le estaba entregando, con una ironía tan monumental que resultaba tan divina como demencial, la custodia oficial de su propio hijo. ¿Lo sabía todo o quizá sólo intuía la sombra de una devoción que podía serle útil? ¿Era aquello un premio o una condena?

Al-Hakam le dio la espalda, puso las manos atrás y miró de nuevo hacia el valle, tranquilo.

–Éste es un nombramiento oficial y directo. Por supuesto, el *háyib* será oportunamente informado por mí mismo. Puedes continuar a su servicio mientras te integras en tus nuevas tareas –añadió–. No deseo privarlo tan repentinamente de tus... habilidades, pero recuerda que, a partir de este momento, los intereses de mi hijo y de la reina madre, la *um-Walad* Subh, son tu prioridad. ¿Lo has entendido?

Abi Amir veía luces flotando ante los ojos. Se preguntó si sería la luz del sol a contraluz o la tensión que le agarrotaba los músculos.

–Perfectamente, mi señor.

–Los documentos de nombramiento estarán en tus manos al atardecer –le apretó cariñosamente el hombro–. No me defraudes.

El califa se dio la vuelta y comenzó a caminar por el sendero que lo llevaba de vuelta al Salón Rico. Abi Amir lo siguió unos pasos por detrás. Exhaló el aire que había estado conteniendo. Cerró los ojos y dio gracias a Dios por permitirle conservar la sangre fría. Luego, cruzó las manos a la espalda y dejó que el líquido de la ampolla se vaciara, íntegro, sobre la tierra ávida y rojiza de Medina Azahara.

–V–

De Fátima a Lubna

Medina Azahara, mes de muharram,*351 de la Hégira (962 d. C.)*

Querida hermana de tinta y de silencios compartidos:
Si esta carta llega a tus manos, sabrás que el mundo aquí no se ha detenido, aunque a veces, entre estas paredes de mármol, tengo la sensación de vivir en un reloj de agua que gotea siempre a la misma velocidad. La gran novedad, que ya habrás oído resonar hasta en los zocos más remotos, tiene nombre: Abderramán. El pequeño príncipe es el sol en el que quiere mirarse toda Córdoba, y su luz es tan cegadora que nadie se atreve a abrir los ojos para preguntarse cómo ha sido posible este milagro.
Subh, nuestra dulce Subh, ha aprendido a caminar sobre un filo de vidrio sin hacer ruido. Se ha convertido en la reina madre con una naturalidad que me estremece. A veces, cuando la veo en las recepciones, envuelta en ese halo de quietud poderosa, recuerdo a la muchacha que temblaba de miedo el día en que llegó, a la que lloraba recitando romanzas de su tierra o a la que se enfadaba porque no conseguía afinar las rimas. Ahora los poetas se deshacen en alabanzas que ella acepta con una inclinación de cabeza, que es a la vez gratitud y distanciamiento infinito. Es como si hubiera aceptado su propia divinidad. La eché de menos al principio, cuando la sacaron del harén. No ha vuelto, pero ahora está siempre omnipresente, y sin embargo inalcanzable.

Y, hablando de inalcanzables, nuestro común amigo, el joven halcón, ha mudado las plumas. Abi Amir, el secretario humilde, es ahora el hombre de confianza de todos y de nadie. El *háyib* lo tiene a su sombra, pero es una sombra que, sospecho, ha empezado a proyectar su propia luz. Se mueve bien en el poder. Y rápido. Su nueva posición junto a los bienes del pequeño príncipe lo ha vuelto omnipresente también, y a la vez más inescrutable. Si antes era como un acero desnudo, por lo ácido y transparente, ahora parece envainado en terciopelo. Mucho más peligroso, creo yo.

La biblioteca bulle de jóvenes aprendices, ávidas de conocimiento, y yo trato de imitar tu paciencia, aunque sin éxito. Me falta tu calma. Aquí, entre tanto ritual y tanta sonrisa calculada, a veces me asfixio, pero el califa parece más feliz que nunca y eso, Alá sea loado, repercute en todas nosotras y en el ambiente de la biblioteca. Por lo demás, extraño nuestras largas charlas hasta el amanecer, tu capacidad para enamorarte de hombres inalcanzables y tu risa contenida.

Regresa pronto, hermana en la distancia. Tras los vertiginosos ascensos de nuestra querida Subh y el alfaquí de tus sueños, me da la impresión de que, sin tu mirada lúcida para reinterpretar la realidad, este palacio se está llenando de espejos que sólo reflejan ambición.

Con el corazón anclado en este lado del mundo,

Fátima

De Abi Amir a Lubna

Medina Azahara, rabi al-Awwal *del 353 H.(primavera del 963)*
Para la viajera de los horizontes lejanos:

Escribo en una de esas resmas de papel que llegan desde tu molino de Xatiba. Es mi pequeña forma de homenajear el momento en que nos conocimos. Eres tan importante para mí que a veces olvido que no te lo digo. Te fuiste tan de repente que tengo la sensación de que nos dejamos mil cosas por decirnos, aunque la mayoría tampoco puedan ponerse por escrito.

No escribiré de políticas o de nombramientos, ni del peso de las monedas que administro. Ésas son las telarañas en las que me muevo, no el aire que anhelo respirar. Te escribo desde el jardín alto, en el crepúsculo, cuando el valle se tiñe de un morado que parece arrancado de un sueño persa.

Hay una cualidad en la luz de esta hora que siempre me ha parecido nostálgica. Es como si el sol, al despedirse, arrastrara consigo todas las posibilidades del día, todos los caminos que no tomamos, todos los silencios que debieron ser palabras. Extraño algo, Lubna. Algo que no tuvo nombre, que nunca llegó a ser y que, sin embargo, me duele como un miembro fantasma. Tú crees que soy feliz entre los muros de Medina Azahara, y yo te imagino feliz a ti recorriendo los caminos del mundo. ¡Ojalá gozara yo de la libertad que vislumbro en tu viaje!

Me consuela el vuelo de los halcones. He comenzado a instruir al joven al-Muguira en la cetrería. Hay una pureza en esa relación entre el hombre, el ave y el viento que no admite traiciones. El muchacho tiene mirada ávida y corazón leal. Enseñarle es como regar una planta en un terreno aún no envenenado.

El mundo aquí es un delicado equilibrio de miradas y susurros. Cuidaré de lo que me ha sido encomendado. Es un deber que acepto, una cadena que no elegí llevar, pero me enorgullece.

Que los caminos de Oriente que transitas estén llenos de sabiduría y de asombro.

Tuyo, en la quietud vigilante,

Abi Amir

De Lubna a Fátima

Qayrawan, Ifriqiya, yumada al-Thani *del 353 H.(agosto del 963)*

¡Oh, Fátima, alma gemela!
Si supieras lo maravilloso que es este viaje... Tus palabras me llegaron como un suspiro fresco de la sierra en medio del calor opresivo de Tilimsan. Pero déjame contarte desde el principio.
Antes de cruzar el mar, me detuve en Xatiba. El corazón se me quería salir del pecho al ver de nuevo los tejados de la casa familiar, el humo saliendo del molino que mi tío aún maneja con manos temblorosas pero firmes. Mi madre... ¡Ay, Fátima! Se me abrazó y no quiso soltarme, y lloramos todas, mis hermanas y yo, como si el tiempo no hubiera pasado. Me trataron como a una gran señora, impresionadas por mi escolta y mis vestidos cordobeses, pero, en cuanto cerraron la puerta, volví a ser la niña que correteaba entre los baldes de pulpa de papel. El anciano al-Nasri aún vive, como si hubiera estado esperándome desde el momento en que me marché hace casi siete años. Ver el orgullo en sus ojos, la dicha de poder volver a verme antes de morir fue un dolor dulce y desgarrador.
Llegué luego a Ifriqiya. En Tilimsan, los fatimíes fueron fórmulas de cortesía talladas en hielo: respeto por el sello del califa, admiración por mi erudición, pero una frialdad de piedra hacia todo lo que huele a al-Ándalus. El califa tenía razón: ser mujer me ha abierto puertas que a un hombre se le habrían cerrado de golpe. A una mujer erudita la observan con curiosidad, pero la subestiman. Mis preguntas no les parecen amenazadoras, sino fruto de la curiosidad y la falta de conocimientos.
Y en Qayrawan, en el corazón del falso califato fatimí, la luz es distinta. No es la luz dorada y vertical de Córdoba, sino una blanca, difusa, que lo baña todo como en un sueño de leche y polvo. Pero rezan igual que en casa, Fátima. No sé qué había

esperado al pensar que son enemigos de nuestro credo. El mismo cantico de «Allahu Akbar» se eleva desde minaretes que son como agujas en un cielo igual y diferente. Es abrumador y hermoso a la vez. Te sientes diminuta y, a la vez, parte de algo inmenso.

He visto manuscritos que harían llorar de envidia al más estoico de nuestros copistas. He conseguido dos tratados de astronomía persa que no tenemos, una de las primeras copias de los Evangelios en arameo y una recopilación de fábulas hindúes que harán las delicias del califa.

Y ahora cuéntame tú. ¿Cómo crece nuestro pequeño príncipe? ¿A quién se parece?

No te pregunto por nuestro alfaquí de mirada profunda porque, sorprendentemente, me ha escrito él. Le contestaré si tengo tiempo. Si te preguntara por mí, te permito enseñarle mis cartas.

Cuídate mucho, y cuida de todos los nuestros.

Tu hermana en la distancia,

Lubna

De Abi Amir a Lubna

Medina Azahara, shawwal *del 353 H. (diciembre del 963)*

Lubna, *habibta*:

Veo que de momento prefieres no escribirme. Pero agradezco que me permitas saber de ti a través de Fátima.

Quiero que sepas que, pese a todo, me siento extrañamente conectado a ti. Más de lo que quizá sea prudente escribir. Habitamos en juegos de poder cuyas reglas no escribimos nosotros, pero cuyas consecuencias cargamos. Y hay secretos, Lubna, que son como pozos sin fondo. Si uno se asoma

demasiado, terminan por tragárselo para siempre. No sería prudente arrastrarte a mi abismo.
No me quejo de mi suerte. Mi nuevo trabajo es prisión y refugio, y me permite horas de intimidad silenciosa con el pequeño príncipe Abderramán. Es un niño serio, de una mirada observadora que parece ver más allá de su año y medio. Ha celebrado su primera fiesta del nacimiento del profeta, un hecho íntimo y público del que pude participar. Ya balbucea algunas palabras, y me siento privilegiado de enseñarle esas pequeñas cosas para las que el califa no dispone de tiempo: sostener un pajarillo con cuidado, escuchar el canto del agua en la fuente... Con al-Muguira, que ya es casi un adolescente tan alto como lo fue su difunto abuelo, que Dios tenga en su gloria, salgo a cabalgar. Tiene un instructor bereber que parece haber nacido a caballo. Nunca hasta el momento había apreciado la sensación de libertad pura y salvaje que proporciona una montura. Siempre había subestimado a los bereberes.
Responde a ésta, si tu camino y tu voluntad lo permiten. Necesito saber que desde Oriente aún hay puentes que te atan a tu casa.
Con la esperanza de tu tinta,

Abi Amir

De Fátima a Lubna

Medina Azahara, saffar *del 353 H. (abril del 964)*

¡Querida Lubna, exploradora incansable!
El pequeño león camina ya hacia los dos años... Es travieso y sonriente. Vuelve a las nodrizas locas y se esconde en la biblioteca para hojear con cuidado los libros que copiamos. Observa el trabajo de las muchachas impresionado, y cuando le

dejamos un cálamo y una resma del precioso papel de tu tierra, trata de imitarlas. Es muy precoz, pues ya ha escrito su primera palabra. «Libro». Nuestro alfaquí paseó la obra de arte del príncipe por todo el harén con tanto orgullo como si fuera su propio hijo. ¿Puedes creértelo?

Te preguntarás qué hace Abi Amir en el harén. Resulta que, como gestor de los bienes de la *sayyida* Subh, el califa le ha concedido acceso libre al gineceo. Eso sí, muy respetuoso, nos colma de regalos a unas y a otras, y siempre se anuncia previamente. Como podrás imaginarte, con su físico y su labia a nadie le molestan sus visitas más que frecuentes, pero creo que el *háyib* está que trina y se lo ha reprochado al califa: dejar a Abi Amir libre acceso al harén es como abrir a la zorra la puerta del gallinero, ha llegado a decir. Si no conociera las preferencias del *háyib*, pensaría que se muere de envidia.

La biblioteca es un hervidero. El sueño del califa de un ejército de copistas empieza a tomar forma. Y hay tantas solicitudes para estudiar aquí que se está planteando crear otras bibliotecas en diferentes lugares de Córdoba...

¿Has encontrado ya lo que fuiste a buscar? Me temo que vamos a necesitarte aquí en breve.

Trae esos volúmenes, hermana. Trae el aire del mundo. Lo necesitamos. Y escribe pronto. Tus cartas son ventanas que abrimos con avidez para no ahogarnos en el perfume estático de los patios.

Con anhelo,

Fátima

De Lubna a Fátima

Alejandría, rajab *del 354 H. (julio del 964)*

Mi querida hermana en Occidente:
Desde la ciudad que fue Alejandría, te escribo con la piel aún erizada. Estuve hoy donde la gran biblioteca ardió. No queda nada, sólo el viento del mar cargado de sal y de ecos. Se siente una presencia, un vacío tan inmenso que parece pesar sobre todo. Es el escalofrío de la historia cuando ha sido mutilada. Esto ha reforzado en mí la convicción de que nuestro trabajo en Córdoba no es un lujo, sino una muralla contra la oscuridad.
He conocido a sabios chiíes cuya erudición me ha humillado y enriquecido. Su odio hacia los Omeya es un fuego vivo aún. Para ellos, al-Ándalus es una curiosidad lejana, un sueño exótico y un poco bárbaro en el confín del mundo. Nos miran con esa mezcla de superioridad y fascinación con que se mira una joya de hechura extraña.
He conseguido auténticos tesoros: un compendio de medicina de al-Razi que completa nuestro ejemplar, un tratado de óptica asombroso y... el primer tomo de una colección de historias persas. No es aún el recopilatorio que persigue el califa, pero no podrás parar de leerlas.
El mundo es tan vasto... En la plegaria del viernes, todo el mundo se dobla hacia La Meca, menos nosotros en Córdoba. No me había dado cuenta hasta ahora. Córdoba reza hacia el sur, como hacían los Omeya de Damasco. Quiero pensar que no es un error, sino una reivindicación muda del primer Abderramán, que quiso reinventar su dinastía. Sé que nací cristiana y en Xatiba, pero siento un extraño orgullo identitario en ello.
Tu viajera,

Lubna

De Abi Amir a Lubna

Medina Azahara, dhu al-Hiyyah *del 354 H. (enero del 965)*

Querida Lubna:
Tu silencio se ha extendido más de lo que mi paciencia creía posible. ¿Oriente se ha tragado tus palabras o sólo las dedicadas a mí?
Mi futuro va por delante de mis sueños. Soy ya el administrador único de los bienes del príncipe Abderramán. Ese control sobre sus bienes, sus tierras y su futuro me produce vértigo. ¿Qué más podría desear? Cuando soñaba con servir al califato, jamás habría imaginado hacerlo desde tan alto. No soy un ingrato. Sé perfectamente a quién debo mi fortuna: a la reina madre, al *háyib* al-Mushafí, al cadí Ibn al-Salim y en última instancia a ti, mi *baraka*. No creas que te olvido.
Sé que mi posición parece envidiable, pero es como vivir en uno de esos palacios de cristal donde cada gesto es observado continuamente. Han empezado a llegar embajadas de todas partes del mundo para presentar sus respetos al califa, y vivimos en un mundo jerárquico de apariencias y protocolos donde todos nos sabemos perpetuamente observados. Hasta a mí, que amo las palabras, me agota este esfuerzo diplomático constante. Creo que entiendo al general Galib cuando decía que a veces hay que dejar hablar a las armas.
No sé si llegaste a abrazar el islam como para rezar en La Meca. Hazlo por mí si tienes la oportunidad. Mi vida es ya propiedad del califato. No creo que pueda hacer la peregrinación nunca.
Te debo una pequeña confesión que sólo me atrevo a depositar en esta hoja que quizá nunca leas. He intentado escribir, como haces tú o como hace el *háyib*. Poemas. Torpes, dubitativos, manchados de la sangre de unos secretos que debo volcar en algún sitio antes de que se me emponzoñen en el alma. Son versos tristes, sueltos. No son dignos de nadie, pero me haría feliz que quisieras leerlos.
Por favor, no olvides nunca a aquel alfaquí del arrabal de Rusafa. Yo nunca he olvidado nuestro primer y único *hammam*.
Con nostalgia,

Abi Amir

–VI–

Medina Azahara, 354 H. (965 d. C.)

Cuatro años. Cuatro años son un suspiro apenas en la vida de un imperio, pero una eternidad en el corazón de una mujer que ha visto amaneceres sobre el Nilo, que ha cruzado el Mediterráneo y ha caminado entre las ruinas de Alejandría. Lubna regresó a Córdoba cuando los almendros del jardín alto comenzaban a teñirse de rosa y la ciudad entera respiraba con el ritmo agitado de una nueva alegría. Subh, la favorita, la reina madre, había dado a luz un segundo hijo varón: el príncipe Hisham.

El alborozo era genuino y también estridente. En la mezquita aljama, el nombre del recién nacido resonó junto al de su padre y su hermano mayor en la *jutba* del viernes, sellando su lugar en el linaje. El pueblo, aliviado, veía la descendencia asegurada por partida doble; la dinastía tenía raíces profundas. Medina Azahara se vistió de fiesta. El aire olía a almizcle, a azahar y a la carne dulce de los corderos asados para el pueblo.

Lubna, con la soledad y la vastedad del mundo aún pegadas a la piel como una capa de polvo dorado, lo observaba todo, cualquier detalle. Córdoba había cambiado. Y también ella. Su mirada, siempre aguda, se había vuelto más paciente, más capaz de discernir el significado de un pestañeo, la inclinación de un torso. Y lo que veía la entristecía. La ciudad se deshacía en lujo y protocolos que mandaban un mensaje de riqueza, prestigio y legitimidad desde el corazón de Occidente. Su objetivo no era ya albergar a la dinastía, Lubna lo entendió así, sino

exportar una imagen de prosperidad y fuerza al mundo: al rey franco, al navarro, al de León, al emperador de Bizancio o al conde de Barshaluna. Córdoba está aquí y aquí piensa quedarse. No queremos luchar, por eso podemos dedicar a la ostentación parte de nuestras arcas, pero, si éste es nuestro nivel en tiempos de paz, tratad de imaginar cuál será el de nuestra tropa, el de nuestros ejércitos o el de nuestra flota. Un mensaje que debía llegar también a los fatimíes en Egipto y a los abasíes en Bagdad. Abandonad vuestras estúpidas pretensiones. Someteos a Córdoba. Sólo puede haber un califato, como sólo hay un Dios.

En la ciudad, la mezquita había doblado su tamaño. Sus arquerías se habían duplicado, y la quibla se había extendido aún más al sur, hasta donde el río suponía ya una frontera natural. El *mihrab*, recién terminado, era un prodigio de belleza, con teselas de oro y lapislázuli generosamente enviadas por el emperador cristiano de Bizancio. Cualquier hombre o mujer en Córdoba podía mirarlo e imaginar el paraíso allí mismo.

Y su gente...

Subh ya no era la muchacha que recordaba de belleza espectacular y dulzura conmovedora. Era, sencillamente, un monumento vivo. Ataviada con sedas, hilos de oro y pedrería, presidía las celebraciones desde un sitial elevado, al lado del califa. Su sonrisa era una obra de orfebrería, exacta, impoluta, inalcanzable. Había aprendido a ser el centro sin parecer estar presente del todo. Una reina de hielo en un trono de luz.

Y luego estaba Abi Amir.

Cuando Lubna lo vio avanzar por el patio, contuvo el aliento. El joven secretario complaciente había desaparecido, y en su lugar caminaba un hombre en la plenitud de su poder. Seguía siendo atractivo, y lo sabía, pero ya no desde la ingenuidad adolescente, sino desde una seguridad nueva y peligrosa. Vestía de discreto lujo con una naturalidad desafiante, pero no era eso lo que llamaba la atención. Era su ubicación.

No estaba entre los visires ni entre los generales. Se movía, con una familiaridad discreta pero palpable, en la órbita doméstica de Subh. Lo vio inclinarse para hablar con la nodriza que sostenía al pequeño Hisham, envuelto en telas preciosas. Lo vio tender una mano para que el pequeño Abderramán, un niño moreno y vivaz de cuatro años, se agarrara a su dedo con confianza total, riendo mientras corría a sus pies. Lo vio intercambiar unas palabras breves con al-Muguira, ya un adolescente de quince años con pelusa en la barbilla, que seguía a Abi Amir como un escudero fiel y admiración en la mirada.

Un cuadro doméstico poderoso, chocante en su intimidad pública. Un hombre soltero que no era de la familia, ni un eunuco, en el corazón del gineceo real. Y en los ojos de Abi Amir, cuando creía que nadie lo miraba, Lubna captó un destello. No de simple ambición, sino de posesión, de una suficiencia profunda, silenciosa, casi paternal. Una satisfacción de raíz.

No necesitó ver los ojos del pequeño Abderramán ni los del recién nacido Hisham, que prometían ser igual de oscuros. Tampoco necesitó oír el rumor que ya se deslizaba como una serpiente por los rincones del harén, cuyo origen eran los labios secos y amargos de Radhia.

–El joven secretario Abi Amir visita a la reina con tanta diligencia –había murmurado esa misma mañana, en presencia de unas pocas damas que fingían no escuchar– que hasta al príncipe Abderramán se le están contagiando sus rasgos árabes. ¡A ver si van a pegársele también al pequeño Hisham!

Nadie se había reído. La «broma» era veneno puro, una acusación velada que flotaba por toda Córdoba. Y Lubna, que había recorrido el mundo y aprendido a leer entre líneas en diez idiomas, presintió una certeza helada: ¿sería él también el padre del segundo?

La ocasión para un encuentro entre ambos llegó en el gran patio del Salón Rico, durante un interludio musical. Lubna, rodeada por una legión de escribas y discípulas que la acosaban a preguntas sobre Bagdad y Alejandría, sintió de repente una presencia a su espalda.

Allí estaba Abi Amir. Más alto de lo que recordaba, ancho de hombros. Su rostro había perdido la última huella de juvenil delgadez,

pero había ganado en autoridad. Tendría veinticinco años ya, tres más que ella. En sus ojos, la veta acerada que asomaba en ocasiones se había transformado en hierro templado. Se miraron, casi sorprendidos. Él no le había perdonado que no hubiera contestado ninguna de sus cartas. Ella no le había perdonado que aquellas llamadas de socorro desde el otro lado del mundo no le hubieran permitido olvidarlo.

–La viajera ha regresado –dijo, con voz más grave que en el pasado–. Córdoba ha estado incompleta sin ti.

–Córdoba ha estado muy ocupada fabricando príncipes –respondió Lubna, sin poder evitar el filo en sus palabras. Su propia voz le sonó extraña, más baja, con acentos nuevos prestados de otros desiertos.

Él esbozó una media sonrisa que no llegó a sus ojos.

–Es la principal industria del califato –presumió con ironía–. Mucho más crucial que la seda.

–O el papel –apuntó ella.

Se estudiaron. El aire entre ellos vibró con una química compartida, cargada de todo lo no dicho, de los años de ausencia y de los monstruosos secretos que ella ahora adivinaba y él cargaba a cuestas. Ella había conocido a príncipes y sabios, había discutido de astronomía con ancianos ciegos en Mosul y de poesía con cortesanos ebrios en Palmira. Él había comenzado a navegar en las aguas más turbias del poder, engendrado una dinastía en la sombra y se había erigido en el eje silencioso del harén a base de repartir favores. Ambos habían madurado en la ausencia compartida. Y esas experiencias los hacían a la vez extraños y profundamente familiares.

–Has cambiado –murmuró él. No era el pelo ni sus ropajes, que eran simples, prácticos. Sí la forma en que le sostenía la mirada, sin bajar los ojos, con una calma no sumisa, con más conciencia de su importancia.

–El mundo es ancho –dijo ella–. Aunque nos cueste creerlo, Medina Azahara es una corte minúscula en un rincón del mundo. Y eso, visto desde lejos, te otorga una claridad... particular.

Él asintió en silencio. A ella le divirtió darse cuenta de que podía dejar sin palabras al más diplomático de los alfaquíes.

–Estuve en La Meca –le confesó.

–¿Rezaste por mí?

–¿Tanto lo necesitas?

Él no contestó. Entonces, un movimiento en el estrado pareció llamar su atención. Subh, desde su sitial, había girado ligeramente la cabeza. No miraba a los músicos. Sus ojos, aquellos verdes lagos que Lubna recordaba llenos de miedo o dulzura, ahora reposaban sobre ellos. Sobre Abi Amir, específicamente. Porque a ella, adivinó, vestida a la moda egipcia, con el cabello cubierto por el *hiyab*, ni siquiera la había reconocido. No vio en ella amor ni gratitud, ni siquiera la fría camaradería de los conspiradores. Distinguió una posesión serena y absoluta de algo que de modo alguno podía aceptar perder.

Abi Amir siguió la mirada de Lubna y captó la de Subh. Se le tensó la mandíbula. No era incomodidad ni reconocimiento, sino el rastro de una complicidad nacida en el miedo y la oscuridad, y ahora cementada en el poder y la luz pública.

–Debo regresar –dijo Abi Amir, rompiendo el hechizo. Su tono era formal de nuevo, la máscara del cortesano perfecto–. Los asuntos del príncipe no esperan.

–¿Los asuntos del príncipe o los de la reina madre? –quiso saber ella.

Él no pudo evitar una sonrisa. Aún le divertía su ironía.

–Te he echado de menos. Bienvenida a casa, Lubna.

Se inclinó levemente antes de alejarse. Su figura alta y segura se abrió paso entre la multitud, de vuelta hacia el círculo de luz donde los príncipes omeyas, la favorita del califa y su propio destino lo aguardaban.

Lubna se quedó inmóvil, sintiendo el peso del Mediterráneo, de los desiertos y de las bibliotecas polvorientas, aplastado de pronto por el denso, opresivo y peligroso aire de su hogar. Había regresado con la historia de amor más bella del mundo entre sus manos para darse cuenta de que, en su propia casa, se estaba escribiendo otra en tiempo real. Una historia de imperios fugitivos y de sangre legítima, de visires astutos y califas engañados; una historia de miedos y secretos, de alcobas clandestinas, de bastardos y dinastías condenadas a desaparecer bajo el polvo del desierto. Una historia de amor, de sexo, de poder y

amenazas a la que sólo le faltaban las lámparas maravillosas para hacer sombra al recopilatorio persa.

Una historia que podía acabar con el califato antes que cualquiera de aquellos *djinn* malignos.

Y ella, la escriba, la que tan bien se movía entre las palabras, quizá tuviera que aprender ahora a navegar entre los silencios.

–VII–

–Es una historia que enlaza con otra sin que puedas parar de leer. Es... ¡fascinante!

La luz del atardecer, que fundía el horizonte en miel, se colaba por el lucernario del despacho del califa, haciendo que las motas de polvo danzaran, inquietas, en el aire inmóvil. Sobre la gran mesa de ébano, el libro que había traído Lubna no parecía un objeto, sino un fragmento de cosmos. Sus lomos, forrados en tierno cuero de cordero teñido con añil profundo y espirales de oro bruñido, brillaban bajo la caricia lenta, casi amorosa, de los dedos de al-Hakam. Sus yemas, finas y pálidas, seguían el relieve de la grafía cúfica como un ciego leyendo una cara amada.

–Aquí –murmuró el califa, y su voz, habitualmente tan melancólica, sonaba como un asombro puro e infantil–. Justo aquí, donde el mercader, temblando, elige la vasija equivocada y el genio, humo y furia, surge rugiendo promesas de muerte. Me reí... Me reí hasta que me dolió el costado, Lubna. Sentí el miedo húmedo del hombre en mi propia nuca, y la risa estúpida del alivio cuando la astucia lo salva. Y aquí... –pasó una página con veneración–, la historia de la mujer cuyo corazón era un nido de escorpiones... Lloré. Derramé lágrimas calientes sobre el papiro. Es como si hubieran capturado no historias, sino el alma humana misma. Los miedos más hondos, las risas más vulgares, las astucias más gloriosas. Y parece que todo lo han encerrado aquí, con tinta y paciencia infinita.

Lubna, de pie ante la mesa, con las manos juntas y el polvo del camino aún posado en las costuras de su sencilla túnica de viaje, sentía una

satisfacción tan profunda que se le abría el pecho y le aligeraba los músculos fatigados. Ver a aquel hombre, sobre cuyos hombros pesaba la administración de un imperio y la sombra de una dinastía exiliada, transportado, hechizado, por la magia simple y eterna del relato era el premio a todas las soledades, a todos los miedos ante la posibilidad de caravanas asaltadas y gobernantes desconfiados. Era la recompensa del saber.

–Es un honor indescriptible, mi señor –dijo, y su voz sonó ronca por la emoción–. Que estas páginas puedan daros un respiro, una sonrisa, un latido distinto... es la mayor paga que un buscador de historias podría anhelar. ¿Debo, entonces, ponerlo en manos de las copistas para que se multiplique como las semillas al viento, para que su belleza sea patrimonio de todos los que aman la palabra en al-Ándalus?

La mano de al-Hakam se detuvo en pleno arco de una letra dorada. La expresión de embeleso se nubló. La emoción dio paso, primero, a una sombra de duda, luego a una nube de melancolía calculadora, la misma que usaba para ponderar impuestos o evaluar el trabajo de sus subordinados. Alzó la mirada hacia ella, y ya no era el hombre que podía emocionarse hasta las lágrimas con un cuento. Era el todopoderoso califa, el Príncipe de los Creyentes en Occidente.

–Un esposo celoso –dijo, con una voz que ahora era otra, metálica y resonante, en la estancia llena de silencios encuadernados–. Un esposo que posee una mujer de una belleza que le quita el aliento, cuya conversación es un manantial en el desierto de su día... ¿Permitiría ese esposo que otros ojos, ojos comunes, se posaran en ese rostro que es sólo suyo? ¿Que otras manos, toscas o ávidas, acariciaran el cabello que sólo él desenreda en la intimidad? ¿Sólo porque es bella?

Lubna tragó saliva. El símil, tan personal, tan desafortunado, la perturbó. No supo si la pregunta de al-Hakam tenía un doble significado.

–Quizá... quizá dependiera de lo que ambos consiguieran con ello, mi señor... –intentó buscar palabras que no sonaran a desafío–. A veces, la belleza, cuando se comparte, en lugar de dividirse, se multiplica.

Él se levantó con un suspiro con el que parecía arrastrar el peso de los siglos. Caminó hacia el ventanal, desde donde Medina Azahara se desplegaba como un sueño de mármol hacia el valle. Necesitaba el vasto horizonte, la belleza de aquella creación que su linaje había construido de la nada, para contener el vértigo de sus pensamientos.

–No es sólo su belleza, Lubna. Ni siquiera es sólo su moral, que en muchos pasajes es, cuando menos, cuestionable: la astucia por encima de la piedad, la lujuria, el robo y el engaño, a veces recompensados... No. Es su aliento. Su origen. Estos cuentos, por más que me hayan hechizado, respiran Bagdad. Exhalan el perfume de sus noches calientes junto al Tigris, la sabiduría mundana y decadente de sus cortesanos, la omnipresencia de su califa... Mencionan innumerables territorios en África y en Asia, pero no hay un solo recuerdo para al-Ándalus. No existimos para su propaganda cortesana. Este libro es un canto, un himno de amor a la capital de los abasíes. –Se volvió, y sus ojos oscuros centellearon con un fuego antiguo, un rencor de sangre–. Los que degollaron a mis tatarabuelos. Los que persiguieron a mi linaje como a perros por desiertos y montañas. Los que nos arrebataron Damasco y nos obligaron a esta huida hasta el último confín del mundo conocido. ¿Cómo voy a difundir por mi reino, a financiar con mi oro, la alabanza poética de mis verdugos? Sería como vestir a mis hijos con los ropajes de los asesinos de su familia.

El aire se hizo pesado, cargado de la historia de sangre que siempre latía bajo los arcos de herradura y los versos de los poetas de corte. Lubna sintió el frío del cálculo político, del rencor dinástico, enfriando el cálido triunfo literario. Su tesoro traído del otro lado del mar era un artefacto envenenado. En ese momento, al observar el perfil del califa contra la luz del ocaso, una chispa se encendió en su mente, una lectura que surgió de su propia sangre de conversa, de su mente viajada.

–Quizá, mi señor –dijo con calma–, todo ha sido un designio de Alá, y su sentido sólo ahora se revela. Pensad: si el primer omeya, vuestro antepasado el emir Abderramán, a quien Dios le haya concedido el paraíso, no hubiera huido de aquella masacre como un proscrito, si no hubiera cruzado a nado ríos, desiertos y mares con el corazón roto y la

espada como único compañero, si no hubiera plantado la primera palmera en esta tierra extraña y hostil..., vos no estaríais aquí hoy. No regiríais los destinos del más espléndido califato de Occidente. Bagdad tiene su historia, sí. Una historia de usurpación y sangre. Nosotros tenemos la nuestra: de supervivencia y renacimiento, un faro construido al otro lado del mar, desde la nada. Ellos se quedaron con el trono antiguo. Nosotros hemos creado uno nuevo. Quizás este libro para nosotros no sea un canto a Bagdad, sino un recordatorio de que ya no nos sentimos amenazados por ellos.

Al-Hakam se volvió hacia ella muy lentamente. En sus ojos oscuros se libraba una batalla silenciosa pero feroz entre el resentimiento ancestral y una ambición nueva, rutilante. La sombra del pasado se disipó, pero no vencida, sino transmutada. Sustituida por una luz de inspiración repentina, tan potente que pareció iluminar la estancia.

–Claro... –murmuró, y luego, con fuerza creciente–: ¡Claro! No copiaremos su canto. No seremos eco. ¡Crearemos nuestra propia sinfonía! Nuestra propia propaganda. Más verdadera que cualquier verdad que ellos quieran contar. –Se acercó a Lubna, y su voz adquirió un tono apasionado, visionario, el del constructor que ve un palacio donde otros ven un erial–. Mostraremos Medina Azahara al mundo sin necesidad de que el mundo, con sus ojos sucios y sus prejuicios, tenga que llegar hasta ella. Se lo mostraremos a quienes no pueden enviarnos hasta aquí a sus embajadas, y también a los agricultores y a las gentes de a pie. A través de las palabras, de las historias, que son la verdadera alma de un pueblo.

La miró con los ojos chispeantes de emoción. Lubna sonrió, encantada. Habían pasado casi nueve años desde el día en que le enseñó el papel y cambió su destino, pero su mirada era la misma.

–Necesito que hagas un trabajo de recopilación mayor que cualquier viaje. Un trabajo en el que diseccione el alma de quienes habitaron esta parte del mundo. Reúne todo. Todo. Las fábulas de los antiguos griegos que nos legaron los romanos como un testamento roto; los mitos de esos mismos romanos, cuyos caminos aún nos conectan; las historias de los mártires cristianos que pueblan las iglesias mozárabes; los cuentos

ejemplarizantes que los pueblos godos trajeron desde sus bosques brumosos; las leyendas de los celtas que duermen en los corros de piedras de Yilliqiya; las enseñanzas bélicas de los francos, ásperas y directas como un hacha; las canciones capaces de hacer llorar de amor a los eslavos; las romanzas de honor que se cantan en los reinos cristianos del norte; las historias de los bereberes, que traen en sus capas la arena del desierto abrasador, e incluso de los *al-Mayus*, esos adoradores de cuervos venidos del hielo que se atreven a profanar nuestros ríos para amenazar nuestras fronteras...

Hizo una pausa, inflamado por la inmensidad de la idea, por su propia audacia.

–Y en medio de todo ese torrente de humanidad estará Córdoba. No será ya más la ciudad conquistadora, sino el crisol. Bella, abierta, generosa, cosmopolita. El eje del bien, de la cultura, la ciudad bendecida por Dios. Y en su corazón, un califa. No un guerrero sediento de sangre, sino un hombre sabio que gobierna en paz, que anhela la justicia y que no desea más batallas que las necesarias para proteger este edén. Un califa que quiere absorber, como la tierra absorbe la lluvia, todo lo bello, lo noble y lo bueno de los cien pueblos que viven bajo su cielo. Ése será el libro, Lubna. Nuestra respuesta. Una obra que será para al-Ándalus lo que *Las mil y una noches* es para Bagdad. Nuestro espejo, y nuestro escudo.

–Un compendio de esta parte del mundo –anticipó ella–. Las mil y una puertas de Occidente.

–Las mil y una puertas del paraíso...

Lubna sintió que el suelo de mármol se movía bajo sus pies, y el vértigo que la hizo temblar de emoción. Era una tarea colosal, una misión para una vida entera, más ambiciosa que cualquier viaje físico. Era escribir el alma de un imperio.

–Es... descomunal, mi señor. Y maravilloso. Daré comienzo de inmediato. Necesitaré un equipo sólo para este proyecto: traductores, copistas, ilustradores... y fondos para viajar en busca de historias y documentos. Gente que sepa escuchar.

–Lo tendrás todo –afirmó él, con un gesto que abarcaba la biblioteca y, por extensión, las riquezas del califato–. Mi autoridad plena, mi bolsa abierta. Viaja, entrevista, escucha. Compra manuscritos, soborna a juglares si es necesario, pero escribe nuestra epopeya. La epopeya de la luz que resurgió en Occidente cuando Oriente intentó apagarla.

Los días y semanas siguientes, Lubna se sumergió en un océano de pergaminos. La biblioteca de al-Hakam, ya de por sí fabulosa, se convirtió en su territorio personal. Releyó a Esopo en griego antiguo, sintiendo la sombra de Atenas y Esparta; descifró a Ovidio en latín, percibiendo el perfume decadente de Roma en sus metamorfosis; desempolvó crónicas mozárabes escritas con la letra temblorosa de monjes que vivían en fronteras cambiantes. Pero sabía, con la certeza del viajero, que la savia viva, la verdadera sangre de las historias, no estaba en los códices, sino en la memoria de la gente. En el susurro que pasa de la abuela al nieto junto al fuego.

Pronto comenzó un meticuloso trabajo de campo dentro del propio palacio. Entrevistó a una cocinera del noroeste peninsular, una mujer de manos enrojecidas y ojos claros que, mientras deshuesaba un conejo, le cantó, en la lengua de su tierra, un romance dulce y quebrado, una nana triste sobre un niño robado por las *mouras*. Contrató, con permiso del califa, a un soldado eslavo de la guardia personal, un hombre enorme de cabello como lino, que una noche, tras varios vasos de hidromiel, le narró con voz ebria la leyenda de un héroe del hielo cuyo corazón era tan duro que estaba hecho de pedernal. Se sentó al atardecer con un anciano jardinero bereber, Mustafá, que cuidaba de los rosales del patio del harén, y con los ojos perdidos en la distancia, como si viera a través de los muros el desierto infinito, hiló un cuento antiguo: la historia de un pozo en medio del Sáhara que concedía deseos, pero siempre pedía algo a cambio. Lubna tomaba notas en árabe, pero a veces anotaba frases clave en la lengua original, tratando de capturar el ritmo, la música única de cada tradición.

Consultó sus notas. Le faltaba una de historia del norte. Una de ésas de montañas y bosques, doliente como una canción fúnebre. Y sabía quién podía brindársela.

* * *

Subh la recibió en sus aposentos privados, una colección infinita de estancias que fingían no ser una celda dorada de máxima seguridad. El aire olía a azahar y a una quietud opresiva. Eunucos impasibles, de miradas gélidas, recorrían los pasillos, mientras la guardia eslava defendía las puertas. Subh estaba recostada en un diván, vestida con una túnica de seda color de mar profundo, bordada con hilos de plata que dibujaban constelaciones. Su belleza, siempre espectacular, había madurado en una majestad serena, pero al ver a Lubna, por un instante, la máscara de la reina se resquebrajó y apareció la amiga a quien tanto había echado de menos.

–Lubna –dijo, y su voz destilaba una calidez genuina que la sorprendió–. ¡Me contaron que habías vuelto! Al fin una cara que no me pide favores o me vigila... Cuánto me alegro de verte. Bienvenida a mi... ¿reino, debería decir? –Un gesto vago abarcó la lujosa estancia–. Quiero que me lo cuentes todo sobre tu viaje. Aquí dentro, las horas son todas iguales, pesadas y doradas. Se miden por las oraciones, por las visitas del médico, por los ratos que paso con los niños... y poco más.

Se mostraba cercana, efusiva, pero Lubna, con su mirada entrenada para leer entre líneas en diez culturas distintas, notó la tensión en la línea de sus hombros, en la forma en que sus ojos verdes escudriñaban la habitación incluso en plena calma, como buscando salidas invisibles. Se asfixiaba en su propio triunfo, adivinó. Se aburría mortalmente, atrapada en el papel de icono viviente, y aguardaba con excitación infantil cualquier visita. Aunque, supuso, unas más que otras.

–Lo haré con mucho gusto, *sayyida*, pero hoy soy yo quien he venido a escucharos.

–¡Oh, no! ¡No me llames así tú también! El califa ya me ha contado el proyecto –la atajó, mientras la invitaba a sentarse y las esclavas les servían dátiles, dulces y leche caliente–. Así que necesitas historias...

–Me gustaría que compartieras conmigo de nuevo una de esas leyendas de tu tierra que nos contabas en el harén...

–Deja que recuerde... –murmuró con nostalgia–. Aún me vienen a la mente en mi lengua –reconoció, risueña–, pero trataré de contártela en romance. Empieza así... Había una mujer, una diosa, en realidad, que habitaba en mi tierra hace más de mil años, antes de la llegada del cristianismo, de los romanos incluso. Vivía en una cueva en el monte de Anboto y se llamaba Mari. Era bella y poderosa y se peinaba los cabellos larguísimos con un peine de oro. Podía controlar el clima, hacer brotar manantiales y castigar a los hombres si mentían, pero estaba sola –suspiró–. Y lo que más deseaba en el mundo era tener un hijo...

Quizás embebida por la historia, hizo un gesto a la nodriza para que le acercara al pequeño Hisham. El niño dormía, y ella comenzó a mecerlo contra su pecho. Lubna pensó que no sólo la habían entrenado para encandilar con sus historias, sino para vivirlas.

–Intentó seducir a varios hombres de la aldea cercana, pero ninguno resultó ser el adecuado. Uno era débil, otro pobre, otro anciano... Empezaba a perder la esperanza, cuando un día apareció un hombre por el camino del sur. Era joven, de pelo muy oscuro y ojos como carbones encendidos. Su sonrisa era capaz de encender un fuego en el pecho más marchito. Y, cuando hablaba, sus palabras desprendían tanta belleza que era capaz de embrujar por igual a hombres y mujeres.

En la mente de Lubna se dibujaron las facciones de Abi Amir.

–¿Era un extranjero poderoso? –preguntó.

Subh no titubeó:

–Era el diablo.

Lubna la miró con un ligero sobresalto. Aquellas palabras le parecían teñidas de significado.

–El diablo le dijo que él podía cumplir su sueño –prosiguió, bajando la voz–, pero que un deseo así tenía un coste muy alto. Ella, que estaba dispuesta a todo, le ofreció riquezas, tierras, esclavos y aldeas, pero el diablo no quería más dinero ni almas que conquistar. Tenía más que suficiente. Era rico, inmensamente rico, influyente y temido. Lo único que quería era lo mismo que ella: un hijo de alguien que estuviese a su altura. Un hijo de una diosa.

Hizo una pausa efectista y entreabrió los ropajes para mirar la carita de Hisham, como si necesitara asegurarse de que seguía allí.

–¿Y entonces?

–Le dijo que, si verdaderamente quería un hijo que acunar en sus brazos, se lo concedería, pero volvería a por él cuando ya fuera adulto, pasados veinte años. Y que desde ese momento podría verlo sólo una vez al año, bajo la luz del último día del invierno. Y Mari aceptó. Porque lo deseaba, porque veinte años parece mucho tiempo, porque entonces su hijo sería adulto y creyó que el anhelo de ser madre ya estaría saciado tantos años después... Aceptó. Y funcionó –advirtió con voz metálica–. Yació clandestinamente con el diablo. Tuvieron un hijo concebido del egoísmo y el pecado. Y luego él se marchó; a seguir engañando a otros seres, seguramente.

Lubna la observaba con curiosidad. Sus ojos estaban turbios. Tuvo la escalofriante sensación de que, en aquella leyenda vascona, Subh le estaba contando su propia historia.

–Y pasó el tiempo, tanto que ella llegó a pensar que se olvidaría del pacto, pero, cuando iban a cumplirse los veinte años, lo vio desde su cueva del monte, caminando de nuevo por el sendero del sur, y supo que venía a reclamar lo que creía suyo. Entonces, creó un cofre de cristal donde encerró a su hijo para preservarlo y se tragó la llave. Estaba convencida de que, si no podía abrir la caja, el diablo se marcharía y no volvería jamás. Pero no contó con su astucia ni con su insistencia. El diablo, enfadadísimo porque ella no quería cumplir su parte del pacto, rompió en mil pedazos la caja de cristal y se llevó a su hijo con él para siempre. Y ya ni siquiera pudo verlo en las horas de luz del último día del solsticio. –Su voz se quebró–. En realidad, no volvió a verlo nunca más, porque ya había dejado de ser suyo...

Lubna guardaba silencio. La historia de aquella reina del norte que había sido madre en virtud de un pacto y no había podido mantener a su hijo consigo no le parecía casual. Subh parpadeó para borrar unas lágrimas delatoras. Ella se atrevió a tomarla de la mano.

–Es una historia muy triste –susurró.

–Nuestra profesora de retórica habría dicho que es una metáfora de la maternidad –afirmó Subh–. El miedo a perder al hijo cuando crezca. El miedo al poder del padre cuando el hijo entra en su órbita en la edad adulta... Incluso el miedo a perder al padre también una vez que el objetivo ya está cumplido. –La miró con rabia contenida–. Y dime, Lubna, ¿acaso no es así la historia de todas las madres?

Lubna le apretó la mano. Un nudo de compasión y de alarma se le formó en el alma. Aquello no era el recuerdo de un acto cómplice. Era el latido de un amor vivo, prohibido y desesperado. La frialdad de la reina madre era una máscara, como sus vestidos costosos y su maquillaje perfecto, pero debajo de todo ello una mujer sufría. «Y una mujer que sufre», pensó Lubna con un escalofrío, «es impredecible».

–VIII–

Medina Azahara, 357 H. (968 d. C.)

Yafar al-Mushafí estaba nervioso.

Él también conocía los rumores. Y le había pedido en incontables ocasiones a Abi Amir que espaciara sus visitas al harén y a las estancias de la reina madre. Con escaso éxito. El joven secretario se movía en el gineceo con una seguridad rayana en el desafío, y, aunque no había recibido ninguna queja expresa, había momentos ciegos en que sus propios espías no sabían decirle dónde estaba o a quién visitaba. De repente le regalaba una delicada joya a la hermana del califa, un broche a su favorita, una seda delicadísima a Radhia, unas bandejas de exquisitos dulces a las esclavas o unos extraordinarios aceites hidratantes para reconfortar las manos de lavanderas y escribas. Y era así, suponía él, como compraba voluntades y conseguía tejer una intrincada red que ocultaba sus pasos ante los mismísimos ojos del *háyib*.

Su cercanía al príncipe heredero y a Subh ya estaba dando que hablar demasiado. Y ya había adquirido la suficiente práctica en los temas relacionados con las finanzas de los príncipes como para no necesitar audiencias privadas con la favorita a diario. Nadie había visto nada. Nadie le conocía un escarceo. El califa sólo bromeaba ingenuamente con el éxito del joven secretario entre las mujeres de su harén...

–Abi Amir, *habibi*, te preguntarás por qué te he mandado llamar...

–Yo no estoy aquí para preguntarme nada, *háyib* –respondió él con un respeto helado–, sólo para obedeceros.

–Me alegra oír eso, porque tengo una gran noticia para ti.

Jefe de la ceca. Los ojos de Abi Amir chispearon, incapaz de disimular su excitación. El *háyib* había cumplido su promesa y lo posicionaba al frente de la entidad que acuñaba el oro del califato. Sabía que debería sentirse profundamente agradecido, pero, como conocía a al-Mushafí, decidió ser cauto hasta conocer el precio que le pediría por tal prebenda. Algo escondía; algo debía de esconder. Y por ello no hizo ningún gesto explícito de agradecimiento. Por contra, lo miró a los ojos, desafiante.

–¿Qué esperas que haga a cambio?

–Que te cases, que lleves una vida de funcionario ejemplar y que cesen tus continuas visitas al harén.

No era en absoluto lo que había esperado. Abi Amir abrió los ojos, sorprendido.

–¿Que me case?

El *háyib* le tendió un manojo de llaves, impasible.

–Tienes una casa a tu nombre en Rusafa. Te he prometido con al-Dalfa, la hermana de Ibn Zayd, el jefe de la guardia. A él lo conoces perfectamente. A ella –advirtió–, espero que no. La boda será en un mes, en Córdoba.

Abi Amir asintió lentamente.

–¿Me alejas entonces de Medina Azahara?

–Podrás venir a despachar asuntos, pero digamos que no hace falta que residas en la ciudad palatina... Y, por supuesto, restringirás las visitas al harén.

–¿Y ya no trabajaré para ti? –inquirió con tristeza fingida.

–Directamente, no –respondió al-Mushafí, rotundo.

–Ya..., pero imagino que mi futura esposa y su hermano son extremadamente afines a ti...

–Son de mi absoluta confianza, por supuesto. No te equivoques: sigues siendo mi creación, Abi Amir. Una inversión que tengo que cuidar.

El secretario asintió en silencio. Aquello era, indudablemente, un premio, pero, intuyó, también tendría sus inconvenientes. La ventaja

más notable para él sería la independencia, librarse del cerco casi físico que al-Mushafí tejía a su alrededor. La mayor contrariedad, alejarse de Subh y de la corte. Y, sin duda, tener los ojos de al-Mushafí clavados en su alcoba.

–Me gustaría seguir viendo a los niños... –admitió.

–¿Te refieres a los príncipes? –lo corrigió secamente el *háyib*–. Los verás, aunque quizá no con tanta frecuencia. Pero como tendrás tus propios hijos tampoco te parecerá tan interesante pasar tiempo con los hijos de otros...

Abi Amir recibió el mensaje. Se adelantó un paso, y lo miró entonces con un gesto de rendición.

–No sé qué decir, Yafar –empleó a conciencia su nombre, sin el trato cortés, sin el título–. Pensé que estabas contento conmigo. No imaginaba que me condenarías a una vida... convencional.

Yafar al-Mushafí hizo un esfuerzo ímprobo por no arrancarle las ropas allí mismo.

–Tu lealtad a mí no tiene nada que ver con tu estado civil. Tu futuro sigue dependiendo de mí. Esto va al revés, *habibi*. Lleva una vida convencional, sé discreto, no te signifiques con regalos costosos, apártate de la favorita y de los príncipes, acude a Medina Azahara cuando yo te necesite... Y entonces..., yo estaré contento contigo.

* * *

Antes de que la noticia se filtrase como la humedad del patio en las paredes, Abi Amir acudió a ver a Subh. Ella lo recibió tras el rezo del mediodía, con el sol en lo alto, en el templete alzado en los jardines, mientras el pequeño Abderramán correteaba cerca, siempre vigilado por sus nodrizas. Cuando la favorita supo de las noticias, la vida pareció detenerse. El bordado se le resbaló de las manos, y el silencio fue tan absoluto que se podía oír el vuelo de una abeja entre los jazmines.

Y, de repente, el mundo estalló.

–¿QUÉ? –El grito de Subh casi no fue humano: un chillido agudo, desgarrado, propio de un ave rapaz herida en pleno vuelo. Se puso de

pie de un salto. Sus ojos verdes se habían transformado en pozos de hielo hirviendo–. ¡NO! ¡No lo harás! ¡No puedes! ¡NO TE LO PERMITO!

No había razones, no había política. Sólo rabia visceral, el pánico de la posesión amenazada. Tomó el jarrón de cristal de Alejandría que tenía al lado, una pieza de una transparencia azulada invaluable, y lo estrelló contra el suelo de mármol. El fuerte estallido asustó a Abderramán, que corrió a esconderse detrás de la nodriza.

–¡No puedes hacer eso! –chilló Subh, avanzando hacia él–. ¡No puedes aceptar una boda de farsa con una donnadie!

En un torrente de dolor y furia, le arañó la cara, lo golpeó en el pecho con los puños, le rasgó la costosa túnica de lino fino de Egipto. Sus lágrimas, calientes y saladas, se mezclaban con el kohl que se le corría en manchas oscuras por las mejillas. Él la sujetó por las muñecas, tratando de contenerla; no sólo a ella, también a él mismo. Olía su perfume, su piel, su ira, su miedo, y se aterró por la urgencia y el deseo animal que sentía.

–¡Subh, por Alá, escúchame! –le susurró con urgencia, mirando a su alrededor para asegurarse de que los eunucos que guardaban la puerta seguían allí, lo suficientemente lejos; rezó para que las nodrizas, ocupadas con los niños, no hicieran correr los rumores más tarde–. El *háyib* tiene razón. Es lo más razonable. ¿Quieres que nos maten? ¿A los dos? ¿A los niños? –Su voz se quebró–. Cada mirada que te lanzo en público es un riesgo calculado. Cada palabra de más puede ser nuestra sentencia de muerte. ¿Es que no lo ves?

Ella se mordió los puños para controlar la ira. Él, tras alisarse la túnica, fue en busca de Abderramán y volvió con el pequeño en brazos. Subh se quedó mirándolos, y poco a poco la rabia se le fue apagando, sustituida por una extasiada ternura, por un orgullo materno envenenado. Quizá fuera cierto. Quizás el *háyib* tenía razón. El parecido del niño con Abi Amir, cada día más marcado, era su secreto más dulce y más amargo. Era la prueba viva de que lo que había entre ellos duraría para siempre. Pero era también una espada sobre sus cabezas.

–Quiero ver a Hisham antes de irme –le pidió Abi Amir, poniendo a Abderramán en el suelo con una última caricia en el cabello.

Subh se puso rígida. Una sombra de nerviosismo, diferente a la rabia anterior, le cruzó el rostro.

–Duerme... Es pronto, hace mucho calor. Otro día.

–Subh –insistió él con firmeza–, quiero verlo.

Ella titubeó, pero al fin, con un gesto resignado y temeroso, dio una orden a la nodriza principal, una esclava de las tierras del norte, de manos tiernas y rostro amable. No tardó en volver la mujer con el pequeño Hisham, de casi dos años, en brazos, envuelto en finas gasas. El niño era hermoso, de ojos oscuros y rasgos delicados. Sin embargo, su mirada era vaga, evasiva, sin el fuego curioso de la de su hermano. Se aferraba al cuello de la nodriza de tal modo que quedaba clara su inseguridad.

–*Ya sayyidi* –articuló él con ternura–. Voy a tener que irme. Te prometo que volveré muy pronto a verte. ¿Me dices adiós?

–Aún no habla, señor –murmuró la nodriza en voz baja, con un deje de pena–. Y no camina del todo firme. Es un niño... tranquilo.

Abi Amir suspiró. Aquello no dejaba de preocuparlo.

–¿Por qué no está en el suelo? Debe gatear, caminar, ensuciarse con la tierra, comer grillos... *Sayyida* –suplicó, dándole a Subh su título de señora delante de las sirvientas–, necesita aire libre, jugar con su hermano, con los otros niños... Nunca crecerá sano si lo proteges tanto.

El rencor volvió a los ojos de Subh como un relámpago verde.

–Abderramán ya es como tú. Se sube a los árboles, se escapa a la biblioteca, monta a caballo, se mete en las albercas... Es vuestro. El heredero. No me pertenece a mí, sino a Córdoba. Pero Hisham es mío. Es mi niño. ¿Quieres criarlo tú? –Su tono era afilado como un cuchillo–. Pues quédate. Quédate aquí, enjaulado conmigo, y críalo a tu manera, si de verdad te importa. Pero, si te marchas, si eliges una vida fuera de estos muros, entonces será cosa mía. Y lo mío es protegerlo. ¿Me entiendes? De miradas, de comparaciones, de peligros... ¡Y hasta del mismísimo diablo si pretende venir a arrebatármelo!

LA LUZ QUE SE VA

ASR

Oración que se reza
desde que la sombra
tiene la misma longitud que un objeto
hasta el atardecer

Años 358 a 366 de la Hégira
Años 969 a 976 d. C.

–I–

Córdoba, 358 H. / 969 d. C.

El sol trazaba sombras oblicuas y rotundas líneas por en las calles de la judería.

La llamada a la oración se había apagado sobre Córdoba, dejando un silencio cálido para la siesta. El *háyib* al-Mushafí salió de la mezquita solo, con gesto grave. Le gustaba rezar allí más que en la de Medina Azahara, quizá porque tenía la sensación de que el templo no era nuevo, como todo en la ciudad palatina. En Córdoba, las columnas romanas y los relieves visigóticos le hablaban del pasado; un pasado que habían adoptado, que los había legitimado y había ayudado a construir los cimientos de al-Ándalus.

Había buscado la calma en ese pedazo arrancado al universo que era el nuevo *mihrab*, pero sabía que la anhelada paz sólo era un espejismo. Meditó en el patio un largo rato, para retrasar el momento, hasta que ya no pudo posponerlo más. Entonces había emprendido el camino hacia el arrabal de Rusafa. Sus pasos, airados, lo condujeron directamente hacia la casa de la más preciada de sus creaciones. La más rebelde, también. Como Fader se empeñaba en recordarle, era su más bello error.

Abi Amir regresaba a casa tarde, con la noche pisándole los talones. Traía el aire libre en los ropajes y un olor nuevo a establo y a campo. Al-Mushafí lo oyó llegar, riendo. Entró en el patio con un brazo echado sobre los hombros de un joven esbelto vestido con la burda túnica de un esclavo. Hablaban alto, alegres.

–Tu yegua blanca es un tesoro, lo admito –le decía el joven, con una sonrisa desenfadada–. Pero mi alazán la habría dejado atrás en la recta del río.

–Tú sueñas –replicó Abi Amir, soltando una carcajada. Revolvió desordenadamente el pelo de su acompañante–. Sólo seguía a la mía. Ese corcel tuyo tiene más vista para las yeguas que para el camino. Tendré que regalarte otro.

La escena, desde la penumbra del salón principal donde estaba, provocó en el *háyib* una punzada agria. Aborrecía aquel afecto espontáneo que Abi Amir, siempre tan contenido y calculador con él, derrochaba sin pensar. Un deseo frío y furioso lo atenazó: el deseo de poseer no sólo la obediencia, sino la calidez de ese muchacho al que había esculpido a su imagen y que ahora se le escapaba como agua entre los dedos. Sin pensárselo más, salió de entre las sombras.

–¿Te sientes tan atado por tu nueva vida que abandonas a tu esposa y tu hijo recién nacido en mitad de la noche, Abi Amir?

–*¡Háyib!* –La sorpresa de encontrárselo en su hogar lo paralizó unos instantes, sólo hasta que se dio cuenta de que nadie se habría atrevido a negarle la entrada al hombre más poderoso de Córdoba después del califa–. ¿Con qué derecho entras en mi casa como un ladrón en la noche?

–¿Tu casa? –La voz de al-Mushafí era un hilillo de veneno–. Esta casa la paga Córdoba. Como esas ropas que te adornan, como el aire que respiras, como todo lo que tienes... y lo que eres.

El joven esclavo se embozó levemente con el turbante y bajó la mirada. Al-Mushafí desvió su furia hacia él.

–¿Y quién es este mocoso con el que te codeas? ¿Algún... protegido?

Abi Amir dio un paso al frente, interponiéndose entre él y el joven.

–Te estás equivocando, *háyib*. Cuidado con tus insinuaciones.

–¿Cuidado? ¡Tú sí que deberías tener cuidado! –Al-Mushafí se acercó, ignorando al muchacho y centrando todo su desprecio en él–. ¿Quieres saber a qué he venido? He venido a preguntarte qué clase de demente envía un palacio fundido en plata al harén de su señor. ¡El alcázar de Medina Azahara hecho filigrana! Un regalo tan ostentoso que toda la

ciudad masculla ya tu nombre junto al de la *sayyida*. ¿Quieres que te saquen los ojos? ¿Quieres que nos los saquen a los dos? –Le clavó una mirada furiosa–. ¿Qué favores esperas comprar? ¿Y de dónde ha salido el dinero?

–No tengo por qué dar explicaciones. –No se molestó en apartar la mirada–. Son... «semillas».

–¿Semillas? Yo sé mejor que nadie cuánto gana un *amil*. Ni desviando los fondos de un año de la ceca podrías pagar ese derroche. No quiero ni pensar qué es lo que has hecho... Ahora la gente se hace preguntas, susurra. Y yo también me pregunto cómo explicar al califa que el dinero del Estado, el dinero que *yo* administro, se desvía hacia su harén, ¡su espacio más sagrado!, en forma de regalos.

–Es mi dinero –lo cortó Abi Amir, fríamente–. Ganado y administrado lejos de tus arcas. No te compete...

–¡Todo lo que haces me compete! –rugió al-Mushafí, ya sin contenerse. Lo agarró de la túnica, de un brocado carísimo, y lo zarandeó–. ¡Yo te saqué del polvo! ¡Te di un nombre, un cargo, una misión, una casa, una bonita esposa de buena familia...! A cambio, sólo te pedí discreción. ¡Y ahora, con un hijo recién nacido en la cuna, pese a mis advertencias de que te mantuvieras alejado de Medina Azahara, te permites andar enviando regalos a las concubinas del califa y salir a beberte la noche en compañía de esclavos!

Abi Amir lo provocó con la mirada.

–Estrictamente hablando, os he obedecido –dibujó una sonrisa socarrona–. No he pisado el harén...

Al-Mushafí tensó los puños. Fue entonces cuando el joven esclavo, con una serenidad impropia de su condición, se interpuso entre ambos y alzó la cabeza.

–*Háyib*, por favor, disculpadlo. La culpa de esta... travesura es sólo mía.

Al-Mushafí iba a apartarlo con tanto desdén como violencia cuando la luz de la lámpara incidió sobre su rostro. Joven y altivo. Y esos ojos, la línea de la mandíbula... Una cara familiar que había visto mil veces en la

corte. El reconocimiento le estalló en el pecho como un balde de agua fría. Dio un paso atrás y se inclinó con respeto.

–Señor –balbuceó, la mirada hacia el suelo, avergonzado.

Al-Muguira, el mismísimo hermano de al-Hakam, sangre omeya pura y tercero en la orden de sucesión del califato, se encogió de hombros. En sus ojos, una chispa de diversión.

–La escriba Lubna nos contó esas historias de Bagdad en que los nobles pasean como plebeyos para vivir como vive su pueblo. Sólo quise ver Córdoba sin la pesada carga de mi nombre.

–¿Estás loco? –rugió al-Mushafí, dirigiéndose a Abi Amir, el pánico multiplicado–. Si le pasa algo...

–Nada le pasará –zanjó Abi Amir. Su tono, de repente, había cambiado: ya no hablaba el subordinado, sino que salía de él una voz plana, firme, propia del poder–. Nadie sabe que está aquí. Nadie lo reconocería. Excepto tú. Y no vas a contarlo...

Se respiraba hostilidad, palpable como el humo. Al-Mushafí supo que lo estaba desafiando y que, además, disfrutaba de la sensación del peligro. Como él. Jugaba con fuego, y eso lo excitaba, también como a él.

–No mides las consecuencias, Abi Amir –escupió, conteniendo su furia–. No te lo recordaré otra vez... Deja de hacer regalos que despierten preguntas, deja de jugar a ser poderoso. Tu lugar aún lo decido yo.

La cuerda, tensada durante años a base de humillaciones, poemas soeces, caricias borrachas y miradas lascivas, esa cuerda que anudaba el secreto que lo ataba a ese hombre de manera indisoluble comenzó a deshilacharse...

–¡Ya está bien! –No alzó el tono, quizá para no despertar a nadie, pero su voz vibraba con una intensidad desconocida–. No eres tú el único que me ha ayudado a estar donde estoy. Hay... otra mano. Una mano que me ha validado ante el califa de un modo que tú, en tu mezquindad envidiosa, nunca hubieras podido conseguir. Ella me ha dado más poder con una sonrisa, con una palabra en el oído adecuado, que tú con todos tus decretos y tus nombramientos calculados. ¡Ella

cree en mí! Y agradece tanto mis... regalos, que me ha propuesto como cadí de Isbiliya.

Las palabras cayeron como losas en el silencioso patio. Al-Mushafí palideció. Isbiliya. Una posición de poder real, lejos de Córdoba, lejos de su control. Subh le estaba arrebatando a su instrumento.

–Ella no puede...

–¡Ella sí puede! –rugió Abi Amir, y dio un paso al frente, invadiendo el espacio del *háyib*–. Y tú lo sabes. Así que no vuelvas a mi casa a sermonearme, y no me hables de lo que debo o no debo hacer. Asume que ya soy adulto y que la cadena con que me ataste se ha quedado pequeña.

Al-Mushafí, sin decir palabra, le dedicó una última mirada, con la que se desvaneció el último vestigio de un afecto que nunca había sabido cómo calificar. Sólo le quedaba el cálculo del político que ve escapar su mejor pieza. Se dio la vuelta para marcharse, pero se giró de repente y lo aferró por la muñeca.

–Cuidado, Abi Amir –dijo, con una voz ahora gélida y controlada–. No se puede cruzar de nuevo por un puente ya quemado...

Éste se soltó con un gesto brusco, y el *misbaha*, el rosario de madera de olivo que siempre llevaba en la muñeca, se desgranó de golpe. Las cuentas pulidas cayeron al suelo de mármol con un ruido seco y rodaron, dispersándose, por todas partes, como insectos aterrados.

Abi Amir miró las cuentas desparramadas, luego su muñeca desnuda, y por último al *háyib*. En sus ojos se encendió una superstición profunda. Un mal presagio. Al ver el pálido horror en su rostro, al-Mushafí retrocedió.

–Mira lo que has hecho –susurró Abi Amir–. Has despertado la ira de Dios.

–¿Eso crees? –replicó el *háyib*, en tono venenoso–. Harías mejor en temer mi ira que la suya. La mía llegará antes.

Hizo una última reverencia a al-Muguira, giró sobre sus talones y abandonó el patio, dejando atrás el desorden de las cuentas de madera y un silencio cargado de profecía.

Abi Amir no se movió. Observó la puerta vacía; luego, una vez más, las cuentas esparcidas a sus pies con expresión de incredulidad. Al-Muguira recogió una y se la tendió.

–Abi Amir, es sólo un rosario –trató de consolarlo–. Te conseguiré otro mil veces más bello. De lapislázuli, o de marfil...

–No es el valor, *sayyid*. Ni siquiera es el *misbaha* –murmuró Abi Amir, apretando la cuenta en su puño hasta que los nudillos blanquearon–. Es el hilo. Al-Mushafí acaba de cortarlo.

–II–

Medina Azahara, 359 H. / 970 d. C.

Lo habían vestido de un blanco tan puro que había que cerrar los ojos para mirarlo.

El lino envolvía un cuerpo menudo que ya no ocupaba espacio en el mundo. En el rostro, una paz antinatural, un mármol cerrado a los enigmas que había comenzado a intuir. Los párpados, de una delicadeza de pétalo, ocultaban unos ojos oscuros que jamás volverían a brillar con la chispa traviesa de quien sabe ser el centro de todos los universos. Tenía la nariz pequeña, perfecta, y los labios entreabiertos en un último suspiro que se había llevado consigo el futuro del califato. Porque ese niño que yacía sobre el estrado de marfil, rodeado de flores de azahar y ramas de mirto, era el infante Abderramán, el heredero del califa al-Hakam.

No había cumplido aún nueve años.

El ambiente en la gran sala contigua a la mezquita palatina era espeso, cargado del aroma del agua de rosas y el peso insoportable de un destino truncado. El imam recitaba las suras en tono monocorde; más que consuelo, era un martilleo fúnebre, un zumbido de enjambre sobre el que se elevaba un sonido desgarrado: el llanto de Subh.

La reina madre, o lo que quedaba de ella, era un espectáculo de puro dolor. Se aferraba a los brazos de Fátima y Lubna, deshecha, para mantenerse a flote. Vestida con el luto más severo, se sacudía en espasmos violentos, incontenibles. No eran las lágrimas silenciosas de una viuda protocolaria; eran alaridos sordos, ahogados en la garganta,

que emergían como gemidos de animal herido. Su rostro era la imagen de la angustia misma, profunda; los ojos, aquellos lagos verdes y evocadores, ahora se veían rojos e hinchados, y de su boca escapaba un sollozo perpetuo.

Fátima, pálida y seria, la sostenía con firmeza, aun con sus propios ojos velados por una nube de horror y fatalismo. Lubna, en cambio, lloraba en silencio, sin poder evitarlo. Se sentía culpable por haber atraído la desgracia, por haber maldecido para sí aquella unión nefasta a los ojos de Dios. Como a Córdoba entera, le dolía la pérdida del heredero; pero ella, además, sentía en carne propia el sufrimiento sin consuelo de la madre y la desesperación del califa. Y, más que nada aún, el tormento de animal salvaje que presentía en Abi Amir. De vez en cuando, miraba en derredor por si lo localizaba. No estaba allí. No ocupaba su puesto en el cortejo. Nadie lo había visto. Y nadie parecía dar importancia a su ausencia. Menos ella.

Junto al califa, el resto de la familia omeya presentaba un cuadro de duelo más contenido, pero no menos significativo. La sobriedad de Hind, la hermana del califa; la feliz indiferencia de Radhia, que se preguntaba si el destino le brindaría otra oportunidad; el miedo de Mustaq, que veía conjuras palaciegas en cada esquina, y la conmoción genuina de al-Muguira. El niño prodigio, el sobrino que era casi un hermano pequeño, la criatura con quien había aprendido a compartir el cariño de Abi Amir, yacía sin vida.

Las sirvientas susurraban entre ellas la versión oficial, las palabras que había balbuceado Ibn Saprut, el médico judío, que hubiera deseado morir antes que tener que dar la noticia al califa. Hablaban de catarros mal curados, del frío capaz de enquistarse en los pulmones tras los baños en la engañosa alberca, pese a que el verano se solazaba en Córdoba. De los designios de Alá. Pero, en el silencio de los corredores, los rumores que no tenían rostro contaban otra historia: una de secretos y pecado, de venenos difíciles de identificar; de venganza, de hijos ilegítimos y califas engañados. Una historia en que quizás alguien había jugado a ser dios dando la vida para luego quitarla...

En el centro del dolor, como un pilar a punto de quebrarse, el califa al-Hakam. Parecía haber envejecido diez años en una sola noche. Su habitual melancolía había trocado en hundimiento. La soledad y el peso del califato, de repente, se le hacían insufribles. Permanecía en pie, aunque se tambaleaba levemente. Su único sostén físico, y siempre inquietante, era el hombro de Yafar al-Mushafí. El *háyib*, con una entereza férrea, mantenía en pie al Príncipe de los Creyentes con un brazo firme alrededor de su espalda, mientras en voz baja y cortante daba órdenes a un capitán de la guardia bereber.

–Doblad la vigilancia en las puertas. Que nadie entre o salga sin mi sello. Dispersad a los curiosos de los patios. Silencio y orden. Que Córdoba llore, pero desde lejos. El dolor debe ser privado. El caos es enemigo del Estado.

En ese momento, justo cuando el rezo del imam subía de tono, una figura irrumpió en el umbral de la gran sala. Avanzaba a zancadas largas, torpes, casi borrachas, como si caminara contra un viento invisible. Llevaba el turbante suelto y la túnica arrugada, y en su rostro no había dolor, sino una devastación absoluta, un vacío blanco y rabioso. Abi Amir había llegado, pero no como el secretario pulcro de encendida oratoria o el administrador eficaz. Era un espectro que proclamaba su ira y desesperación, y su palidez hacía que el blanco de los ropajes de luto pareciera sucio.

Lubna fue la primera en verlo. Lo había estado buscando entre la multitud desde que comenzara el velorio. La guardia, que sabía perfectamente quién era, no se planteó en modo alguno cerrarle el paso, pese a su aspecto, tan poco apropiado para un funeral. Sólo ella vio, con un escalofrío de terror que le heló la sangre, mientras caminaba vacilante hacia el califa, el destello del acero en su mano derecha. Una espada corta, una *yanbia*, desnuda y mortal.

–¡Señor! –gritó Lubna, sin poder contenerse.

Su voz aguda cortó el rezo monótono.

Fue la señal. La guardia bereber, alertada, se abalanzó hacia el hombre armado. Para entonces, Abi Amir ya había cubierto la distancia que lo separaba de su objetivo, en pie junto al cuerpo. Pero no se trataba del

califa. Había ido directo, con la mirada fija de un demente, hacia Yafar al-Mushafí, su sostén y el arquitecto de su ascenso y de su infierno.

No llegó a alzar el arma. Yafar, con una rapidez sorprendente, soltó al califa, lo colocó a su espalda y se interpuso entre ambos. Al instante siguiente, atrapó la muñeca armada de Abi Amir con una mano de hierro, al mismo tiempo que con el brazo derecho lo envolvía en un abrazo brutal, forzado, ahogado. Lo atrajo contra su hombro con tanta fuerza que el aire escapó de los pulmones de Abi Amir con un gemido seco.

–Tranquilo. Ya está, *habibi*. Tranquilo –susurró contra su pelo desordenado. Sus palabras eran un zumbido bajo y urgente que sólo él podía escuchar. La mano que le sujetaba la muñeca se la torció con precisión profesional, y la *yanbia* cayó al suelo con un ruido metálico que resonó en el silencio de la sala. De inmediato, Yafar puso el pie sobre ella e hizo un gesto rápido y autoritario con la cabeza hacia los soldados, que se habían detenido, confusos. «Alejaos», decían sus ojos. «Proteged al califa y dejadnos solos. De esto me encargo yo».

Para los demás, era el *háyib* conteniendo a un subalterno enloquecido por el dolor. Un acto público de piedad y firmeza. Sólo Lubna entendió la realidad: la tensión en los músculos de su cuello, la forma en que hundía los dedos, ahora garras, en la muñeca de Abi Amir, y cómo su abrazo era en realidad una inmovilización, una jaula. Pero, sobre todo, se fijó en la clara mirada de Yafar. No había sorpresa en ella, pero sí una expectación satisfecha. Y tuvo la lúgubre sensación de que aquello era algo que había estado esperando.

–Mi niño... Traedme a mi niño... –El gemido de Subh, ronco y roto, se elevó de nuevo. Se dejó caer de rodillas y se arrastró hacia el estrado fúnebre–. ¡Es mío! ¡Devolvédmelo!

Hind intentó acercarse, le tocó el hombro y apeló a su majestad de reina.

–Subh, por piedad. Mantén la dignidad...

La norteña se revolvía como una pantera herida, escupiendo y arañando a quien tratara de acercarse a ella. Fue Lubna quien logró arrodillarse a su lado y la abrazó con ternura, no para contenerla, sino

para compartir el peso del derrumbe. Fátima se unió a ellas, y ambas formaron un muro humano alrededor de su dolor.

Entonces, se elevó un llanto diferente, débil y asustado. Era Hisham, el hijo menor, de apenas cuatro años, aferrado a los faldones de la nodriza; perdido y aterrorizado por los gritos, el gentío, parecía llamar a su madre y a su recién fallecido hermano. Aún no tenía conciencia de cómo todo su mundo se había trastocado. De que pasaba a ser el príncipe heredero, del miedo de su madre y de los ojos de Córdoba posados sobre él.

Al-Mushafí arrastró a Abi Amir fuera de la sala principal, hacia un nicho lateral. Éste no se resistió, y permitió que el *háyib* lo apoyara con fuerza contra la pared fría.

–¿Qué has hecho? –logró escupir, jadeante. Una voz rota, apenas un susurro, los ojos vidriosos clavados en al-Mushafí–. ¿Qué... le has hecho?

Éste le sostuvo la cara entre sus manos, acercándose tanto que sus alientos se mezclaron. Su voz sonó como un témpano cortante:

–Calla. Calla ahora mismo o te entierro con él. Mira a tu alrededor, necio. El califa está destrozado. Su heredero ha muerto. ¿Crees que es el momento de sospechas histéricas? –Lo miró, implacable–. Tenía ocho años. Los niños enferman. Los niños mueren. Es la voluntad de Alá. Y tú, tú que debes ser sólo el administrador discreto, el alfaquí piadoso y reverente que acepta los designios de Dios, el más firme, el pilar..., te conviertes en un peligro. Para ella, para ti, para todos. –Lo sacudió ligeramente–. Usa la cabeza, *habibi*. O te la arrancaré yo mismo.

Abi Amir cerró los ojos para detener la lágrima gruesa y pesada que se deslizaba por su mejilla. No era sólo dolor. Era la certeza de una derrota absoluta. Su hijo, su secreto, su orgullo, su futuro... Todo yacía bajo aquel sudario blanco. Jamás lo confesaría, pero tenía el convencimiento de que el hombre que lo sostenía contra la pared había sido su asesino, como también había sido su creador. Y lo más dramático, lo absolutamente monstruoso era el tamaño de su rencor y el hecho de que no le hubiera temblado el pulso a la hora de destruir

una vida, el futuro de una dinastía, un secreto guardado durante nueve largos años, sólo por castigarlo.

–III–

Córdoba, 361 H. / 972 d. C.

El silencio de la biblioteca real resonaba a diligencia. Un pulso lento latía entre las hileras de códices, entre los rollos de pergamino que reposaban como testigos dormidos. El aire olía a cedro, a piel curtida y al polvo sagrado del saber. Abi Amir, cadí de Isbiliya y *sahib al-Sikka* –señor de la ceca–, atravesó el resguardo del lugar con un peso distinto al de su autoridad. Era un peso íntimo, una losa de mármol negro que llevaba dentro del pecho y que sólo allí, entre tantas palabras ajenas, parecía encontrar el hueco para respirar.

En sus manos, envuelto en un paño de lino crudo, llevaba un tesoro: un libro de poemas de Abu Nawas, copiado en Isbiliya, que le había costado una pequeña fortuna. No era un regalo para el califa, sino para ese santuario. Para ella.

Lubna lo vio llegar desde su mesa de trabajo, la espalda erguida, la mirada perdida en la geometría de las sombras que los altos ventanales arrojaban sobre el mármol. Un latido, antiguo y desobediente, la golpeó bajo las costillas. Había aprendido a domarlo, a sepultarlo bajo tinta y caligrafía, pero la visión de aquel rostro cincelado por los años y la profunda tristeza que habitaba sus ojos como un huésped indeseado lo desenterraba todo. Con el tiempo, era aún más atractivo. La juventud impetuosa se había transmutado en una fuerza contenida, magnética y peligrosa. Y más fuerte, pese a que cada línea de su semblante parecía dibujar el rastro de una batalla perdida. Por eso lo entendía todo. ¿Cómo podía juzgar a los demás? Había aceptado la adoración abierta

de al-Muguira, la secreta pasión de la *sayyida*, el deseo enfermizo del *háyib*.

–Cadí –saludó, levantándose. Su voz emanó como un hilo de plata–. La biblioteca se honra con tu visita.

Abi Amir dejó el paquete sobre la mesa. Un esbozo de sonrisa, cansada, tocó sus labios.

–Lubna, siempre un refugio. He traído esto. Creo que falta en vuestros anaqueles. –Desdobló el lino para desvelar el volumen de tintes oscuros y encuadernación en piel de cordero.

Ella acarició la cubierta con dedos reverentes. No era sólo el libro en sí, era también el gesto. El recuerdo de una amistad que una vez tuvo la textura de algo más.

–Es muy hermoso. Gracias. Sé lo que significa que el hombre más ocupado de al-Ándalus se detenga a pensar en nuestros anaqueles.

Abrió una página al azar.

> Busca refugio en *ramadán*,
> en el buen vino de las tinajas,
> y pasa entero el mes de *shawwal*
> entre orgías con las esclavas
> y borracheras de par en par.

Conocía perfectamente la poesía erótica, báquica e irreverente del poeta bagdadí, que cantaba a los placeres y al amor, especialmente al que consideraba más puro, entre hombres, pero recitarla frente a la rigidez religiosa de Abi Amir en la quietud de la biblioteca coloreó sus mejillas.

–¡Oh, Abu Nawas! ¡Es tan... irreverente!

Abi Amir asintió con una comprensión infinita y una sonrisa.

–¡Es imperfectamente humano! –convino él–. Y quizá no esté desencaminado. No sabemos en qué momento Alá nos llamará a su lado ni de qué mano caprichosa dependen nuestros días. Creemos trascender en la búsqueda del amor y el bien, pero tal vez sólo sean las

palabras con que llamamos al placer y a nuestro propio interés... ¿No crees?

–Lo que yo creo, cadí, es que depende de nosotros que el dolor nos haga débiles o nos fortalezca. Y que a lo mejor necesitarías cavar tu propio pozo de las lágrimas, como Jamshid.

–¿Quién es ése?

Lubna le dedicó una sonrisa. Se arrodilló, palmeó los cojines a su lado y le pidió que se sentase junto a ella. Abi Amir la obedeció.

–Se cuenta que, en los días antiguos, cuando los genios aún hablaban con los hombres y los reyes de Persia gobernaban con la sabiduría aprendida de los astros, hubo un poderoso sah llamado Jamshid. La fama le venía de su ejército invencible y de su palacio de blanquísimo mármol, pero también, y sobre todo, de su único hijo, el príncipe Cyrus, cuya belleza y bondad eran tan grandes que se decía que, al pasar por un jardín, las flores más mustias recuperaban su color.

Abi Amir estaba tan cerca que Lubna pudo notar su respiración contenida, y ella misma casi dejó de tomar aire.

–Un día, Cyrus partió a una batalla –prosiguió–, pero no regresó... Un grupo de soldados volvió con el cuerpo sin vida del príncipe, atravesado por las flechas de sus enemigos. La corte entera se vistió entonces de luto, pero Jamshid prohibió los cantos fúnebres y el llanto público. «Mi dolor», dijo, «no es asunto del reino. Es como un río que corre bajo la tierra». Así que ordenó construir, en el patio más secreto de su palacio, un pozo circular de la más pura obsidiana, tan profundo que ni al mediodía el sol alcanzaba su fondo. Allí, cada noche, cuando la luna se posaba sobre el ciprés más alto, Jamshid bajaba a solas. No llevaba ofrendas de incienso ni recitaba salmos. Simplemente, se arrodillaba en el borde y dejaba caer, una a una, sus lágrimas en la oscuridad.

–Así me siento, Lubna –se confesó Abi Amir, aceptando el consuelo de la única persona que conocía su secreto–. Me escondo en el pozo más profundo de mi patio para que mi dolor no sea público.

–Así estuvo Jamshid diez años –prosiguió ella–, derramando su llanto en aquel pozo, lágrima a lágrima. El pozo, sin embargo, nunca se llenaba, y los cortesanos comenzaron a susurrar que los *djinn* se

alimentaban de su dolor. Y entonces, cuando Jamshid empezaba a pensar que sus lágrimas no valían para nada, la voz de su hijo le habló.

–¿Y qué le dijo? –Los ojos de Abi Amir buscaron los suyos con intensidad, como si creyera que aquella antigua leyenda persa, o ella misma, podían tener las respuestas.

Lubna sintió un pinchazo en el corazón.

–«Sigue viniendo, padre», le dijo. «Pero no lo hagas sólo con lágrimas. Ven también con el recuerdo de mi risa, con el amor que llenó tus días, con el orgullo de mi valor. Incluso con el odio de mis enemigos. Así, este pozo no será un agujero de sombra, sino un recuerdo íntegro, un espejo de estrellas».

Abi Amir se recostó en el hombro de Lubna. Ella bajó aún más la voz:

–Y se dice que, al cabo de un tiempo, todo el que se asomaba al Pozo de Lágrimas de Jamshid en una noche clara ya no veía oscuridad. Por el contrario, reflejada en lo profundo, se podía ver la constelación completa de las estrellas, más brillante y cercana que en ningún otro lugar del mundo. Como si el dolor, al ser regado con amor y no sólo con lágrimas, hubiera abierto una ventana al cielo.

Un temblor leve, casi imperceptible, recorrió al cadí. Ella puso la mano sobre sus ojos cerrados y lo guio hasta su regazo, con ternura, como la recolectora de almas e historias que era. Él se dejó hacer, vencido por una fatiga monumental. Apoyó la frente contra el sencillo lino de su túnica, y un suspiro que era casi un gemido escapó de sus labios. Ella lo acunó, sus dedos en su pelo, en un gesto de piedad infinita que trascendía el amor. El consuelo que él no podía pedir y que nadie más que ella podía darle. Quizá lo más cerca que podrían estar nunca.

El crujido de la puerta fue como el disparo de una ballesta.

Se separaron a la velocidad del rayo, y vieron a Fátima, cargada con un montón de libros. Su mirada perspicaz saltó de Lubna, ligeramente ruborizada, a Abi Amir, que se enderezaba con una tos fingida, limpiándose una inexistente mota de polvo de la túnica.

–Cadí..., qué sorpresa –los saludó, depositando los volúmenes sobre una de las mesas de estudio. Su sonrisa era cálida, pero sus ojos,

divertidos, los estudiaban–. ¿Cómo van las cosas lejos de la corte? ¿Cómo crece tu hijo?

La palabra «hijo» golpeó a Abi Amir con la fuerza de un equívoco brutal. Por un instante vertiginoso, un latigazo de dolor fresco le nubló la vista. Vio el pequeño y pálido rostro de Abderramán, el hijo perdido, el fantasma. Tardó un segundo fatal en reconducir sus pensamientos hacia el niño sano que dormía en Isbiliya, el fruto de su matrimonio político.

–Abdalá... –consiguió articular el nombre y acompañarlo de una sonrisa tibia– crece como un almendro joven. Gracias por preguntar.

Lubna intervino con presteza, para desviar el tema.

–El cadí nos ha hecho una donación magnífica. Ahora estaba contándole nuestras últimas adquisiciones. –Condujo a Abi Amir entre las estanterías, lejos de la mirada inquisitiva de su compañera–. Aquí tenemos los volúmenes de astronomía de Maslama al-Mayriti, recién llegados... Y estos poemas de al-Ghazal, ¿los conoces? Fue embajador con los *al-Mayus*, los hombres del norte. Debió de tener alguna experiencia interesante allí, porque hablan del amor con una precisión que duele.

Ojeó las páginas sin mirarlas. Su mente aún estaba en el sobresalto, en el abismo que se abría cada vez que rozaban el dolor secreto. Observó el escritorio, los textos latinos, la grafía griega, los evangelios miniados de los cristianos...

–Sigues con tu gran proyecto...

–La historia del califato de Occidente. Una tarea para toda una vida –respondió ella, animándose–. Necesito entender de qué barro estamos hechos, hacia qué luz, o qué sombra, caminamos. El califa... –bajó la voz y la mirada–. El luto por su primogénito lo tiene postrado. Pero la maquinaria del Estado no puede parar.

–No –admitió él–. No puede. Aunque se rompa el alma. ¿Cómo lo sobrelleva la *sayyida*?

Lubna buscó sus ojos. Él no los bajó. Vio en ellos un interés tan genuino por ella que casi se sobresaltó. Le hubiera gustado ayudarlo, pese a todo, franquearle el acceso a sus estancias, pero sabía mejor que

nadie que Subh, aferrada a su segundo hijo, no estaba preparada para recibir visitas.

–Me gustaría verla... –admitió como un escolar enamorado.

–No quiere ver a nadie –le confesó–, pero nunca se sabe. Transmitiré tu solicitud al harén.

* * *

La fuente lloraba en el centro del patio poniéndole música al eco de sus pasos. Las estancias prohibidas le traían recuerdos que parecían lejanos. Junto al acceso a las zonas privadas lo esperaba una silueta esbelta, cubierta en sedas del color del azafrán. Los eunucos lo guiaron hasta ella. Subh no había aceptado recibirlo, pero, majestuosa como siempre, Hind, la hermana del califa, lo estaba esperando.

–El cadí de Isbiliya se honra a visitarnos –escuchó su voz antes de verla siquiera, tan afilada como una daga de Damasco–. ¿Tan urgentes son los asuntos de la ceca... o los del alma?

Su sonrisa era una media luna irónica. Abi Amir reajustó la suya para responder como mandaba la cortesía.

–Mi señora Hind –se inclinó–, vestida de luz para iluminar hasta las sombras más espesas.

–Ahórrame los halagos, Abi Amir –le respondió, seca–. Son moneda demasiado común en tus bolsillos, y yo ya tengo los míos llenos. Una grata coincidencia que te hayas acercado hoy a Córdoba. ¿Tienes un momento para conversar con una princesa olvidada?

Lo condujo a un pequeño gabinete contiguo, privado y lleno de libros. Se sentó y, con un gesto, le ofreció asiento cerca.

–Vamos al grano –dijo sin preámbulos–. ¿Qué le has hecho, o quizá qué no has hecho, al *háyib* al-Mushafí para que mueva cielo y tierra para hundirte?

A Abi Amir se le heló la sangre. Un calor furioso le ascendió por el cuello.

–¿Qué ha sucedido?

–Te ha acusado ante mi hermano de corrupción y malversación de fondos de la ceca. Habla de lingotes que desaparecen, de aleaciones adulteradas, de regalos que compran voluntades y de una riqueza personal que tu salario no justifica. Dice tener testigos, no sé si comprados, y documentos, no sé si falsificados..., y tampoco quiero saberlo. Con toda seguridad, irán a prenderte en los próximos días. No creo que sea su guardia personal ni la del califa, sino la *shurta*, la fuerza policial de la ciudad.

Abi Amir sintió vértigo. Rabia y miedo a la vez. Negó con la cabeza.

–No hay nada que pueda probar –tragó saliva–. Todo es falso.

–Por supuesto –dijo Hind, con un gesto que dejaba entrever que no lo creía en absoluto–. Pero incluso una mentira bien presentada puede ser más útil que la verdad. El *háyib* es un maestro en eso. Tu puesto como *sahib al-Sikka* pende de un hilo, querido.

–¿Y cómo sabes tú todo esto, mi señora? –La miró, más calmado, intentando desentrañar su juego.

–Porque soy la hermana del califa –respondió ella con una sencillez devastadora–. Y no puedo permitirme el lujo de no tener ojos y oídos en la casa del hombre que susurra al oído del que lleva la corona.

–¿Y por qué me lo cuentas?

Hind lo estudió un largo momento. Toda ironía desapareció de su rostro.

–Podría decirte que porque soy una de las receptoras de tus generosos presentes, pero sinceramente no creo que eso deba preocuparme. Lo hago por la dinastía, cadí. Mi sobrino, Hisham, si ésa es la voluntad de Alá, será califa algún día. Y puede, querido, que sea la primera persona en esta corte, aparte de su madre y de su médico, en ser totalmente consciente de la... incapacidad que creo que padece.

Aquella palabra, «incapacidad», flotó entre ellos, enorme y terrible. Abi Amir ni siquiera pudo fingir sorpresa.

–Alguien tendrá que llevar las riendas del reino cuando mi hermano falte... Podría ser al-Muguira. O podría ser él. En cualquier caso, tú estás cerca de ambos. Al-Mushafí es viejo y rencoroso. Tú, sin embargo, eres joven, fuerte y tienes ambición. Cuentas con el favor de Subh, y

ahora, también, con el desprecio del *háyib*. Esa dualidad te hace... interesante.

Abi Amir la contempló, atónito. Le estaba ofreciendo un análisis frío y claro de la realidad. Sin amistad, y también sin acritud. Al reconocer la debilidad del heredero, barría cualquier sentimentalismo sobre la dinastía y apostaba por el hombre fuerte que surgiría de las cenizas. Era más peligrosa y más lúcida que cualquiera.

–Tengo la sensación, señora, de que estamos en una de esas carreras que organizan los bereberes en las campas los días de fiesta –se atrevió a decir, sin pizca de ironía–. En ella, vos estáis apostando en la grada, y yo soy uno de vuestros caballos.

–Veo que lo has entendido –sonrió ella, levantándose para dejar claro que la audiencia había terminado–. Confío en tu astucia. A veces, el golpe más efectivo no es esquivar la acusación. El *háyib* no es uno de esos santones cristianos. Todo hombre que ha ascendido tan alto tiene cadáveres en sus armarios. Sólo hay que encontrar la llave que los abra.

–IV–

Medina Azahara, 361 H. / 972 d. C.

El rumor de la mañana en la casa del *háyib* al-Mushafí era el de una colmena bien ordenada. El movimiento sin pausa de los sirvientes, el golpe lejano de los morteros en la cocina, el canto monocorde de un esclavo negro que regaba los naranjos del patio. Paz. La paz que precede al golpe maestro.

El primer anuncio fue un alboroto en el zaguán. Voces entrecortadas, el forcejeo de sandalias sobre el mármol. Al-Mushafí, que repasaba unos informes de impuestos en la galería superior, frunció el ceño. Al poco, oyó la voz de su consejero, Fader, con una urgencia que rayaba en el pánico.

–¡No podéis pasar así! ¡Ni siquiera vos, señor! ¡Esperad a que anuncie...!

El resto de las palabras se ahogaron en un torbellino de voces, pasos y movimiento. Por la puerta principal, ahora abierta de par en par, y doblando el recodo de acceso para que el interior no fuese visto desde la calle, comenzó a entrar un séquito imposible. Un desfile de ostentación calculada hasta el último detalle pasó ante sus ojos.

Por delante, dos esclavos bereberes, torsos desnudos y musculosos brillando de sudor, portaban entre ambos un cofre de madera aromática abierto. En su interior, a la vista de cualquiera que pudiera asomarse desde la calle –y ya había quien se asomaba–, el fulgor frío de joyas acumuladas: collares de perlas del Índico, brazaletes de oro macizo con rubíes incrustados, diademas que parecían constelaciones en miniatura.

Tras ellos, otros dos esclavos, con más cuidado, sostenían un segundo cofre repleto de telas. No eran sederías corrientes, sino seda de Almiriya, con dibujos de hilos de oro, el lino más fino de Egipto y brocados bizantinos que pesaban como una armadura de belleza.

El espectáculo continuaba con un tercer hombre empujando una carretilla de madera noble en la que reposaban, con insultante descuido, ánforas de arcilla selladas con cera púrpura: el vino dulce y espeso de las viñas de Málaga, el más caro, el notorio favorito del *háyib*. Otro esclavo, sudando a mares, arrastró seguidamente una pesada saca de lona que, por el sonido metálico y el bulto que formaba, sólo podía contener una cosa: monedas.

Y en el centro de aquel torrente de riqueza se situaba Abi Amir. En vez del habitual atuendo propio del señor de la ceca, vestía una túnica de lino blanquísimo, bordada en los puños y el cuello con hilo de plata, y sobre los hombros, un manto de lana finísima del color de la arena al atardecer. La barba oscura, recién recortada, resaltaba la perfección de su mandíbula. Su rostro estaba sereno, casi risueño.

Al-Mushafí, ya en el patio, lo observaba todo como tras una máscara, con una mueca de estupor que se agrietaba por los bordes, por donde la ira amenazaba con salir. Fader, su fiel portero, desenvainó una espada corta y se cruzó amenazante en el camino del cadí.

–¡Salid de aquí! ¡Largo!

Como surgido de la sombra misma, uno de los esclavos de Abi Amir se interpuso entre Fader y su señor. Ancho, con ojos tranquilos y manos fuertes de herrero, no tuvo que hacer ningún gesto violento. Simplemente se plantó en medio. Y su presencia fue un muro.

La gente se agolpaba ya en la puerta. Mendigos, vecinos curiosos, clientes que habían ido a pedir audiencia o prebendas al hombre más poderoso después del califa. Todos con la boca abierta y los ojos como platos prendidos en el río de tesoros.

Y entonces, ante la mirada congelada de al-Mushafí, ante la expectación de la multitud, Abi Amir hizo algo inconcebible.

Se acercó a él con pasos lentos, con la familiaridad de los años compartidos. Alzó una mano y la posó en el hombro del *háyib*, en un

gesto que podía ser de respeto o de complicidad. Luego, inclinando el rostro con una lentitud deliberada, teatral casi, le deslizó dos besos en las mejillas y un tercero firme y breve en los labios.

–Que Dios os bendiga, *háyib*.

Un murmullo de absoluto asombro, mezcla de escándalo y fascinación, se elevó en torno a ellos. Al-Mushafí se quedó rígido, a punto de estallar. Aquel beso no era un gesto de afecto, sino una señal, una profanación pública, una marca de fuego, como el del Judas de los cristianos.

Abi Amir se separó un par de pasos, sonriendo con estudiada inocencia.

–Aquí está, señor, lo que me pedisteis –anunció con voz clara para que todos pudieran oírlo–. Las sedas para el jefe de la *shurta*, como acordamos. Las joyas para vuestras esposas, que Alá guarde. Una exquisita túnica de lino para el asistente del cadí de Córdoba, tal y como especificasteis. Y vuestro vino favorito, señor –hizo un gesto hacia las ánforas–: el de las viñas viejas de Málaga. El más caro.

La puerta permanecía abierta. Los esclavos de Abi Amir, hábilmente distribuidos, más parecían una guardia de honor que impedía cerrarla que unos simples portadores. Era un escenario abierto al coro de testigos que entraba y salía registrando cada detalle.

–¿Qué... qué es esto? –logró articular al-Mushafí, ronco, estrangulado por la furia.

–¿Los regalos, mi señor? –Abi Amir fingió perplejidad–. Los que debía entregar a vuestra familia, a vuestros hijos y a algunas de las grandes personalidades que me enumerasteis. ¿No los guardamos en vuestros almacenes, como siempre? ¿Preferís que los mantenga en otro lugar? No he querido tomarme esa libertad sin consultaros antes.

El escándalo había atraído también a los sirvientes y a las mujeres de la casa. Asomaban desde las galerías superiores, ellas veladas, pero con los ojos brillando por encima de los *niqabs*; todos atraídos por el fulgor de las joyas y la tensión implícita del momento. En la puerta, la multitud iba creciendo, agolpada, tratando de entrar.

Al-Mushafí, sabiendo que cada instante de aquella farsa le quemaba el prestigio como aceite derramado, forzó una sonrisa crispada. Agarró a Abi Amir del brazo con todas sus fuerzas y lo arrastró a un rincón del patio, junto a un jazmín trepador.

–¿Qué demonios es esta comedia? –le espetó al oído, con un siseo de víbora.

Abi Amir no perdió la sonrisa. Una sonrisa fría, de hielo afilado, que desde lejos podía parecer sincera y rendida pero que rezumaba traición.

–Una que puede convertirse en tragedia –susurró–. Podéis empujarme al infierno, pero no caeré solo –deslizó suavemente el dorso de la mano por el pecho tenso de al-Mushafí, fingiendo una intimidad casi obscena, y culminó la frase en un tono que sonaba a burla–, mi señor.

Al-Mushafí apretó los dientes. Cerró la mano alrededor del cuello de Abi Amir, no con fuerza suficiente para ahogarlo, pero sí como una amenaza tangible, un recordatorio de su poder.

–Saca todo esto de aquí –siseó–. Ya.

Sin arredrarse, Abi Amir le dedicó una nueva sonrisa, ahora provocativa.

–Acércate más –susurró–. Que el pueblo sepa que la lascivia y la ambición guían las decisiones del *háyib*. Si me arrancas de mi puesto, si me dejas sin nada, no me quedará nada que perder. Piénsalo.

La tensión llegaba al límite entre ellos, un arco a punto de ser disparado. Al-Mushafí respiraba con dificultad. Para sí, medía el alcance del desastre. Al fin, se apartó unos pasos, y su voz fue un rugido contenido:

–Acaba con esto.

–Retira la denuncia.

–No puedo. –Sacudió la cabeza, impotente–. Ya está hecha, sellada y presentada. Y he pedido que se te relegue de tu puesto. No es fácil volver atrás ahora.

Abi Amir sopesó sus palabras, tratando de pensar con rapidez.

–Imagino que no podré parar una investigación, entonces –admitió–. Muy bien. Dejaré mi puesto mientras se lleva a cabo, pero tú te encargarás personalmente de demostrar que es una acusación falsa. Que

yo no he tomado ni un *dirham* de las arcas del califato. Y que todo esto –hizo un gesto amplio hacia los cofres– es parte de un encargo legítimo. Serás mi mejor testigo.

Al-Mushafí lo miró. Era la trampa perfecta. Si negaba el encargo, Abi Amir usaría aquel espectáculo público como prueba de su corrupción. Si lo aceptaba, se convertía en su cómplice y enterraba sus propias acusaciones. No le quedaba ninguna jugada posible. Como cuando se enfrentaban ante un tablero de *shitranj*. Tragándose la rabia, asintió. Una única y breve inclinación de cabeza. Aceptaba. Por ahora.

Abi Amir, satisfecho, se volvió hacia el centro del patio, donde sus esclavos aún custodiaban los tesoros.

–¡Y ahora, la última de las sacas! –anunció en voz alta, alegre. Uno de sus hombres arrastró el pesado saco de lona hasta ponerlo a los pies de al-Mushafí. Al abrirlo, un resplandor de plata destelló ante sus ojos. Abi Amir tomó entre sus dedos uno de los *dirhams* firmados con su nombre y lo acarició con deleite, dedicándole una amplia sonrisa–. Debéis testificar que sale directamente de la ceca de Medina Azahara bajo vuestra supervisión, mi señor. Moneda recién acuñada, sin registrar aún, como me pedisteis expresamente.

Hizo una pausa para dejar que el murmullo creciera.

–Esta parte, como dijisteis, será para comprar a los perros cristianos –puso un énfasis despiadado en el insulto–, para recuperar el sagrado Corán que robaron a nuestro señor Abderramán en la batalla de al-Khandaq, y pagar a los que arranquen de su ermita leonesa de Peñalba la cruz conmemorativa que los infieles le dedicaron a su apóstol Santiago. En cuanto Córdoba tenga en su poder ambos objetos, serán un obsequio, como habéis ordenado, para nuestro príncipe heredero Hisham, a quien Dios guarde muchos años, en el día de su proclamación.

Un golpe maestro. No sólo envolvía a al-Mushafí en la transacción, sino que la elevaba a un acto de piadoso patriotismo. Cualquier pregunta sobre el origen de ese lote de monedas quedaría silenciada por la nobleza del fin: rescatar reliquias y honrar al débil heredero.

Al-Mushafí se quedó mirando el saco, a sus pies, y luego la sonrisa triunfal y serena de Abi Amir. La rabia había dado paso a algo más profundo: un respeto helado, mezclado con un odio que ahora adivinaba eterno.

–No me equivoqué –admitió a su pesar–. Siempre supe que eras endemoniadamente listo.

–Gracias, *háyib* –respondió Abi Amir sin ironía–. He aprendido del mejor.

–Recogedlo todo. –El *háyib* se dirigió a sus hombres, serio, haciéndose dueño al fin de la situación–. No lo dejéis en esta casa. Guardadlo en la ciudad. En los almacenes de la zona norte.

Abi Amir inclinó la cabeza, la viva imagen de la obediencia.

–Como ordenéis, mi señor.

Se volvió y, seguido de nuevo por sus esclavos, que se encargarían de trasladar los mismos tesoros hacia los almacenes, se dispuso a abandonar el patio. Los sirvientes cerraron la saca de monedas y dispersaron a los curiosos. Abi Amir se permitió dejar un par de jarras de vino de Málaga sobre la mesa, como un último regalo inculpatorio antes de marcharse, y al llegar a la puerta, se volvió una última vez. Sus ojos se encontraron con los de al-Mushafí, que seguía cada uno de sus movimientos. Los numerosos testigos los vieron sonreírse educadamente, como los altos representantes de la administración del califato que eran. Con cierta... complicidad. Con un matiz de admiración, incluso.

Sólo ellos dos supieron que en aquella mirada brillaba el frío reconocimiento de los depredadores.

–V–

Medina Azahara, 362 H. / 973 d.C.

Los fastos para la proclamación del príncipe heredero, aprovechando el Eid al-Adha, la fiesta del Sacrificio, teñían Medina Azahara de un color forzado. No era la alegría espontánea que brotaba de un pueblo convencido, sino el brillo cuidadosamente aplicado de un estado que mostraba su músculo para ocultar sus flaquezas. En el gran patio de armas, bajo el estandarte de los Omeya, la nobleza, el ejército y los funcionarios formaban un mosaico de sedas vivas y acero bruñido. En el centro, sobre un caballo enano de pelaje blanco como la nieve, estaba Hisham.

A sus siete años, todavía un niño, parecía una muñeca preciosa y frágil ataviada con las insignias del poder. Su rostro, pálido bajo la *imama*, el turbante blanco que definía a su dinastía, se contraía por un esfuerzo que todos veían y nadie se atrevía a señalar. El caballo, mansísimo, dio un paso, titubeante. Hisham se balanceó, inseguro, y sus pequeñas manos se aferraron con pánico a la silla, a punto de echarse a llorar. Un susurro de inquietud recorrió la multitud. El protocolo, mil veces ensayado, no había previsto la contingencia de que el heredero al trono de Córdoba no pudiera mantenerse a lomos de una bestia.

En la tribuna, Subh, a un paso del califa, sentía que el mundo se estrechaba hasta volverse del tamaño del cuerpo tambaleante de su hijo. Se retorcía las manos con tanta fuerza que los nudillos, lívidos, parecían a punto de romperse. Instintivamente, buscó con la mirada a Abi Amir entre la primera línea de funcionarios. Él también la miraba, como

exhortándola a no perder los nervios. Su rostro era una máscara de calma oficial, pero, en sus ojos, fijos en los de ella, pudo vislumbrar un destello de idéntico terror. El miedo los igualaba: el padre secreto, impotente, y la madre, expuesta. Un hilo de angustia compartida, tan tangible y peligroso como un grito.

Fue entonces cuando al-Muguira, el hermano menor del califa, avanzó unos pasos. Con una elegancia natural que desarmaba cualquier protocolo, hizo una levísima inclinación ante su sobrino y se colocó al lado de la montura. Era una irregularidad manifiesta, y al-Mushafí pidió con una mirada instrucciones al califa, pero éste lo permitió con un asentimiento de cabeza. El joven príncipe, a sus recién cumplidos veintidós años, puso una mano firme sobre el bridón y la otra, discreta, en la espalda de Hisham. Así caminó, a su lado, guiando al caballo con suavidad y susurrándole algo al oído que hizo que el infantil rostro se relajara un poco. Fue un acto de gracia, de generosidad inteligente. La multitud exhaló un murmullo de admiración y alivio. Al-Muguira no pretendía usurpar al heredero, sino apoyarlo y servirlo. Y de esa forma recordaba a Córdoba su propia sangre omeya y su decencia.

El paseo que conducía el desfile militar fue ridículamente breve. Subh, que no podía soportarlo más, transmitió su pánico a al-Mushafí con un leve movimiento de cabeza. Éste, a su vez, que odiaba la improvisación en cualquier acto relacionado con el protocolo, susurró una orden a su esclavo personal. Minutos después, una litera cubierta de ricos tapices apareció junto al caballo. Con excusas murmuradas sobre «el cansancio del príncipe» y «la intensidad del día», el pequeño Hisham fue trasladado al interior del palacio, con las cortinas corridas, para ocultarlo de las miradas hasta el banquete de celebración, donde sólo saludaría brevemente. Tampoco se quedó a presidir una comida de tres o cuatro horas entre ulemas, visires y oficiales. El alivio en el rostro de Subh fue tan palpable como su desesperación. ¿Durante cuánto tiempo más podría ocultarle a Córdoba la escasa capacidad de su heredero?

* * *

El banquete era un río de luz, sonidos y olores. En una mesa apartada, como si fueran dos veteranos compartiendo vino y recuerdos, conversaban al-Mushafí y el general Galib. Este último, recién llegado de Madinat Salim, mantenía la apariencia de un lobo de la frontera, curtido y directo. Sus ojos, agudos, escudriñaban la sala con la misma atención con que estudiaría un terreno enemigo.

–Me han dicho que vuestro pupilo ha plantado un árbol venenoso en el corazón del alcázar –comentó Galib, señalando con la mirada a Abi Amir, que charlaba animadamente con el jefe de la guardia del califa. Se permitió una sonrisa sardónica–. Y que lo ha regado con el oro de la ceca.

–Un árbol que habría que podar antes de que sus raíces rompan los cimientos de Medina Azahara –respondió al-Mushafí, en tono tan sedoso como cargado de veneno.

–He oído que nadie ha podido probar nada, que la acusación quizá fue sólo por venganza...

–Lo están investigando, pero no, no encontrarán nada –admitió en tono neutro al-Mushafí. Se llevó la copa de vino a los labios, velando su participación en el asunto–. Y no porque no sea culpable. En su insolencia, ha tratado de implicarme, ¡a mí! El visir Hudayr, que me consta que ha puesto una cantidad de dinero indecente para salvarlo; el jefe de la guardia, que es su cuñado; su antiguo tutor el cadí de Córdoba..., incluso el príncipe al-Muguira y la princesa Hind responden ciegamente por él. Se le ha relegado del cargo mientras dura la investigación, y él ha presentado todo el dinero que se echó en falta. Imagino que a base de préstamos de todos aquellos que intenta atraerse con prebendas. «Semillas», lo llama. Entiendo que en algún momento espera recoger la cosecha.

–¿Por qué lo apoyan? –se sorprendió Galib–. No es de familia ilustre, no posee nada. ¿Cómo ha conseguido unas redes tan potentes?

–Porque no nos soportan. –Al-Mushafí masticó un trozo de carne con fuerza, como si estuviera dando dentelladas de rabia a la idea misma–. Nos odian, general. Las élites árabes. A los eslavos como vos y a los

bereberes como yo... Creen que copamos los puestos que les pertenecen. Quizás ahora hayan decidido aupar a uno de los suyos.

–¿Y qué opina el califa?

–¿El califa? –Alzó la copa, visiblemente indignado–. ¡El califa le disculpa todo como se disculpa un error a un niño que aún está aprendiendo! Cree que el talento de Abi Amir para identificar aliados y enemigos y hacer regalos sin que resulten ofensivos son dones que no aprovechamos convenientemente.

–¿Y a qué esperáis? –preguntó Galib–. Quizá vuestro árbol sólo necesite... un aire diferente. Un cambio de clima. El de al-Magrib, por ejemplo. Seco. Tan seco –sonrió con intención– que pueda poner en un aprieto a los mimados jazmines andalusíes.

Al-Mushafí lo miró con interés. ¿Al-Magrib? ¿Al otro lado del Bahr al-Zuqaq, el mar del Paso? La propuesta sonaba a exilio o a destierro. Extremadamente atractiva, en cualquier caso.

–Abi Amir se mueve bien entre pasillos, papeles y monedas –admitió al fin–. No entiendo muy bien cuál sería su función en una de vuestras expediciones militares.

–Sabéis que parto ahora a dar un escarmiento a Ibn Gannum, ese idrisí que Alá confunda, y a convencer de grado o a la fuerza a las tribus bereberes de al-Magrib al-Aqsa para que presten juramento a los Omeya. Esas virtudes que tanto ponderáis pueden ser de un valor incalculable para asegurar la lealtad de quienes amenazan con inclinarse del lado de los fatimíes. Dejádselo caer al califa. Que lo vea como un viaje de... intendencia diplomática.

–¿Tú lo ves así?

–¿Yo? ¿Para un hombre sin experiencia militar? –se burló Galib–. Yo lo veo un infierno, pero siempre podéis proponérselo como un viaje educativo. –En sus ojos brilló una chispa de crueldad fría–. La instrucción que le falta. Al-Magrib no es Córdoba, amigo mío. Allí los protocolos los escriben el hambre, la sed y la traición. ¿Y un perfumado burócrata árabe que mama de los pechos de Medina Azahara? ¡Mis tropas bereberes lo harán pedazos!

* * *

¡Al-Magrib!

Abi Amir no se arredró. En cambio, para sorpresa de los hombres, recibió la propuesta con modales impecables y la sonrisa cortés que tan bien empleaba. Bajo la túnica, sin embargo, notó una corriente de inquietud helada. Su mente calculó a la velocidad del rayo. Lejos de Córdoba. Lejos de Subh, de la ceca, de sus redes de poder.

«Olvidaos de mí. Demasiado lejos de todo», hubiera querido decir.

–¿Y exactamente en qué consideráis que podría ser útil? –preguntó, sin embargo.

No le pasó desapercibida la sonrisa satisfecha de al-Mushafí, quien ya se lo debía imaginar tragando polvo en el desierto. Desde al-Ándalus, a él, al-Magrib también le sonaba a exilio. A destierro. Pero era cierto que ahí era donde se estaba escribiendo la historia en ese mismo momento. Los herejes fatimíes, esos chiítas confundidos seguidores de Alí, acababan de arrancarle una nueva capital al desierto. Al-Qahira, la nueva ciudadela desde donde podían combatir a los Omeya y los abasíes, parecía estar tan lejos de Córdoba como de Bagdad. La lucha por la influencia se mantenía ahora en el norte de África. Desde la vieja derrota de Simancas, a Córdoba le resultaba difícil extenderse al otro lado del río al-Duru, pero el norte de África, ese al-Magrib conquistado tres siglos antes, hablaba el mismo idioma que su ciudad y rezaba hacia el mismo lugar. Era un territorio virgen. Únicamente debían convencer a esos líderes tribales belicosos, a esos pastores de cabras y camellos, de que su supervivencia sólo sería posible si prestaban juramento a los Omeya.

Quien allanara al-Magrib para Córdoba sería sin duda un héroe.

Si volvía con vida, claro.

–Al parecer –Galib evaluaba a Abi Amir con sus ojos de experto–, el califa, cuyo entendimiento está a prueba de toda duda, considera que tu ojo para las lealtades y tu mano para los obsequios pueden consolidar nuestra influencia entre las tribus.

–Es un honor... inesperado, general. –Su voz sonó serena–. Pero ¿qué sucedería con mis funciones aquí? La ceca, la administración de Isbiliya...

–Quedarán en manos capaces. –Al-Mushafí subrayó el adjetivo con una dulzura amenazadora–. Temporalmente, claro. Es una oportunidad única para demostrar esa versatilidad de la que ya nos has dado algunas muestras. Y tu... valor.

La palabra «valor» resonó en el aire como un desafío. Abi Amir miró a uno y a otro. Vio la satisfacción contenida en el rostro de Galib, el desprecio del militar profesional hacia el burócrata ascendido. Y la sonrisa tranquila, casi paternal, de al-Mushafí, tras la cual se ocultaba la voluntad de probarlo hasta el límite, o de romperlo.

–Al-Magrib es un territorio conflictivo. –Galib parecía leerle el pensamiento–, lleno de imprevistos. Un hombre sin formación castrense podría... tener problemas...

Al-Mushafí asintió, fingiendo pesar.

–La deshidratación, dicen, nubla la mente. Un hombre puede alejarse de la columna y simplemente... desaparecer. Sería una tragedia –añadió, mirando directamente a Abi Amir–. La disciplina y la obediencia son claves.

–Perfecto –le dirigió una sonrisa helada–. El *háyib* sabe bien que ésas son mis áreas fuertes.

Galib y al-Mushafí intercambiaron una mirada. El chico tenía agallas, había que reconocerlo. Pero las agallas, en el desierto, se cocinaban al sol.

–Bien –concluyó Galib, levantándose–. Haz tus preparativos. Yo partiré de Córdoba en tres meses. Tú te unirás al pequeño contingente que me alcanzará en Sebta cuando los campamentos estén montados y las posiciones identificadas. Reza para tener un estómago fuerte. Y manda que te hagan un buen *sirwal* de cuero a medida –sonrió con malicia–. Lo vas a necesitar.

Abi Amir inclinó la cabeza, como era preceptivo, para despedirse del *háyib*. Al darle la espalda, se sintió tan vulnerable como si sobre él se

deslizara el siseo del puñal. Pero se mantuvo impertérrito. Él hubiera hecho lo mismo.

Al-Magrib no era un destierro, como había creído en un principio. Pero tampoco era una oportunidad.

El que fuera una sentencia de muerte disfrazada dependía sólo de él.

* * *

El viento *chergui* soplaba desde el interior, trayendo consigo una nube de polvo que se metía en los ojos, la garganta, los pliegues de la ropa. Abi Amir desmontó del caballo con una rigidez que trató de disimular, aunque con torpeza. Todos los músculos se le quejaban. Y lo peor, los muslos, que le ardían pese a la badana de lana de oveja y las fricciones de aceite de oliva. Nadie le había hablado del roce constante, de esa fricción humilde que acaba por doblegar al cuerpo antes de haber llegado a territorio enemigo. Las cabalgadas con al-Muguira por los alrededores de Córdoba eran un juego de niños comparado con la marcha forzada desde Sebta hasta ese pedregal ardiente frente al territorio de las tribus zenata, clientes inestables de los fatimíes.

Hasta el último momento había conservado la esperanza de hacerse imprescindible para el califa o la *um-Wallad*, Subh, y evitar así la expedición sin comprometer su dignidad. Pero había sido imposible. Al-Hakam no sólo había celebrado su presencia entre las tropas y alabado el buen criterio de al-Mushafí al pedirle a Galib que lo incorporara, sino que había pedido verlo a solas antes de partir. Fue entonces cuando le hizo una petición, algo que nadie más debía saber, ni tan siquiera su propio *háyib*. «Consigue alianzas, Abi Amir», le había pedido. «No para el califato o para los Omeya. Para Hisham. Mi hijo necesitará un cuerpo de guardia propio. Soldados que sólo lo sirvan a él, no a la dinastía ni a la ciudad. Llevas oro y regalos para comprar voluntades. Empléalos con sabiduría y sienta a los mejores jinetes del mundo a las puertas del alcázar de mi heredero».

El aparente destierro tenía ahora el atractivo aroma de una misión clandestina, y no parecía nada fácil. El campamento era un organismo

de cuero y acero. Hombres curtidos, en su mayoría bereberes de las tropas regulares y mercenarios eslavos de mirada glacial, se movían con una economía de gestos que Abi Amir estudiaba con avidez y envidia. No perdían energía ni en palabras. Él, en cambio, se sentía como un papiro valioso arrojado a una hoguera: fuera de lugar, frágil, inflamable.

Galib, el viejo lobo, lo presentó a sus oficiales al caer la tarde, cuando el sol empezaba a sangrar sobre las colinas. Y lo hizo sin ceremonia, con la socarronería cruel de un veterano ante un recluta novato.

–Éste es Abi Amir –dijo, con una sonrisa que enseñaba sus dientes amarillos–. El *amil* de la ceca de Medina Azahara. Sabe de palabras, de leyes y monedas. El *háyib*, en su infinita sabiduría, nos lo envía para que los fatimíes se rían de nosotros antes de que los ensartemos. Fijaos en sus manos. –Señaló con desprecio las manos limpias, de uñas cuidadas–. Manos de escribano; manos que saben contar *dirhams*, no empuñar una lanza. Y mirad su rostro. –Se acercó, y Abi Amir aguantó sus ojos burlones–. Ni una cicatriz. Parece una concubina de palacio perdida en el desierto.

La risotada que siguió fue un golpe para él. Abi Amir sintió el rubor subirle por el cuello, pero lo ahogó. Intentó defenderse con la retórica que tan bien dominaba:

–Un general tan sabio sin duda sabe que la victoria se forja también con la diplomacia: con lealtades compradas y traiciones anticipadas.

–¡Tantas palabras! –rugió un soldado enorme, un bereber con la nariz rota–. ¿Escupirás sólo palabras a los fatimíes cuando nos cerquen?

Galib asintió. Claramente, disfrutaba con aquello.

–Probemos. Quizá nuestro «intendente» debería cabalgar con la vanguardia. A ver si convence a los jinetes enemigos recitándoles suras del Corán.

La carcajada general fue aún mayor. Abi Amir, con la garganta seca y el cuerpo magullado, sintió miedo. Si no conseguía el respeto de aquellas bestias, sería pasto del primer «accidente «fortuito».

–Dime, intendente, ¿sabes pelear? –lo retó Galib ante la hoguera–. ¿O sólo sabes repartir sobornos? Ven. Sin armas. Cuerpo a cuerpo.

Abi Amir tragó saliva. ¿Cuántas veces había vivido esa misma situación de niño y esquivado a sus vecinos en el arrabal? Los rudos soldados guardaban ahora silencio, expectantes. Era una trampa perfecta. Si luchaba, mostraría su debilidad y sería masacrado. Si se negaba, confirmaba su cobardía. Abi Amir miró a Galib. En sus ojos no había crueldad. Era, sencillamente, una prueba. Un filtro de fuego y vergüenza por el que debía pasar.

Dejó el cuenco en el suelo con lentitud. No se levantó siquiera. Se quedó en cuclillas, porque el dolor del simple hecho de sentarse hacía que se le saltaran las lágrimas. Rescató su voz de lo más hondo, para que sonara más convincente de lo que él mismo se sentía. Y sonrió. Sabía con una certeza feroz que el mundo funcionaba de otra manera cuando él sonreía.

Casi siempre, al menos.

–Conocí al general Galib hace ya tiempo, en las honras fúnebres por el califa Abderramán, que Dios tenga en su gloria. –La estudiada mención al califa templó los ánimos de los soldados–. Había oído hablar de él, ¿quién en Córdoba no lo había hecho? Y, sin embargo, cuando lo vi en persona, sentado junto al *háyib* al-Mushafí, me decepcionó. –Hubo un rumor en el corro de hombres, y entonces él se levantó–. Supongo que esperaba a un gigante eslavo y no a un anciano calvo –algunos de los hombres rieron la audacia–, pero el caso es que me decepcionó.

Dio un par de pasos, dejando que su presencia mostrara una comodidad que no sentía, fingiendo que no le dolía hasta la última fibra de su cuerpo.

–Le dije que no sabía montar a caballo y que no tenía instrucción militar. Es más, me jacté de ello... ¡Ante el general Galib! ¡Ante la espada del reino! –Se rieron todos, y él meneó la cabeza, como si lamentara su osadía–. Y el general Galib, que me hubiera tumbado de un sencillo empujón, no tuvo que ponerse en pie ni sacar su *yanbia* ni retarme a un combate singular, no... Me puso en mi lugar con una sola frase. Una frase que no sé si él recuerda –lo miró directamente a los ojos, consciente de que probablemente era al único hombre a quien esos

soldados respetaban–. ¿Sabéis qué me dijo? Que me daría cuenta de lo necesarias que eran las armas cuando un ejército enemigo se plantara ante las murallas de Córdoba. Y que los árabes nos quejábamos de que no ostentábamos cargos en el ejército, porque, como nuestras mujeres, preferíamos pagar para que otros nos hicieran el trabajo... ¡Así me lo dijo! Cualquier árabe le hubiera arrancado la cabeza a un *saqaliba* que hubiera dicho eso de él. Cualquiera. ¡Incluso yo me lo hubiera planteado si no hubiera sido el general! –bromeó–. No me atreví, lo confieso. Y ahora, años después, tampoco me atrevo...

Había conseguido eludir el enfrentamiento de manera elegante. Los hombres se avinieron y rieron la broma. El ambiente empezaba a ser algo más distendido. Alguien pasó un pellejo de vino que fue deslizándose por las gargantas sedientas. Abi Amir también notaba la suya seca. Podía mascar el polvo.

–Ahí. –Hizo una pausa y cambió el tono divertido a uno más personal–. Ahí... –Lo señaló con el dedo–. Ahí fue cuando entendí que lo había subestimado, que me había permitido, en mi prejuicio, pensar que era peor que yo. No se lo dije, pero me fui pensando que tenía razón. Y tanto tiempo después aún me acuerdo de ese momento, porque tenía razón. ¡Si los árabes dormimos a salvo en nuestra ciudadela de ensueño, es porque hay generales eslavos que cuidan de nuestras fronteras al frente de un ejército bereber!

Aquel reconocimiento explícito e inesperado, expresado con manifiesta humildad, obró el milagro. Incluso aquellos que habían aparentado más desinterés al principio detuvieron lo que estaban haciendo para escucharlo. Él se volvió hacia el general.

–No, general Galib –reconoció, con una mano abierta sobre el pecho en señal de respeto–. Ojalá pudiera, pero no sé pelear como vos. Mis cicatrices son sólo de tinta. Tachan líneas en los libros de cuentas: el oro confiscado a los fatimíes, los traidores que creyeron que podían engañar a Córdoba... –Volvió a callar unos instantes, mientras su mirada recorría los rostros duros que lo rodeaban–. Y por eso estoy aquí. Porque el califato no es sólo una fantasía de árabes pulcros disfrutando en sus jardines. ¡Córdoba son los bereberes en las montañas, los eslavos en la

guardia, los cristianos en los talleres y los judíos en el *maristán*! ¡Córdoba es la única tierra bajo el sol donde a un hombre como yo, un simple burócrata de origen árabe, se le permitiría aprender a pelear de la mano de los mejores guerreros del mundo!

Extrajo una moneda de su bolsa, una de las que llevaban su sello, y la alzó. Con la otra mano agarró por la hoja, en una muestra de fortaleza, la espada curva que uno de los soldados afilaba con aire distraído

–¡Ésta es la fórmula! –gritó, disimulando el dolor del filo de la espada en la palma de la mano–. ¡El oro de Córdoba y el acero de Tulaytula luchando en al-Magrib! ¡Y juntos forjaremos un escudo que ni los fatimíes ni los francos ni los hombres venidos del norte podrán romper jamás!

Su tono no era grandilocuente, sino íntimo y convencido. Hablaba de oportunidad, no de gloria. De aprendizaje conjunto, pero no de dominio. Algunos dejaron de sonreír con sorna. Otros lo escuchaban con curiosidad. Ninguno, salvo quizá Galib, se dio cuenta de lo absolutamente medido de su discurso, para remansar el olor de la violencia y fomentar la camaradería.

–Bonitas palabras, concubina –saltó uno de ellos–. Pero aquí el valor no se mide en palabras, sino en los palmos de tierra que eres capaz de defender con tu vida. –Y escupió cerca de sus pies.

Abi Amir sintió la humillación antigua, la de sus primeros años de estudiante, la que excitaba a al-Mushafí, la que creía haber enterrado bajo capas de poder. No estaba dispuesto a soportarla más. Se levantó, con estudiada lentitud, y se dirigió a ese hombre, que era dos veces él mismo, sin romper el contacto visual.

–¿Mi vida? –preguntó con una calma que sorprendió incluso a Galib. Lanzó la moneda a los pies del gigante, mensaje de que correspondía a su desprecio con oro–. Mi vida es esta moneda. ¿Y sabes a qué la he apostado? A que un guerrero como tú, que desprecia a un funcionario como yo, es precisamente la pieza que falta para que el califato sea invencible. Porque tú sabes luchar, pero yo sé por qué luchamos. Y la mayoría de las veces el porqué es más importante que el cómo.

Se volvió hacia los demás con los brazos abiertos.

–Queremos convencer a los fatimíes de que nuestro califato es el verdadero. Queremos convencer a las tribus zenatas de que se unan a luchar con nosotros. Pero ¿quiénes somos nosotros? ¿Qué es lo nuestro? He venido hasta al-Magrib a contároslo. A ellos, y a vosotros. ¡A deciros que, si caemos hoy, no lo haremos como árabes, bereberes o eslavos! ¡Caeremos como cordobeses! ¡Y el mundo recordará que aquí, en el fin de la tierra, un puñado de locos creyó que la hermandad podía ser más fuerte que la sangre!

Era un discurso visceral, sangrante. Habló del califato como una idea tan vasta que tenía sitio para todos ellos, los desheredados de la guerra, los mercenarios, los ambiciosos. Y se incluyó a sí mismo, y aquellos hombres sintieron que las élites cordobesas no sólo pagaban sus salarios, también comprendían sus esfuerzos.

Cuando al fin calló, el silencio era absoluto, roto sólo por el gemido del viento. Aunque permanecía inexpresivo, incluso Galib parecía impresionado. Algunos hombres asintieron con la cabeza, otros se estrecharon en un abrazo, algunos otros aplaudieron, y los menos se levantaron para tocarlo como a un mesías. Lo palmearon en los hombros y la espalda y murmuraron un gracias. Algunos, incluso, tenían los ojos húmedos.

El ojo entrenado de Galib observó la sangre que goteaba lentamente en el suelo desde su puño cerrado.

–¿Qué pasa? –preguntó.

Abi Amir abrió la mano. Un tajo abierto le cercenaba la palma. Se aflojó el turbante con la mano izquierda para tratar de detener el fujo de la sangre.

–Me he cortado con la hoja –reconoció, avergonzado–. Como veis, soy mucho más ducho con las palabras que con las armas.

Galib estalló en carcajadas, y pronto lo siguieron todos los demás. El general tomó el pellejo de vino que pasaba de mano en mano y le volcó un chorro ácido y espeso en la palma abierta. Abi Amir se aguantó un improperio. Su rostro se contrajo.

–¡Bebe! –ordenó el anciano, golpeándolo en el pecho con el pellejo. Una salpicadura escarlata manchó sus vestiduras blancas.

–No, gracias... –consiguió articular–. Yo no bebo...

Galib alzó el odre por encima de la cabeza del joven, lo apretó fuertemente y dejó que su contenido le chorreara por la cara.

–¡Aquí sí! –gritó, divertido–. Aquí el vino quema las heridas por dentro y por fuera. ¡Aquí bebemos como cordobeses!

Un coro de risas acompañó sus palabras. Con ojos chispeantes, Galib le dio una palmada en la espalda que le hizo avanzar dos pasos y lo invitó a entrar en su tienda.

–Sé que me arrepentiré de decirte esto –advirtió–, pero me has impresionado. El manejo de la espada puede aprenderse, pero el valor se tiene o no. Y tú lo has demostrado. No daba medio *dirham* por ti. En realidad, pensaba que iban a hacerse una silla de montar con tu pellejo.

–Yo también –reconoció Abi Amir, muy serio. Pese a ello, en sus ojos brillaba una chispa de diversión.

El general rio entre dientes. Le gustaba aquel joven sincero y temerario. Lo sabía por experiencia propia: los hombres que se atrevían a enfrentarse a sus miedos eran capaces de alcanzar las cotas más altas de poder. Si no morían antes, claro.

–Ahora estos hombres no te verán como a un intruso, sino como a una idea. Y las ideas son mucho más difíciles de matar que los hombres. Jamás reconoceré esto ante nuestro común amigo el *háyib*, pero tengo la impresión de que te ha subestimado.

–VI–

De Lubna, la escriba

Córdoba, muharram *del 363 H. (octubre, 973 d. C.)*

Para el honorable cadí Abi Amir, que Alá proteja en su viaje y lo devuelva a nosotros con bien.
¿Cómo afrontas la experiencia militar?
Te escribo para darte las noticias que otras personas, que no poseen la libertad de escribirte sin centrar en ellas todas las miradas, desearían hacerte llegar. Imagino que las cartas que se dirigen a los hombres que combaten en al-Magrib son abiertas cien veces. Nadie querría arriesgarse a permitir comunicaciones que sirviesen a los fatimíes en caso de ser interceptadas.
Aquí las embajadas se suceden, y es como si el mundo acudiera a Medina Azahara para extasiarse en su grandeza o buscar un mediador ante sus conflictos. Francos del norte, con ojos del color del cielo invernal, aguerridos leoneses de rasgos duros y cortesanos bizantinos con más brocados que las mujeres del harén pasean por nuestros salones. Adulan la grandeza de nuestro señor, el califa, cuya salud, nos aseguran los médicos, es robusta como un roble. Aunque hasta el más fuerte de los robles, a veces, puede verse afectado por una ráfaga de viento inesperada... Pero no hay nada que temer mientras la savia siga fluyendo con fuerza.
Hay otros vientos de los que se murmura, más fríos y lejanos. Vientos que nos traen naves con cabezas de dragón. Algunos

dicen que husmean, como lobos, sabiendo que el pastor está ocupado en otro pastizal en las tierras del sur. Pero Córdoba tiene muros, y sus guardianes, aunque menos, velan por nosotros.

El cedro de la biblioteca guarda un silencio distinto desde tu partida. Y ya no es el silencio pleno de la contemplación, sino el que deja tras de sí un río cuando cambia su cauce. Fátima y yo hemos inaugurado la nueva escuela de cálculo en el arrabal de Saqunda. Los niños, con los dedos manchados de tinta, trazan números como si desentrañaran los secretos del universo. Y es un espectáculo más esperanzador que cualquier discurso.

Al final he perfeccionado, tras meses de ensayo, la fórmula del papel. Añadiendo una decocción de corteza de granado al engrudo, las hojas ganan una tersura que resiste mejor la humedad y ayuda a fijar la tinta. Es un avance pequeño, pero en él habita la promesa de que las palabras perduren aún más.

Cuídate del sol del desierto, cadí. Y, en los momentos de desesperanza, recuerda que hasta las dunas más áridas esconden, a veces, el brillo de un oasis inesperado.

Tu servidora en el conocimiento,

L.

De Abi Amir

Campamento de Mahalla al-Sebta, rabi *del 363 H.(diciembre, 973 d. C.)*

Para la sabia Lubna, mi faro en el mar de la ignorancia.

Tu carta fue un odre de agua fresca encontrada en mitad del *hamsin*, ese viento del sur que aquí vuelve locos a los hombres. No hay desiertos aún, pero sí se adivinan estepas amplias y soledades. Aquí, las palabras tienen el peso de la arena y se las

lleva el viento si no se anclan a algo real. Los bereberes cuentan historias en los fuegos nocturnos que me recuerdan tus cuentos y me devuelven a casa. Te envío una, anclada en esta tierra.

Cuentan los ancianos zenata que el viento del este y el viento del oeste se disputaban una duna dorada. «Es mía, porque yo la moldeo», decía el este. «Es mía, porque yo la enfrío», replicaba el oeste. La duna, silenciosa, se dejaba llevar por ambos, cambiando de forma. Hasta que, un día, una semilla de argán arrastrada por un pájaro cayó en su cresta. La duna, entonces, se decidió. «Protegeré esta semilla», pensó, y se compactó contra el este y contra el oeste para dar a luz a un árbol que fuera sombra en el desierto. La lealtad, Lubna, no debe nacer nunca de la sumisión al más fuerte, sino de la decisión de proteger lo que se elige proteger.

Siento que he cambiado desde que vine aquí. Estos hombres a los que despreciaba desde la cómoda arrogancia de Córdoba son los mejores jinetes que he visto. Su valor no es un discurso, es un hecho tan simple y brutal como el choque de dos lanzas. Aprendo. Robo horas al sueño para que un veterano eslavo me enseñe a blandir una espada sin cortarme yo mismo. Mis manos, que sólo conocían el peso de la pluma y el dirham, ahora se cubren de ampollas y tierra. Duele. Duele todo. Pero es un dolor sacrificado, honesto.

Espero que Alá fortalezca las raíces del califa contra cualquier viento. Y el pequeño brote que de él depende, el príncipe heredero, ¿crece recto y fuerte? Quisiera que te aseguraras de que el jardín de palacio se cuida con una vigilancia extrema. Ya sabes que llegó del norte y aún no se ha hecho al clima de Medina Azahara. Espero que el *háyib*, siempre tan sabio, no descuide ni una mala hierba.

Desde este desierto, te envío el polvo de las estrellas.

A.

De Lubna, la escriba

Córdoba, yumada *del 363 H. (febrero, 974 d. C.)*

Para el viajero que aprende el lenguaje de la arena y el acero.
Tus palabras sobre la lealtad me hicieron llorar. No de tristeza, sino por la belleza nítida de su verdad. La biblioteca ha recibido un legado del emir de Sicilia: un códice de Arquímedes que desafía la gravedad con pura razón. Lo estudio por las noches, y en sus márgenes veo las sombras de las dunas que describes.
El pequeño brote del jardín palaciego crece. A veces, balbucea palabras que los tutores anotan con orgullo. Otras, se queda quieto, mirando las abejas en los jazmines con una profundidad que desconcierta. El príncipe al-Muguira lo visita a menudo. Le lleva miniaturas de caballos y le habla de cetrería. Es un bálsamo de normalidad en un mundo de protocolos.
Los vientos del norte han rozado nuestras costas. Unas naves avistadas cerca de al-Yazirat. No desembarcaron; sólo observaron, como quien mide la altura de un muro. La noticia llegó al Consejo. El *háyib* le restó importancia. «Al-Ándalus no se conquista con barcos de juguete», dijo. Pero su rostro tenía la dureza de una cuerda de arco demasiado tiempo tensada.
Tu esfuerzo por transformar las ampollas en fuerza me conmueve. Recuerda que el arquero no sólo necesita un brazo firme, sino un ojo que calcule la distancia y el viento. Y tú siempre has tenido el ojo más certero de todos.
Que la sombra de tu tienda te sea fresca.

L.

De Abi Amir

Mahalla al-Fes, ramadán *del 363 H. (mayo, 974 d. C.)*

Para la geómetra del alma, Lubna.
El campo enseña la economía de la vida: agua, sombra, un fuego. ¡Qué gran lección, amiga mía! La inmensidad del cielo nocturno reduce todas las ambiciones humanas a su justa medida. Te envío otro cuento, encontrado junto a un pozo salobre para tu búsqueda incansable de historias:
Había un halcón herido que no podía volar para buscar el oasis. Un escorpión se le acercó. «Llévame a la duna más alta», dijo, «y te mostraré un manantial oculto». «¿Y cómo sé que no me picarás?», preguntó el halcón. «Porque», le respondió el escorpión, «si te pico, ambos moriremos en la llanura, y yo nunca llegaré a ver la vista desde la duna». La moraleja es que la necesidad mutua forja las alianzas más improbables.
He hecho de la intendencia un arte. He repartido dagas damascenas, rollos de seda y brocados de Almiriya entre los jeques zenata. Me siento con ellos a conversar sobre hadices y adulo a sus esposas de rostros tatuados. A cambio, ellos juran lealtad a Córdoba y me dan las posiciones de los campamentos fatimíes. Galib, al principio desdeñoso, ahora me consulta sobre estos tratos. Hasta él, siempre implacable, prefiere ahorrarse sangre si la información puede conseguirse de otro modo. Siento que podría llegar a ganarme su respeto. Una tarea ardua, pero que creo cada vez más necesaria.
El *ramadán* se hace más duro aquí. Los días son largos y las temperaturas altas. Cabalgamos durante horas sin una gota de agua. He sugerido a Galib que dispense a sus hombres del ayuno. Necesitamos a los soldados en plena forma, y Alá sabrá entenderlo, pues nuestra lucha es por el auténtico califato. Él se ha negado. Austeros por naturaleza, estos hombres abrazan el ayuno con alegría, en la esperanza de que nuestro sacrificio sea grato a los ojos de Dios. ¡Qué de lecciones, Lubna! He visto más fe en eslavos recién conversos que en algunos de los altos cargos de la corte a la que defienden con su sangre.

Preguntas por mi otra vida. Sé, por mercaderes que vienen desde el norte, que Abdalá da sus primeros pasos en el patio de Isbiliya, fuerte como un potro. Su madre es una administradora prudente. Los siento lejos, y no me refiero sólo al espacio. Es un consuelo lejano y extraño, como ver tu reflejo en un espejo empañado.

Aquí soy otro. El riesgo es un vino espeso que embriaga más que el de Málaga, que he comenzado a beber. Sé que Alá entenderá que lo hago para hermanarme con estos hombres, como estrategia y no como placer. Planificar una emboscada, mover tropas y suministros como piezas en un tablero de *shitranj*... He descubierto que mi mente sirve para esto tanto o más que para los presupuestos. A veces, cuando cabalgo a la cabeza de un contingente, olvido que en un tiempo sólo cabalgué entre despachos y pasillos.

Espero que los vientos que hicieron vacilar al viejo roble fuesen sólo brisas pasajeras.

Háblame del hombre que vigila el jardín: ¿qué cambios debo esperar a mi regreso?

Desde la tierra del sol inclemente, anhelando la frescura de la noche.

A.

De Lubna, la escriba

Córdoba, shawwal, *del 363 H. (julio, 974 d. C.)*

Para el estratega que aprende a serlo.

Tu halcón y tu escorpión han generado un debate acalorado en la escuela. Fátima sostiene que la fábula es una defensa del pragmatismo cínico. Yo creo que habla de la trágica y hermosa interdependencia de todas las cosas. Sin el halcón, el escorpión

apenas podría avanzar. Sin el escorpión, el halcón muere de sed. ¿No es acaso la base de cualquier alianza, de cualquier ciudad, de cualquier imperio?

El jardín palaciego está inquieto, empañado por las brumas del norte. El roble ha sufrido otro... momento de languidez. Breve, pero visible. Los médicos hablan de vapores, de desequilibrios de los humores. El príncipe al-Mughira asiste a algunas audiencias, y su presencia serena calma las aguas. El pequeño brote es aún demasiado tierno para dar sombra. Nuestro implacable jardinero parece nervioso, siempre mirando al cielo en busca de tormentas.

Tu transformación me asombra. No el hecho de aprender a luchar, sino el deseo de hacerlo. El joven alfaquí que devoraba libros de táctica en esta misma biblioteca ha encontrado por fin su campo de juego real. Temo por ti, pero también te envidio. Aquí, las batallas son de tinta y susurros. Y, a veces, más sangrientas.

Los *al-Mayus*, esos hombres que navegan en barcos con cabeza de dragón, no eran un simple rumor. Saquearon Lisboa. Fue rápido y brutal. Un recordatorio de que nuestro celoso jardinero no siempre acierta en sus pronósticos, y de que los pastores del sur deberían volver pronto, antes de que los lobos prueben a saltar la valla.

Regresa, Abi Amir. Córdoba necesita a su halcón. O quizá sólo yo lo necesito. Hay muchos libros aquí que aún no has leído.

L.

De Abi Amir

Sebta, preparando el regreso, du l-Qa‘da *del 363 H.(agosto, 974 d. C.)*

Para Lubna, que sabe ver el universo en un grano de arena.

Creo que ésta será la última carta antes de embarcar. La campaña ha terminado. Los fatimíes se repliegan hacia el este. Los hombres de al-Magrib se inclinan ante el estandarte omeya. He dejado aquí una red de lealtades tejida con oro y palabras. Galib me ha dicho, con su ronca voz de veterano: «Eres un mal soldado, pero un excelente zorro. Y en esta tierra dura, el zorro sobrevive más que el león».

He cambiado, sí. Pero el núcleo, el cálculo, la ambición..., eso lo traje de Córdoba. Quizás es que aquí ha encontrado su elemento verdadero. Echaré de menos estas campañas. Aquí el aire libre no huele a jazmines, sino a tomillo salvaje y sudor de caballo. Y me gusta.

Gracias por recoger mis palabras. Son mi verdadero diario, el único lugar donde no tengo que ser el cadí, el intendente o el aliado. Contigo soy sólo la mente que piensa, que duda, que no tiene que ser calculadora, que no tiene que estar afilando el cuchillo de sus respuestas.

¿Sabes? Es curioso, pero siento que te tengo más cerca cuando estamos más lejos

Regreso. No al mismo lugar. El hombre que se fue no cabe ya en los salones que dejó. Quizá los jardines de palacio, con sus robles vacilantes y sus brotes tiernos, necesitan un nuevo tipo de jardinero. Uno que sepa que, a veces, para salvar un árbol, hay que podar las ramas más antiguas.

Guarda estas cartas. O quémalas. Son el mapa de un viaje que nadie más debe conocer. Te veré pronto. Y espero que podamos mirarnos a los ojos y decirnos lo que sólo nos atrevemos a contarnos sobre las impecables resmas de ese papel de Xatiba que Alá quiso que te trajera hasta Córdoba.

Para el faro que alumbra el regreso,

A.

De Lubna, la escriba

Córdoba, du l-Hiyya *del 363 H. (septiembre, 974 d. C.)*

Para el zorro que aprendió a recorrer tierras extrañas, pronto de regreso.

El otoño ha teñido los patios de oro viejo, y una noticia extraordinaria ha llegado a la biblioteca, como una semilla arrastrada por un viento improbable. De una embajada venida del norte de los Pirineos, he sabido de una mujer en un monasterio más allá del reino de los francos. Una monja, dicen, que compila con pluma febril los relatos de aquellos que murieron por su fe aquí, en nuestra tierra, hace ya más de un siglo. Escribe sobre los mártires cordobeses, pero afirma, sin conocerla, que Córdoba es, sin duda, la perla de Occidente. Es curiosa su admiración por ese reino al que culpa de la muerte de sus hermanos de fe. He comenzado a intercambiar correspondencia con ella. Me cuenta que no busca perpetuar el odio, sino entender en qué difieren nuestros credos y la luz que guio sus sacrificios.

He solicitado permiso para un viaje. Al-Mushafí me lo denegó, por supuesto. «La sabiduría de las mujeres», me dijo con su sonrisa de hielo, «no debe viajar más allá de donde alcanza la sombra de su velo». Pero la princesa Hind ha intervenido. Con esa ironía que desarma, le dijo al *háyib*: «Si los francos nos envían embajadas para conocer cómo ensamblamos nuestras cúpulas en la mezquita, ¿no deberíamos nosotros enviar a alguien para conocer... qué creen saber de nosotros?». Su argumento, perverso y brillante, ha abierto una grieta. Quizás en primavera. Es una idea peligrosa y necesaria: cruzar la frontera no para guerrear, sino para entender cómo nos ven desde fuera. Para robar, de sus propias crónicas, la medida de nuestro reflejo.

De esos mismos confines del mundo llegan otras historias. Éstas las han recogido de unos prisioneros de los *al-Mayus* que ahora

trabajan en las atarazanas. Te la regalo:

Cuentan que, en su lejano norte, el invierno es un gigante de hielo que todo lo aprisiona. Una vez, el gigante capturó al último fuego del mundo y lo encerró en un corazón de cristal. La tierra se congeló, y los hombres olvidaron el calor. Sólo una mujer, una tejedora, recordaba su sensación. Cada noche, con hilos hechos de su propio cabello blanco, tejía en su telar la imagen del fuego. No producía calor, pero quien miraba el tapiz sentía un ardor en el pecho. Y, con el tiempo, el recuerdo tejido fue tan vívido que no hizo falta el fuego para que los hombres sintieran calor.

A veces pienso que nosotras, aquí, en esta biblioteca, somos como esa simple tejedora. Tejemos con palabras, con números, con fe, el recuerdo de algo que podría perderse para siempre. ¿No aspiramos a que el mundo conozca la luz de Córdoba?

Regresa pronto. Necesitamos que alguien recuerde cómo era el fuego antes de que el invierno de las intrigas lo apague del todo.

Esperando tu regreso,

L.

De Abi Amir

En el puerto de Arcila, a punto de embarcar, muharram *del 364 H. (septiembre, 974 d. C.)*

Para la tejedora de fuegos, Lubna:

Tu carta me llegó cuando ya creía que ninguna palabra más de Córdoba podría alcanzarme. La ironía de la princesa Hind es más afilada que las espadas de diez regimientos. La historia de la monja es tan fascinante que también yo desearía conocerla. Ve y tráete sus historias. Quien controla el relato del pasado controla el rumbo del futuro.

Te contaré algo que no he puesto en ningún informe oficial ni revelaré en mi hogar: el día que estuve a punto de morir. Fue en el oasis de Siyilmasa. Una emboscada idrisí, los aliados de los fatimíes, nos desbordó. Nuestra vanguardia, de mercenarios zenata, se quebró. Vi el pánico, ese animal viscoso, contagiándose entre los hombres. Daban media vuelta a sus caballos. Galib, en el centro, maldecía tratando de contener la desbandada. Y supe que, si la línea cedía, seríamos masacrados.

Mi caballo cayó, atravesado por una lanza. Me levanté tambaleante, con el mundo convertido en un caos de gritos y polvo. A mis pies, el estandarte de los Omeya, de seda blanca con la *shahada*, yacía en el barro, roto y pisoteado. No lo pensé. Sentí una rabia fría. Entendí las crónicas de los romanos capaces de morir por recuperar las insignias de sus legiones. ¿No era ése el insulto supremo? Que aquel símbolo, por el que tantos vivían y morían, acabara cubierto de estiércol y derrota.

Arranqué la lanza de mi caballo muerto con una fuerza de la que no me sabía capaz. Con manos que no temblaron, me desenrollé el turbante, empapado de sudor y polvo. No era ni blanco ya. Mientras el mundo combatía a mi alrededor, yo lo até a la punta de mi lanza. No era hermoso: sólo un trapo sucio en un asta. Pero entonces, corriendo hacia la línea de huida, interponiéndome entre los míos y la vergüenza, alcé aquel mástil improvisado. No grité «¡Por el califa!». Eso hubiera sido premeditado y heroico. Grité lleno de rabia, casi entre sollozos, con toda la fuerza de mis pulmones, algo que surgió de lo más hondo, de un lugar que ni yo conocía: «¡Mirad! ¡Mirad lo que pisoteáis al huir! ¿Vais a dejar que vuestro miedo sea la última bandera que ondee en esta tierra?».

Alguien se detuvo. Luego otro. Un jinete fatimí alzó su espada sobre mí, pero un bereber al galope, volviendo atrás, lo interceptó. Un capitán zenata giró su montura, miró el improvisado estandarte, me miró a mí, sangrando y empapado de rabia, y escupió al suelo. Pero no huyó. ¡Volvió grupas!

Rugió como un volcán, y una docena de hombres lo siguieron. Fue un contagio inverso. La vergüenza es, a veces, un carbón más ardiente que el valor. Recuperamos la línea. Ganamos aquel día.

Galib me encontró sentado sobre un montón de escudos ganados a los enemigos. Tenía una herida en el costado y el canto de una espada tatuado en el filo de la oreja. Temblaba. Aún empuñaba la lanza con la que pretendía enarbolar el color de los Omeya. Me miró muy serio. «La elección no es ni un segundo en la mente de un hombre. Si al caer hubieras empuñado una espada en lugar de este trapo, no habrías salvado a tantos. Quizá ni siquiera a ti mismo». Sentí que había respeto en su voz, y no pude contestarle para que no se quebrara la mía. El viejo general, que empieza a comprender la fuerza de las palabras, ni siquiera es consciente del orgullo, la lealtad y el valor que me insuflan las suyas.

He pensado mucho en mi madre, Lubna. Tan orgullosa de sus ancestros de Yemen, la mujer que me crio con las historias del profeta y de los primeros emires de al-Ándalus. Ella soñaba con que su hijo fuera parte de los Omeya. Nunca imaginó cómo. En sus sueños me veía como un guerrero victorioso al servicio del califato, pese a que jamás había enarbolado una simple espada. «Al-Mansur», me llamaba. Si pudiera verme ahora, uniendo mi destino al de la dinastía..., creo que hablaría de *maktub*. De lo que ya está escrito.

Embarcamos. Quizás esta carta y yo te alcancemos al mismo tiempo. El mar que me separa de Córdoba es menos ancho que el abismo que he cruzado dentro de mí. Regreso con cicatrices, historias que volcar en tu libro sobre el califato de Occidente, lealtades salvajes y un turbante menos. Pero con una certeza: los símbolos son vacíos hasta que un hombre decide llenarlos con su propia carne, su sangre, su voz.

Pronto estaré allí. Echaré de menos esta libertad de escribir sin saber si leerás mis palabras ni si tendré la dicha de tu respuesta.

En Córdoba hay demasiado que aparentar, demasiados matices y demasiados ojos que nos observan. Quizá por eso me ha atrapado esta libertad turbia e incierta, la de los caminos anchos y los objetivos militares, certeros y precisos; el destino que un hombre puede conquistar a lomos de un caballo.
Espero que acortar distancias, como suele ocurrir, no acorte el torrente de palabras y emociones que siento que nos guardamos dentro.
Hasta el reencuentro,

A.

–VII–

Córdoba, 364 H. / 974 d. C.

Volvieron de la otra orilla dispuestos a convertirse en leyenda.

Desde su atalaya en la biblioteca, Lubna dirigió la sinfonía de la propaganda. Los cronistas, estratégicamente desplegados, capturaron cada destello: el fiero porte de los jinetes zenata, el polvo dorado que aún arrastraban sus ropas y que rodeaba, como en un halo, a los estandartes, desgarrados pero altivos. Mientras el pueblo buscaba a los suyos, la historia se escribía, y un ejército de entrenadas copistas la multiplicaría para que alcanzara los más remotos rincones de su imperio. Cada gesto sería embellecido, cada alianza exaltada.

> Abi Amir teje la lealtad de las tribus. Córdoba extiende su sombra sobre al-Magrib. El general Galib y el intendente de las tropas, el cadí Abi Amir, regresan victoriosos.

Fue la primera vez que, por escrito, su nombre se asoció a aquel epíteto. Al-Mansur. Almanzor, «el Victorioso». Y fue ella quien lo hizo.

Porque las palabras, y Lubna lo sabía mejor que nadie, eran los primeros ladrillos del poder.

El califa se encontraba indispuesto. La *sayyida*, junto al príncipe heredero, recluida en sus estancias, daba gracias a Dios por el feliz regreso de la expedición. En la tribuna de madera tallada con cedro de los bosques de Ifrane, sólo el *háyib* al-Mushafí daba la bienvenida al ejército con una sonrisa esculpida en hielo. Lubna, archivera de las verdades ocultas, vio el espasmo en su párpado inferior, el temblor

supersticioso de su mano al posarse en el amuleto oculto bajo la túnica cuando la comitiva se abrió. Adivinó sus emociones contenidas. Supo que, pese a los informes oficiales, había confiado, hasta el último instante, en que Abi Amir no volviera. Sin embargo, allí estaba. Herido, enfermo, pero más vivo que nunca. Sin ser un caudillo militar, su sombra arrastraba las filas de un ejército de nuevos jinetes, un contingente de rostros curtidos que traían el eco de otros vientos, adornos antiguos y fíbulas de plata prendiendo las capas que ondeaban al viento. Nuevos mercenarios al servicio de Córdoba que al-Mushafí tenía ya claro que sólo servirían a los intereses de aquel hombre que les había regalado la pertenencia a un califato próspero y los había engatusado con promesas de oro y de gloria. ¿Cómo no iba a ganarse la voluntad de los soldados si en apenas un año se había hecho con la del hombre más temido del ejército andalusí? El viejo general cabalgaba a su lado, como un par, con el orgullo impostado de un padre. El León de la Frontera, el defensor de la Marca Superior, el hombre que ostentaba el título de *al-Sayf al-Dawla*, la espada de la dinastía, el militar curtido en cien batallas, el que había debido encontrar el momento preciso para librarse de él, alzó la voz para que el viento la llevara a la multitud:

–¡Mirad a vuestro intendente, al único burócrata capaz de hacerse soldado para ver desde la línea de fuego cómo se defiende Córdoba! ¡Al hacedor de palabras que ganó para nosotros más con su astucia que todo un ejército con sus lanzas! ¡Honrad a Abi Amir!

El público estalló en vítores mientras Abi Amir desmontaba con una humildad estudiada. Una cicatriz nueva, un surco violáceo y perfecto que le cruzaba la sien izquierda hasta perderse en la raíz del pelo, brillaba bajo la luz. No lo afeaba: lo transformaba. Borraba al joven ambicioso y presentaba al militar. Su sonrisa era de gratitud, pero sus ojos, al posarse en al-Mushafí, tenían la quietud letal de un depredador que ya ha elegido su presa. Lubna anotó su pose. Se había inclinado sólo lo suficiente como para que Córdoba no temblara con el terremoto que prometía ese reencuentro. Ni un milímetro más.

–Dicen que el desierto templa el carácter. –El *háyib* se acercó a él, destilando odio–. Veo que también disuelve los prejuicios. Parece que

hasta has aprendido a amar el olor a caballo de los bereberes. O quizás a odiarnos un poco menos...

–De todo se aprende, *háyib* –respondió Abi Amir sin alterarse–. Incluso a qué huele la auténtica lealtad. Todos tenemos el derecho de equivocarnos y el deber de rectificar. Todos. Una lección humillante, pero verdadera.

El espectáculo del despliegue de bienvenida era perfecto. Demasiado. Y Lubna sintió más frío en los fastos que el que se desprendía de aquel día de otoño.

* * *

El regreso de al-Magrib había dejado en Abi Amir una nostalgia nueva, como la de una espada envainada tras su primera sangre. Cuando el contingente militar estuvo convenientemente alojado, cuando todos los informes estuvieron presentados, no se fue como otros oficiales a su casa. Tampoco se fue a celebrar el regreso a alguna taberna de mala muerte en el margen del río ni acudió al palacio del *háyib* en Medina Azahara ni suplicó una audiencia con el califa. No se presentó en la ceca, donde acababan de readmitirlo en su antiguo puesto, como si jamás hubiese habido una sospecha de corrupción en su gestión...

Fue a la biblioteca. Necesitaba la calma. Llevaba demasiado tiempo bregando con tormentas.

La encontró en la galería de los códices griegos, de espaldas, con un rollo entre las manos. La luz de la tarde, filtrada por celosías, la cubría de un damasco de sombras y oro. Él cargaba con un volumen pequeño, envuelto en seda cruda.

–El desierto enseña la economía de las cosas –dijo suavemente. Ella no se volvió–. Pero olvidé que aquí se atesora el exceso más glorioso del mundo.

Entonces, Lubna sí se giró para mirarlo. En sus ojos, un reconocimiento profundo. Un momento esperado.

–El exceso es sólo un orden que no comprendemos aún –respondió, y una sonrisa le rozó los labios–. Bienvenido a casa, cadí.

Él extendió el paquete que traía para ella.

–De un mercader armenio en Tanja. Un *Almagesto* de Ptolomeo –le adelantó con ojos brillantes–. Con anotaciones al margen en siríaco que contradicen sus propias tablas.

Ella lo tomó, desató la seda con dedos que no temblaban y abrió el volumen. Su respiración se contuvo un instante.

–Es... inaudito. Aquí, en este glosado, sugiere que el epiciclo de Mercurio podría calcularse de otro modo... –Alzó la vista, encantada y agradecida–. Es un regalo peligroso. Me robará semanas de sueño.

–Mejor robado por la astronomía que por el insomnio de las intrigas palaciegas –dijo él, y por primera vez su mirada se posó en ella sin el filtro de la distancia o la tinta. Era la inteligencia hecha rostro, la curiosidad como forma de belleza. Se sintió, de pronto, torpe. Como el muchacho que fue, no el hombre que era.

Ella notó el peso del instante, y trató de espantarlo como a una mariposa nocturna. Lo tomó del brazo con la familiaridad de parientes y lo condujo entre las hileras infinitas, hasta llegar al catálogo principal, un volumen tan grueso como una piedra de molino, donde se registraba cada obra.

–Cuatrocientos mil volúmenes, y creciendo –exclamó con orgullo–. Tengo a un hombre en Bagdad que me avisa de cada subasta. Otro en Alejandría que copia en secreto lo que los fatimíes no quieren vender. Otro en Bizancio que soborna a monjes y...

–Y tu monja en el corazón de los francos... –le recordó él.

–Y mi monja –rio Lubna–. No me olvido de ella. Espero poder conocerla pronto. *Inshallah*. ¿No es magnífico? –Se volvió hacia él, radiante–. Córdoba es el centro, y cada libro, un hilo que tira de un extremo del mundo.

Él aprehendía sus palabras. En su entusiasmo latía la única verdad inmutable, la de la ciencia. Algo que no tenía precio en aquella corte de mentiras.

–Esta creación tuya, Lubna, es un imperio paralelo –murmuró–. Más duradero, quizá, que el de las espadas.

–Es creación del califa. Yo sólo soy quien consigue sus libros, quien cuida de que se traduzcan y se copien para que puedan ser compartidos –asintió con humildad–. Es un imperio, efectivamente. Y los imperios de las ideas no caen –afirmó–. Se transforman. –Hizo una pausa y bajó la voz, más íntima–. Pero ¿qué hay de tu propio imperio, Amir? ¿Tu familia? ¿Tu hijo...?

La pregunta lo golpeó con una suavidad despiadada, y se vio obligado a volver la mirada hacia un vitral donde la luz se quebraba en colores. «¿Cuál de ellas?», se preguntó, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Tenía dos familias. Una secreta, otra pública. Y se sentía igualmente lejos de ambas

–No tengo una familia, Lubna. Tengo una farsa. Una mujer a la que no le intereso. Un hijo al que apenas veo...

Lubna se dio cuenta de que podía referirse a cualquiera de las dos realidades.

–Hay personas a las que no vemos a menudo y que, sin embargo, ocupan un espacio propio en el corazón...

–Eso es muy cierto –convino él.

Lubna notó la cercanía de una presencia que no podía permitirse; cerró los ojos y se apartó imperceptiblemente.

–Cadí, podrías... Tú podrías tener a cualquier mujer de Córdoba, a quien desearas. La más bella, la más noble.

–¿La belleza? –Abi Amir se acercó un paso, traspasando la distancia que siempre había mantenido–. La belleza se mira, se admira y se olvida. Es un destello. Pero la inteligencia... –su voz se hizo casi un susurro–, la inteligencia es un fuego que atrae a otro fuego. No se contempla. Dialoga. Y eso, Lubna, es lo más difícil de conseguir, porque no obedece a ninguna de las cosas que hago bien. Fingir, comprar, conquistar...

Sus ojos se encontraron. En los de ella, él vio el reflejo de sus propias palabras, amplificadas, comprendidas. La tensión cubría el breve espacio que los separaba, un puente invisible de años de miradas cómplices, de cartas cruzadas con mares de por medio, de un entendimiento que trascendía lo que podían decirse con palabras. Abi

Amir alzó la mano, lentamente, como para apartar un mechón de pelo que el viento de una ventana alta le había descolocado. No lo tocó. Sólo midió la distancia.

Fue Lubna quien rompió el hechizo, retrocediendo un paso, como si el suelo se hubiera vuelto de brasas.

–Soy una esclava –dijo, y su voz sonó quebrada, casi resignada–. Una esclava con una misión: ser la memoria de una época cuyo tiempo quizá se acaba. Mi obra pertenece a un califa, y la tuya pertenecerá al siguiente. Nuestros caminos se cruzan, pero no pueden unirse. Nunca.

Él sintió la negativa como un vacío en el pecho. Antes de que pudiera pronunciar una palabra, ella le puso un dedo sobre los labios.

–Y hay otra razón... Jamás podría interferir en el camino de alguien que sé que aún te ama...

No pronunciaron su nombre, pero él la entendió perfectamente. La *sayyida*. ¿Qué había sido de la pasión compartida? ¿La ternura? Los últimos nombramientos, quizá pensados para apartarlo de ella, no habían ayudado. Tampoco ella lo hacía. Se encogió de hombros para no dejar traslucir el despecho.

–No quiere verme –admitió–. Sus... sirvientes no me permiten acceder a ella. Ha rechazado todas mis propuestas. No ha contestado a ninguna de mis cartas. Se ha encerrado en su propio castillo.

–Lo ha hecho –admitió Lubna–, pero no por ti. Ni siquiera por ella...

Abi Amir la miró sin comprender

–Entonces, ¿por quién?

Ella lo miró fijamente, sopesando su respuesta. Inspiró una bocanada de ese aire lleno de tiempo y de palabras, y tomó una decisión en ese mismo instante. Era una de las pocas personas que conocía el estado de salud de al-Hakam. Intuía que al califa se le acababa el tiempo. Alguien tenía que actuar. O conocer las opciones, al menos.

Tomó el velo y se lo echó sobre el pelo suelto, dejándolo caer sobre sus hombros.

–Acompáñame. A mí sí me dejarán pasar.

* * *

Subh se ocultaba tras un muro. Un muro que no estaba hecho no sólo de piedras, sino de sirvientas, excusas y audiencias imposibles. Le dijeron que se había retirado a rezar, pero ella sabía que la *sayyida*, que en la intimidad seguía rindiendo pleitesía al ídolo crucificado, no rezaba.

La encontraron petrificada en un patio interior, con la mirada perdida fija en su hijo, con una desesperación tan densa que parecía material. Hisham tenía nueve años ya, pero gateaba sobre la tierra, amontonando guijarros y balbuceando una monótona cantinela sin sentido. A Abi Amir se le encogió el alma. A su misma edad había muerto el pequeño Abderramán, pero las diferencias no podían ser más patentes. Un gorrión se posó cerca, y él se encogió y lanzó un grito agudo, un llanto de pánico animal que rasgó el aire. Subh no se movió. Ni siquiera para consolarlo. Sólo apretó los puños hasta que la piel se le puso blanca. En sus gestos se vislumbraba una resignación extraña.

–Es... lento –murmuró dulcemente, sin mirarlos. A ninguno de los dos–. No todos los niños maduran a su tiempo. El califa lo cree así también.

Lubna calló por prudencia. No había hallado sabiduría suficiente en los libros que la hubiera preparado para mostrar a una madre la devastadora verdad: que el heredero del Occidente islámico era un niño atrapado en una prisión de miedos, que tartamudeaba y retrocedía ante su propia sombra. Abi Amir comprendió con horror que no era cuestión de tiempo; que ese niño, aquel hijo engendrado del pecado, nunca tendría capacidad para gobernar. Y que el trono de Córdoba era un precipicio.

* * *

Córdoba, 366 H./ 976 d. C.

El precipicio comenzó a abrirse en la ciudad el día de Ramadán del año 365, cuando el califa sufrió un desmayo en su palacio de Medina Azahara. De repente, se le demudó el rostro, se le paralizó. Los libros que en ese momento estaba consultando cayeron al suelo como mariposas juguetonas. Al principio, se achacó el desmayo al ayuno, pero pronto se descartó la hipótesis. Perdió el conocimiento, y una vez recuperado éste, el habla. El anciano Ibn Saprut, el médico judío que atendía a los Omeya desde el inicio del califato, había muerto poco tiempo antes, en una especie de mal presagio, y nadie sabía cómo tratarlo. Los eunucos lo atendían con reverencia, aterrados ante la posibilidad de que el Príncipe de los Creyentes abandonara el mundo como un simple mortal. Lo trasladaron, consumido y avejentado, al alcázar de Córdoba, pensando que el clima allí sería más benigno que el afilado frío de la sierra que barría Medina Azahara. Recuperó un habla titubeante y una sonrisa torcida, pero aun así todos sabían que la muerte se había sentado ya en su cabecera...

La hora final llegó con la luna nueva el 15 de *saffar* de aquel año, el 365 de la Hégira, el año 976 de los cristianos. Sintiéndola cerca, el califa reunió a los cuatro pilares de aquel mundo que se le desmoronaba. Fueron convocados no como cortesanos, sino como testigos de un naufragio. Subh, al pie del lecho, esculpida en cera. Galib, recién llegado de la Marca, aún oliendo a tierra fría y caballo. Al-Mushafí, grave como un ulema, quien veía en esa vida que se apagaba resquebrajarse la suya propia. Y Abi Amir, que se sentía un impostor, el menos digno de todos ellos, en la puerta, a la espera.

–Creo que los días que la misericordia de Alá me ha concedido en la tierra llegan a su fin –entonó el califa con una sonrisa tibia, los ojos cerrados–. Me voy dichoso. Mi padre, el gran Abderramán, sumó los días felices al final de su vida, tras cincuenta años de reinado, y no contó más de catorce. Me reconforta decir que he podido disfrutar de muchos más.

Subh le acarició la frente. El califa abrió los ojos. Pese a su aparente tranquilidad, no eran los de un gobernante en paz, sino los de un padre aterrado. Conocía perfectamente la *sharia*. Un califa no podía ser nunca

menor de edad. Por mucho que intentara apurar el tiempo, su hijo tenía sólo once años.

–Subh, querida..., pídeles que se acerquen. –Su voz era un roce de hojas secas.

No había sirvientes, ni eunucos, ni esclavos. Nadie que pudiese guardar memoria de esa noche.

Ella los guio, uno a uno, hasta el borde del lecho. Los cuatro se arrodillaron a su lado. El califa alargó una mano, que temblaba como un pájaro herido, y Subh la atrapó al vuelo. La sombra de un llanto sincero se posaba en sus párpados.

–Subh, mi aurora... –sonrió con melancolía–, a ti no tengo que pedirte nada. Tú eres su madre y sé que lo protegerás hasta el último aliento. Apóyate en Hind si tienes dudas... Galib –vaciló, y su mano lo busco en el aire–. ¿Dónde está Galib, mi mejor espada...?

El hombre más duro de al-Ándalus apretó los párpados para no mostrar su dolor. Tomó la mano de al-Hakam entre las suyas, al tiempo que una piedra se posaba en su alma. Sabía, como el califa, que se empeñaban en darle validez a un hecho que no podía ser contemplado por la ley islámica, pero ¿podía acaso negarle su lealtad a un moribundo?

–Mi espada está aquí, al servicio del heredero de mi señor –gruñó. Una lágrima surcó el surco de suciedad de su mejilla. No lloraba por el niño que quedaba, sino por el hombre que yacía allí. Por ese mundo que era también el suyo y ahora se acababa.

La mano del califa, húmeda y fría, se posó sobre la cabeza de al-Mushafí.

–Yafar..., *habibi*... Tú lo has sido todo... ¿Qué podría pedirte que no me hayas dado ya? Eres mi mejor estadista. Sé que no tiene la edad necesaria, pero tienes que ayudarlo. Sé que lo harás, estoy seguro. Sé el padre que necesita, Yafar. Sostén a mi hijo.

Al-Mushafí bajó la cabeza para ocultar el llanto. Se llevó la pálida mano del califa a los labios y le besó los dedos apretados. Incluso Abi Amir se compadeció de la inmensidad de su dolor.

–Lo juro, mi señor.

La mirada vidriosa del califa se deslizó sobre todos ellos hasta encontrar a Abi Amir. Un destello de lucidez final iluminó su rostro.

–El alfaquí del harén... El joven que hace suspirar a todas mis mujeres y a algunos de mis hombres –susurró, con un hilo de voz, casi divertido–. El más listo..., el más frío. El más necesario. –Hizo un esfuerzo sobrehumano por incorporarse, pero fracasó, y en lugar de tomar su mano se aferró a su túnica con furia desesperada–. Eres un hombre de leyes, conoces la *sharia* mejor que yo. Estoy seguro de que encontrarás los argumentos necesarios para proclamarlo –susurró–. Los encuentras siempre. Pero escucha: cuando jures lealtad, no lo hagas a los Omeya ni al califato. Júrasela a él. A Hisham. Protégelo. ¿Me oyes? Pon esa guardia bereber que te rinde pleitesía a su servicio.

Lo que el califa le pedía atentaba contra la ley islámica que él había estudiado, contra su vocación de servicio a la dinastía, pero aquello no era la orden de un gobernante, sino el ruego primario de un padre que sabe que deja a su cachorro indefenso entre lobos. Subh también posó en él una mirada suplicante.

–Lo juro, mi señor. –Tomó aquella mano entre las suyas–. Hasta el último aliento. Protegeré al príncipe Hisham con mi sangre. Seré su muro.

Aún no podía saberlo, pero su juramento sería el más auténtico y monstruoso de todos.

Firmaron aquel pergamino que los ligaba a una mentira y salieron tan clandestinamente de las estancias del califa como habían entrado. En el húmedo corredor, el dolor les pudo, y por un instante, olvidadas las rencillas, Abi Amir y al-Mushafí se abrazaron. Avergonzados por su debilidad, se separaron, casi culpables. Porque todos sabían que, en cuanto enterraran al califa, con él quedaría bajo tierra la última brizna de legitimidad del califato.

* * *

Aquella noche, un meteoro cruzó los cielos, y la madrugada sorprendió a Córdoba huérfana. Los *fata*, los eunucos que componían

el servicio doméstico del califa, encontraron su cuerpo desmadejado y cerraron aquellos ojos sabios entre lágrimas de pesar. Ellos eran los intendentes de su casa, pero conocían perfectamente las intrigas políticas que se sucederían y las posibilidades de atajarlas. Córdoba había amado a su califa, pero no permitiría un heredero que no cumpliera con los preceptos islámicos. Hicieron llamar al *háyib*, ahora el hombre más poderoso del reino, para buscar la fórmula que asegurara la continuidad. Al-Mushafí agradeció sus desvelos, fingió atender sus sugerencias, les sonrió educadamente y convocó al improvisado Consejo de Regencia conformado por el propio califa en su lecho de muerte.

–Rechazan a Hisham. Proponen a al-Muguira –expuso al-Mushafí, sin preámbulos–. Afirman que es el único adulto omeya con derecho y prestigio y que, si es proclamado, nadie se rebelará. Era el favorito de Abderramán III, toda Córdoba lo sabe. Proponen hacerle jurar que regentará hasta la mayoría de Hisham, para luego abdicar.

–¿Y crees que lo cumplirá? –El tono de Subh era un cuchillo de hielo–. Cuando tenga el poder en sus manos, ¿querrá soltarlo?

Abi Amir tragó saliva. Había visto crecer a al-Muguira, le había dado puñados de dátiles a escondidas, le había limpiado las lágrimas y lo había malcriado como un hermano mayor. Le había enseñado a volar halcones, habían visitado casas de dudosa reputación y habían montado a caballo mil veces juntos. Al-Muguira no era ninguna amenaza; vivía felizmente casado, con su esposa y sus concubinas en una almunia junto al río, a las afueras de Córdoba.

–Al-Muguira es un buen hombre –advirtió–. Probablemente la única persona íntegra de la corte.

–¿Y crees que una persona íntegra dejaría la dirección del califato en manos de... Hisham? –preguntó al-Mushafí–. No necesitamos hombres buenos, Abi Amir. Son peligrosos. Necesitamos hombres leales a sus compromisos.

–Proclamemos a Hisham de todas maneras... –propuso Subh, esperanzada–. Tú eres el *háyib*. Nadie se opondrá.

–Los ulemas podrían oponerse –precisó Abi Amir–. Contradice el derecho islámico.

–Si al-Muguira tiene valedores y una facción del ejército lo apoya –advirtió Galib–, podría ser fatal. No todas las tropas leales al califa están en Córdoba. Contaríamos con la guardia, y quizá con los mercenarios bereberes...

–¿Y si lo consultamos con la princesa Hind? –propuso Subh–. El califa sugirió...

–Es inteligente. Demasiado –la aconsejó al-Mushafí, como si fuera un insulto–. Y hermana de al-Muguira. Impredecible.

Abi Amir tomó aire. La trama empezaba a tomar un giro inesperado.

–¿Y el exilio? –propuso, tratando de encontrar una alternativa–. Lejos. En al-Magrib. Con riquezas, pero lejos de aquí.

Al-Mushafí se volvió hacia él y lo miró con la fría y paternal autoridad con la que años atrás le ordenaba callar en una audiencia.

–¿Qué exilio? Olvida tus emociones personales, Abi Amir. Al-Muguira es la semilla de una guerra civil. Una guerra en la que Hisham no sobrevivirá. Tu juramento, el que le hiciste a su padre cuando se moría, no era uno de tus ejercicios de retórica. Era una instrucción que cumplir.

El aire olía a pánico, y el fuego en la chimenea era incapaz de calentar aquella sala. Abi Amir buscó refugio en Subh. Encontró el mismo mandato en ella, envuelto en un dolor que la hacía implacable.

–No puede haber alternativas. ¡Ni dudas! –insistió al-Mushafí, los ojos inyectados–. Los abasíes en Bagdad, los fatimíes en Egipto, los condes cristianos... ¡Todos verán la grieta! No, no podemos arriesgarnos. –Una sombra cruzó su rostro, pero no titubeó. Se volvió hacia Abi Amir–: Irás a su almunia y le comunicarás personalmente la muerte de su hermano. Y traerás la... confirmación de su lealtad al nuevo orden.

Abi Amir entendió la jugada. Conocía a al-Mushafí. La «confirmación» no era un pergamino en el que estampar una firma. Era una espada, un veneno, una cuerda. Una orden de ejecución.

–No –logró decir–. Tiene que haber otra forma...

–¿Cuál? ¿Encerrarlo? –lo interrumpió al-Mushafí, despiadado–. Cada día que siga vivo sería uno más como foco de rebelión. Un reclamo para todos los que se pregunten por qué no reina él. Hay que sofocar la revuelta antes de que estalle. ¿No es lo que has ido a hacer con tus bereberes en al-Magrib? ¿Acaso es más valiosa la sangre de un solo hombre que la de media Córdoba? Juraste proteger al niño, Abi Amir. Y esto es exactamente protegerlo: matar al fantasma que podría devorarlo.

Subh se acercó, su perfume a azahar envolviéndolo en un aroma de perdición.

–Tiene razón, Abi Amir. –La mirada se le nubló, pese a todo–. Y lo sabes.

* * *

El trayecto a la almunia, de noche, sin luces y sin luna, fue un viaje al infierno. Sólo el rumor del río los perseguía por la izquierda, como un testigo susurrando sus nombres entre las sombras. Los sirvientes detectaron el galope de los caballos, y el príncipe al-Muguira recibió a los recién llegados en un patio lleno de rosales que aún estaban cerrados. Vestía una sencilla túnica de lino, ni siquiera se había anudado el turbante, y los rizos despeinados indicaban que dormía hasta ese momento. No era el rostro de alguien que se preparase para usurpar un trono. Sonrió, sorprendido de encontrar allí a su amigo a esas horas, pero, al ver la expresión de su rostro y el gesto pétreo de los jinetes bereberes que lo acompañaban, lo entendió todo.

–Mi hermano ha muerto –constató.

–Sí, mi señor.

–¡Que Alá lo acoja! Y ahora yo soy el problema... –añadió, con una sonrisa triste y humilde–. Por eso te haces acompañar de tus bereberes. No has querido arriesgarte a que la guardia califal se ponga de mi lado.

–Vuestro hermano no ha tenido nada que ver con esto. Sólo quiso asegurar la proclamación de su hijo –se vio obligado a decir–.

Renunciad por escrito a vuestros derechos, *sayyidi* –le pidió Abi Amir, devastado–. Aceptad el exilio. Convenceré al *háyib*.

–Soy leal al heredero, pero no rogaré por mi vida, Abi Amir.

–No tenéis que hacerlo. –Abi Amir lo agarró por el cuello de la túnica, saltándose todos los protocolos, como siempre había hecho con él–. Lo haré yo. Yo rogaré por vuestra vida. Yo me humillaré ante el *háyib*. Yo os conseguiré los medios, los barcos, los hombres, los contactos para instalaros en al-Magrib. Protegeré a vuestra familia hasta que podáis reuniros. Haré creer a al-Mushafí que estáis muerto hasta que...

–Basta, basta, *habibi*. No te esfuerces. Te pedirá mi cabeza. No es tan fácil, lo sé. Y, además, ¿de verdad crees que lo haría? ¿Cómo podría renunciar a mi sangre omeya? –preguntó con valentía–. ¿Y a la súplica de Córdoba si Hisham resulta estar... incapacitado para gobernar? ¿Es mejor seguir vivo y contemplar cada día cómo mi sobrino, el hijo de mi hermano, es manejado como un títere por los que hoy te envían? ¿Sentir siempre el puñal suspendido sobre mi cuello? No. Mejor acabar con todo ahora. –Puso una mano en el hombro de Abi Amir. Permitió que una sonrisa flotara en sus labios–. Pero hazlo tú. No quiero morir a manos de uno de tus sicarios bereberes o de un verdugo cobarde.

Abi Amir miró aquellos ojos claros, llenos de una paz aterradora, y sintió que algo se quebraba para siempre dentro de él, algo que ni las humillaciones ni la traición ni la batalla ni el desierto habían tocado aún. El amor, la lealtad simple, la luz. La humanidad, quizá. Asintió, incapaz de hablar.

–Cuida de mi familia, *habibi* –le suplicó al-Muguira con entereza–. Y pide que no... que no mutilen mi cuerpo, por favor. Deseo ir al paraíso con mi padre.

La mención del califa Abderramán fue una cuchillada directa al corazón de Abi Amir. Quizá por ello todo sucedió aún con mayor rapidez. Un abrazo sincero de despedida, un destello de acero en el lugar adecuado y un cuerpo que se desplomó entre sus brazos con una gracia innata, como si supiera que estaba ahorrándole un problema a Córdoba. Abi Amir se arrodilló, abrazado a él, con la mano y la camisa

ensangrentada, temblando. No lloró. No podía. El dolor era demasiado profundo para las lágrimas; era un desierto nuevo, árido y eterno que se abría en su alma. Pero gritó, un grito desgarrador que despertó a las mujeres, aterrorizó a los sirvientes que se apretaban vigilados por sus hombres e hizo entrar al capitán de su guardia bereber.

Al ver el cuerpo ensangrentado en el suelo, el soldado supo que la misión había culminado. Abi Amir contempló su *yanbia*, su propia mano, como si fuera de algún otro, y se la limpió en las ropas con un asco infinito de sí mismo. Alzó la vista hacia el dintel de madera del que pendía una lampara de aceite, una luz delatora que alumbraba la escena.

–¡Colgadlo! –ordenó, derrotado–. Diremos que se ha quitado la vida.

«No será creíble», pensó el soldado. Pero no estaba allí para pensar, y dio la orden para que dos de sus hombres lo ayudaran a fabricar una escena impostada.

–Quizás el *háyib* quiera su cabeza –opinó de repente.

Abi Amir lo miró con tanta furia que el hombre retrocedió, asustado.

–Pues que mueva su culo desde Medina Azahara y venga él a buscarla –escupió–. Porque yo se la cortaré con mis propias manos a cualquiera que se atreva a profanar este cuerpo.

* * *

Las campanas de las iglesias tenían prohibido llamar a la oración. Pero aquel mediodía en Córdoba comenzaron a doblar, como en voz baja, tratando de no imponerse sobre el *adhan*, la llamada a la oración de los musulmanes. Y quienes conocían los códigos lo entendieron: lloraban la muerte del califa. Mientras en las salas de palacio se trataba de atar cabos y gestionar el futuro, el pueblo percibió la ausencia. Ese tañido tan poco común fue su duelo, el eco fúnebre de las gentes.

Poco después, un segundo repique, confuso y apagado, al que siguió un rumor que corría de boca en boca: el príncipe al-Muguira también había muerto.

Decían que se había suicidado.

El viento arrastró el eco amortiguado de las campanas hasta el alcázar, y de ahí a la paz glacial de la biblioteca, donde trabajaba Lubna. El primer repique le produjo una íntima tristeza interior, aunque fuera algo esperado. Cerró los ojos y se santiguó en silencio. Pero, cuando oyó el segundo, ese duelo extraño y mal sincronizado, supo que algo desgarrador e imprevisto acababa de suceder.

En el sendero que corría paralelo al río al-Kadir, por encima del chirrido constante de las norias, las voces de las lavanderas contaban aterradas que, antes del amanecer, se habían cruzado, en una procesión de vestiduras oscuras y rostros graves, con la columna bereber de Abi Amir, él al frente, en el sendero de regreso a Córdoba.

El camino que volvía de la almunia del príncipe.

Lubna se llevó la mano a la boca, horrorizada. Se lo imaginó todo con una claridad brutal. Leyó entre líneas la crónica aún no escrita. Entonces, se dejó caer de rodillas y lloró. Lloró por el califa erudito que se iba. Lloró por el príncipe bueno y gallardo asesinado. Lloró por el niño asustado, Hisham, condenado a ser un peón en un tablero sangriento. Y lloró, con un dolor que le arrancó jadeos silenciosos, por Abi Amir. Porque en ese momento, con el eco fúnebre de las campanas de fondo, supo que el hombre al que había amado en silencio, el alfaquí generoso de ojos brillantes y sonrisa seductora, el artífice de las palabras, acababa de irse también. Para siempre.

OCASO

MAGREB

Oración que se reza
justo después de la puesta del sol,
para marcar el inicio de la noche

Años 364 a 373 de la Hégira
Años 976 a 984 d. C.

–I–

Córdoba, 366 H. / 976 d. C.

La oración de la tarde se deslizaba cadenciosa por los tejados de Córdoba, como cada día.

Pero en realidad nada había vuelto a ser igual.

El invierno se mantenía gris y helado, cargado de silencios que ponían de relieve todas las ausencias. Se echaba en falta la figura del califa al-Hakam, no tanto por su poder, en sus últimos años, más simbólico que real, sino por el orden que su presencia representaba. Un orden hecho de erudición y protocolo que, ahora, Lubna entendía con claridad meridiana, había sido el dique de contención de muchas ambiciones.

Hisham fue proclamado en la mezquita. El *bay'a,* el juramento de fidelidad de sus súbditos dirigido por el mismo Abi Amir, evidenció la triste actuación de un niño balbuceante e incapaz de leer correctamente las suras en las honras fúnebres de su padre. Por un instante, los ulemas, escandalizados, se miraron unos a otros preguntándose si nadie iba a acabar con esa farsa. Sólo el cadí de Córdoba, el anciano Ibn al-Salim, el mismo que había detectado por vez primera el innato talento político del alfaquí de los arrabales, se atrevió a alzar la voz. Se puso en pie y, con voz temblorosa, aludió a la sabiduría de los hombres allí reunidos para que convinieran en que aquel nombramiento no era grato a los ojos de Dios. «¿De verdad nadie más puede verlo?», inquirió, e hizo un llamamiento a la responsabilidad y la profesionalidad, dirigiéndose a Abi Amir, el jurista a quien él mismo había formado.

Éste se debatía en silencio entre sus valores, su conocimiento de la ley islámica y aquel pacto demente que había refrendado. Pero no habían llegado hasta allí, no habían derramado sangre omeya, para que las palabras de un anciano invalidaran el proyecto de gobierno. Al-Mushafí, imperturbable, le hizo un leve gesto con la mirada, y Abi Amir, una vez más, como un subordinado intachable, obedeció. Se acercó al anciano cadí y con gesto cariñoso pero firme se lo llevó a un rincón de la mezquita, lejos, donde sus voces no pudieran despertar las conciencias de nadie. Los fieles vieron en su gesto el afecto de un pupilo para con un anciano al que empezaba a fallarle la cabeza. Ibn al-Salim se aferró a su brazo con dedos sarmentosos, mientras trataba de justificar la imposibilidad de aquella proclamación, y Abi Amir se encomendó a Alá para que el *háyib* no le pidiera rematar el trabajo y verter la sangre de aquel hombre santo en las sagradas alfombras de la mezquita. Sentía, pesado, el aleteo molesto de la conciencia y un sabor amargo en la boca. Porque una vez, hacía ya muchos años, cuando Ibn al-Salim se había erigido en su protector, le había jurado que jamás lo traicionaría.

Cuando la *bay'a* finalizó, Córdoba había jurado fidelidad a un niño, pero el gobierno quedaba en manos de un puñado de adultos.

La transición se orquestó con cuidado. Los regalos y prebendas urdidos por Subh llegaron, gracias a Abi Amir, a las manos adecuadas para sustentar la legitimidad del nuevo califa. Los eslavones, la vieja guardia de funcionarios afines a la dinastía, los que habían abogado por la opción de al-Muguira, fueron relegados de sus cargos. Los mercenarios bereberes se convirtieron en la guardia secreta de Hisham, e incluso los poetas a sueldo de la corte «rescataron» un viejo vaticinio: al-Ándalus gozaría de prosperidad mientras el poder de los Omeya pasase de padre a hijo.

Con todo, pese a la prodigalidad del nuevo gobierno, pese a la derogación de impuestos como el del aceite, una medida pensada para atraerse el favor del pueblo, y pese a la aparente estabilidad política, una incertidumbre densa y fría se había instalado en el corazón del reino. Y, de manera paradójica, la inquietud se tradujo una sensación de control férreo, omnipresente, que jamás antes Lubna había percibido. Era el

control del miedo bien administrado, de la verdad única que se impone no por su evidencia, sino por la desaparición sistemática de todas las demás.

Él entró en la biblioteca sin anunciarse, como era su costumbre en los últimos tiempos. Ya no era el cadí de Isbiliya. Vestía la capa y el turbante distintivo del jefe de la guardia del califa, cargo que concentraba en sus manos la seguridad del palacio y, por extensión, de la narrativa oficial. Se le veía más delgado, el rostro tallado por una responsabilidad que no admitía fisuras.

–Lubna.

Ella dejó el cálamo sobre la mesa. No se levantó.

–*Sahib al-Haras*, ¿buscáis algún documento?

Abi Amir se extrajo de la faja un rollo de papel manoseado y con los bordes sucios. Lo desplegó con un gesto seco sobre la mesa, tapando el tratado de astronomía que Lubna copiaba.

–Esto circula por la calle de los Perfumistas. Y por la de los Curtidores. Y en el zoco.

Lubna se inclinó para leer. Aquella copia burda, de letra tosca y apresurada, narraba, con una prosa directa y sangrienta, la muerte del príncipe al-Muguira. No hablaba de fiebres ni de pesares. Mencionaba una visita nocturna, un brebaje, un cuerpo encontrado con el rostro lívido y una expresión de sorpresa. Y, al final, un nombre: el del hombre que tenía enfrente. El ejecutor.

–Es una versión explícita –concedió Lubna, alzando la mirada hacia él–. Y falsa en los detalles. Al-Muguira no murió envenenado, como sin duda sabéis bien.

–Eso es lo de menos –la cortó, incómodo, señalando el papel con un dedo–. El papel. La tinta. ¿No son los mismos que se distribuyen desde los talleres del Alcázar para los decretos menores?

Ella tomó el papel, lo frotó entre sus dedos, lo acercó a la luz de la lámpara de aceite.

–El papel es de la fábrica de Xatiba de mi familia, efectivamente. La tinta, de hollín y agallas de roble, la más común. Cualquier escribano de medio pelo tiene acceso a ambas cosas. Controlar el papel y la tinta,

sahib, no es controlar el pensamiento. Sólo el medio en el que, a veces, se vierte.

–El pensamiento que se vierte y se multiplica se convierte en verdad para los que lo leen –replicó él, su voz un hilo de acero–. Y, en estos tiempos, no podemos permitirnos verdades múltiples. Sólo una.

–¿Y ésa es...? –preguntó Lubna, con genuina curiosidad profesional.

–La que sostiene al califa. A este califa. A tu califa. La que afirma su legitimidad y la lealtad de quienes lo servimos.

Lubna dejó el papel sucio sobre la mesa.

–¿Córdoba es libre para pensar, entonces, o sólo para pensar lo que conviene?

–Córdoba es libre para ser –respondió él, sin pestañear–. Y para ser, debe estar segura. En un momento frágil como el que vivimos, la narrativa no es un lujo de sabios, es un pilar del Estado. Y debe servir para asegurarlo.

Ella asintió, lentamente. No aprobaba su razonamiento, pero comprendía su postura.

–Por supuesto –comenzó a decir, eligiendo cada palabra con la precisión de quien encaja una piedra en un mosaico–, daré instrucciones a las copistas del taller. Las crónicas que salgan de este recinto hablarán de la trágica y prematura muerte del príncipe, abrumado por el duelo. Se omitirán visitas, brebajes y nombres propios. No dudes de que servirá a los intereses del califato.

Él pareció relajarse, pero ella no había terminado.

–Sin embargo, debo deciros algo más... Yo jamás calificaré de suicidio un asesinato político. No en mis notas privadas. No en mi memoria. Puedo silenciar la pluma oficial, pero no la voz de mi conciencia. Y, para mi conciencia, lo que ocurrió con al-Muguira fue un crimen. Un crimen útil, quizá. Pero un crimen, en definitiva.

El aire se cortó. Abi Amir no se inmutó.

–Tu juicio personal no construye ni destruye reinos, Lubna. Afortunadamente.

–No –aceptó ella–. Sólo los juzga. Para mí. Ése es el único poder que me interesa.

Por un instante, él pareció a punto de replicar, de imponer su autoridad, de recordarle su posición. Lubna le sostuvo la mirada, serena, sin desafío, pero con una firmeza absoluta. No pretendía rebelarse, tan sólo mostrar su integridad. Algo que Abi Amir respetaba.

–Encárgate de las crónicas oficiales.

–Lo haré.

–Es suficiente.

El pacto era amargo, pero no podía pedir más. Públicamente, ella refrendaría la mentira que él necesitaba para gobernar. A cambio, él aceptaría ser juzgado y condenado por la única mujer con la que sabía que podía medirse.

Nada, en efecto, volvería a ser igual.

* * *

El silencio del alcázar no era paz.

Era espera.

Una espera densa, cargada del olor a cera derretida y a miedo seco. Las lámparas de aceite ardían en una llama baja, casi avergonzada, como si dudaran de su derecho de iluminar la derrota anticipada. En el centro de la sala, al-Mushafí contemplaba el gran mapa desplegado sobre la mesa de ébano. No veía fronteras ni ríos, sólo un cuerpo herido. Sabía dónde dolía –allí, en el flanco norte, donde la tinta roja marcaba una brecha–, pero cada posible cura le parecía un veneno mayor.

–Han cruzado la Marca –anunció un secretario con un hilillo de voz que pareció quebrar la quietud–. No se han detenido a saquear los pueblos pequeños. Cabalgan hacia el sur, como si conocieran el camino.

Al-Mushafí no alzó la vista. Sentía el peso de todas las miradas clavadas en su nuca, aguardando un milagro imposible.

–¿Quién los guía?

–Leoneses. Con refuerzos castellanos. Llevan el pendón de Ramiro.

El nombre, Ramiro, quedó suspendido en el aire. Un rey niño que desafiaba a un califa niño. Los dedos de al-Mushafí tamborilearon sobre la mesa. Los leoneses, que se sabían débiles ante la escasa legitimidad de

un monarca de once años, habían decidido dar el primer paso, olvidando que había sido al-Hakam quien lo había ayudado a sentarse en el trono. Ya no les importaba saltarse los pactos de vasallaje. Olían la debilidad.

Desde la penumbra de un rincón, una voz joven, demasiado ansiosa, se atrevió a preguntar:

–¿Y el general Galib? ¿No puede interceptarlos?

Al-Mushafí cerró los ojos un instante. Galib. Ese nombre era un bálsamo y una espina a la vez. Su mejor general, sí, pero estaba demasiado lejos en aquellos días cruciales. Llegaría cuando el humo de los incendios ya se hubiera disipado, cuando todo, la geografía del poder, la lealtad de los hombres, hubiera cambiado para siempre.

–Mover las tropas regulares ahora –midió lo que decía– es un riesgo que no podemos permitirnos. Abriríamos una segunda brecha. Sería el fin.

Un nuevo silencio, más profundo, consumió sus palabras.

–No moverse también lo es. –Una voz clara, metálica, los sorprendió desde la puerta.

Todos volvieron la cabeza. Abi Amir era una silueta erguida en el umbral; no parecía ocupar espacio, sino redefinirlo. Y no había pedido la palabra. Su sola presencia declaraba que los turnos eran una ficción caduca.

Al-Mushafí lo miró fijamente. Pero lo hizo lento, como quien dirige su atención hacia un instrumento que, de pronto, ha empezado a vibrar con sonido propio.

–Hablas como quien no va a cargar con las consecuencias de su consejo.

–Hablo como quien ha calculado esas consecuencias –replicó Abi Amir, sin avanzar un paso–. Si esperamos tras nuestros muros, los cristianos volverán a sus tierras nevadas contando que Córdoba tembló y miró para otro lado. Si salimos y nos enfrentamos a ellos, aunque no los aniquilemos, volverán contando que Córdoba aún tiene dientes y los ha mostrado. La diferencia no está en la batalla, *háyib*. Está en el relato.

–Tú no eres un general –repuso éste con desdén, incapaz de disimular el filo de su voz. Era el desprecio del maestro hacia el alumno que le robaba las herramientas.

–No –admitió como respuesta, con una calma que resultaba más insultante que un grito–. Pero sé reunir hombres, sé pagarles con la plata de la ceca que administro, sé hacer que marchen hacia el norte antes de que la luna alcance su cenit. Y sé que esos hombres, si los lidera alguien con determinación, lucharán como demonios.

«Ah, la experiencia en al-Magrib...», suspiró al-Mushafí, «me va a costar cara».

–¿Y ese líder con determinación serías tú?

–Salvo que queráis ser vos...

El silencio que los envolvió en ese momento consumía el aire, la luz, las respiraciones de los presentes. Abi Amir se postulaba él mismo, pero le permitía elegantemente apropiarse de la victoria. O del fracaso. Al-Mushafí comprendió, con un frío súbito en el estómago, que el peligro real no galopaba desde las sierras leonesas. Estaba allí, en esa sala, vestido con los ropajes del jefe de la guardia califal, ofreciendo soluciones que eran, en sí mismas, una declaración de poder.

–Lo que propones no es una aceifa disciplinada –masculló finalmente–. Es una apuesta demasiado temeraria.

–Todo es temerario –concluyó Abi Amir–. Incluso quedarse quieto. Sobre todo –subrayó–, quedarse quieto.

Antes de que al-Mushafí pudiera articular réplica alguna, un rumor de sedas y un perfume familiar precedieron a la presencia que irrumpió en la sala. Subh entró sin prisas, con el porte propio de una soberana. Aun así, la urgencia desesperada bailaba en la profundidad de sus ojos verdes. Prescindió de saludos.

–¿Es cierto? –preguntó, y su voz, aunque baja, llenó el espacio–. ¿Han profanado nuestra tierra?

–Sí, *sayyida* –respondió el *háyib*, incorporándose–. Pero la situación es compleja, aún no...

–Aún no han puesto cerco a Córdoba –lo interrumpió, clavando en él una mirada que ya no buscaba consejo, sino acción–. Y no deben

hacerlo jamás.

Su movimiento entonces fue tan elegante como definitivo. Sus ojos buscaron los de Abi Amir. No lo miró como a un subordinado ni como a un amante. Sabía que era el instrumento necesario, tal vez el único capaz de torcer el brazo del destino.

–¿Puedes detenerlos?

Él guardó silencio unos instantes, serio. No podía prometerle la gloria ni jactarse de sus arrestos en la batalla. Pero en su mirada, sostenida, lucía la lógica fría del cálculo de posibilidades.

–Puedo obligarlos a dar media vuelta. Puedo hacer que su victoria les sepa a derrota y que su retirada no sea un paseo triunfal.

Subh asintió. Una sola vez. Un movimiento de cabeza en el que se condensaban el miedo de una madre, la determinación de una regente y el reconocimiento de una jugada necesaria.

–Entonces, ve. Hazlo.

Al-Mushafí abrió la boca. Las palabras, las razones de Estado, los mil «peros» y «sin embargo» acudieron a sus labios, pero de repente, ante la expresión de Subh y la figura ya imparable de Abi Amir, supo que cualquier sonido sería el quejido de un mundo que se acababa. Cerró la boca. Que él se equivocase solo.

–Que Dios te juzgue por lo que hagas –consiguió decir, y la frase sonó a maldición remota.

Abi Amir se inclinó en un gesto de respeto, que, con todo, pareció un desacato.

–Que Dios nos juzgue a todos por lo que hemos tardado en hacerlo –respondió.

Ni siquiera usó la fórmula de respeto, «háyib», ni esperó a que le dieran permiso para retirarse. Se dio la vuelta y desapareció por el corredor, seguido por su guardia. Con urgencia. Como si tuviera un mundo que salvar.

* * *

Los mensajeros llegaron al amanecer, dos semanas después. Venían cubiertos del polvo gris de la sierra y salpicados de una sangre que no era la suya. Sus ojos, sin embargo, brillaban con una luz febril.

–Se retiran –anunció el más adelantado, sin aliento–. Les cerramos el paso en el desfiladero de al-Hamma. No fue una gran batalla, fue... una carnicería. Dejaron botín. Dejaron muertos. Y, sobre todo, dejaron de avanzar.

La noticia, seca y brutal, se regó por Córdoba como la primera lluvia tras la sequía. El mismo Abi Amir se encargó discretamente, a través de Lubna, de que se multiplicara. Un murmullo de alivio, áspero y creciente, nació en las calles.

Al-Mushafí recibió el informe en sus estancias privadas, en ese momento bañadas por una luz matinal que le pareció grotescamente alegre. Escuchó en silencio. Sabía, con una certeza que le helaba la médula, que nada había terminado. Al revés, el verdadero juego por el gobierno de al-Ándalus acababa de empezar.

* * *

Córdoba, 368 H. / 978 d. C.

La sala del trono, vacía del califa, rezumaba un poder más tangible que el ceremonial. El aire olía a cera de abejas y a la humedad fría de la piedra, pero, por debajo, se percibía el aroma metálico de la sangre política recién vertida. No había festín, no había músicos.

Al-Mushafí, de pie junto a una columna, parecía haber encogido. Su túnica de brocado, antes una armadura de autoridad, ahora colgaba de sus hombros como una piel demasiado grande. Observaba la escena con la expresión de un hombre que asiste, atónito, al desmontaje de su propio mundo. No podía creerlo. No quería creerlo.

Frente a él, Galib ibn Abderramán, el viejo León de la Frontera, plantado como un roble, conversaba en voz baja con Abi Amir. El

contraste era estudiado: el general, curtido, con la cicatriz de una vieja cimitarra cruzándole el rostro; el antiguo cadí, a punto de ser nombrado prefecto de Córdoba, impecable en su túnica nueva, con una cicatriz fresca en la sien como marca de una nueva conquista: la de la acción.

Subh, sentada a un lado en un sitial cercano al trono, presidía sin pronunciar palabra. Su luto por al-Hakam era discreto, un velo sutil, pero sus ojos, ardientes y calculadores, no dejaban de moverse entre los tres hombres. Se permitía una evaluación fría. Tras el asesinato de al-Muguira y la rápida, brutal eficacia con la que Abi Amir había desbaratado la incursión cristiana, ella sólo veía una cosa: el muro. Un único muro lo suficientemente alto y fuerte para proteger a su frágil Hisham. Todo, absolutamente todo, valía la pena por consolidarlo.

Un heraldo golpeó el suelo con su bastón.

–Por voluntad de la *sayyida* Subh, regente del califato, y en reconocimiento a los servicios esenciales prestados para la seguridad de Córdoba y del trono Omeya, se confirma a Abi Amir Muhammad ibn Abi Amir en el cargo de *sahib al-Madina*, prefecto de la ciudad, con autoridad sobre la *shurta* y el orden público. –El heraldo hizo una pausa, casi imperceptible, para dar paso al golpe de efecto–. Y, para sellar la lealtad entre la espada que defiende las fronteras y la mano que guarda el corazón del reino, se anuncia el matrimonio entre el dicho Abi Amir y la hija del general Galib, Asma bint Galib ibn Abd al-Rahman.

Al-Mushafí palideció. Un temblor le recorrió las manos, que apretó contra los pliegues de su túnica. Aquél era el cargo que tenía reservado para su hijo Muhammad, y la boda, la premeditada para su otro vástago, Uthman. Asma iba a ser su nuera, el eslabón que iba a unir su linaje con el del general más prestigioso del reino, garantizando su influencia en el ejército. Todo se lo arrancaban de cuajo.

Y nadie lo había informado. A él. Al *háyib*. Nadie había pedido que estampase su rúbrica en ningún documento. Al parecer, la propia Subh era quien había refrendado el nombramiento y aprobado la boda.

Galib se volvió para mirarlo, calmo, sin triunfo ni disculpa. Sólo la pragmática frialdad del soldado que elige el terreno más firme para

plantar su tienda.

–*Háyib*..., las circunstancias cambian. Los aliados de ayer pueden ser los lastres de mañana. Las alianzas se pactan para fortalecer el reino. Ahora veo más fortaleza aquí –dijo, con un gesto de cabeza hacia Abi Amir.

Al-Mushafí encontró por fin la voz. Apenas un susurro ronco, cargado de un veneno que ya ni siquiera podía matar.

–Prometiste tu hija a mi hijo. Tu palabra, Galib. La palabra de un hombre de honor.

–Mi único honor –replicó el general, sin inmutarse– es servir al califato. Y al niño que está en ese trono. Abi Amir ha demostrado entender lo que nuestro reino necesita: mano firme en la ciudad y lealtad inquebrantable a la regente. Mi espada defiende las fronteras. Su... «ingenio» parece defender el centro. Es una alianza natural.

Abi Amir, que había permanecido en un silencio estudiado, se acercó entonces. Miraba a al-Mushafí sin desdén, casi con pena.

–El cargo de prefecto requiere de control absoluto. Dudas y lealtades divididas son un lujo que Córdoba no puede permitirse. Tú lo sabes mejor que nadie, *háyib*. –Se volvió ligeramente hacia Subh e inclinó la cabeza–. Agradezco a la *sayyida* su confianza. Y a ti, general –dijo, mirando a Galib–, el honor de unir nuestro destino. Protegeré a tu hija con total dedicación. Como protegeré esta ciudad.

Bajo esas palabras impecables, resonaba la verdad: «Yo tengo el control de las calles. Yo tengo el favor de la regente. Y ahora, tendré el ejército».

–La decisión está tomada –habló Subh, clara y fría, cortando cualquier posible réplica–. El bien del califato y de mi hijo así lo exigen. El *háyib* al-Mushafí ha servido con lealtad durante años, y su consejo seguirá siendo escuchado. –Era la fórmula de un destierro educado. Lo apartaba del poder real, pero le dejaba el consuelo hueco del protocolo.

Al-Mushafí miró a uno y a otro, entendiendo la alianza de acero que se había forjado ante sus ojos: la astucia despiadada de Abi Amir, la fuerza bruta de Galib y la voluntad férrea de Subh. Él ya no era parte de esa ecuación. Era un resto, una variable eliminada.

–¡No podréis controlarlo! ¿No os dais cuenta? –Ni él mismo notó el tono desesperado de su voz–. ¡Ya ha enseñado los dientes! ¡Nos devorará a todos!

Nadie le contestó. Como si ya no existiera. Sin una palabra, con una dignidad quebrada, mucho más trágica que cualquier arrebato, el *háyib* les dio la espalda y abandonó la sala.

* * *

Lubna podía recordar perfectamente el día en que Córdoba cambió de dueño.

Lo tenía perfectamente documentado.

La celebración de la boda de Abi Amir fue un despliegue de lujo y poder. Los poetas la compararon con las celebraciones abasíes del Nouruz, aunque en Medina Azahara no había primaveras persas, sólo un invierno helado en el Salón Rico.

Asma entró del brazo de su padre, Galib. Más que una novia parecía un estandarte vivo, enfundada como iba, gracias a los desvelos de Subh, en un vestido azul noche con plata bruñida en los bordes, como filos de espada. Miraba a su alrededor serena y calculadora. Su dote eran caballos de guerra y lealtades bereberes. Un calculado regalo para Abi Amir. Hierro, no flores.

Él la esperaba en pie, erguido, con su túnica blanca de pureza forzada y un manto carmesí que hablaba de sangre y dinastía. Lubna leyó en sus ojos. En ellos no había ninguna emoción nupcial. Sólo la evaluación de un trato cerrado.

En un rincón, al-Mushafí trataba de sostener los restos de su dignidad. Invitado, pero despojado de todo. Habían arrancado el título de prefecto de sus manos. Le habían arrebatado a la prometida de su hijo, y el que ahora iba a ser su esposo la evaluaba con el ojo de un tratante de caballos. Él lo observaba ya sin ira, sólo aún con incredulidad. Impotente, pues, en ese mismo instante, su alumno más perfecto estaba destruyendo su obra maestra.

La ceremonia fue un contrato leído en voz alta. «Qabiltu», dijo sin titubeos Asma, aceptando el enlace, la mirada fija en su padre, no en el que ya era su marido. Galib asintió, orgulloso, y él sí miró a Abi Amir. Un pacto entre soldados.

Después vinieron los murmullos, las risas, las canciones y el vino.

En un momento, Abi Amir se alejó de la celebración para ir hacia las sombras. Al rincón donde aún permanecía al-Mushafí. Había guardado para él una copa de vino dulce de Málaga. Su favorito.

–*Háyib*, gracias por acudir. Imagino que no ha sido un trago fácil –deslizó–. Y por eso mismo tu presencia me honra.

La voz de al-Mushafí fue un susurro áspero:

–Mis más sinceras felicitaciones, «prefecto». Un logro doble el tuyo. Y eficaz. Mis hijos aprenden hoy una lección amarga sobre la lealtad y el poder.

–Las lecciones más duras forjan el carácter –respondió Abi Amir con falsa cordialidad–. Tú me lo has enseñado.

–Veo que ahora bebes vino... –advirtió al-Mushafí.

–Hago muchas cosas que no hacía antes ...

El *háyib* no respondió. Sólo un temblor en el párpado delató su terremoto interno. Abi Amir se volvió, sin más, y dejó que la luz lo bañara de nuevo.

Lubna, oculta entre las columnas, sintió un nudo en el estómago. El duelo la asolaba. Duelo por el hombre soñador e idealista que la había recibido en la ciudad, el mismo que le escribía desde los campamentos de al-Magrib. Vio a Asma intercambiar una mirada rápida con su nuevo esposo. No había calor entre ellos, ni siquiera cariño. Dos piezas de *shitranj* alineadas perfectamente en el tablero.

Aquella boda no unía dos corazones. Consagraba una maquinaria de poder. Fría. Implacable. Y, entre el aire invernal que se colaba por el Salón Rico, Lubna se juró que su crónica, la oficial, hablaría de «un día de gran alegría para al-Ándalus»; pero, en los márgenes de su memoria, escribiría la verdad: que aquél fue el día en que Córdoba cambió de dueño. Y ese mismo día el nuevo dueño enterró para siempre su último vestigio de piedad.

–II–

Córdoba, 369 a. H. / 979 d. C.

No llegaron de noche, con capa y sigilo, sino a pleno mediodía. En una demostración de poder, de posesión del tiempo y de la luz.

En el patio de recepción de su casa, al-Mushafí desayunaba higos y queso fresco. Diez hombres de la *shurta*, la policía de la ciudad, entraron con paso firme. Eran soldados nuevos, de rostros duros y desconocidos para el *háyib*, con el distintivo del prefecto en sus brazaletes. Por detrás de ellos, con un rollo de pergamino en la mano, apareció Abi Amir, ahora *sahib al-Madina* y *háyib* en todo menos en el título oficial. Vestía de lino gris, sobrio, y su rostro era una máscara de pesar.

Al-Mushafí se preguntó, para su propia sorpresa, qué debía haber sentido el príncipe al-Muguira al verlo aparecer, repentinamente, en su patio. Mantuvo la calma y, aún sentado, tomó un sorbo de agua. Sus ojos, hundidos en sombras de insomnio, se clavaron en los de su antiguo pupilo.

–¿Tan urgente es el asunto que irrumpes en mi desayuno, prefecto?

–Lo siento, *háyib*. Es una orden del Consejo de la Regencia. –Abi Amir desplegó el pergamino y leyó en alto, con voz clara, para que sirvientes y guardias pudieran escucharlo bien–: Por cargos de malversación de fondos públicos, desvío de tributos y conspiración contra la seguridad del califato, se ordena tu arresto inmediato, la requisa de tus bienes y tu reclusión en la prisión de la Dar al-Qadi, a la espera de juicio.

Las palabras resonaron en el patio. «Conspiración contra el califato». El mismo califato que él había ayudado a construir. Al-Mushafí soltó una risa seca que sonó como un crujido de hojas muertas.

–¿Conspiración? ¿Contra el niño que yo he puesto en el trono? ¿Contra la mujer a la que yo he convertido reina metiéndola en la cama del califa? Qué cómica es la gratitud, Abi Amir.

–No es cuestión de gratitud –rectificó él, plegando el documento–. Es cuestión de cuentas: las cuentas de la administración de la guardia durante tu mandato, las de los talleres y las caballerizas de Medina Azahara, las de los astilleros de Almiriya... No cuadran. Y, en tiempos de inestabilidad, la falta de... exactitud bien podría obedecer a una traición.

Era la misma trampa que al-Mushafí había tendido para él años atrás, pero ahora perfeccionada, inapelable. Las pruebas, falsas o exageradas, serían incontestables. El califa, un niño, y la regente habían firmado el decreto que decidía su destino. Era el golpe final, y al-Mushafí sintió que le faltaba el aire.

–Te ha permitido que me vendas... –masculló, casi para sí–. ¿Para qué? ¡Yo no soy el peligro! ¿Para proteger al niño? ¿Para protegerte a ti?

–Para proteger al califato –lo corrigió Abi Amir, con una frialdad que no admitía matices–. Tú mismo me enseñaste que un individuo no es nada ante la institución.

Hizo un gesto leve. Dos guardias se adelantaron hacia al-Mushafí y lo prendieron, impersonales. No hizo falta ponerle grilletes. Su propia incredulidad era una cadena más pesada. Al pasar junto a Abi Amir, se detuvo un instante. Lo miró a los ojos, buscando un rastro del joven al que había sacado del arrabal, del cómplice de tantas estrategias.

–¿Esto era necesario? –preguntó, y en su voz hubo un último destello de su vieja autoridad.

Abi Amir le sostuvo la mirada. En sus ojos oscuros pareció vibrar algo complejo, un eco de todo lo aprendido, de todo lo traicionado.

–Sí –respondió al fin, sin triunfalismo, con la fatiga de quien ejecuta un destino escrito por ambos–. Lo es, *háyib*. En la mezquita, los pilares

viejos hay que cambiarlos antes de que se rompan y se derrumbe todo el techo.

* * *

La celda donde lo encerraron en Dar al-Qadi era una estancia pequeña, seca, con una ventana alta que dejaba ver un rectángulo de cielo nocturno. Una prisión para un noble, una humillación calculada. Y tampoco podía quejarse del trato, sólo de la aniquilación moral.

Allí, el silencio era absoluto. Un silencio distinto al del alcázar, siempre lleno de poder, de susurros y tensión. Aquí era el silencio del olvido, de la irrelevancia. Al-Mushafí sólo podía sentir desprecio. Por sí mismo, sobre todo. Por haberse aferrado a los protocolos y lo aprehendido, cuando el verdadero poder se estaba transfiriendo a las calles, a la ceca, a los cuarteles bereberes. Había sido el administrador brillante de un mundo que se desvanecía.

Aún confiaba, sin embargo, en un rincón de su mente, en que aquello sólo fuera una jugada más. Que apareciera Abi Amir por la noche, que le explicara el plan maestro, que todo fuera un teatro para engañar a otros enemigos. Pero la puerta no se abrió. El único que lo visitó fue el carcelero, con un cuenco de agua y pan. El pan era blando, fresco, como correspondía a su posición. Otro detalle deliberado.

Finalmente, en la oscuridad profunda de la noche, le llegó la verdad, lúcida y desgarradora. Abi Amir no lo había destruido por odio. Era, sencillamente, pura geometría del poder. Su caída no era personal; era estructural, necesaria. Al-Mushafí cerró los ojos y lanzó un suspiro. Era, en el fondo, un consuelo amargo: había creado a un político perfecto. Un monstruo eficiente, libre de los lastres del afecto y la lealtad que, a él, al final, lo habían hundido. De alguna manera también él ganaba: había sido el maestro del hombre que cambiaría la historia. Y ningún juicio ni ninguna celda podrían arrebatarle eso.

* * *

De al-Mushafí

Shawwal, 368 H. (abril, 979 d. C.)

A quien corresponda:
El preso Yafar al-Mushafí ibn Uthman, *háyib* en otro tiempo, solicita audiencia formal ante el Consejo de Regencia o, en su defecto, ante el prefecto y *háyib* Mohammed ibn Abi Amir, para conocer los cargos en su contra y ejercer su derecho a defensa.
La justicia, incluso en días aciagos, ha de conservar sus formas.
En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.

De la secretaría del califa

Shawwal, *368 H. (abril, 979 d. C.)*

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.
Al preso al-Mushafí:
Su solicitud ha sido recibida. Los cargos, detallados en el decreto de arresto, están siendo investigados por el *qadi al-Jama ʿa*. Se le notificará en su momento la celebración de la audiencia pertinente, según el calendario judicial.
Por orden del *háyib*.

De al-Mushafí

Dhu al-Qa‘dah, 368 H. (mayo, 979 d. C.)

Para el *háyib* Abi Amir:
Debo reconocer la elegancia del golpe. Desarmar a un hombre no con ejércitos, sino con sus propias cuentas, es de una

perversidad magistral. Fui tu maestro en muchas artes, pero no creí haberte enseñado nunca la deslealtad. Mi enhorabuena. Ahora, como discípulo aventajado, ¿no crees que debes al menos mirar a los ojos a tu viejo instructor? Una reunión. Una explicación... No pido clemencia. Pido... reconocimiento.
En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.

De la secretaría del califa

Dhu al-Qa'dah, 368 H. (julio, 979 d. C.)

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.
Al preso al-Mushafí:
El *háyib* recibe numerosas peticiones de audiencia. Las cuestiones judiciales deben seguir su curso a través de los canales establecidos. Se le reitera que será informado.
Por orden del *háyib*.

De al-Mushafí

Dhu al-Hijjah, 368 H. (julio, 979 d. C.)

Abi Amir:
El silencio es un arma que yo también empuñé. Sé lo que significa. Pero este silencio... hiere más que cualquier acusación. ¿Recuerdas la primera vez que te presenté al príncipe al-Hakam, a quien Dios acoja? Temblabas como un junco. Te corregí la inclinación, y susurré: «La cabeza alta, pero los ojos bajos».

Aprendiste demasiado bien. Ahora tus ojos están tan altos que no me ven a mí.
El invierno aquí es húmedo. La tos antigua ha vuelto.
En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.

De la secretaría del califa

Dhu al-Hijjah, 368 H. (julio, 979 d. C.)

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.
Al preso al-Mushafí:
Su queja sobre las condiciones de la celda ha sido trasladada al administrador de la prisión. Se proveerán mantas adicionales.
Por orden del *háyib*.

De al-Mushafí

Muharram, 369 H. (agosto, 979 d. C.)

Amir, *habibi*:
¿Puedo llamarte así aún? ¿O el hombre que fuiste ya no existe?
Escribo estas líneas y veo tus manos. Las manos del joven que trazaba columnas de números con obsesiva precisión. Yo las miraba con orgullo, como si las hubiera creado, y pensaba: «Estas manos construirán o destruirán». ¡Ah, la necia prepotencia del creador! No supe que sería lo segundo. Ni que me destruirían a mí. Y a los míos.
No voy a pedirte compasión, sólo la diligencia de que sueles hacer gala. Me niego a creer que mi experiencia sea inútil, que mi conocimiento haya dejado de servir al califato. Y me niego a creer que tú, precisamente, no te des cuenta. No te guardo

rencor. Repártete el poder con tu suegro, si eso es lo que deseas. A mí no me hace falta, pero no reniegues de todo lo que aprendiste de mí. Me ofrezco como tutor de tus hijos. Prometo enseñarles todo lo que sé. Si no deseas que vuelva a pisar los salones del alcázar o las estancias de Medina Azahara, acaba ya con esto. Enfréntame en un juicio o mátame, pero no me permitas seguir vagando en la incertidumbre.
Tu maestro, que lo quiso ser.

De la secretaría del califa

Muharram, 369 H. (agosto, 979 d. C.)

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.
Al preso al-Mushafí:
El *háyib* está absorto en asuntos de Estado de la mayor urgencia. Se ruega que las comunicaciones a esta oficina se ciñan a los trámites oficiales.
Atentamente,

Lubna bint Hakam,
escriba de la secretaría del califa

De al-Mushafí

Saffar, 369 H. (septiembre, 979 d. C.)
Para la oficina del *háyib*:
He soñado con la biblioteca. Contigo y con la escriba Lubna a su cargo. La misma Lubna que llegó andando desde Balansiya para mostrar al califa un trozo de papel. ¿No fue ella quien juntó nuestros destinos? A veces nos resistimos a ellos. Aquella niña cristiana lloraba cuando la llevaron al harén, pero yo le di una

vida entre libros, como a ti te di una vida entre palacios. A los dos os di un mundo. Y ahora los dos, desde vuestros puestos de poder, me dejáis pudrirme en la oscuridad.
¿Es éste el precio de la creación? ¿Crear monstruos tan perfectos que devoran al creador?

De Lubna

Saffar, 369 H. (septiembre, 979 d. C.)

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.
Al preso al-Mushafí:
Su comunicación ha sido recibida. El *háyib* no está en la ciudad. Ha partido a inspeccionar las fortificaciones del norte.
Te envío, por mi cuenta, un nuevo cuaderno y una pluma con un trazo más firme. La que usas debe estar ya gastada.
Atentamente,

Lubna

De al-Mushafí

Rabi al-Awwal, 369 H. (octubre, 979 d. C.)

Lubna:
Gracias por la pluma. Escribe con fluidez, como si recordara su oficio. Dices que él no está. Lo dudo. El silencio es su forma de estar en todas partes ahora.
Pregúntale qué pasó con el muchacho que temblaba ante mi presencia el primer día, parapetándose tras el cadí Ibn al-Salim como un escudo. Olía a miedo y al jabón negro del *hammam*. Aún lo recuerdo. ¡Qué increíble la memoria! Tú olías a limón y a

tinta. Y yo..., yo olía a poder. Ahora todos esos aromas han desaparecido. Sólo existen el frío y la humedad, y hacen que vuelva una tos maldita que creía desterrada.

De Lubna

Rabi al-Awwal, 369 H. (octubre 979 d. C.)

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.
Al-Mushafí:
Recuerdo el olor a limón. Me frotaba las manos con sus hojas en los jardines de Medina Azahara. Recuerdo el entusiasmo de tu voz cuando me pediste que le contara todo sobre el papel al entonces príncipe al-Hakam. Ése fue el día que me trajo a este presente.
No le transmitiré tu mensaje. Él ya lo sabe. Lo sabe cada vez que estampa el sello que un día fue tuyo.
Te envío unas hojas de menta. Ayudan con la tos. Y un pequeño tratado de astronomía, para que, al menos, tus noches tengan estrellas.

Lubna

De al-Mushafí

Rabi al-Thani, 369 H. (noviembre, 979 d. C.)
Lubna:
Las hojas de menta huelen a jardín. A vida. Es un acto de cruel bondad. El tratado lo estoy leyendo. Las estrellas, desde este rectángulo de ventana, son las mismas que sobre la biblioteca. Es

un consuelo saber que algo, al menos, permanece inalcanzable para sus designios.

¿Recuerdas los cánticos que componíamos para que nuestra pequeña fantasía, aquella Subh transformada en hombre, los susurrase al oído del califa? Nunca te lo dije, pero eran las composiciones más bellas que había escuchado nunca. Al califa nunca le revelé tu autoría. Imagino que me daba miedo que le gustasen más que las mías.

He dejado de escribir a nuestro común amigo. Escribirte a ti es como escribir a la única parte de mi pasado que no se ha corrompido. Tú eres la cronista. Guarda esto, entonces, para cuando la historia juzgue estos días. Creo que no me odia. Yo no lo odio, al menos. Esto es más terrible. Es la lógica pura, el fruto maduro de la semilla que planté. La herencia es un espejo, y en él sólo veo a un anciano que ya no importa.

Cuida de tus libros. Y cuídate de él. No por maldad, sino por esa lógica suya que todo lo consume. Durante un tiempo quise que me amara. ¿Puedes creer la triste confesión de un pobre viejo? Me daba rabia que ni siquiera fingiese hacerlo. Ahora creo que tampoco es capaz de amar. Por lo mismo. Su mundo no son las emociones; es el orden.

Espero que Alá, el Clemente, el Misericordioso, tenga más piedad de él de la que él ha tenido conmigo. Y que te la tenga a ti, que aún eres capaz de enviar menta a un enemigo.

Tuyo, en el crepúsculo,

Yafar al-Mushafí

De Lubna

Rabi al-Thani, 369 H. (diciembre, 979 d. C.)

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.

Al-Mushafí:

Guardo tus palabras. No en el archivo oficial, sino en el lugar donde guardo lo que la historia no registrará pero la memoria debe retener.

Los libros están a salvo. Al menos de momento. Yo, no lo sé. La lógica es un río que arrastra. Yo sólo trato de no ahogarme y de salvar lo que puedo del naufragio general.

Tu celda mira al norte. La mía, de papel y tinta, mira hacia todas partes y hacia ninguna a la vez. Quizás en eso no seamos tan distintos.

Nunca has sido mi enemigo. Recuerdo nuestros poemas. Cuando yo empecé a componer los míos, los tuyos ya figuraban en los libros. Fue un privilegio aprender a tu lado. Y el califa al final recibía el eco de un corazón que lo amaba.

Que la paz, al menos, te encuentre inmerso en tus estrellas.

Lubna

–III–

Alcázar de Córdoba, 370 H. / 980 d. C.

–¡Lubna! ¡Los soldados! ¡Están dentro!

El aviso de Fátima era innecesario. Los gritos los anunciaban, las botas resonaban en las losas del suelo, las espadas repiqueteaban en los cintos, y los anaqueles de madera temblaban a su paso.

En el taller, el pincel de Lubna erró el trazo, manchando de rojo cinabrio el rostro de Hipatia. Se recogió los pliegues de la túnica y corrió a la sala principal.

El caos era una bestia viva. Hombres con el emblema del *háyib* en el hombro vaciaban las estanterías con eficacia y fuerza bruta. Los volúmenes, esos cuerpos inertes de piel y tinta, caían con golpes sordos, formando un montón aberrante en el suelo de mosaico. Algunos, al chocar entre sí, se abrían como para mostrar sus entrañas de letras heridas. Las copistas gritaban, forcejeaban, y trataban de aferrar con sus dedos manchados de tinta los lomos de cuero que les eran arrancados de las manos, como madres tratando de salvar a sus hijos.

–¡Deteneos! –La voz de Lubna cortó el aire, cargada de una autoridad implícita. Todo se detuvo al instante–. ¡Este lugar está consagrado al saber, no a la barbarie!

Un capitán de rostro curtido se encaró con ella.

–Orden del *háyib*. Se deben retirar las obras contrarias a la ortodoxia, y también todas aquellas de materias frívolas que sólo sirven al entretenimiento y no a la ciencia.

–¿Qué ortodoxia osa llamar herejía a Aristóteles y frivolidad a la poesía? –escupió Lubna.

–La que sostiene el trono –respondió a su espalda una voz glacial.

Abi Amir, vestido como era habitual en él de un blanco inmaculado, traspasó el umbral y se quedó observando, en un cálculo helado, el desorden de los anaqueles. Se detuvo junto al montón de libros desparramados y, con una mano, la misma que había escrito aquellas cartas desde Fes, la capital de los idrisíes, tomó un volumen. Abu Nawas, el libro que él le había donado cuando era cadí de Isbiliya. Leyó en voz alta: «Su cintura es un árbol joven, con el rostro de una luna, y la belleza de su mejilla sonrosada...». Un titubeo. Un parpadeo. Algo se estremeció bajo la máscara. Al instante siguiente, su gesto se endureció.

–Pasión que distrae del amor a Dios –decretó, y lo arrojó al montón. El golpe resonó como un hueso quebrado.

–¡Es el sueño del califa al-Hakam! –trató de recordarle Lubna–. El trabajo de toda una vida.

–El califa al-Hakam ya no gobierna en Córdoba –respondió él, inflexible.

–¡Tú trajiste algunos de estos volúmenes! ¡Los has leído!

–Todos hacemos cosas que luego lamentamos.

Lubna vio que tomaba otro libro: las *Metamorfosis* de Ovidio. «Fábulas paganas», gruñó. Al suelo. Un tratado de medicina de al-Razi que describía la circulación de la sangre. «Especulación que contradice los designios divinos». Al suelo.

–¿Y qué queda? –gritó Lubna, desafiante–. ¿Sólo libros de leyes secas y sermones? ¿Sólo el Corán? ¡Estáis matando el alma de Córdoba!

Abi Amir guardó silencio. Miraba un códice de piel oscura, con incrustaciones de nácar. Aquella cubierta que semejaba el cosmos... *Las mil y una noches*. La copia de Bagdad. La que ella había traído. La que al-Hakam leía en voz baja, noche tras noche, para sobrellevar el peso del poder y la pérdida de su padre.

Abrió el volumen. Su boca, por un instante, pareció querer formar algunas palabras. Luego, con un gesto de repulsión violenta, lo arrojó al suelo. El nácar se astilló. Las páginas se desprendieron.

Algo en Lubna se rompió por dentro. Y, sin siquiera pensárselo, se lanzó sobre él.

Fue un ataque. Con rabia. Sus dedos encontraron el estilete de hueso que siempre llevaba en el cinturón para corregir pergaminos. Lo alzó en el aire, en un movimiento rápido, ciega de furia. La punta afilada rasgó la túnica blanca inmaculada de Abi Amir y se hundió en la carne de su antebrazo, justo donde la manga se recogía.

Fátima se tapó la boca, horrorizada.

–¡Lubna! ¡NO!

Dos soldados se echaron sobre ella como perros de presa. La agarraron por los brazos, la separaron de él y la derribaron sobre el suelo de mármol. El estilete rodó a su lado, tintineando. Quedó inmovilizada, con los brazos a la espalda, el rostro congestionado contra el suelo, las ropas alzadas burdamente.

–¡Soltadla!

Un gesto de incredulidad de los hombres siguió a la orden.

–¡Soltadla, os digo!

Fátima la ayudó a levantarse y la refugió en sus brazos. Lubna, aún furiosa, miraba a Abi Amir con ojos hirvientes y el pecho jadeante. Uno de los soldados desenfundó su espada y las señaló, amenazador, anticipando sus movimientos.

El *háyib* permanecía inmóvil. No había hecho un solo gesto para defenderse ni para detener la sangre de la herida. Sólo miraba la línea roja y delgada que aparecía en su antebrazo, el blanco del lino virgen manchándose lentamente de carmesí. Al fin, levantó la mano, y la sangre goteó en el suelo. Luego miró a Lubna. Sus ojos no mostraban ira, sino una terrible claridad.

–¿Ves? –Su voz fue apenas un susurro, y sin embargo llenó la sala–. Aquí tienes la explicación de todo. No soy un Quraysh de La Meca. No vengo de la familia del profeta, que Dios lo bendiga y le conceda paz. Mira mi sangre. No es omeya. Es la sangre de un hombre que ha llegado hasta aquí desde la nada –enunció–. Y para que un hombre así sostenga el peso y la legitimidad de un califato, su piedad no puede ser

cuestionada. Debe ser una roca. Una roca que todos vean, que los ulemas malikíes puedan tocar y bendecir.

Señaló el montón de libros con el brazo herido, en un gesto sacrificial.

–Esto, Lubna..., esto es una ofrenda. Una ofrenda necesaria. Les doy las fábulas de los griegos, las batallas de los romanos, las sagas de los bárbaros del norte, los martirios de los niños cristianos... –Hizo un gesto amplio, abarcando los volúmenes caídos a sus pies–. Les doy lo cuestionable, el pensamiento... ¡La herejía! Que permanezcan la palabra de Dios y la ciencia.

–Hay ciencias que cuestionan la palabra de Dios... –le recordó ella, y supo que había sonado peligrosamente pagana.

–Pues ésas –respondió él con calma– deben desaparecer.

Fue entonces cuando Lubna comenzó a declamar. No lloró. No gritó. En voz alta, para sí y para el mundo, empezó a recitar versos irreverentes y fábulas increíbles de animales que hablaban. Los soldados la miraron, indecisos, como si fuese una hechicera, un *djinn* que les lanzara algún abominable conjuro. Ella clamaba con inflexiones, en tono claro, a veces trémulo, como en un conjuro contra el olvido. Citó a Platón. Recitó un verso de Safo en griego antiguo. Nombró los teoremas de Euclides. Era la memoria hecha voz, desafiando al silencio que se avecinaba.

Eso fue la señal. Como en un último acto de resistencia desesperada, las demás mujeres reaccionaron. Cada una seleccionó un párrafo oculto en su memoria. Un cuento oriental, un verso de la *Ilíada*, una receta contra el despecho, una *quiná* judía, la historia de una esposa adúltera, de un ladrón o de un príncipe malo... Y se alzó una oración colectiva, diversa y pagana, en varias lenguas, componiendo bajo la cúpula de la sala central un salmo bellísimo e irrepetible. Abi Amir no pudo más que escucharlas fascinado. Fátima, que lloraba y declamaba a la vez, se escondió un pequeño libro de poemas de al-Mutanabbi bajo la túnica, retando a los soldados con una mirada a que se atrevieran a buscar entre sus ropas. Otra copista envolvió un tratado de astronomía en su velo. Otra más escondió un códice de historias persas bajo su falda, una

cuarta deslizó un libro que hablaba de Zaratrusta y los adoradores del fuego en su escote... Fue un motín silencioso, un robo sagrado.

–*Háyib*...

Los soldados, confusos, imploraban a su señor. Estaban listos para usar la fuerza, para alzarles las ropas y arrancarles los bultos con violencia, pero necesitaban una legitimación para sus actos.

–¡No las toquéis! –La orden de Abi Amir fue un latigazo–. Que se lleven lo que han escondido. No rocéis ni una brizna de hilo de sus ropas. Estas mujeres no son el botín de una aceifa, sino funcionarias de la cancillería, al servicio del califato...

El capitán de la guardia, tan perplejo como el resto de sus hombres, paseó la mirada por el montón de libros en el suelo, deseoso de acabar su trabajo en ese cubil de brujas.

–*Háyib*, deberíamos sacarlos fuera para quemarlos. Junto al río. Aquí el fuego podría extenderse al resto del alcázar.

Abi Amir contempló el tesoro condenado, y luego deslizó su mirada por los rostros aterrorizados de las mujeres. Lubna lo contemplaba fijamente, incrédula. Le había hablado del olor a papel quemado del molino; le había contado que se había jurado a sí misma que jamás permitiría que nada escrito se perdiese en el fuego para siempre. Abi Amir leyó en sus ojos el odio. Un odio puro, mil veces más abrasador que cualquier hoguera. Respiró hondo.

–No habrá fuego –declaró–. El viento podría extenderlo, –Recuperó su práctica frialdad–. Recoged todos estos volúmenes, y con el mayor cuidado posible. Los transportaréis a los almacenes privados, bajo mi residencia. No quiero que se pierda ni una página.

–¿A... vuestros almacenes, *háyib*? –El capitán no entendía.

–Sí. No serán destruidos –decidió–. Serán... custodiados.

Entre las miradas heridas de las escribas, los soldados comenzaron su trabajo. Algunas sollozaban al identificar libros que ellas mismas habían traducido o copiado. Lubna, sin embargo, ya en pie, se mantuvo íntegra, aun sintiendo que el sueño de al-Hakam se disolvía bajo sus pies como en uno de esos remolinos que acompañaban la aparición de los *djinn* en las fábulas orientales.

–Guarda lo que has salvado, Lubna –le concedió Abi Amir–. Yo también me comprometo a guardarlo. Ahora crees que me odias. De hecho, estás segura de ello. Pero, si no lo hago yo, vendrán otros. Con más celo, con menos memoria, con los hadices en la mano. Otros patearán lo que yo custodio, romperán lo que yo preservo, y prenderán fuego a todo lo que huela a un mundo más amplio. No me odies, Lubna –suplicó, como si no pudiera aceptarlo–. Esta purga no es una ejecución, sólo un cautiverio necesario.

Y, como si no pudiera soportar más aquella mirada, abandonó la biblioteca. De él sólo quedó el rastro de su sangre sobre el mármol.

* * *

Durante un tiempo, nadie habló de que la biblioteca había sido purgada.

No hacía falta.

Córdoba aprendió muy pronto que había cosas que ya no se nombraban, porque, con ello, se hacía visible un hueco que dolía demasiado.

Al principio, la ciudad siguió su vida, como siempre. Las aceifas continuaron trayendo oro fácil, las mezquitas se llenaban, la justicia se impartía con puntualidad, y el orden –ese orden que tanto se había prometido– parecía sólido e incluso admirable. Sin embargo, algo empezó a desplazarse por debajo de esa superficie eficaz, una sensación tenue, casi indecible, como si el aire se hubiera vuelto más estrecho y cada respiración exigiera mayor esfuerzo.

Los hombres que sabían leer dejaron de citar ciertos nombres, no porque los hubieran olvidado, sino porque comprendieron que recordarlos en voz alta los convertía en sospechosos. Los poetas comenzaron a elegir palabras más seguras, menos arriesgadas, y las metáforas se hicieron más obedientes, más previsibles, como si también ellas hubieran aprendido a no sobresalir. En los patios, las conversaciones se acortaron, y la erudición se volvió cautelosa, privada, algo compartido sólo cuando la noche y la confianza lo permitían.

Lubna estaba entre esos que ahora escondían libros en las tinajas de la despensa, entre los que no citaban en voz alta versos, entre los que medían las palabras.

Córdoba no perdió el saber de golpe. Perdió, lentamente, la costumbre de preguntarse.

Y eso fue lo más grave.

La sensación de saber que los libros que habían enseñado a dudar, a comparar, a imaginar otros mundos posibles ya no estaban allí para recordar que incluso el orden también puede pensarse de otra manera.

«Vendrán otros...», había anunciado Abi Amir con un aliento de profecía.

Quizá, pensaba Lubna, si nadie lo dejaba por escrito, muchos años después, cuando los hombres hablaran de decadencia, no sabrían señalar el momento en que todo había empezado. Mirarían a los cargos desplazados, a las guerras civiles, a los palacios en ruinas o a los califas depuestos sin entender que el horror se había iniciado mucho antes, cuando el saber dejó de ser un espacio compartido para ser un objeto vigilado. Quizás alguien recordara que el día en que las estanterías quedaron vacías nadie se atrevió a protestar más allá de un llanto sofocado. Y la escriba dejó de escribir, pero no de registrarlo. Y relegó el papel a las comunicaciones oficiales de la cancillería. Y decidió que usaría la memoria como último refugio, hasta que la sabiduría fuera de nuevo liberada.

* * *

Siempre quiso pensar que así nació Madinat al-Zahira.

En sus sueños más ocultos, los únicos a los que aún se atrevía, imaginaba a Abi Amir en la fría penumbra de aquellos almacenes privados donde se pudrían los libros, contemplando los montones de pergaminos purgados, silenciados. En ese sueño, él acariciaba el lomo roto de *Las mil y una noches* y tomaba una decisión distinta: «Esto no merece las sombras. Merece un palacio, una ciudad entera que sea su relicario». Y así, movido por un remordimiento secreto, por el último

rescoldo de aquel hombre que una vez debatiera de filosofía y literatura en sus cartas, habría ordenado levantar la nueva ciudad palatina, no como bastión de su poder, sino como fortaleza para el saber proscrito. Madinat al-Zahira, la Ciudad Resplandeciente, brillaría para ocultar, en sus entrañas, la luz robada.

Lubna sabía que era una mentira. Una ficción piadosa que su mente, agotada de tanto dolor, imaginaba para poder seguir mirando hacia el noreste, donde el polvo se levantaba en nubes perpetuas.

Pero la verdad era otra. La verdad llegaba cada amanecer. Con aquellos carromatos llenos de piedras. Y cautivos.

No había lugar para el arrepentimiento. Madinat al-Zahira surgía de una voluntad tan fría como la piedra de sus cimientos, allí, junto a un meandro del al-Kabir, lejos de la majestuosidad omeya de Medina Azahara; no para emularla, sino para sustituirla. E iba apareciendo a una velocidad obscena, con una eficacia que helaba la sangre. No se construían grandiosos arcos que costara décadas cerrar ni mosaicos que exigieran años de paciencia bizantina. Al-Zahira era una ciudad funcional, geométrica, levantada con la lógica de un campamento militar ampliado a lo eterno. Sus muros eran rectos, altos, desnudos. Sus calles, una cuadrícula perfecta para el movimiento rápido de tropas. El palacio, en el centro, no buscaba el asombro poético, sino la intimidación.

En ella trabajaban los cautivos. Una marea humana gris y encadenada a la que Lubna observaba desde la lejanía con un nudo de horror en la garganta. Eran el fruto de las aceifas, esas expediciones de saqueo metódico que ya eran el latido del nuevo régimen. Desde la campaña de castigo contra los cristianos que habían osado profanar la Marca, hasta las incursiones relámpago de los últimos dos años –Zamora, Simancas, las tierras del río al-Duru–, cada verano traía una nueva remesa de condenados. Hombres del norte, cristianos con la piel pálida marcada por el hierro candente, mujeres y niños destinados a servir en los talleres o en los hogares de los oficiales bereberes. Ellos eran ahora los nuevos señores, y había quien ya los calificaba de jinetes del desorden o príncipes de la oscuridad.

Los esclavos eran los cimientos vivos de al-Zahira. Morían a docenas, sepultados por derrumbes, reventados por el esfuerzo, consumidos por las fiebres. Pero, por cada uno que caía, traían dos más. Una máquina de construcción alimentada con carne conquistada.

Fátima regresó al *scriptorium* donde Lubna trabajaba. Había estado en las orillas del río, recogiendo plantas para hacer tinta.

–¿La has visto? –preguntó con un hilo de voz–. La nueva ciudad del *háyib*. No es... no es hermosa. Es sólo... grande. Y crece tan rápido que parece haber hecho un pacto con Saytan.

–Es lo que él quiere –murmuró Lubna, sin levantar la vista de la cubierta que intentaba restaurar–. Algo que nadie haya tenido antes, construido a una velocidad que nadie antes haya podido imaginar.

–Cuando la vean los poetas –dijo Fátima con un amargo sarcasmo–, no sabrán qué cantar. No hay alma que celebrar... –Hizo una pausa y bajó aún más la voz–. Uno de los albañiles, un viejo mozárabe que trabaja en las conducciones de agua, me lo ha dicho hoy: «A esta ciudad no la llorará nadie cuando caiga. No guarda belleza. No es más que el capricho de un hombre. Y los caprichos... se desvanecen con el que los soñó. Será muy fácil de destruir cuando llegue el momento. Nada sobrevivirá..., porque nadie querrá guardarse nada».

Las palabras del viejo albañil resonaron en el silencio del *scriptorium* como una profecía de barro y desprecio. Lubna miró por la ventana hacia la nube de polvo que era la cuna de un nuevo poder: algo útil, temible y vacío. Algo que sólo buscaba imponerse en el miedo del presente.

Por mucho que sus sueños continuaran, Madinat al-Zahira no sería la cuna de sabiduría. Guardaría espadas, oro y el eco de las cadenas de quienes la levantaron. Y el miedo del presente. Y Lubna supo, con una certeza que le secó la boca, que el viejo mozárabe tenía razón. Tal vez, en su fría racionalidad, el *háyib* no lo había previsto. Pero, si se construía sin amor, sin belleza, sin un fragmento de alma compartida, quizá nadie deseara nunca luchar por conservarla.

–IV–

Castillo de Atienza, Marca Media, 370 H. / 980 d. C.

Pese a que ya había oscurecido, el calor en el castillo de Atienza era pesado, cargado con el polvo de la meseta y el olor a aceite rancio de las lámparas. El ambiente propio de un cuartel general en la frontera polvorienta del norte. Galib, sentado tras una mesa cubierta de mapas, parecía una parte más de la fortaleza, una roca vestida de lino sucio. Llevaba bebiendo aquel vino seco y recio desde por la mañana. Con los años, sus borracheras eran cada vez más agresivas, y todos lo sabían. Frente a él, Abi Amir aguantaba su presencia con una paciencia impensable en un hombre como él.

La conversación había comenzado como cualquier otra. Provisiones. Tributos. Y la leva de nuevos contingentes bereberes.

–Mis hombres no son infinitos –gruñó Galib, dando un nuevo sorbo–. Los gastas con la facilidad con que gastas el oro de la ceca. ¿En qué? ¿Estás formando tu propio contingente para hacerte con Córdoba?

–Córdoba ya es mía –replicó Abi Amir con una calma que irritó al veterano–. Los gasto en victorias. Victorias que aseguran tu frontera y mi gobierno. Es una simbiosis, general.

–¿Gobierno? –Galib soltó una risa seca–. Gobernaba el califa. Gobernaba el *háyib*. ¿Te has oído? ¡Córdoba ya es mía! –remedó su tono–. No has tenido agallas para disputársela en una lucha digna a al-Mushafí. ¡Lo has enviado a pudrirse en una celda hasta que su pueblo lo olvide! Un hombre viejo y resentido es un peligro. Aplaudo la

prudencia... –Sus ojos, pequeños y agudos como los de un jabalí, se clavaron en los de Abi Amir–. Pero, cuando un hombre juzga y encarcela a todos los que ayer fueron sus pilares, uno empieza a preguntarse: ¿quedará algo para el mañana? ¿O todo será él, y sólo él, sosteniendo un techo demasiado pesado para sus hombros?

El ambiente se tensó.

–¿Me hablas tú de lealtades? ¿Hacia al-Mushafí? –le preguntó, sin inmutarse, casi con sorna–. ¿Tú, que cambiaste de idea y me diste a la hija que habías prometido con su hijo casi el día de la boda?

Galib golpeó la mesa con el puño. Las copas saltaron.

–Es lícito y prudente cambiar de lealtades, pero hay una línea, muchacho. Una línea entre servir al Estado o servirte de él. ¡Yo no me meto en el lecho de la reina madre para erigirme en la sombra de Dios!

Abi Amir se inclinó hacia delante.

–Cuidado con la lengua, general –siseó en un hilo de acero–. Podría pedir a tus propios hombres que te la cortaran por difamar la honra de la *sayyida*. No te valgas del nombre de una mujer para inflamar a los soldados. ¿Quisieras que alguien se preguntara en que emplea la dulce Asma sus noches?

El nombre de su hija fue la chispa. Galib se levantó de un salto, el rostro congestionado.

–¡No la nombres aquí! ¡No la uses como moneda en esta partida! Te la di para sellar una alianza, no para que fuera el precio de mi silencio mientras tu ambición no conoce freno. ¡La das por sentada, como lo das todo! ¡Como diste por sentado que yo, el León de la Frontera, me arrastraría detrás del carro de tus conquistas mientras tú haces del califato tu alquería! ¡Basta de saquear condados cristianos para conseguir oro y esclavos que levanten tu burla de ciudad palaciega! ¿En eso empleas a mis hombres? ¿En arrojarnos a una espiral de violencia contra los reinos del norte mientras yo sujeto la puerta para que no entren a masacrarnos?

–¿Eso piensas? –Abi Amir también se levantó, desafiante. Ya no había espacio para la diplomacia–. ¡Te he dado más gloria y más riqueza de la

que jamás hubieras imaginado! ¡Sin mí, serías sólo el guardián polvoriento de una muralla olvidada!

–¡Prefiero mi polvo a tu oro manchado! ¡Sabes perfectamente que Córdoba no será tuya hasta que yo esté muerto! ¡Ven a cobrarte mi vida, *háyib*!

Con una agilidad sorprendente para su edad, Galib saltó sobre la mesa y, en un movimiento fluido, animal, su mano voló hacia la espada corta que llevaba al cinto. Era un arrebato de ira, pero meditado con el tiempo, a lo largo de muchas noches de vino y rabia, cristalizado en un solo instante. El viejo lobo llevaba tiempo adivinando que el lobo joven venía a robarle su manada.

La hoja brilló en la penumbra. Abi Amir, que no esperaba aquello, no al menos del hombre con cuya hija compartía lecho, retrocedió. Pero no había espacio. La pared del salón estaba a su espalda. La espada se le clavó en el esternón y cayó al suelo. Fue entonces cuando intervino el caíd de Saraqusta, hombre de ley, no de guerra, que se sentaba a la derecha de Galib. Movido casi por instinto, se lanzó sobre el anciano general, impidiendo que lo rematara.

–¡Galib! ¡Es tu yerno y el *háyib* de Córdoba! –lo conminó mientras lo sujetaba. Sus gritos animaron a intervenir a comensales y esclavos, a quienes aquello también los había pillado por sorpresa–. Somos invitados a la mesa del caíd de Atienza, y no bárbaros peleando por una línea de tierra. ¡No nos matamos entre musulmanes! ¡No sin una acusación y un juicio! ¡Hay otra manera de solucionar vuestras diferencias!

Si las había, Abi Amir no se quedó a escucharlas. Sus ojos, duros como la roca, mostraron por primera vez esa noche algo diferente: puro instinto de supervivencia. Sin mediar palabra, se levantó y corrió hacia el ventanal abierto que daba a la terraza de la muralla. Más allá, la negrura de la noche y un salto imposible.

–¡A él! –rugió Galib, con la espada en la mano–. ¡Acabad con él!

Pero Abi Amir ya estaba en el pretil. Miró atrás una última vez. Galib, ensangrentado y terrible, avanzaba hacia él. No había tiempo para más.

Saltó hacia la rama desprendida de un viejo ciprés que crecía pegado al muro, una rama que había memorizado a su llegada, como lo memorizaba todo. La madera crujió y se quebró bajo su peso, pero amortiguó la caída. Cayó y rodó por inercia por el talud pedregoso, fuera de la muralla, sintiendo un dolor agudo en el costado y el chasquido seco de un par de costillas al romperse.

Jadeante, dolorido y manchado de tierra y sangre, se arrastró hacia las sombras. Un silbido, previamente acordado, surgió de sus labios. De entre las rocas, como fantasmas, aparecieron cinco de sus hombres, bereberes de rostros impasibles. Un pequeño contingente de seguridad que dejaba siempre como vigilancia.

–A la puerta sur –logró escupir Abi Amir, con la boca llena de polvo y hierro. Era el punto más alejado de los destacamentos–. ¡Ahora!

Con total sangre fría, se refugiaron en Madinat Salim, la plaza de Galib, que aún no sabía que su señor había intentado matar al *háyib* . Nadie los buscaría allí. Abi Amir sudó la fiebre de la herida toda la noche, y al alba, con su autorización expresa, sus hombres, convertidos en una partida de lobos enfurecidos, asaltaron por sorpresa a la guarnición de la ciudad. El combate fue breve, sucio, inesperado.

En el alcázar, tuvieron que despertar a Galib de su borrachera para informarlo de que su plaza había caído. Cuando tomó conciencia de las noticias, aulló, desesperado, y mandó venir al caíd de Saraqusta. Entonces, sin mediar palabra, lo atravesó con su espada. Por haberle impedido terminar lo que había empezado. Y, sin más, seguido por sus hombres más cercanos, huyó por los caminos que llevaban al norte.

Uno de los oficiales bereberes trasladó las últimas noticias a Abi Amir:

–*Háyib*, la plaza es nuestra. Pero Galib ha huido y está reuniendo a sus leales. Se atrincherará –le advirtió, preocupado–. Es el León. Nunca ha perdido una batalla a campo abierto.

En los ojos de Abi Amir, el brillo de la fiebre se mezclaba con otro fuego, más antiguo y peligroso: el ansia del cazador. Sentía algo desconocido: miedo. Porque no había marcha atrás ni diplomacia que arreglase lo sucedido. Ni Galib ni él volverían a estar a salvo mientras el

otro siguiera respirando. Córdoba acababa de fracturarse en una guerra civil.

–Que lo haga –susurró, con los labios agrietados–. Que se atrinchere. Que llame a todos los que aún creen en su leyenda –trató de tomar aliento; un dolor lacerante en el costado lo doblaba a cada tanto–. Una vez me dijo que a veces un zorro vale más que un león... –recordó–. Quizás ésta sea su primera derrota. O la mía. En cualquier caso –miró a su capitán con ojos enfebrecidos–, ¿qué precio no pagarías tú por el alma de al-Ándalus?

* * *

Torrevicente, 371 H. / 981 d. C.

Durante casi un año prepararon la campaña.

El lugar elegido por el destino fue la llanura pedregosa junto al castillo de Torrevicente, un erial barrido por el viento que separaba los ríos al-Duru y al-Tay. No era una campa heroica, sólo una franja de tierra de nadie ganada a aquella frontera volátil. Un lugar tan malo como cualquier otro para morir.

En la ladera sur, el ejército de Galib, el León de la Frontera, ya cano pero erguido como una encina, comandaba el núcleo duro de sus tropas regulares andalusíes, leales a él desde hacía décadas. A su derecha, ondeaban los desconcertantes estandartes de sus aliados cristianos: García Fernández, conde de Castilla, y Ramiro III, rey de León. Era una alianza contra natura, tejida por el odio común hacia el advenedizo que quería devorarlos. Los cristianos no miraban a Galib con afecto; lo aceptaban sólo como un mal necesario, la espada más afilada para eliminar a la mayor amenaza. Galib, por su parte, los toleraba con desprecio. Eran la prueba de hasta dónde había tenido que llegar para enfrentarse a su propia creación.

En la ladera norte, el nuevo ejército, las huestes de Abi Amir. Una legión de mercenarios bereberes recién traídos de al-Magrib,

hambrientos de oro y tierra, y de eslavos de las guardias palatinas, hombres sin lealtad más allá de su paga. No era la guardia tradicional de los Omeya, pero bajo el estandarte del califa cabalgaba Abi Amir con el rostro pálido y los ojos hundidos por la fiebre de la herida mal curada. El costado le quemaba, cada respiración era una puñalada. Pero en sus ojos ardía algo nuevo: la fría convicción del jugador que lo arriesga todo a una sola partida.

El viento transportó por el campo de batalla los gritos de desafío, el relinchar de los caballos, el choque metálico de miles de armas preparándose. No hubo parlamentos. Sólo odio, cristalizado en el silencio tenso antes del choque.

Galib, alzado en su montura, recorrió con la mirada las líneas enemigas. Vio la ausencia de lealtad, la presencia de una fuerza brutal y amorfa. Y, por primera vez en su vida, el viejo León sintió la certeza sombría de la derrota. Por primera vez no luchaba por un califa o por una idea de al-Ándalus. Aquella batalla era para detener a una fuerza de la naturaleza, un torrente de ambición que él mismo había ayudado a desatar. Y notó el miedo. Entonces alzó la vista al cielo y susurró, para sí mismo, hacia el cielo plomizo:

–¡Ya, Alá, tú que ves los corazones! Éste no es ya un campo de batalla, es una balanza. En un plato, el orden viejo, tus leyes, la sangre omeya que yo tanto he defendido. En el otro, el caos, lo nuevo, el hierro sin fe, y un hombre que no conoce límites. No pido la victoria para mí. Pido que tu voluntad se manifieste. Elige, oh, juez supremo... Decide tú quién debe gobernar al-Ándalus. Y permite que yo sea tu instrumento, o tu sacrificio.

Un cuerno estridente y luego otro rompieron el hechizo. El grito de los bereberes. Y la batalla comenzó como una rambla después de una tormenta. Caótica, desordenada, impredecible. Era el estilo de Abi Amir: violencia pura, inmediata, abrumadora.

Los primeros encontronazos fueron salvajes. La caballería pesada cristiana de García Fernández se estrelló contra los lanceros bereberes, que cedían y los envolvían con agilidad de chacales. Ramiro III intentó flanquear al enemigo por la izquierda, pero se topó con los eslavos, que

combatían con una disciplina silenciosa y mortal. En el centro, en el corazón de la batalla, las tropas andalusíes leales a Galib y las huestes personales de Abi Amir se enzarzaron en un duelo de hermanos. Se reconocían en los gritos, en las armas, en los rostros apenas velados, y eso hacía la lucha aún más feroz, más cruel. «¡Traidor!», «¡Rebelde!», gritaban. Nadie luchaba allí por Córdoba. Ni por el califa.

Abi Amir guerreaba en primera línea. Su espada, no la más diestra, pero guiada por una determinación feroz, encontraba un blanco tras otro. Y hacía lo que mejor sabía hacer: ser el estratega del caos. Movía reservas, tapaba huecos, enviaba mensajeros. Su mente calculaba mientras su cuerpo sufría las heridas propias del combate.

Galib, por su parte, se había sumergido en la lucha como un torrente de furia veterana. Donde cargaba su caballo, se abría un claro. Sus gritos animaban a sus hombres, maldecían a los traidores, despreciaban a los mercenarios. Aun así, por cada hombre que derribaba veía llegar diez más. Y su alianza cristiana se resquebrajaba. No muy lejos, García Fernández, al ver la carnicería, empezaba a pensar en la retirada para salvar a sus propias huestes. Los bereberes, ellos sí, embozados, combatían entre gritos tribales como *djinns* del desierto y parecían volar a lomos de sus caballos.

Fue en el momento más cruento, cuando la batalla pendía de un hilo. Entonces, ocurrió.

Galib vio una brecha en el centro del enemigo y decidió llamar a sus guardias personales e intentar una carga desesperada que penetrara directamente en el corazón de sus tropas.

–¡Conmigo! –gritó, desesperado, en un lema que ningún cristiano defendería–. ¡Por el honor de al-Ándalus!

Espoleó a su poderoso caballo de guerra, un animal tan legendario como él, y cargó colina abajo, la espada alzada, en un último destello de la vieja gloria. Y, entonces, el destino, Dios o la simple fatalidad del campo de batalla intervino. Su montura, en pleno galope, pisó una roca suelta, oculta entre la hierba y la sangre. Su pata delantera se dobló con un chasquido seco, audible incluso entre el fragor de la batalla. El noble

animal, herido de muerte, se desplomó hacia delante y lanzó un relincho de agonía.

Galib se vio arrojado sobre el cuello de su montura con una fuerza brutal. Se oyó un golpe sordo. Y luego el silencio más aterrador se extendió a su alrededor. Su cuerpo yacía inmóvil, el yelmo torcido, el cuello roto. Había muerto al instante. No había tenido la suerte de caer bajo una espada enemiga. El León hasta ahora invicto abandonaba este mundo por la traición de la misma tierra que había defendido a lo largo de toda su vida. Lo encontró uno de sus aliados vascones, un hombre enviado por Ramiro, el hijo de Sancho, sorprendido de no hallarlo en la primera línea. Llevaba aún la cintura ceñida por la faja blanquiverde de general omeya. No tenía herida ninguna, ni lesiones ni desgarros, aunque sí, contó el hombre, los ojos desencajados de pánico, como si hubiese visto en su último instante la cólera de Dios.

La noticia voló como el viento. «¡Galib ha caído!». «¡El León ha muerto!». Un primer grito de triunfo surgió de las filas bereberes. Luego otro. Y otro. Pero no se trató sólo de la victoria en la contienda. Era algo más profundo, supersticioso, porque los soldados sabían que un hombre como él no podía morir así a menos que el cielo hubiera castigado su insolencia. El viejo general le había pedido a Dios que eligiera bando, y había recibido su respuesta.

La batalla, de pronto, se convirtió en una desbandada. Los leales a Galib, muerto su símbolo, perdieron todo el ánimo. Los cristianos, sin motivo ya para luchar, dejaron a aquel Dios entenderse con los suyos e iniciaron una retirada desordenada. La derrota era absoluta.

Abi Amir, aún sobre su silla, jadeante, sufriendo por las heridas recibidas, no podía creérselo. Miró hacia el cielo, al mismo al que Galib había suplicado. Un escalofrío, una revelación aterradora, le recorrió la espalda. Alá estaba de su lado. Y aquella certeza le resultó tan enorme que casi lo derribó de su caballo.

Uno de los capitanes bereberes se le acercó al galope. En la punta de su lanza, ensartada, traía un trofeo macabro: la cabeza del viejo general, con la barba blanca manchada de polvo y sangre y los ojos abiertos, aún

fijos en una furia eterna. Los soldados, excitados por la violencia y la sangre, lo vitorearon.

Abi Amir los hizo callar y ordenó que bajaran la cabeza, le cerró los ojos abiertos y pidió un odre de vino agrio para lavar las barbas y los labios llenos de tierra reseca.

–Un último trago, *baba* –susurró, emocionado, dándole el título de padre–. Uno más, a estas alturas, no te llevará al infierno.

Luego, con una solemnidad repentina, se inclinó y, para el asombro de sus huestes, besó los labios helados de su suegro, su mentor y su enemigo.

–Lleváosla –ordenó, con un tono grave por la emoción y el esfuerzo–. Llevadla a Córdoba. A mi esposa, Asma. Decidle..., decidle que su padre murió como un león, y que merece una tumba digna de los califas a los que sirvió toda su vida. No podrá enterrarlo, pero sí velarlo. Que lo haga con honor. –Hizo una pausa, fijo en aquellos ojos sin vida–. Decidle que, antes de convertirse en un traidor, él fue el último gigante. Y que Dios, que es quien sabe, ha hablado.

El mensaje fue claro. No era un bárbaro ni un déspota. Era un vencedor piadoso que honraba a un gran enemigo. Un instrumento de la voluntad divina.

Eso sí, acusado de traición, el resto del cuerpo del antiguo general fue despedazado.

Esa misma noche, los partidarios de Galib se cambiaron de bando. Con la furia propia de los recién conversos, persiguieron a sus aliados montañeses, a aquellos que no habían entendido que el dedo de Dios había señalado a Abi Amir, Almanzor el Victorioso, como el vencedor indiscutible de todas las batallas. El nuevo líder de todos los ejércitos de al-Ándalus, pese a ser consciente de su fuerza, y quizá para evitar más sangre, pidió negociar. Las huestes de Sancho de Navarra aceptaron las condiciones. A partir de ese momento, la confederación de tribus vasconas, cántabras y astures se convertiría en vasalla del califa y en la marca fronteriza frente a los francos.

Como prueba de buena voluntad y de la recién nacida alianza, aquel mismo día, al atardecer, el anciano rey Sancho arrojó a los pies del

caudillo andalusí a una muchacha de cabello pajizo y mirada encendida. Su hija. Tenía quince años, y la misma expresión salvaje, la misma majestad silvestre y los mismos ojos selváticos e impenetrables que la norteña que había llegado al harén del califa un día, al despuntar la aurora, hacía casi veinte años.

–V–

Córdoba, 372 H. / 982 d. C.

Fue Lubna la que escribió esa historia.

La batalla de la Victoria, la llamaron.

La traición en Atienza, la sangrienta toma de Madinat Salim, la alianza de Galib con los reinos cristianos, la batalla de Torrevicente, en la que sólo uno de los dos pilares de al-Ándalus podía quedar vivo, y la incuestionable decisión de Dios, quien, al decidirse por uno de los dos platos de la balanza, y en su sabiduría infinita, acababa de forjar una leyenda.

La leyenda de Almanzor, el Victorioso.

Lubna empleó las palabras más bellas, los adjetivos más precisos, la épica que permitiera soñar los movimientos de los combatientes, y todo con un ritmo feroz, latente, que lograba que los lectores llegaran a sentir hasta los temibles gritos de los guerreros venidos del desierto. Tejió un relato donde se ensalzaban las viejas glorias con el honor que merecían, pero que también celebraba las nuevas, porque habían sido señaladas por un designio divino. Una epopeya de fe, acero y sangre que removió las tripas de los cordobeses, para que todos miraran en la dirección adecuada.

Madinat al-Zahira.

Lubna no estuvo presente en la batalla. Jamás había estado en tierras de la Marca ni remotamente cerca de la frontera del norte, pero eso no tenía importancia. Supo hacerse eco. Porque la única realidad era que Abi Amir sería ya para siempre al-Mansur bi-Allah, Almanzor el

Victorioso, por gracia de Alá. Y que su camino, desde ese instante, quedaba libre de todo escrúpulo, bañado en la luz fría de un designio que él mismo empezaba a creer.

Y, desde instante, para derrotarlo habría que desmentir a Dios.

La fractura en al-Ándalus se había cerrado. El general Galib, y con él quizá todo lo que representaba, estaba muerto.

Y, con todo ello, la realidad era que las calles de Córdoba, alfombradas de hierbas aromáticas y pétalos marchitos, vibraban con los gritos ensayados de la muchedumbre, coreando un solo nombre. La realidad era una muchacha con el cabello del color del trigo quemado cuyos ojos verdes observaban la entrada gloriosa de los soldados con una lucidez gélida de superviviente. Y la realidad era que el indiscutible vencedor de aquella contienda la había llevado consigo a Córdoba para desposarla, porque esa muchacha era la hija del rey Sancho de Navarra. Más allá de un botín o una alianza, ella era la promesa de una estirpe, un linaje, una dinastía. Exactamente lo que a él le faltaba.

* * *

–Dicen que es muy bella

Abi Amir, Almanzor, sonrió levemente. ¿De verdad Subh intentaba que cayera en su trampa de enamorados? La besó levemente en los dedos, un gesto audaz que escandalizó a la *sayyida*. Se volvió un momento para asegurarse de que sus esclavas no habían visto nada.

–Es muy bella, sí –admitió él–. ¿Debería importarme que te importe?

–Hind dice que se parece un poco a mí cuando llegué al harén... –insistió ella.

–No –corrigió él con intención–. Tú eras mucho más hermosa a su edad...

«A su edad». Subh recibió aquellas palabras con frialdad contenida, porque no eran un halago, sino la constatación de un hecho. Abda, como habían llamado a la princesa vascona, era veinte años más joven que ella. Abi Amir ya no era aquel muchacho gallardo de los primeros encuentros forzados ni el apasionado amante de sus posteriores

reuniones clandestinas, pero a ella seguía pareciéndole tan atractivo como aquel primer día, cuando emergió entre las sombras de una trampa concebida para dar un heredero a un imperio. Tenía más mujeres: legales, concubinas, e incluso, suponía, escarceos ocasionales. Tenía dos hijos reconocidos: Abdalá y el pequeño Abdelmalik. Ella trataba con una cortesía estudiada a Asma, la hija del difunto general Galib, con quien tenía que coincidir en eventos cortesanos y con quien suponía que el *háyib* tendría ciertos problemas de alcoba tras haber acabado con la vida de su padre. Sabía incluso de la especie de relación intelectual y platónica que mantenía con Lubna. Pero jamás, y mucho menos desde que ostentaba la regencia del califato, había sentido celos. Ella era la *sayyida*, la mujer más poderosa del califato. ¿Quién no desearía estar con ella? ¿Quién no querría entregarse a ella? La muerte de al-Hakam la había sumido en el luto por un tiempo, en el que no resultaba prudente significarse. Eso había supuesto un paréntesis en su relación con Abi Amir. Con posterioridad, en los primeros momentos, su aura de poder, unida a la efervescencia y ambición del *háyib*, habían hecho que sus encuentros furtivos, más frecuentes de lo que marcaba la prudencia y más escasos de lo que exigía el deseo, fueran apoteósicos; pero ahora, bajo la responsabilidad del ejercicio del poder, tras las heridas, las batallas y el tiempo transcurrido, aquel afecto era el de un viejo matrimonio acostumbrado a la rutina. Y tampoco le parecía mal. Al menos, hasta el momento en que había aparecido aquella bruja rubia desde el norte.

–¿Piensas tener hijos con ella?

–*Sayyida* –le susurró al oído; le gustaba usar su título en la intimidad–, ¿qué clase de pregunta es ésa? Todo hombre desea perpetuarse. Y ya tengo más hijos.

–Pero ella es de sangre real. Hija de un rey cristiano en el norte. Sería un vástago que uniría dos mundos.

–*Inshallah*... No provoques a Dios, Subh –la atajó con seriedad–. Es... herético hacer planes sin contar con su voluntad. Los niños nacen, pero también mueren. Tú lo sabes mejor que nadie.

Los dos callaron, la imagen del pequeño Abderramán en la memoria. «Si no hubiera muerto», pensó fugazmente Subh, «ahora gobernaría él». Él lo añoraba, aunque con distinta actitud: «Si no hubiera muerto, ahora no estaría gobernando yo...».

–Buscas tu propio linaje. Reconócelo.

–No sé qué temes, Subh –le dijo al fin, acercándose más a ella y bajando la voz hasta convertirla en un susurro–: Hisham es el califa. Y lo seguirá siendo mientras yo viva. Abda y los hijos que pueda darme son... el seguro. Para el día en que Dios me reclame –sonrió, con esa sonrisa de vendedor del zoco que tanto la divertía–. Alguien de mi sangre debe seguir aquí, protegiendo la tuya.

Era lógica pura. Política pura. Y por eso mismo resultaba tan desgarrador. Subh comprendió que no estaba siendo reemplazada por una mujer más joven, sino por una estrategia más amplia. Ella era el pasado, el secreto fundacional. Abda era el futuro, la legitimación pública. Y ambas eran piezas en el tablero de su ambición.

–Podríamos haberla prometido a Hisham –murmuró ella–. Otra princesa vascona entregada a un califa. La historia se repetiría.

–Dudo que Hisham esté preparado para engendrar un hijo –advirtió él sin fisuras–. Conscientemente, al menos. No sé si es conveniente que la historia se repita.

Había un tono de... invalidación hacia la figura de Hisham, le pareció notar a Subh, que no estaba allí antes.

–Quería hablarte de él... –buscó su mirada, y su complicidad–, de nuestro hijo...

–Del califa...

–¿Omites deliberadamente que es tu hijo? –preguntó ella, dolida.

Abi Amir apretó la mano que tenía entre las suyas con una dureza inusitada.

–Sí –admitió él en voz baja, con aspereza–. Y, si tú olvidas la prudencia de años y te empeñas en proclamarlo abiertamente, ninguno de los tres valdremos nada. Córdoba nos haría pedazos, asqueada.

Ella apartó su mano en silencio. Lo miró a los ojos.

–Va a cumplir veinte años, Abi Amir.

–Lo sé.

–Ya es mayor de edad. No quise mencionarlo mientras estaba en curso la campaña contra Galib, pero ahora todo ha terminado. Ahora eres al-Mansur; Almanzor, el Victorioso... Ahora podríamos hacerlo: disolver la regencia y permitirle gobernar.

Abi Amir dejó escapar un suspiro y la miró con dulzura.

–Subh... –susurró suavemente–. Tú lo ves más a menudo que yo. Ni siquiera el amor de una madre puede cegarte así. Me ha pedido de regalo un caballo de madera, Subh. De madera. Sigue sin saber montar. Le he pedido que desfile a mi lado, aunque me da pánico, para que Córdoba lo vea, y me ha dicho que sólo lo hará si puede llevar una espada. ¡Y me aterra que empuñe una espada! ¿No lo ves? ¿De verdad no lo ves? Que Dios me perdone, quizá sea un castigo por nuestro pecado, pero Hisham no está capacitado para gobernar. No lo estaba a los once años. No lo está ahora. Y no lo estará nunca.

Subh se limpió las lágrimas que empezaban a deslizarse por sus mejillas.

–¿Y qué haremos? ¿Qué haremos cuando Córdoba reclame a su califa?

–Córdoba tiene a su califa –respondió él, de nuevo alegre–. Tiene su sello. Firma las leyes. Acuña moneda. Saluda desde el balcón en las fiestas principales. Acude a la oración del viernes en la mezquita Aljama y reza por todas nuestras miserables existencias. Y lo ven de lejos en la *maqsura* o saludando desde su litera. ¡Es como tiene que ser...! Ya está. El pueblo está contento así. Él es el gobernador de los creyentes, un muchacho piadoso y entregado. Él se dedica a Dios, y nosotros gobernamos.

–¿Nosotros? Tú gobiernas, Abi Amir.

–Vamos, Subh. Sabes que te lo consulto todo, lo firmas todo...

–¿Hasta cuándo? No tiene sentido que exista una regente si no hay un menor de edad. ¿Me eliminarás cuando ya no te valga? ¿Me recluirás como a al-Mushafí? ¿Me... matarás como a Galib?

Tomó sus manos y la atrajo hacia él, sin importarle las miradas indiscretas desde el patio.

–Vamos, Subh, te preocupas inútilmente. Sabes que jamás haría nada que os perjudicara, ni a ti ni a él. ¿Me oyes? Jamás. Aunque no se lo hubiera jurado al califa, aunque Hisham no fuera... quien es. Es el heredero proclamado. Para Córdoba, es un omeya. Y eso es sagrado. ¿Sabes lo que haremos? Lo llevaré a al-Zahira conmigo. Tú puedes seguir aquí, en Medina Azahara. Son tus dependencias, y aquí están tus amigas, tus sirvientas, toda tu vida. Será la ciudad áulica. Él vivirá conmigo allí, en al-Zahira, donde trasladaremos el poder real, el significado de Dar el Mulk, la casa del poder. Celebraremos sus veinte años con una enorme fiesta para que el pueblo participe de su recién estrenada... madurez.

Subh se estremeció.

Veinte años. Como en la historia de la diosa Mari.

Llevaba temiéndolo desde que nació. Lo había visto en sus peores pesadillas.

El momento había llegado.

Para eso había venido. Para llevárselo. Para recluirlo. Para controlarlo. Para robárselo.

Abi Amir había vuelto. Allí estaba, sonriente, seductor. El diablo mismo. ¿No era así como se referían a él en los reinos cristianos? Supo que había venido a quitarle a su hijo. Y con clarividencia absoluta entendió que no había nada, absolutamente nada, que ella pudiera hacer para evitarlo.

* * *

De al-Mushafí

Rabi al-Thani, 372 H. (noviembre, 982 d. C.)

A Lubna, la escriba:
El invierno se cuela entre las piedras de esta celda con más fuerza cada año. Dicen que ha construido una ciudad nueva, al-Zahira.

Y que brilla. Me pregunto si brilla porque ha encerrado todo lo que era luminoso en ella. Me pregunto si brilla lo suficiente como para iluminar los almacenes donde guarda lo que un día saqueó de la memoria del mundo. ¿No tiene ni un momento para charlar con un viejo amigo?
Que Alá guarde para ti el consuelo que a mí me niega.

Al-Mushafí

De Lubna

Rabi al-Thani, 372 H. (noviembre, 982 d. C.)

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.
Al preso al-Mushafí:
Recibida tu carta. El frío es general este año, incluso en los salones.
Madinat al-Zahira se construye con la velocidad de quien teme no ver terminada su obra. Brilla con el polvo de la piedra, no con la luz de la sabiduría.
Te envío una ración adicional de aceite para tu lámpara y unas hojas de menta seca, para mitigar el frío de la piedra.
Atentamente,

Lubna

De al-Mushafí

Jumada al-Awnal, 372 H. (noviembre, 982 d. C.)

Lubna, *habibta*:

¿Te acuerdas del almizcle que usaba en las audiencias? Lo odiabas. Decías que enmascaraba el olor a miedo. Ahora sólo huelo a humedad y a mí mismo. A veces, en sueños, ese olor a almizcle me despierta, y por un instante creo estar otra vez en el salón, dando órdenes. Luego abro los ojos.
Ya nadie salvo yo lo llama Abi Amir, ¿no es cierto? Ahora es al-Mansur. Almanzor el Victorioso. Lo oigo en las calles. Un título que se ganó sobre mi espalda y sobre la de Galib.
Que Alá, en su justicia infinita, pese los títulos en la balanza del último día.

Al-Mushafí

De Lubna

Jumada al-Awnal, 372 H. (noviembre, 982 d. C.)

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.
Al-Mushafí:
El almizcle era un aroma poderoso. Como todo poder, dejaba un rastro que algunos encontraban agobiante. La memoria de los olores es traicionera: evoca lo que fue, no lo que es.
Los títulos son para los vivos y para la historia. Los hombres se ganan o se otorgan. Él tiene ambos: el ganado en el campo de batalla y el otorgado por quienes necesitan creer en la victoria.
Te envío un trozo de jabón de aceite de oliva. El agua caliente y el jabón son un lujo pequeño contra el olvido.

Lubna

De al-Mushafí

Jumada al-Thani, 372 H. (diciembre, 982 d. C.)

Lubna:
Ya ni siquiera pido justicia. Pido sólo una razón. ¿Fue todo, desde el principio, sólo un cálculo? A veces repaso cada conversación, cada gesto, buscando el momento en que la semilla de mi destrucción germinó en su mente. Y no lo encuentro. Quizás estaba allí siempre, y yo sólo era el jardinero que la regaba.
¿Crees que alguna vez, en sus noches de insomnio, entre los planos de su ciudad de piedra, recuerda el sabor del primer poder que le di? ¿O eso también lo ha purgado, como tu biblioteca?
Que la misericordia de Alá sea más comprensiva que la de los hombres.

Al-Mushafí, el jardinero de su propia ruina

De Lubna

Rajab, 372 H. (diciembre, 982 d. C.)

Al-Mushafí:
Buscar la semilla única del mal es un ejercicio para teólogos. Los hombres son jardines complejos, donde crecen juntos el árbol de la ambición y la enredadera de la gratitud. A veces, uno ahoga al otro. Tú le diste la herramienta. Él eligió el diseño de la obra que quería construir con ella. El jardinero no es responsable del fruto del árbol.
No sé qué recuerda en sus noches. Me siento muy lejos de su mente. Sólo sé que los planos que revisa ahora son de murallas y cuarteles, no de bibliotecas.
Guarda fuerzas. Te llegará un visitante pronto.

Lubna

De al-Mushafí

Shaban, 372 H. (enero, 983 d. C.)

Lubna:
«Un visitante». Tus palabras, siempre medidas, esta vez tienen un peso distinto. No me engañas con falsas esperanzas. ¿Es él? ¿Abi Amir? El Victorioso viene a ver a su presa. ¿A qué? ¿A rematar la obra? ¿A burlarse?
Dile, si puedes, que no encontrará ni triunfo ni burla aquí. Sólo a un viejo cansado que ya se ha conformado con ser el prólogo de su leyenda.
Y a ti, Lubna, gracias. Por las hojas de menta, por el jabón, por no haberte convertido en un eco más de su silencio. Eres la última línea recta en el mundo torcido que él ha creado.
Que Alá te proteja de los visitantes inesperados.

Al-Mushafí

De Lubna

Ramadán, 372 H. (enero, 983 d. C.)

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.
Al-Mushafí:
El visitante llegará mañana, al atardecer. No preguntes el porqué. Los motivos de los poderosos son como los cimientos de sus ciudades: a menudo ocultos, siempre profundos.
No sé qué busca. No me hace partícipe de sus pensamientos. Ya no.

No le he transmitido ningún mensaje especial. Sólo le he recordado que un hombre que fue grande merece ser visto con los ojos, no a través de los informes de los carceleros.
Y no te flageles. Incluso el prólogo es parte esencial del libro. Sin él, la historia no podría comenzar.
Que la luz del alba que entre por tu ventana mañana te encuentre en paz.
Cuídate,

Lubna

* * *

Córdoba, ramadán *372 H. (febrero, 983 d. C.)*

La oración de al-Magrib gemía sobre Córdoba, anunciando la llegada de la noche, cuando la cerradura de la celda en Dar al-Qadi chirrió. Al-Mushafí se irguió en la penumbra. No podía ser el guardia, no a esa hora. Y sintió rabia. Rabia por su túnica sucia, por sus manos temblorosas. Aquél iba a ser el último espectador de su ruina.

La puerta se abrió al fin, inundando la celda de la luz anaranjada del ocaso. Y él entró.

Almanzor no iba apropiadamente vestido para la ocasión. Llevaba botas de montar polvorientas, una sencilla *qumbaz* de lana oscura manchada en un hombro, de barro seco o de sangre vieja. Olía a caballo, a sudor frío y a la hierba amarga de la vega. Como si, en mitad de una cabalgada, repentinamente se hubiese acordado de él. O como si hubiese necesitado de aire libre para reposar sus sentimientos antes de ir a visitarlo. Al-Mushafí prefirió pensar que era lo segundo. Llevaban cuatro años sin verse, y él no tenía un espejo, pero intuyó que él tiempo no había pasado igual para los dos. Abi Amir tenía cuarenta y cuatro años, cada uno de ellos tallado en su rostro como un golpe de cincel. Pero sus ojos..., sus ojos eran los mismos. Los mismos que lo miraban

en el pasado desafiantes, los mismos que estudiaban cuentas a la luz de una lámpara, los mismos que había visto arder de ambición. Pozos de hielo negro, en cuyo centro brillaba una llama de pura y terrible voluntad.

–Has venido –murmuró al-Mushafí. Más que a saludo sonaba a acusación.

–He venido –advirtió él, distraído, como si de repente no recordara muy bien a qué.

–No me merezco esto. –Al-Mushafí negó con la cabeza–. Este olvido calculado. Te di un sitio en la corte, Abi Amir. Te hice brillar.

–Soy el *háyib* para ti –le recordó él, inflexible.

–Eras una piedra sin pulir –insistió–. Yo te lo enseñé todo.

–Para que te sirviera. En cuerpo y alma, dijiste, ¿recuerdas?

–Te puse a Subh en bandeja de plata –le recordó al-Mushafí.

–Me obligaste a violarla... ¡A una mujer del libro! De la nobleza cristiana... ¡En público! ¡Ante tus ojos sucios! ¡Me hiciste parte de un secreto monstruoso!

–Yo te allané el camino a la regencia –siguió defendiéndose al-Mushafí–. ¿En qué lugar del mundo un advenedizo, un cadí investigado por malversación de fondos, hubiera soñado con estar en el centro de las decisiones tras la muerte del califa?

–¡Fui yo quien os lo allanó a todos! ¡Cobarde! ¡Yo, matando con mis propias manos a la única persona íntegra de toda la corte! ¡Me arrepiento de eso todos los días de mi vida, Yafar! No fueron tus sicarios, ni tus guardias. ¡Fui yo el único que se manchó las manos con sangre omeya!

–La política requiere de decisiones duras, *habibi*.

–¡No soy tu *habibi*! –Abi Amir parecía a punto de perder los estribos–. ¡Soy tu *háyib*!

–¡Lo eres todo! –gritó al-Mushafí a su vez–. ¡Lo eres todo ya! ¿No eres al-Mansur, el Victorioso? ¿No te ha elegido Dios? ¡Qué más da cómo te llame un pobre moribundo! Necesitas el halago constante para saber quién eres, para olvidar que llegaste a Córdoba como un mendigo,

un muerto de hambre sin apellidos ni linaje que no podía hacer otra cosa que medrar...

Abi Amir no quiso entrar en su juego de provocaciones.

–Y no lo he hecho mal, ¿no crees?

Al-Mushafí no podía discutirle eso. Sólo podía buscar el último reflejo de su propia gloria. Sonrió con dureza.

–¿Cuándo te diste cuenta de que querías ser yo?

–No soy tú. –La sonrisa de Abi Amir se heló–. Soy mejor.

–No tienes emociones... –afirmó al-Mushafí con tristeza–. Es... es como si estuvieras mutilado. Yo te quise, Abi Amir. Quizás a mi manera, posesiva..., imperfecta. Siempre, incluso ahora, me he sentido orgulloso de ti. Eras mi... proyecto... Mi mejor pieza.

Él asintió levemente.

–Por eso denunciaste mi gestión en la ceca –enumeró los agravios–. Por eso me enviaste a morir a al-Magrib.

–Pruebas de Dios. ¿No han sido todas estas pruebas las que te han hecho llegar a donde estás?

Abi Amir sintió que se le agotaba la paciencia.

–No te voy a engañar, Yafar. Llevas aquí cuatro años. Ya es suficiente. No va a haber más juicio que el mío. Y sólo voy a hacerte una pregunta. –Inspiró hondo antes de enfrentarse a ese recuerdo de su pasado que aún le dolía–. De todo lo que me has obligado a hacer...

–¡No te he obligado a nada! –estalló al-Mushafí–. ¡Yo ordenaba, y tú obedecías! ¡Así funcionan las cosas en las jerarquías! ¡No delegues tus responsabilidades en mí! ¡Reconoce tu propia ambición!

–... De todo lo que me has obligado a hacer... –continuó, en tono contenido–, sólo hubo algo que fue bello y grande –suspiró–. Mi primer hijo: Abderramán. ¿Puedes jurarme, mirándome a los ojos, que su muerte fue por la voluntad de Alá? ¿Puedes jurarme que no tuviste nada que ver en ello? ¿Puedes jurarme, con Dios como testigo, que su muerte, la muerte de un niño de ocho años, fue natural?

Al-Mushafí vaciló. ¿Sería capaz de mentir? ¿Debía hacerlo? Si estaba acusándolo de no asumir sus responsabilidades, ¿no debía dar ejemplo,

como buen maestro? Miró hacia la noche, que se adivinaba ya tras la ventana, y comprendió que sería la última.

–¿Saldría de aquí si te dijera que no? No, no me contestes... No me engaño. Sé que no volveré a ver la luz del sol. Así que prefiero contarte la verdad, *habibi*. Porque la verdad no es siempre justa. Ni limpia. Ni bella. Sí, yo maté a Abderramán. –Abi Amir sintió cada una de sus palabras como un puñetazo en el estómago–. No me enorgullezco de ello, pero yo maté a ese niño. Te estaba envenenando, te estaba haciendo creer el omeya que nunca podías ser, que nunca serás... Era peligroso. Lo mirabas como a un ídolo pagano, del mismo modo que mirabas a la madre. ¡Maldito estúpido! No sabías mantener tu orgullo de padre primerizo a raya, y eso nos condenaba a todos. Ya había otro heredero de sangre omeya. Ya había nacido Hisham, alabado sea Dios. Abderramán era ya un error innecesario. ¡Maté a ese niño para salvarte, *habibi*! ¡Para salvarte de tu propia ambición! –jadeó, como si la confesión lo hubiese dejado sin fuerzas, y asintió brevemente–. Debo reconocer que no tuve mucho éxito.

Abi Amir notaba la tensión en los músculos, las uñas clavadas en las palmas. Bajó los brazos, y su mirada se deslizó hasta el suelo, aguantándose un sollozo tan hondo que ni siquiera le salía. No sabía qué había esperado oír. Quizá sólo buscaba un resquicio para el perdón. O quizás una excusa más para matarlo.

–Cometiste un error –silabeó con rencor al fin–. En tu perfecto plan de conseguir un heredero al trono... Un error de estrategia. No contaste con variables como el deseo, menos con el amor, quizá. Tus criaturas volaron solas. ¿Qué importaba una vez más y otra y otra si el pecado ya estaba cometido? No todos los encuentros que tuve con Subh fueron forzados. No todos los encuentros los controlaste tú. No siempre pudiste observar nuestros cuerpos aterrados, como un viejo pervertido e impotente en un burdel. Y así llegó el segundo: el pequeño. Hisham es hijo mío. Creo que, hasta el califa, que Dios lo tenga en su gloria, lo sospechaba, y por ello buscó atarme a él. Hisham es hijo mío –repitió con orgullo–. Con tu empeño por salvar la dinastía, has sentado en el trono de Córdoba a un hijo de mi sangre.

Los ojos de al-Mushafí se abrieron desorbitadamente.

–¡Mientes! –exclamó conmocionado.

–¡No! No miento. Y en el fondo lo sabes –sonrió–. Como también sabes que no puedo dejar con vida a nadie que sospeche que el Príncipe de los Creyentes, la cabeza visible del califato de Córdoba, no tiene sangre omeya.

Sin prisa, con la solemnidad de un rito, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a desenrollarse el turbante. La larga tira de lino blanco, fina y fuerte, se deslizó en sus manos como una serpiente pálida.

Al-Mushafí lo miró sin decir nada. Ya no iba a suplicar. Una calma extraña, final, lo invadía.

–¿Así que es verdad? –preguntó de nuevo.

Abi Amir asintió con gesto grave.

–La única que nadie sabrá nunca.

Al-Mushafí alzó la mirada, valiente, para seguir sus movimientos. Abi Amir le extendió el turbante por los hombros con un cariño casi paternal. Luego, le dio una vuelta en el cuello y comenzó a enrollar ambos extremos en sus manos, con una lentitud deliberada.

–No es fácil estrangular a un hombre con tus propias manos, *habibi*. Aunque no me resistiera... –le aconsejó al-Mushafí; sería su pupilo hasta el final–. No tienes que demostrarme nada. Manda a uno de tus sicarios. Con un veneno o con un hacha. Con una *yanbia*. ¿Qué más da? Alá me espera desde hace tiempo. Si no fuera pecado, yo mismo habría acabado ya con mi vida.

–Lo haré yo –resolvió Abi Amir con tranquilidad–. He hecho cosas más duras. E imagino que aún me veré obligado a muchas más.

–Permite que mi familia me entierre en la *rawda* de Medina Azahara –suplicó, ahora ya con voz un tanto temblorosa.

–La *rawda* es el cementerio real. No descansarás junto a los Omeya. Tu tumba será un agujero polvoriento que no recordará nadie.

Al-Mushafí siempre había sido levemente más alto. Cuando Abi Amir era muchacho, esa altura hacía patente su superioridad. Ahora, el tiempo y el encierro parecían haber encogido el cuerpo del antiguo *háyib*. Almanzor tiró de los extremos del turbante hasta que sus

cuerpos se rozaron. Sus poderosas manos, las mismas que empuñaban el destino de un imperio, se tensaron en los extremos del lino. No hubo prisa. Fue una presión constante, implacable, casi íntima. Como un abrazo mortal. Al-Mushafí enrojeció tras un jadeo, y él se forzó a mirarlo a los ojos. No se resistía, pero el instinto de supervivencia lo hizo forcejear en un último y patético arranque de vida. Sus dedos, débiles como garras de pájaro, arañaron los antebrazos de acero de Almanzor. No encontraron ninguna rendija. Sólo músculo y voluntad.

Y él apretó. Apretó hasta que el lino se clavó con una presión dolorosa en las manos, hasta que le dolieron los músculos del cuello, hasta que sintió que se le salía el alma del cuerpo. Y lanzó un grito descontrolado, feroz, que parecía quería dejar atrás cualquier vestigio de humanidad. Apretó hasta que se quedó sin aliento. Hasta que oyó un crujido sordo. Entonces, el forcejeo cesó. Abi Amir aspiró, falto de aire, y la última chispa de luz en los ojos de al-Mushafí se apagó. El halcón no sólo le había sacado los ojos; lo había devorado.

Mantuvo la presión un instante más, y luego otro, observando con crudeza cómo la vida se apagaba en aquellos ojos que lo habían juzgado, guiado y condenado durante toda su vida. Se sorprendió. Pensó que sentiría algo más, no sólo un vacío inmenso.

Al fin, lo soltó con suavidad y dejó que se desplomara lentamente sobre el jergón. Se arrodilló a su lado. Con movimientos precisos, casi tiernos, le enderezó la cabeza, le cerró los párpados y le alisó la sucia túnica. Tras depositar un beso de hijo en su frente, recitó una plegaria. Luego recogió su turbante. Sabía que nadie se atrevería a acusarlo. Pero, aun así, prefería llevarlo consigo. Le recordaría su venganza. Y su pecado.

Así acababa todo.

La celda era un ataúd de piedra. El silencio, absoluto. Salió sin una mirada atrás. Cerró la puerta tras de sí. No había guardias, como había pedido. Aun así, se embozó para no ser reconocido.

Caminó por las calles que llevaban al puente como había hecho tantas veces con al-Muguira en otro tiempo más feliz. La noche y Córdoba lo recibieron como si no supieran que le pertenecían. Como si no supieran

que se las había ganado. Sólo el minarete de la mezquita, vigilante, parecía mirarlo con reproche. Como si adivinara que acababa de volver del infierno.

Junto al río lo esperaba su montura. Hacia el este se alzaba su nueva ciudad. Ahora, con todas las viejas cuentas saldadas, estaba preparado para afrontar el gobierno del califato. Quedaba todo por hacer. Aún tenía que fundar la dinastía que heredara su gloria, pero había tiempo. Ya estaba solo y al mando, como siempre había deseado.

Dejó atrás Córdoba en aquella noche afilada y silenciosa. El camino de Madinat al-Zahira era tan solitario y tan largo que le hubiera gustado tener otro caballo galopando a su lado.

–VI–

Madinat al-Zahira, Córdoba, 374 H. / 984 d. C.

Córdoba seguía siendo hermosa, sus fuentes, sus mármoles y la respiración verde de sus jardines, pero el aire parecía haberse enrarecido: una obediencia nueva, compacta, que no dejaba rendijas a la duda. La purga en la administración había sido discreta y eficaz, como en la biblioteca. Nada ardió en un fuego visible, pero todo se recolocó en un orden nuevo. Fue ahí cuando Lubna comprendió que quedarse sería aceptar una melodía con una sola nota.

Madinat al-Zahira no era un lugar diseñado para asombrar al mundo, sino el cuartel general que pretendía dominarlo. Impecablemente trazada, funcional, eficiente. Mientras caminaba hacia la residencia del *háyib*, Lubna tuvo esa sensación de la que Fátima le había hablado, la de que allí flotaba el eco impersonal de lo que aún no tiene alma. Al entrar en el frescor del patio, no pudo evitar preguntarse bajo qué estancias, en qué lugar de aquel entramado perfecto, dormirían los libros prohibidos que allí se custodiaban.

Almanzor tuvo la galantería de ponerse en pie para recibirla en su despacho. Se miraron con ese afecto contenido que sólo existe entre quienes han aprendido a respetar la distancia.

–He venido a pedirte permiso para marcharme. Y lo pido por fidelidad a lo que Córdoba me ha enseñado a amar.

La frase, larga y firme, no tembló en sus labios. Quería pensar, muchas veces se lo había planteado, que la innecesariamente larga

agonía de Yafar al-Mushafí no había tenido nada que ver en su decisión. Pero, si él se lo preguntaba, tampoco iba a negarlo.

Él no respondió de inmediato. En su memoria se amontonaron escenas que no necesitaban palabras. La tarde en que ella llegó a Córdoba con una identidad fingida y un descubrimiento para exportar al mundo la palabra del califato; los jardines de Medina Azahara, próspera y feliz; aquellas clases en las que se miraban furtivamente; el laberinto vivo del harén, entre la eficacia de Muzna y la astucia de Hind. También su consuelo en un mundo de secretos de Estado, sus fábulas, sus historias, las moralejas que habían recorrido millas para regalarle un consejo, su eficaz trabajo en la cancillería, su oposición violenta, su fuerza el día de la purga de la biblioteca... Pese a todo, Almanzor sentía que aquella mujer siempre había sido su faro en la tormenta.

–¿Qué clase de marino abandona la nave cuando aún está bregando entre las olas? –quiso saber.

–El que sabe que la autoridad de su capitán no alcanza todas las orillas del mundo.

–Podría acusarte de desafección a Córdoba –insinuó él.

–Podrías acusarme de lo que quisieras –le recordó ella con tranquilidad–. Y tendrías razones. Yo también tengo las mías. Mi biblioteca ya no es la que fue. Las ideas se miden, se pesan y se ordenan como fruta en el zoco. Y yo ya no quiero ser cómplice de un orden que llama paz al silencio.

Él la estudió una vez más, con curiosidad. Como el viejo al-Mushafí, había aprendido a valorar el discurso sincero y suicida de quienes se atrevían a oponérsele. La integridad desaparece cuando el miedo gobierna. Bajó entonces la mirada hacia el pulcro documento con el que le había solicitado audiencia y le explicaba los motivos de su viaje.

–Una solicitud refrendada por Juan de Córdoba, el obispo –no ocultó su sorpresa–. ¿Te vas ver a tu... monja?

–Llevo un tiempo intercambiando correspondencia con ella, como bien sabes –admitió–. Y no es una monja, sino una canonesa. Es distinto. No se trata de un convento, sino...

–Ahórrame los detalles –la interrumpió–. No me interesa cómo organizan sus templos los cristianos...

–Es la abadía de Gandersheim, más al norte del país de los francos. Hoswitha es su abadesa. Ella escribe –explicó con entusiasmo–, y escribe en latín. Dicen que vuelve a levantar la voz de las mujeres, que estudia, que compone, que discute... Que su *scriptorium* copia a los padres de la Iglesia, pero también a los antiguos que quizá nosotros ahora hemos... descuidado. Deseo ver aquello, *háyib*. Quiero nutrirme de los textos que se trabajan en otras partes de Europa, leer lo que se piensa. Quiero aprender sin tener que pedir perdón.

Almanzor frunció el ceño, algo sorprendido, quizás herido en su interior por una idea que no esperaba. En aquel despacho, envuelta en un *izar* sencillo de lino, sin joyas, Lubna no parecía una escriba, sino la embajadora de un reino que se desvanecía.

–Mandé investigar a esa mujer –replicó al fin con una calma tensa–. Se hace eco de las mentiras de ese a quien los cristianos cordobeses consideran su mártir, el niño Pelayo. Mientras yo hago temblar los cimientos de sus iglesias, tu Hoswitha exporta al mundo falacias contra al-Ándalus –simplificó el relato–. ¿Y tú quieres nutrirte de «eso», del saber de los cristianos?

–Del saber, sin adjetivos –respondió ella con una dulzura firme–. Ella escribe sobre muchas cosas, también sobre la muerte de aquel niño. Yo no sé si ocurrió, pero también los *musarabat* de Balansiya lo contaban, e incluso lo escribieron desde aquí los obispos. Ni siquiera el califa Abderramán, que Dios lo tenga en su gloria, intentó censurar los textos que lo pintaban como a un sátiro devorador de niños infieles... Ahora los odias. Arremetes contra sus reinos aceifa tras aceifa, pero, un día –le recordó, en una crítica velada–, acogiste a un niño cristiano recién llegado a Córdoba. Y lo ayudaste, sin importarte su credo.

Almanzor suspiró levemente.

–No odio a los cristianos –refutó sin levantar el tono, con lástima casi–. Me atribuyes emociones que no siento. Ellos rompieron el pacto de vasallaje tras la muerte de al-Hakam, y nos atacaron. Luego, se aliaron con Galib para acabar conmigo. Tomaron sus propias

decisiones, y ahora pagan las consecuencias. No es nada personal. Tú, que me conoces, deberías saberlo. ¿Las aceifas? La *yihad* es el precio que cuesta mi legitimación. Son un tributo. Un tributo de sangre en el que la suya reemplaza la sangre omeya que no tengo.

Lubna se revolvió, incómoda.

–En cualquier caso –concluyó–, soy libre ya. Como sabes, el califa al-Hakam, que Alá lo haya recibido en el paraíso, me manumitió en su testamento. No tengo familia que me ate ni linaje que me reclame.

–¿Y la biblioteca...? ¿Y la recopilación de la historia de al-Ándalus?

–La biblioteca era mi mundo, *háyib*, pero... su volumen ahora mismo es tan pequeño que ya no necesita tantas manos. Puedes contar con Fátima para sostenerla, y tienes espléndidos escritores para narrar la crónica oficial. Prueba con al-Razi o con los Hayyan. –Se retorció las manos con nerviosismo–. Lo que me encargó el califa al-Hakam era distinto; era una recopilación de las historias de las que bebe todo el Occidente, de todo su imaginario. Aquí... esos libros... ya no están disponibles. Me veo en la obligación de buscar otras fuentes.

–Tu lealtad no puede morir con al-Hakam –le hizo ver con seriedad–. Se extiende a su hijo, al nuevo gobierno...

–Mi lealtad es a los libros y a las verdades que aún no conocemos, *háyib*. El nuevo gobierno... –dejó la frase en el aire–. Los dos somos conscientes de las bases en las que se asienta el nuevo gobierno. Jamás hablaré, jamás pondré en peligro tu nuevo orden, pero no puedes pedirme que sea cómplice de una usurpación *de facto*. Has encerrado a Hisham, neutralizado a Subh y acabado con Galib y al-Mushafí. No quiero quedarme para que un día descubras que te pesa la memoria del pasado, que no quieres mirarte en los ojos de quienes te conocimos...

Almanzor sólo pudo asentir. La miraba fijamente, y Lubna hubiera jurado que veía admiración en sus ojos. Cuando al fin bajó la mirada, comenzó a jugar casi inconscientemente con el lujoso *misbaha* con que se envolvía la muñeca, como si recitara para sí mismo los nombres de Dios, acariciando las cuentas de piedra negra, brillante, pulida. Sólo los más cercanos sabían que estaban hechas con la misma roca que envolvía la Kaaba en La Meca, en al-Higaz. Sólo ella sabía que había sido un

regalo que el príncipe al-Muguira le había hecho traer desde la ciudad sagrada mucho tiempo atrás. Y que cada uno de esos mínimos movimientos era una batalla contra la culpa. Contra el olvido.

–Galib me lo dijo un día, en aquella campaña de al-Magrib: «Ojalá mis hombres fueran la mitad de valientes que tú». –En el rostro de Abi Amir había un resquicio de nostalgia–. Y yo te lo digo ahora... Ojalá mis visires y mis administradores sepan decirme, como tú, las verdades a la cara.

–Elígelos bien, entonces –lo retó–. Y, si consideras que una pobre escriba pone en riesgo tus planes para el califato, haz lo que consideres oportuno.

–Lubna..., no se trata de mis planes para el califato –se vio obligado a admitir, con una sinceridad que le dolía–. Hisham no puede gobernar. Nunca. El empeño de Subh porque lo haga sólo desprestigiaría a la dinastía omeya: persigue a las esclavas, juega con espadas de madera, babea en el sermón de los viernes... –bajó la voz, ahora endurecida–. Es mejor que el pueblo lo admire en su litera, velado, a través de una celosía. Es mejor un ser etéreo e inalcanzable que un incapaz. No hago esto por mí, lo hago por Córdoba. Señálame a un hombre capaz y lo pondré en mi gobierno. Galib era un anciano; al-Mushafí se volvió inoperativo, a la *sayyida* la ciega el peso de la sangre... ¿Sabes lo que es darte cuenta, con una lucidez que duele, de que eres el único hombre en toda la administración cordobesa que ve la solución a un problema? ¿Que ve oportunidades donde otros ven obstáculos? No hago esto por mí. ¿Qué clase de monstruo ambicioso crees que soy? ¡Dime! –la increpó–. ¡Dímelo tú! ¿Quién más podría haber gobernado?

–¿Quizás al-Muguira...? ¿Un auténtico heredero de esa sangre que aseguras custodiar como un perro pastor?

Al-Muguira. Demasiados recuerdos. Su nombre se quedó flotando entre ambos como un fantasma turbio y oscuro. La metáfora del animal, eficaz pero impuro, despertó un destello de advertencia en los ojos del *háyib*. Lubna la leyó y comprendió que había ido demasiado lejos. Si hubiera sido un hombre, ya habría ordenado matarla en ese

mismo momento. Se adelantó un paso, para tratar de deshacer el instante, y puso un pergamino entre sus manos.

–He copiado para ti los versos que cantarán mañana tu última victoria en tierras leonesas –murmuró sin reproche, más bien con una tristeza infinita–. Ya están transcritos para que las copistas los lancen en todas direcciones. Éstos, para tu recuerdo, los he copiado en la mejor vitela, con oro en las iniciales. Son versos perfectos, hábiles, que comparan tu espada con el rayo divino. Son versos que... obedecen. Obedecen a su arquitecto para sustentar algo que no puede venirse abajo. Como los pilares de la mezquita.

Él respiró hondo. Pensó en los poetas a sueldo, en las odas que se escribían antes de que ocurrieran los hechos, en esa tentación –tan humana– de controlar el relato. Y pensó, también, en lo que no podía controlar: la mirada ajena, la crónica del otro lado, la historia que los cristianos escribirían sobre él sin molestarse en pedirle audiencia. La otra orilla.

–Preferiría que te quedaras aquí –admitió–. Preferiría que me ayudaras a contar desde aquí la gloria del califato.

Lubna sonrió con tristeza. ¿De verdad no se daba cuenta? Nunca había habido tantos versos en la corte como ahora, cuando ya no había nada que decir.

–Tienes una legión de contadores. La adulación es rentable..., pero yo siempre he deseado contar lo que veo –dijo, honesta–. Quiero ser una voz, no parte de un coro.

El silencio cayó como una tela fina. Almanzor entendió entonces, no sin pesar, casi con dolor físico, que perderla era perder un espejo que no devolvía halagos.

–¿Quién me dirá la verdad si tú no estás? –preguntó, contrito–. Sin tu voz crítica, ¿cómo sabré si me equivoco?

Ella le dibujó una sonrisa franca y lo miró a los ojos.

–Tú no buscas la verdad –constató–. Si me quedo, mi silencio será complicidad. Y mi voz un sonido disonante que tendrías que mandar acallar. Quiero pensar que no querrías hacerlo. Que eso te haría daño, y

que por ello acabaríamos destruyendo lo último que nos queda: el respeto.

«¿Es eso lo último que nos queda?», pensó él. «¿Tan poco?». Sintió un impulso visceral, un huracán en el pecho que le ordenaba alargar la mano, agarrarla por el brazo, retenerla por la fuerza o por la súplica. Su mano se movió, un temblor apenas contenido, y por un instante ambiguo y eterno pareció que iba a atravesar ese espacio invisible que siempre los había separado. Pero se detuvo en el aire, a medio camino, y al final descendió hacia el sello que colgaba de su cinturón, ese que abría o cerraba fronteras.

–¿Un salvoconducto, entonces? –preguntó, con voz más áspera de la deseada, la de un hombre que concede una batalla para no perder la guerra de su propio recuerdo.

–Y una escolta hasta el límite de tus dominios. Después, seguiré sola.

Él asintió con lentitud. Sabía que no podía retenerla. No a la niña que había viajado sola durante cuarenta jornadas sólo con la esperanza de ver al califa. No a la mujer que había cruzado medio mundo para buscar un libro entre los anticuarios de Bagdad. Sacó el sello, lo hundió en la cera caliente que un sirviente había traído sin hacer ruido, y estampó su firma; la misma firma que sembraba el terror entre sus súbditos. Era el documento más contradictorio de su vida: un salvoconducto hacia la libertad, que garantizaba su paz, firmado por el arquitecto de la más férrea obediencia.

–Aquí tienes. –En su voz latía una generosidad que ya no era estratégica–. Viajarás segura. Irás escoltada por dos de mis hombres, y pediré dos clérigos al obispo de Córdoba. Mandaré mensajeros a las tierras de mi suegro, el rey Sancho. Junto con la noticia del nacimiento de mi hijo con Abda, un nieto de su sangre, le pediré la merced de que algunos monjes cristianos te acompañen al país de los francos.

–Gracias, *háyib*... –murmuró ella.

Aquel documento era del papel más perfecto que Xatiba vendía al califato. Por un instante, como algo clandestino, sus dedos se rozaron, un contacto breve y eléctrico. Fue un adiós, una bendición; y también una herida llamada a no cerrarse nunca. Se miraron una última vez.

Lubna se inclinó, no como súbdita, sino como quien agradece una dádiva. Almanzor, Abi Amir, asintió de nuevo, triste, sabiendo sin saberlo que esa despedida ponía fin a una era.

Ella dio media vuelta y, escoltada por un guardia que obedeció a un leve movimiento del *háyib*, comenzó a caminar hacia la puerta, hacia el corredor que llevaba a los jardines, a la ciudad, al camino del norte, a la niebla de los países francos. Y Almanzor supo, con una certeza que le heló la sangre, que nunca más volvería a sentirse tan completamente expuesto, tan vulnerablemente humano.

–¡Lubna! –la llamó.

Ella se volvió con un deje de inseguridad en el rostro.

–¿Mi señor?

–Volverás –le ordenó él, aunque sonaba a profecía–. Volverás, *inshallah*. Aquí siguen tus libros –le recordó.

Ella asintió en silencio. Él la miró, ahora seguro de sí mismo, y le dedicó la más bella de sus sonrisas; aquella con la que sabía desarmar al califa, con ese brillo fiero y tentador que latía en el fondo de sus ojos. En ese momento, volvió a ser el hombre que había conquistado al harén, el que había hechizado a Subh, el que había convencido a Galib, el que había hecho naufragar a al-Mushafí...

Lubna bajó la mirada. Supo que, si se la sostenía un solo instante más, acabaría convertida en polvo, como ellos.

–*Inshallah* –aventuró.

Cuando el rumor de sus pasos se desvaneció, el todopoderoso *háyib*, Muhammad ibn Abi Amir, Almanzor el Victorioso, se quedó solo en la sala. Se miró las manos, que habían segado vidas, firmado destinos y decretado destrucciones, y por primera vez no supo si lo que había construido valía el precio de lo que había perdido.

En el exterior, sonó un acorde de lira. Uno de los cantores de su corte comenzaba a ensayar uno de los poemas llamados a ensalzarlo. Sintió un escozor amargo en los ojos.

Eran versos precisos y perfectos. ¿Por qué, entonces, sonaban tan huecos?

OSCURIDAD
ISHA

Oración que se reza
desde el final del crepúsculo rojo
hasta la medianoche

398 de la Hégira
1009 d. C.

De Lubna, la escriba

Madinat al-Zahira, saffar del 400 H. (1009 d. C.)

A Abi, Amir, Almanzor el Victorioso dondequiera que mis palabras te encuentren.
En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.
He vuelto a Córdoba. Tenías razón. Siempre la tuviste.
He tardado más de veinte años, pero he vuelto al fin. Tenía que verlo con mis propios ojos.
Madinat al-Zahira ya no existe.

Si yo misma no hubiera caminado antes por sus calles, habría dicho que sólo fue un sueño. A veces me planteo si lo fue.
No queda nadie. No queda nada de lo que conocimos.
Se aprecia brevemente la línea de las murallas que mandaste alzar, los arranques de algunos edificios. Los interiores han desaparecido. Se han llevado las puertas, los muebles, las alfombras, las lámparas y los arcones. Han arrancado los mármoles de los suelos, los sillares de piedra y las fuentes. Han quemado los artesonados y reducido los mocárabes a polvo. Han pisoteado los parterres de flores y han dejado sólo la sombra en yeso y en ceniza de lo que un día fueron. Memoria borrada, arrancada a pedazos. Como si nunca hubiera existido. Como si no hubieras osado levantarla frente a Medina Azahara. Desafiarla, duplicarla, soñarla.
Fátima dijo una vez que nadie sería capaz de llorarla cuando desapareciera.
Jamás habría pensado que lo haría, pero lloré.
Por la ciudad convertida en polvo.
Por el califato, que se deshace como tinta en agua.
Por Córdoba, que jamás volverá a ser la perla de Occidente.
Por ti.
He vuelto a Córdoba, sí. Han pasado veinticinco años, largos como veinticinco vidas, y he vuelto confiando en que el tiempo habría hecho su trabajo.
Me equivoqué.
No se olvida una ciudad en la que se ha aprendido a nombrar el mundo. Tampoco una biblioteca que fue hogar, ni el rumor de las oraciones marcando el pulso de los días. Ni el sueño, tan grande que parecía posible, de reunir todo el saber bajo un mismo cielo. La primavera en Medina Azahara, el olor de los naranjos húmedos al amanecer, el chapoteo en las fuentes, el tintineo de las pulseras en los pies descalzos, los dulces almendrados, la tibia cadencia del laúd, las risas en el harén cuando ni siquiera sabíamos que éramos felices.

Me fui el año que decidiste que ya no necesitabas a nadie. Los registros dejaron de hablar de mí. Muchos pensaron que había muerto. Nunca sabré si les contaste la verdad o preferiste abrazar esa opción antes que aceptar que podía vivir lejos de tu orden del mundo.

¿Fui feliz? Tal vez sí, tal vez no, pero fui lo único que sabía ser. En aquella abadía que me dio refugio, seguí siendo escriba, porque no se deja de ser una misma aunque se cambie de lengua, de rito, de credo o de paisaje. Copié textos, corregí códices, puse palabras ajenas en orden. Y eché de menos demasiadas cosas: la caligrafía mágica que se derramaba en zéjeles, como las rosas en la celosía; el murmullo de una lengua que había sido la mía, y cuyas canciones sonaban a llanto; el olor a barro del papel, aquel soporte secreto que los reinos francos aún no conocían...

A veces, sin saber bien por qué, me recorría un escalofrío, como si mi cuerpo me mandara una alerta, como si el recuerdo del rezo me marcara los tiempos. Yo seguía aquellos pálpitos que la luz me dictaba. Me arrodillaba y daba gracias a Dios cinco veces al día. A mis compañeras las tranquilizaba ver que en mis rezos espontáneos no miraba hacia el este, como los mahometanos. Pobres. No podían saber que, desde los tiempos del primer Abderramán, como él hacía en Damasco, los cordobeses rezamos siempre mirando hacia el sur.

Desde allí, mi sur era Córdoba.

No pude no recordarla ni un solo instante de mi vida.

¿Sabes? Los burgos germanos de paredes grises no tienen murallas doradas que se enciendan con la luz del sol, ni caminos polvorientos que llenen de calima el horizonte, ni acequias, canales o fuentes cantarinas. En aquellas tierras, morada de las nubes perpetuas, el agua no es cada día un regalo de Dios.

Intenté olvidar Córdoba, Dios lo sabe. Intenté olvidar el sueño del califa. Intenté olvidar que el reino más hermoso de Occidente se abocaba al abismo sin el peso de la legitimación que tú buscabas. Intenté olvidarte incluso a ti.

No lo conseguí. Ni un solo día.
Revivía tus ojos hirvientes, y tu sonrisa, que, como un sortilegio, era capaz de templar voluntades y corazones. Nunca pude borrar del todo al hombre que fuiste antes de convertirte en el demonio de las crónicas cristianas. Los peregrinos de vuelta de Sant-Iacub, los mercaderes judíos de paso, los mercenarios a sueldo que hacían parada en el convento hablaban de ti con un terror casi supersticioso, sin imaginar que en un tiempo nos habíamos mirado como sólo se miran los seres destinados a entenderse.
El año mil acechaba, y había quien veía en ti a la bestia del Apocalipsis.
Yo nunca te vi así.
Vi ambición. Dureza. Estrategia y cálculo. Miedo. Pero también inteligencia, disciplina y una fe torpe en que el mundo podía sostenerse a base de voluntad. Cambiaste creencias propias y sacrificaste vidas y valores en pro de un reino en el que creías ferozmente, en pro de una ciudad que acabaría pisoteando tu memoria.
No has llegado a verlo, alabado sea Dios.
Los Banu Berzal, los más fieles de tu ejército bereber, afirman que descansas en una tumba excavada a toda prisa en un lugar de la Marca Superior. Los seguidores del profeta están seguros de que nadie como tú merece el paraíso. Los cristianos confían en que reposes para siempre en el infierno, tal vez porque jamás consiguieron vencerte. No han sido ellos quienes han regado Córdoba de sangre.
No hay un lugar en el que llorarte. Tu cuerpo ni siquiera volvió a Madinat al-Zahira, la ciudad que levantaste. Mejor así. Ni siquiera tú, con esa capacidad para ver más lejos que nadie, podrías haber imaginado que ninguna de tus creaciones –tus palacios, tus murallas, tus mezquitas, tus hijos– te sobrevivirían más que un puñado de años.

Los expoliadores siguen arrancando fragmentos de tu ciudad como quien busca oro en un cadáver. Desmontan columnas, levantan suelos, venden restos. No buscan la memoria de lo que fue, sino el valor de lo que queda. Y yo, una anciana a la que nadie recuerda, camino junto a ellos apoyándome en un bastón que no necesito tanto como finjo. Lo hago despacio, muy despacio, porque cada paso es una despedida.

Y, sin embargo, no he vuelto sólo para llorar.

Me he reencontrado con Fátima. Aún conserva la mirada firme de quien ha sabido sobrevivir sin odio. Nos hemos reconocido en la vejez como las hermanas que antaño decidimos ser. Cada amanecer, tras la primera oración, nos mezclamos con todos aquellos que a diario recorren las ruinas de Madinat al-Zahira: saqueadores, cronistas, nostálgicos, ladrones y poetas. Nosotras, sin embargo, hemos contratado a una exigua cuadrilla: dos muchachos capaces de palear la tierra, de remover las piedras y de adentrarse en los antiguos túneles donde empiezan a crecer las tunas y las higueras. Como todos los que por aquí vagan, nosotras también buscamos el tesoro de la Ciudad Resplandeciente.

Pero nosotros no anhelamos el oro, los mármoles o las esculturas exquisitas, ni los lujosos artesonados o la geometría infinita de sus azulejos. Buscamos los libros. Los que incautaste, los que escondiste, los que enterraste para salvaguardarlos. Los que decidiste ocultar cuando comprendiste que el poder –tu propio poder– no siempre protege lo que dice defender. Quizás ése fue tu último resquicio de lucidez antes de adentrarte en la oscuridad.

He vuelto para eso. Para recuperar la luz robada a Córdoba. Para devolver los libros a la ciudad que soñó con guardarlos. Para cerrar el círculo. Para morir aquí, si así lo quiere Dios, sabiendo que mi trabajo no fue en vano.

Mientras recorro estas ruinas, vuelvo a pensar en el hombre que fuiste antes de convertirte en el terror de tantos. En leyenda. No

te absuelvo, no te condeno. Sólo Dios tiene esa potestad. Yo sólo te recuerdo, recupero retazos de tu historia y la escribo, como hice durante tanto tiempo. Debo contar quién fuiste y evitar que mueras para siempre.

Y en el recuerdo –en esa estancia oscura y escondida de mi mente– dejas de ser el muyahidín de unos y el demonio de otros. Y vuelves a ser sólo alguien real. Ambicioso. Estratega. Idealista. Imperfectamente humano.

Lubna bint al-Hakam

Nota de la autora

Es cierto.

Medina al-Zahira, la ciudad de Almanzor, no existe. Apenas duró treinta años. Fue arrasada hasta los cimientos en el año ١٠٠٩ d. C., con tanta saña que, a diferencia de la ciudad palatina a la que pretendió emular, Medina Azahara, jamás ha sido encontrada.

De momento.

Las dos fueron saqueadas y arrasadas con apenas un año de diferencia. Y no, no fueron los cristianos. Tampoco los almorávides, los *al-Morabitum* que llegarían desde el Magreb con más rigor y menos templanza veinte años después. Fue la *fitna*, la lucha civil entre los propios cordobeses, la que marcaría el principio del fin de al-Ándalus, pero ésa es otra historia.

Como escritora de novela histórica, siempre he tenido la sensación de que los personajes nos eligen. A mí, al menos, no es la primera vez que me sucede. Me eligió Petrus Gonsalvus, la bestia de *Ponte en mi piel*; me eligió Selene, la hija de la reina Cleopatra en *La luna sobre Roma*; me eligió Tigedit, la heredera que conectaría el archipiélago canario con su herencia *amazigh*, en *Búscame donde nacen los dragos*... En algún momento sentí que cada uno de ellos me pedía que contara su historia.

En un escenario tan espectacular como Córdoba y en un tiempo tan evocador como el califato, reconozco que el primer personaje que atrapó mi atención fue Lubna. Ella era coleccionista de libros y palabras, como yo. Además, era de origen cristiano en la corte de los Omeya, prácticamente desconocida, y había estado a cargo de la biblioteca con que el califa al-Hakam II pretendió dotar de belleza a un

mundo que pronto se desharía en sangre. Inevitablemente, me tenía que llegar al corazón.

A través de ella conocí al califa sabio. A través de él imaginé a su padre, el gran Abderramán III, el que se atrevió a convertir Córdoba en un califato independiente en pugna con los fatimíes y los abasíes, los asesinos de su familia, que continuaban reinando en Bagdad. A través de Abderramán, conocí a las mujeres del harén de Medina Azahara: a su madre, Muzna; a su esposa, Maryam; a su hija, Hind... Y gracias a ellas llegué a la muchacha del norte, la vascona que fue regente de un califato: Subh. Y, a través de ella, al hombre con el que las crónicas contemporáneas la relacionaban: el todopoderoso Almanzor.

Su nombre, su aura de leyenda y terror, formaba parte de las clases de Historia de Bachillerato, pero nunca me había preguntado quién fue antes de ser el dueño *de facto* de al-Ándalus. Desde nuestra perspectiva, su nombre suena extranjero, pero su familia llevaba más de doscientos años viviendo en tierras de la actual Algeciras. Y me di cuenta de que lo mirábamos con el mismo terror con el que los romanos miraron a Aníbal, aunque, a diferencia de lo que sucede con el general cartaginés, jamás nos habíamos parado a estudiar su estrategia, sus motivaciones, las dotes que hicieron de él un caudillo imbatible. Y, cuando empecé a leer sobre el personaje, como les sucedería a Lubna, a Subh, al general Galib o al-Mushafí, su mezcla de cálculo y capacidad de seducción me atrapó. Fue entonces cuando supe que Córdoba era el escenario perfecto, y que esta historia tenía que ser de los dos.

No es una biografía, ni mucho menos. Pese al rigor administrativo de al-Ándalus, donde se registraba pormenorizadamente todo lo que sucedía en la corte, poco sabemos de sus protagonistas antes de asomarse al núcleo en el que se cocinaba el poder. Pero eso, precisamente, es lo que deja huecos para que se filtre la imaginación.

El 99 % de los personajes que menciono en la novela existieron de una u otra manera en la órbita de Muhammed bin Abi Amir, al-Mansur, Almanzor para nosotros. Y la mayoría de los hechos cruciales que se narran son rigurosamente ciertos.

Es cierto que el califa Abderramán arrastraba el amargo sabor de la derrota infringida por los cristianos en Simancas. Es cierto que, a su muerte, su hijo al-Hakam, amante de los libros, las letras y la diplomacia, lo sucedió. Es cierto que Córdoba se convirtió en el centro del mundo occidental, un fastuoso escenario por el que desfilaban las embajadas del resto de reinos y condados europeos, incluido el Vaticano. Y es cierto que su propio padre le prohibió tener harén femenino o casarse hasta que fuera califa. En verdad, incluso, llegado el momento de engendrar sucesor, una de sus concubinas, la vascona Subh gustaba de vestirse como un hombre y se hacía llamar Yafar.

Es cierto también que existió la biblioteca de Córdoba. Los cronistas hablan de un catálogo de cuatrocientos mil registros, y que un ejército de copistas multiplicaba y traducía los textos para facilitar su divulgación. Tras los reinos de taifas, y en los siglos posteriores, se cree que una parte importante de esa colección y el mismo espíritu inspiraría a Alfonso X el Sabio para crear la Escuela de Traductores de Toledo.

Es cierto también que Abi Amir, Almanzor, llegó desde la nada y que su talento, su brillante desempeño y (seguramente) su carisma le abrieron todas las puertas, incluidas las del harén. Y que, pese a los rumores que lo ligaban a la favorita del califa o a las acusaciones de desfalco, jamás perdió la confianza de sus superiores. Escaló cada vez más alto, hasta que, literalmente, los desbancó a todos.

Si hubo o no un plan para perpetuar en el trono a los Omeya entra en el terreno de la ficción, pero, incluso entre los académicos, con las carpetas cerradas, sin luces ni taquígrafos, aún hay quién cree, como yo, que ciertas fantasías elevadas a licencias literarias explicarían muchas cosas.

Y, hablando de licencias, también nos las hemos permitido en la forma. Hemos simplificado los nombres árabes de algunos personajes para hacerlos más legibles, conscientes de que su transcripción no es del todo correcta, pero sí más familiar. La misma decisión ha prevalecido para lugares tan rotundos, simbólicos o sonores como Medina Azahara, La Meca o Córdoba, que aparecen con el nombre en español, como se les conoce habitualmente. Tampoco *Las mil y una noches* era el nombre

persa del recopilatorio en la época ni el Salón Rico se llamaba así entonces. Todo responde al deseo de acercar la realidad al lector.

Quiero agradecer expresamente al Jurado del Premio de Narrativas Históricas su confianza en esta historia, y muy especialmente a mi editora, Penélope Acero, que siempre ha creído en el potencial de Almanzor. Algo muy agradecer, sobre todo si tenemos en cuenta que ella es mucho más fan del Cid.

Gracias también a los grandísimos profesionales con quienes he tenido la suerte de trabajar y que me han ayudado a entender –y a enamorarme– de la dimensión histórica de al-Ándalus y, en especial del periodo del califato de Córdoba. A Anna Lluch, subdirectora de National Geographic y compañera de reportajes, siempre dispuesta a viajar al pasado en busca de la herencia andalusí; a José Miguel Cuesta Vílchez, experto en epigrafía árabe en Granada; a Jesús Bermúdez, arqueólogo de la Alhambra; a Eduardo Manzano, catedrático medievalista y especialista en al-Ándalus; a Antonio Vallejo, director del sitio arqueológico de Medina Azahara; a los Gabrieles, Ruiz Cabrero y Rebollo, arquitectos conservadores de la mezquita de Abderramán I, que lleva em pie desde el siglo VIII d. C. y que sigue dando refugio a la espiritualidad, ahora transformada en catedral de Córdoba, y al arqueólogo cordobés Antonio Monterroso Checa, que no pierde la esperanza de encontrar al-Zahira. Espero que las valiosísimas aportaciones de todos ellos se hayan filtrado en estas páginas; los errores son sólo achacables a mí.

Gracias también a mis compañeros de letras. En especial, a mi buen amigo José Zoilo Hernández, el primero que escuchó el germen de esta historia y me rebautizó como «Azofaifa»; a mi inseparable Anita García, que se la leyó por entregas a horas intempestivas; a Chema, mi mayor crítico, que se sorprendió gratamente de que «pasaran cosas», y a todas mis compañeras de viaje que a lo largo de múltiples recorridos, desde Argel a Beirut, desde Marrakech o Yedda a Amman, aguantan mis batallitas sobre el califato de Córdoba como si las hubiera vivido desde dentro. Como si en otra vida yo hubiera sido una de las últimas

escribas en tratar de rescatar la memoria de la ciudad perdida de Almanzor.

Quizá realmente haya estado allí. Y por eso, como Lubna, espero no morirme sin volver a pisarla.

Table of Contents

- Portadilla
- Créditos
- Premio Edhasa narrativas históricas
- Citas
- Dedicatoria
- Mapas
- Topónimos
- Dramatis personae
- LA LUZ MEDINA
  - Despertar
  - Claridad
  - La luz que se va
  - Ocaso
  - Oscuridad
- Nota de la autora